Gregorio Funes

Ensayo de la historia civil del Paraguay, Buenos Aires y Tucumán

INDICE

Dedicatoria (A la Patria)

Prólogo

LIBRO 1

CAPITULO I. Descubre Solís el Río de la Plata. Su muerte. Viaje de Diego García. Entrada de Gaboto. Levanta éste varios fuertes. Vence a los Agaces. Introduce el nombre del Río de la Plata. Llega Diego García. Continúa Gaboto el mando.

CAPITULO II. Vuelve Gaboto a su fuerte de Sancti Espíritu. Destruyen los Charrúas el de San Juan. Parte Gaboto a España. Suceso trágico de Lucía Miranda. Desamparan los españoles a Sancti Espíritu. Se establecen en la costa del Brasil. Vencen a los portugueses.

CAPITULO III. Nómbrase a don Pedro Mendoza por Adelantado del Río de la Plata. Partida de la armada. Muerte de don Juan Osorio. Fundación de Buenos Aires. Batalla de los Querandíes.

CAPITULO IV. Lastimosa situación de los españoles en Buenos Aires. Sitio de los Querandíes. Partida del Adelantado a la fortaleza de Corpus Cristi y su vuelta a España. Crueldades de Galán. Sucesos de la Maldonado.

CAPITULO V. El teniente Ayolas llega a la tierra de Guaraníes, victoria que alcanza de ellos, sorprende a los Agaces. Continúa su viaje hasta el puerto de la Candelaria. Deja entre los Payaguáes a Irala, y sigue por tierra el descubrimiento. Fúndase la Asunción. Mata Galán muchos Caracarás. Se vengan éstos por el mismo medio.

CAPITULO VI. Vuelve el teniente Irala a la Candelaria en busca de Ayolas. Los Payaguáes le forman una traición y los vence. Refiere un indio Chanés la muerte de Ayolas. Llega de Buenos Aires el Veedor Alonso Cabrera. Irala es elegido gobernador. Dáse nueva forma a la ciudad de la Asunción. Tiene principio la predicación del Evangelio. Desampárase a Buenos Aires. Conjúranse los Guaraníes. Es descubierta la traición y son castigados.

CAPITULO VII. Cabeza de Vaca solicita el Adelantazgo del Plata, el que se le concede. Fórmanse algunas ordenanzas para el gobierno de la provincia. Se hace a la vela el Adelantado, y llega a Santa Catalina. Su viaje por tierra, y su recibimiento en la Asunción. Promuévese la conversión de los indios. Obstáculos que se experimentan. Nombra a Martínez de Irala por maestre de campo, y lo destina a nuevos descubrimientos. Vence Riquelme al cacique Tabaré. Arrogancia de los Guaycurúes. Son vencidos.

CAPITULO VIII. Levántanse los Agaces. Alvar Núñes hace las paces con los Guaycurúes. Manda ahorcar unos caciques de los Agaces. Hace que Irala repita los descubrimientos. Parte a una jornada por el río Paraguay. Castiga a los Payaguáes. Llega hasta los Guajarapos. Resisten los españoles continuar adelante, pero los obliga Alvar Núñez. Introdúcese tierra adentro, y se ve obligado a retroceder. El capitán Mendoza entra a un pueblo de indios, donde encuentra una grande serpiente. Choque de Alvar Núñez con los oficiales reales. Su vuelta a la Asunción.

CAPITULO IX. Conjúranse los españoles contra el Adelantado. Lo prenden. Es nombrado Irala en su lugar. Los del partido leal intentan liberarlo. Es remitido a España. Después de un largo juicio fue absuelto.

CAPITULO X. Derivación de Tucumán. Entrada de Diego de Rojas a esta provincia. Choque de este general con un cacique de Copayán. Su marcha para el distrito de los Diaguitas. Batalla con estos indios. Muerte de Diego de Rojas. Le sucede don Francisco de Mendoza. Llegan los españoles al Río de la Plata. Heredia mata a sus competidores, y se apodera del mando. Se vuelven los españoles al Perú.

CAPITULO XI. Publica Irala jornada para continuar los descubrimientos. Revélanse los indios y los castiga. Muerte del capitán Camargo. Llega Irala hasta la encomienda de Peransules. Manda una diputación al licenciado Gasca. Amotínanse los españoles contra él y lo deponen. Es restituido al mando. Muerte del capitán Mendoza. Abreu le resiste la entrada a Irala. Vuelven sus diputados, e introducen el primer ganado cabrío. Trátase de los antropófagos.

CAPITULO XII. Hace Irala la expedición conocida por mala jornada. Fúndase la ciudad de San Juan. La desamparan los españoles. Parte Irala contra los Tupís. Fúndase la villa de Ontiberos. Sanabria es elegido Adelantado, y no viene a la provincia. Los Goas introducen el primer ganado vacuno. Sublévase la villa de Ontiberos.

CAPITULO XIII. Irala es hecho gobernador en propiedad. Viene el primer obispo. Forma Irala las ordenanzas. Chavez parte contra los Tupís. Melgarejo funda a Ciudad Real. Muerte de Irala. Mendoza entra en su lugar. Disputa de Chaves con Manso.

LIBRO II

CAPITULO I. Juan Núñez del Prado entra a la conquista del Tucumán. Tiene sus diferencias con Francisco Villagrán. Funda la ciudad del Barco. Nuevo encuentro con su rival. Queda esta conquista por colonia de Chile. Buen gobierno de Prado. Su prisión por Francisco de Aguirre. Sublevación de los indios. Trasládase la ciudad del Barco, y recibe por nombre Santiago del Estero. Victoria de Bazán. Entra Zurita a gobernar. Su deposición por Castañeda.

CAPITULO II. Muere el gobernador Gonzalo de Mendoza, y le sucede don Francisco Ortíz de Bergara. Sublevación de los Guaraníes. Son derrotados por los españoles. Igual sublevación con igual suceso en el Guaira. Vuelve Nuño de Chaves a la Asunción. Viaje al Perú del Gobernador Bergara y del Obispo Torres. Bergara es depuesto y le sucede Zárate. Vuelta de los españoles al Paraguay. Muerte trágica de Chaves. Alboroto de los españoles en el Guaira. Prende Melgarejo a Riquelme.

CAPITULO III. Disgústase el obispo Torres con el general Cáceres, y lo excomulga. Persigue Cáceres cruelmente al prelado. Prende al provisor, e intenta expatriarlo. Su viaje hasta la isla de San Gabriel. Fórmase una conjuración, y es preso. Levántase con el mando Martín Suárez de Toledo. Cáceres es remitido a España. Acompáñalo el obispo. Muere éste en San Vicente. Viajes funestos del Adelantado Zárate. Su arribo al Río de la Plata.

CAPITULO IV. Encuentro de Sapicán con los españoles, quienes son vencidos. Vence Garay al cacique Terú. Suceso trágico de Liropeya. Vence Garay a Sapicán.

CAPITULO V. El cacique don Juan de Calchaquí arrasa tres ciudades españolas. Trasládase la ciudad de Londres al valle de Comando. Mueren casi todos los vecinos y soldados de Córdoba en el valle de Calchaquí.

CAPITULO VI. Ataca Castañeda a los Calchaquíes. Una falta de Castañeda hace perecer a algunos españoles. Trescientos Calchaquíes se sacrifican por la patria. Sesenta jóvenes indios forman un cuerpo, y viene en auxilio de sus padres. Vence Zenteno a los de Silípica. Heroicicidad de tres indias. Son despoblados Londres y Cañete. Entra Aguirre a gobernar el Tucumán. Aguirre se halla en gran peligro, y lo liberta Gaspar de Medina. Los Calchaquíes se defienden, y hacen estragos. Prudente retirada de Medina. Vuelve éste a libertar al gobernador.

CAPITULO VII. Fúndase la ciudad de San Miguel del Tucumán. Entrada de Aguirre a los Comechingones. Prenden los soldados al gobernador Aguirre. Destierran los conjurados al capitán Medina. Fundan los conjurados la ciudad de Esteco. El capitán

Medina cae sobre los conjurados. El teniente Juan Gregorio Bazán atraviesa el Chaco y llega al Paraná. Absuelto por la Audiencia de Charcas, el gobernador Aguirre es restituido al mando. Es preso por la inquisición de Lima. El gobierno del Tucumán es dado a don Gerónimo Luis de Cabrera. Funda la ciudad de Córdoba. Llega hasta la torre de Gaboto.

CAPITULO VIII. Funda el Adelantado Zárate la ciudad de San Salvador. Crueldades de los indios. Conspiración contra Zárate. Entra éste a la Asunción. Su muerte. Gobierna interinamente Mendieta. Juan Torres de Vera le sucede en propiedad. Excesos de Mendieta. Su muerte. Gobierno interino de Juan de Garay. Fundación de Villa-Rica.

CAPITULO IX. Delirios de Oberá. Juan de Garay sale contra él. Certamen singular de dos indios contra los españoles. Crueldad de Tupuynuris. Congreso de los indios. Sorprende Garay a los Tupuynuris. Duelo de Curemó y Urambiá. Victoria de Garay contra los secuaces de Oberá. Fundación de Santiago de Jerez.

CAPITULO X. Don Gonzalo de Abreu sucede a don Gerónimo Luis de Cabrera. Prisión de éste y su muerte. Origen de esta crueldad. Mal suceso de Abreu en Calchaquí. Pretende descubrir un lugar de los Césares. Levantamiento de los indios en San Miguel de Tucumán.

CAPITULO XI. Fúndase la ciudad de Buenos Aires. Suceso de Altamirano. Invaden los bárbaros a Buenos Aires y son derrotados. Conjuración en Santa Fe. Muerte de Juan de Garay. Nueva invasión contra Buenos Aires. Fúndase la ciudad de Concepción del Bermejo. Prisión del obispo del Paraguay. La ciudad de San Juan de las Siete Corrientes tiene su principio.

CAPITULO XII. Entra el licenciado Lerma a gobernar el Tucumán. Crueldades de éste contra don Gonzalo su antecesor. Disensiones entre Lerma y el Deán Salcedo. Entrada del obispo Victoria al Tucumán. Funda Lerma la ciudad de Salta. Oposición de los bárbaros. Es preso Lerma y conducido a Charcas. Entra a la provincia Juan Ramírez de Velasco. Los indios se alborotan en Córdoba y los vence Tejada.

CAPITULO XIII. Entra a gobernar el Tucumán don Juan Ramírez de Velasco. Predica San Francisco Solano en el Tucumán. Primer establecimiento de los jesuitas en esta provincia. Los Calchaquíes se alborotan y son sujetados. Fúndase las ciudades de la Rioja, la de San Salvador de Jujuí y la de la villa de las Juntas. Rebélanse los indios de Córdoba y son subyugados.

CAPITULO XIV. Frutos que produjo la predicación de algunos varones apostólicos. El Adelantado Juan Torres de Vera abdica el mando. Gobierno de Hernandarias. Su prisión entre los indios y su evasión. Visita la provincia del Paraguay don Francisco de Alfaro. Crítica sobre lo que dice Azara. Divídese la provincia del Paraguay y se establece el gobierno del Río de la Plata.

CAPITULO XV. Primeros establecimientos de las misiones jesuíticas. Censura contra Azara. Reglamento de estas misiones. No es la igualdad de fortunas que en ellas reinaba, digna de la censura que hace Azara. La libertad de estos indios convenía a su estado de infancia. Vindícanse los jesuitas del aprovechamiento que se les imputa.

CAPITULO XVI. Entra a gobernar la provincia del Tucumán don Fernando de Zárate. Las tropas del Tucumán vienen en auxilio de Buenos Aires. Los Calchaquíes se sublevan en el gobierno de don Pedro de Mercado. Hacen las paces. Los diaguitas se sublevan en la Rioja. Gobierno de don Alonso de Rivera, quien vence a los Calchaquíes. Funda una ciudad en el valle de Londres. Nueva expedición a los Césares. Abolición del servicio personal. Entra a gobernar don Luis Quiñones Osorio. Incendio de la iglesia de Santiago. Fúndase la Universidad de Córdoba. Su método de estudios.

Dedicatoria a la Patria

Había de llegar por fin el día en que no fuese un crimen el sentimiento tierno y sublime de amor a la Patria. Bajo el antiguo régimen el pensamiento era un esclavo y el alma misma del ciudadano no le pertenecía. El teatro está mudado: somos ya libres. La Patria reclama sus derechos sobre unos seres que les dio el destino. Que el guerrero la haga pues prosperar a la sombra de sus laureles; el magistrado salga de garante por la inviolabilidad de sus leyes; el ministro de la religión abra los cimientos de una moral pura, y vele al pie de sus altares; un pueblo inmenso corra en auxilio de sus necesidades; en fin el hombre de letras propague las luces de la verdad, y tenga valor para decírsela a los que confía su gobierno. Felices aquellos que pagan a la Patria la sagrada deuda que contrajeron desde la cuna! Por lo que a mí toca, yo le dedico el fruto insípido de este *Ensayo* histórico. Cuando menos tiene la ventaja de llamar a juicio a sus verdugos y poner a los pueblos en estado de pronunciar con imparcialidad. Oh, Patria amada! escucha los acentos de una voz que te es desconocida, y acepta con agrado los últimos esfuerzos de una vida que se escapa!!!

Prólogo

No es seguramente porque yo encontrase en mi pequeña capacidad talentos suficientes para la historia, que me determiné al *Ensayo* que doy al público. Sé muy bien que es preciso nacer historiador, como se nace poeta y orador. La absoluta falta de un libro que pudiese satisfacer la curiosidad de los que fueron nuestros padres y de las evoluciones que han precedido a nuestro estado actual, fue lo que dio un impulso a mi justa timidez. Cualquiera que se halle versado en los movimientos históricos de estas provincias, no puede ignorar que así Herrera, fray Diego de Córdoba, fray Antonio Calancha, fray Juan Meléndez, fray Alonso de Zamora, los padres Alonso de Ulloa, Francisco Colin, Simón Vasconcelos y Manuel Rodríguez, como los historiadores que juntó Barcia en su colección, o refieren unos muy en globo algunas cosas de estas provincias, o se limitan otros a sólos los sucesos de la conquista. La Argentina manuscrita de Ruiz Díaz tampoco sale de esta época. Después de éstos emprendieron con más dedicación la historia de estas provincias los jesuitas Juan Pastor, Nicolás Techo, Pedro Cano, Pedro Lozano, Guevara, Sánchez, Labrador y Charlevoix. La obra de este último y la de Techo, aunque corren impresas, a más de estar aquella en idioma francés, está en latín, y tocar como accesorios los acontecimientos civiles enlazados con la historia de sus establecimientos de Misiones, tampoco pudieron adelantarse hasta nuestros días. Los demás dejaron sus obras inéditas las que, o no se encuentran, o andan en manos de muy pocos.
No han dejado de tocar otras obras con erudita curiosidad asuntos relativos a estos mismos lugares, cuya historia doy a luz. Tales son las cartas edificantes, la colección de

documentos sobre las emociones del Paraguay y señaladamente en la persecución de Antequera, otra por lo perteneciente al obispo D. Bernardino de Cárdenas, la relación de los insignes progresos de la religión cristiana en el Paraguay por Durán, el reino jesuítico por Ibáñez, cristianismo feliz en las misiones jesuíticas del Paraguay por Muratori, de Abiponibus por Dobrechoffer, el *Ensayo* sobre la historia natural de la provincia del Gran Chaco por Solís, el viajero universal en los últimos volúmenes, la relación de los viajes al río de la Plata y de allí al Perú por Acarete, la descripción del Gran Chaco por Lozano, la historia de la compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay por el mismo, el viaje de Ulloa, Muriel en sus fastos y en la continuación y notas de Charlevoix, Antonio León Pinelo, la historia filosófica de los establecimientos europeos en las dos Indias, las memorias de D. Cosme Bueno, y novísimamente los viajes en la América meridional por D. Félix Azara; pero contraídos estos autores al argumento que eligieron, sólo pudieron tocar como nota de paso algunos hechos de la historia civil.

D. Félix Azara en sus viajes, cuyo campo es en especial la descripción geográfica, política y la historia natural de estas Provincias, consagró en su segundo tomo algunas páginas a los acontecimientos de la conquista. Pero, a más de pasar en silencio muchos hechos capitales, no será fácil que contente a los amantes de la imparcialidad. La gloria de pasar por crítico y original hace que prefiera algunas veces sus conjeturas a los sucesos más bien averiguados. No sin injuria al mérito del padre Lozano es que caracteriza su historia civil manuscrita de infiel y de mordaz contra los españoles. Después que vano se teme proferir la verdad, convendrá todo el mundo, que la crítica más amarga contra estos aventureros no sale de los límites que señala el juicio y la equidad. Esto es lo que el Señor Azara llama mordacidad, y lo que en mejor sentido debe mirarse como la divisa de un escritor, que no supo prostituir su pluma a la adulación, aun cuando el miedo hacía temblar; es pues la misma censura el mejor título que lo acredita. Por lo demás, a Lozano en su estilo redundante y pesado se le respeta por el escritor más diligente, más exacto y más sincero a excepción de aquello en que el espíritu de cuerpo lo hace caer en ilusión. Una afectación sin excusa sería suponerse el Señor Azara más rico de documentos históricos, que el padre Lozano. Entre nosotros nadie ignora que la preponderancia de los jesuitas en todas estas partes les facilitó una copiosa colección de documentos, aun con perjuicio de los archivos públicos; como ni tampoco, que su expulsión hizo sufrir a éstos el mismo fin desastroso que tocó a sus temporalidades. El señor Azara vino a la retaguardia y sólo adivinando pudo descubrir los hechos históricos que no estuvieron a sus alcances.

Esta misma observación pone de parte de Lozano el juicio que forma acerca del virtuoso Alvar Núñez, y del primer obispo, a quienes trata el Señor Azara como los hombres más ineptos y perversos que pusieron el pie en estos países. Aquí no se encuentra ninguno de esos motivos seductores que suelen hacer perder de vista la verdad.

A más de los documentos que le fue más fácil encontrar en apoyo de la virtud de Alvar Núñez, va conforme en opinión con Herrera, Barco y Ruiz Díaz en su Argentina manuscrita, testimonios de mucho más peso que el del soldado Hulderico Schmidel[1], cuyos errores son capitales, diga lo que quiera en su abono el señor Azara.

Por lo que a mí toca me he propuesto seguirlos como a otros que han llegado a mis manos, y principalmente a Lozano, no con aquella servil sujeción de un copiante, sino con aquel discernimiento que deja entera su acción al juicio, ayudado de la crítica y de una indagación severa.

---

[1] Este nombre otros lo escriben así: Ulderico Schmidel.

Sigo estas huellas en los dos primeros tomos de mi *Ensayo* donde al fin faltándome guías tan seguras me ha sido preciso abandonarme a los archivos públicos, que como de tiempos más bajos se hallan bien provistos de materiales.
En la colección de estos documentos, que sin disputa ha exigido una de las tareas más ingratas y afanosas, yo defraudaría el mérito de personas recomendables, si pasase sus nombres en silencio. Debo poner al frente al sin segundo Dr. D. Saturnino Segurola. Nada iguala al deseo de este erudito eclesiástico, por enriquecer su espíritu de conocimientos útiles, sino su exquisita diligencia en adquirirlos. Sin perdonar gastos ni trabajos se ha formado una biblioteca de manuscritos escogidos, que aumenta de día en día[2]. Asociadas nuestras tareas en la revisión de los archivos públicos, y auxiliado de sus papeles fue que pude ponerme en estado de continuar mi obra. Debo también no pequeños servicios a D. José Joaquín de Araujo, ministro general de las cajas de Buenos Aires, cuyo gusto por las antigüedades de las provincias y sus noticias históricas no es desconocido entre nosotros, después que le debemos la Guía de Forasteros correspondiente al año de 1813, y algunas otras producciones suyas. El presbítero D. Bartolomé Muñoz, a quien no puede negársele una alma cultivada, ha tenido también la generosidad de suministrarme algunos documentos, y levantarme las cartas geográficas, que se darán a su tiempo en atlas separados. Por último merece mi memoria D. Gregorio Tadeo de la Cerda. Debo a sus luces mi respeto, y a su interés por el buen éxito de este *Ensayo* algunas noticias.
Tenía ya muy avanzado mi trabajo cuando leí en Hervas y Panduro, que el Señor abate D. Francisco Javier de Iturri había concluido su historia de esta parte de América. Esta noticia me hizo caer la pluma de la mano, y estuve a punto de renunciar mi empresa, viendo empleado en el mismo asunto a un literato tan acreditado, pero ya no era tiempo de volver atrás. También reflexioné que no sabemos de positivo si su autor la dio a luz pública; lo que no pocos accidentes podían estorbárselo, principalmente para con un sabio tan nimiamente desconfiado de sus producciones.
El plan que me he propuesto seguir llega hasta la gloriosa época de nuestra revolución, de que sólo daré un sucinto bosquejo. No entra en este plan amontonar hechos de ninguna utilidad, sino aquellos que nos hagan conocer las costumbres, el carácter del gobierno, los derechos imprescriptibles del hombre, el genio nacional y todo aquello que nos enseña a ser mejores. Este es el camino de descubrir las verdaderas causas de los acontecimientos que por lo común se atribuyen a una ciega casualidad.
No disimularé, con todo, a imitación de Tácito, que no admiten cotejo las materias de este *Ensayo* con aquellas que sirvieron de asunto a historiadores de naciones grandes. Estas tratan siempre de tierras ruidosas, hazañas memorables, imperios destruidos o fundados, reyes muertos o fugitivos, y proyectos profundos de política o de moral, que por naturaleza entretienen y recrean el ánimo. Mi trabajo es mucho más limitado y estéril. Guerras bárbaras casi de un mismo éxito, crueldades que hacen gemir la humanidad, efectos tristes de un gobierno opresor, este es mi campo. El poco deleite en recorrerle lo recompensará la utilidad. Siempre en acción la tiranía y los vicios de los que nos han gobernado, nos servirán de documentos para discernir el bien del mal y elegir lo mejor.
Nunca sino al presente se ha podido sentir este rumbo. Los reyes de España bajo cuyo cetro de acero hemos vivido tenían la verdad; el que se hubiese atrevido a proferirla hubiera sido tenido por un mal ciudadano, por un traidor. Ya pasó esa época tenebrosa, y la verdad recobró sus derechos. No puede ser pues, excusable la ignorancia de estos

[2] La preciosa colección de documentos que acopió el Doctor Segurola existe hoy depositada en la Biblioteca Nacional.

sucesos. lgnorar lo que procedió a nuestro nacimiento, dice Cicerón, es vivir siempre en la niñez: *nescire quid antea quam natus cit accidere, id est semper esse puerum.*
Va dividido este *Ensayo* en seis libros, que serán comprendidos de dos en dos en los tres tomos que abraza. La importancia que las cosas de América han tomado en la presente época, excita el deseo de saberlas. No me descuidaré, si me fuese posible, enriquecer esta obra con los planos topográficos y estadísticos de que sea susceptible.
Sea yo útil a la patria y aunque pase por insípido escritor. La desgracia de no tener un historiador digno de sus fastos, moverá otras plumas adornadas que ese temple vivo, enérgico, ameno y agradable de los Salustios y los Tácitos.

Ensayo de la historia civil del Paraguay, Buenos Aires y Tucumán

CAPITULO I

Descubre Solís el Río de la Plata. Su muerte. Viaje de Diego García. Entrada de Gaboto. Levanta éste varios fuertes. Vence a los Agaces. Introduce el nombre del Río de la Plata. Llega Diego García. Continúa Gaboto en el mando.

Treinta y cinco años iban corridos desde el descubrimiento de la América, cuando el anhelo español por nuevas empresas crecía en proporción de las ya vencidas. Como si fuese poco haber hallado un nuevo mundo, que reprobaba la razón misma, se pretendía atravesar por uno de sus estrechos, y abrirse paso al mar del Sud en busca de las Molucas. A este pensamiento atrevido daban fomento los intereses de nación, en que tenía no poca parte un sentimiento de gloria digno de aquellos tiempos.
El temor de que Portugal previniese este útil hallazgo aceleró las disposiciones de la corte. Fue una de ellas confiar a la pericia de Juan de Solís, natural de Lebrija, piloto el más acreditado de su edad, todo el éxito de esa brillante expedición. No pudo ser más acertado este nombramiento. Navegando este insigne náutico por los años de 1508 con Vicente Núñez Pinzón había sido el primero que extendió velas europeas en el famoso río llamado entonces Paranaguazú. Con dos navíos de su mando zarpó del puerto de Lepe, el 8 de octubre de 1515 y tomando la costa del Brasil, sobre sus propias huellas, suplicó esta vez el reconocimiento, que por un efecto de inadvertencia pudo escaparse antes a su penetración. Este suceso le pareció bastante lisonjero y digno de que eternizase su memoria: mudado el nombre nacional del río, llamóse en adelante de Solís. Era forzoso reconocerlo, y advertir todas las ventajas que ofrecía su situación local; embarcado en una carabela, costeó lo largo de su ribera septentrional, y vino a ser en breve un objeto de sorpresa para la admiración de muchos bárbaros, que ocupaban aquella playa. No halagaba tanto a Solís su vista, cuanto las señales que les daban de una acogida favorable. Como si quisiesen aplaudir su llegada le alargaron las manos cargadas de presentes; y para afianzar más su confianza tomaron el expediente de dejarlos y retirarse. Todo esto no era más que un insidioso artificio de la traición más execrable. Solís se entregó sin precaución en los brazos de esta amistad aun no probada, y dio a costa de su vida una lección, con que deben escarmentar los temerarios. Con pocos compañeros, y todos desarmados, saltó en tierra, más bien como si fuese a insultar la fortuna, que a reconocer el terreno. Se hallaba ya fijado el período de sus días. Salieron entonces de Charrúas de una emboscada, que tenían puesta a las orillas de un arroyo entre Maldonado y Montevideo, que por este acontecimiento se llama de Solís; los mataron, y comiéndolos a vista de la carabela, gustaron todo el fruto de su perfidia. La prudencia condenará siempre este hecho de Solís como una trasgresión palpable de sus leyes; pero la historia publicará la elevación de su genio, el mérito de sus descubrimientos, la intrepidez de su valor; y no dudando que la España debe en mucha parte a sus fatigas haber puesto bajo sus leves este hemisferio, hará se reconozca en su persona al digno émulo del gran Colón. Los de la carabela, con un hermano de Solís y, su cuñado Francisco Torres, retrocedieron sin dilación en busca de la capitana. Todos juntos conocieron entonces, que era preciso obedecer a este funesto acontecimiento, y sin más deliberaciones tomaron su partida para España. Reputando el Señor Azara, en el capítulo 1º, tomo 2º de su viaje, por famosa la costumbre entre estos bárbaros de alimentarse de carne humana, omite esta circunstancia en la muerte de Solís. Tendremos ocasión de hacer ver, que es más conforme la opinión de esta costumbre a los hechos constantes de esta historia.

Al paso que la corona de Portugal se manifestaba solícita en dilatar sus conquistas por este lado del globo, España parecía haber renunciado sus pretensiones al río de Solís. Casi diez años sucedieron en que se vio desatendido este importante objeto. Todo era consecuencia de su peligrosa situación. Los inmensos cuidados que rodeaban el trono muy de cerca, eran suficientes por sí solos para ocupar los senos más vastos de un monarca. La España, los estados de la casa de Borgoña, el imperio de Alemania, lo descubierto de la América, etc., todas estas posesiones puestas en manos de un solo hombre, formaban una máquina de resortes muy complicados, expuestos a romperse al primer choque, si el genio, el esfuerzo y la política no concurrían a dirigirlo con inteligencia y sagacidad. Tanto más que a las disensiones intestinas se unía una enconada rivalidad de poder, siempre funesta a los estados, empeñados en disolverla. Hubiera sido pues poca cordura por entonces echar a los extremos unas fuerzas, que debían obrar en el centro. Las cosas de esta parte de América tomaron otro aspecto luego que el emperador Carlos V se vio establecido sobre el trono de sus padres. Sin perdonar diligencia juzgó que era preciso oponer una barrera al proyecto de engrandecimiento que iba realizando Portugal en el Brasil. De resultas de una capitulación entre la corte y el conde D. Fernando de Andrade con otros ricos hombres; Diego García, vecino de Moguer, acompañado del piloto Rodrigo de Arca, tuvieron orden de continuar los descubrimientos del desgraciado Solís. La armada, compuesta de un navío y dos embarcaciones menores, se hizo a la vela el 15 de agosto de 1526 del puerto de la Coruña.

No fue tanta la diligencia que evitase la prevención de Sebastián Gaboto. Era este veneciano, uno de los más célebres astrónomos de su tiempo, y se había propuesto labrarse una brillante fortuna sobre el cimiento de sus servicios. Los hechos a la corona de Inglaterra en el descubrimiento de Terranova le parecieron muy sobrados para justificar sus esperanzas; pero las ingratitudes de esta corte mortificaron su amor propio, y lo obligaron a mudar de dueño. Refugiado a la España halló en ella la carrera abierta a la dicha. El título de piloto mayor del reino, con que le favoreció el emperador, condecoró debidamente su persona; pero él quiso hacer ver que lo merecía. Después que la nave Victoria concluyó su vuelta al globo, las riquezas de las islas Molucas unidas a las de Tarcis, Ofir y el Catayo Oriental, aunque solo gustadas en idea, realizaban en los espíritus todo el placer de la avaricia. Gaboto no hizo más que imitar esta pasión guiándola por sí mismo hacia este bien muchas veces funesto. Concertose con algunos comerciantes de Sevilla para una expedición por el estrecho de Magallanes, que debía tener por resultado la adquisición de estos preciosos frutos. El rey aprobó este ajuste y añadiendo el sello de la autoridad pública, ayudó en parte a los gastos, y quedó Gaboto habilitado para este viaje. Aunque no con pequeñas dificultades que le suscitó la emulación, salió en fin de Sevilla en Abril de 1526, llevando cuatro navíos de su mando con 600 hombres. La experiencia acreditó en breve, que no poseía aquella ciencia, que, calculando los medios con los obstáculos, sabe burlarse de la fortuna. En un viaje dilatado más allá de su intención, se halló falto de víveres, con una gente disgustada, que no sabiendo manejarla, ostentaba sin temor la altiva libertad de sus antiguas costumbres. Su situación lo obligó a tomar el puerto de Patos a la altura de los 27 grados de latitud. Llegaban hasta aquí los términos de la nación Guaraní, señora de casi toda la ribera marítima. El fiero natural de estos bárbaros no fue obstáculo para que observasen con él la buena fe de la hospitalidad: los españoles disfrutaron con franqueza de sus víveres; aun pudieron conocer que eran capaces de leyes justas, y de un culto agradable al Dios del universo. Pero otros intereses ocupaban por entonces su atención. Quitando el mismo Gaboto cuatro hijos de los señores más principales, apresuró la aversión, que habían de profesar más adelante. Sin aprestos suficientes, y teniendo

enajenadas las voluntades, no se atrevió este general a arrojarse al estrecho; antes bien, después de haberse desprendido en una isla desierta de tres hombres de calidad, desistió de su primer proyecto, y se abandonó al derrotero, que le abría su destino en la boca del río de Solís.

Las empresas cuanto más atrevidas parecen que eran más análogas al espíritu caballeresco de aquellos tiempos. Conquista, descubrimientos, hazañas, grandes fortunas, en fin todo lo que llevaba el sello de lo maravilloso tenía una fuerza irresistible en la común estimación. Por uno de esos empeños, en que al parecer entra más de coraje que de sano juicio, se arrojó Gaboto al río de Solís, y vino a echar el ancla en la isla de San Gabriel. No pareciéndole seguro este puerto se trasladó a la embocadura del río de San Juan, donde se le unió Francisco Puerto, el único que de los compañeros de Solís salvó la vida. Habiendo levantado aquí una pequeña fortaleza, despachó en un bergantín al capitán Juan Alvarez Ramón, para que navegando por el gran río Uruguay hiciese algún descubrimiento. Ejecutólo así; pero con mala suerte. Encallada su embarcación en un banco, saltó en tierra con parte de la gente encaminándose a San Juan; unos en el bote y otros por la ribera. Los de tierra fueron acometidos por los Yaros y Charrúas, quienes lograron dar muerte a Juan Alvarez y otros más; los otros se incorporaron a los del bote y pudieron salvarse.

Después de este trágico suceso subió Gaboto hasta la embocadura del río Carcarañá a los 32º 25' 12" de latitud donde levantó una fortaleza, a la que intituló de Santi-Espíritu. Cuatro aventureros de esta impetuosa soldadesca con un tal César a su cabeza, cuyo designio parece que era el de multiplicar los peligros, atravesaron desde aquí al vasto Tucumán, hasta unirse con los conquistadores del Perú. Empresa digna de mucho aplauso, si fuese lícito confundir el valor con la temeridad. El mismo Gaboto, después de haber construido un bergantín, y proveído a la seguridad de la fortaleza, entablando amistad con los Caracarás, a como otros dicen con los Timbúes, subió por el río con 120 hombres en dos buques bien frágiles, buscando nuevas aventuras. Para dar estos primeros pasos por entre tantos riesgos, contaba este almirante sobre la intrepidez de unos soldados acaso los más bravos de su siglo, sobre la superioridad de sus armas y su disciplina, sobre los efectos de una novedad, que, en el concepto común, aumentaba su poder sin aumentar sus fuerzas reales; en fin, sobre la constitución de unos bárbaros, que separados en pequeñas tribus, rivales unas de otras, formaban un cuerpo de nación sin consistencia, ni armonía. Puesto Gaboto en la confluencia de los ríos Paraguay y Paraná, siguió por este último hasta cerca del Salto del agua, desde donde regresó para coger el primero, como lo hizo en 1527.

No era tanta la indolencia de los indios, que muchos de ellos no viesen con un ojo irritado esos rasgos de poder absoluto, y que no considerasen amenazada su libertad desde los fuertes levantados. Habiendo Gaboto navegado hasta la Angostura, los Agaces, nación guerrera, que por el derecho del más fuerte señoreaban el río Paraguay, se atrevieron por su parte a arriesgar una acción decisiva de que esperaban la quieta posesión de su dominio. Con trescientas canoas puestas en orden de batalla se presentaron ante los buques de Gaboto. El peligro era grande; pero sabía este general que la fama decide muchas veces de los sucesos, y que nada le convenía más para lo sucesivo como introducir un espanto, que valiese victorias. Poseído de estas ideas sostuvo el crédito de sus armas con un valor superior al ataque; y aunque con pérdida de tres españoles prisioneros, de los que Juan Fuster y Héctor de Acuña fueron después rescatados, ganó de su enemigo una victoria que debió escarmentarlo. Poco tardó para que recogiese otro fruto más sazonado en el buen éxito de sus previsiones. La victoria contra los Agaces fue un grito que en todas aquellas vecindades resonó para bien de los españoles. Fuese por temor, fuese por reconocimiento, todos aplaudieron un suceso que

traía la humillación del común enemigo. Habiendo pasado Gaboto hasta la frontera de los Guaraníes, poco más arriba de la Asunción, con cierta competencia, vinieron estos indios a brindarse al vencedor. Esto ya era en cierto modo ofrecer su cerviz al yugo; pero quizá esperaban sacudirlo. Gaboto terminó este acaecimiento trabando paces y alianzas, que le fueron muy ventajosas.

Entre las parcialidades que atrás distinguieron su inclinación fue una de ella la de los Guaraníes. Venían éstos casi desnudos; varios plumajes de lucidos colores aumentaban las gracias de la sencilla naturaleza, de aquellos pendían algunas piezas de plata, que seguramente debían de ser el punto de vista más agradable para sus huéspedes. En efecto, jamás indios mejor de aspecto se presentaron a estos españoles. Desde aquí fue su primer cuidado hacerse propietarios de este metal, que era el objeto suspirado de sus afanes. Muy en breve vieron pasar a sus manos esas piezas de plata y otras más en cambio de las drogas más despreciables; pero tan a satisfacción de los primeros dueños, que para evitar el peligro de una rescisión a titulo de engaño tomaron prontamente a la fuga. Los que disputan sobre el valor venal de las cosas, deben reconocer en sólo este hecho la parte que tiene la opinión. La historia no tiene datos fijos para asegurar con certidumbre la suma total de este rescate; debe conjeturarse que no fue tan escasa, supuesto que bastó a un donativo digno del trono. Herrera dice que esta es la primera plata que de las Indias pasó a España; pero está en contradicción consigo mismo, habiéndonos referido en la década segunda, relativa al año de 1519 la que remitió el conquistador Hernán Cortés. Sea de esto lo que fuere, una dulce ilusión hacía más estimable para Gaboto aquel precioso hallazgo y agrandaba la esfera de su felicidad. Él se avanzó a creer que la plata encontrada no era más que una muestra de las riquezas patrias, y que estos suelos la producían como fruto espontáneo. A este principio engañoso debe la derivación de su brillante nombre el río de la Plata, con el que lo decoró Gaboto, quedando abolido el de Solís. Una indagación más exacta lo hubiera puesto en estado de conocer, que si bien la naturaleza trató en otros géneros liberalmente estos terrenos, anduvo menos generosa en orden al mineral, y que esas señales equivocas de opulencia no eran más que de una alevosía. En efecto, hacía poco que el portugués Alejo García, auxiliado de los Tupís y Guaraníes, se había internado hasta los confines del Perú con intento de abrir paso por esta parte a las conquistas de su nación. Creía haber recompensado sus fatigas un acopio interesante de despojos al punto mismo que sus amigos Guaraníes los destinaban en silencio para celebrar sus funerales. Estos fueron los que, verificado el asesinato, alucinaron la fantasía de Gaboto. Observamos que con premeditado estudio omite este hecho el Señor Azara en su historia de la conquista, teniéndolo sin duda por fabuloso, a pesar de las reflexiones con que el erudito Dr. D. Julián Leiva, en su dictamen sobre la obra, le hizo ver la debilidad de sus conjeturas; pero viéndose en la necesidad de buscar la derivación del nombre Río de la Plata, la encuentra en las pequeñas planchas de este metal, que llevaban en las orejas los indios de Santa Ana, que rescataron los españoles luego que hubieron montado el salto del Paraná. Si no nos engañamos, esta es una aserción no menos arbitraria. La mayor parte de los historiadores están conformes en que ni fueron los indios de Santa Ana, sino los Guaraníes del Río Paraguay, de quienes se hizo aquel rescate, ni ese fue tan pequeño que pudiese pender de las orejas. Persuádelo a más de esto la razón, porque se opone a los primeros principios de la credibilidad, quisiese a un mismo tiempo el sagaz Gaboto dar al río Solís un nombre tan campanudo, y acreditar ante el monarca la importancia de la conquista sobre tan ridículo y vergonzoso fundamento. Pero volvamos a la historia.

Entretanto que Gaboto se hallaba entretenido en sus lucrosas adquisiciones, arribó al Río de la Plata la retardada expedición de Diego García. En virtud de sus despachos,

éste era a quien tocaba la conquista. Pero, ¿qué puede la justicia lejos del trono? Tendremos ocasión de observar más de una vez, que en la distancia las leyes pierden su apoyo, y la autoridad su fuerza. Gaboto era de carácter que unía a grandes talentos todos los vicios de un ambicioso. Veía por una parte que los fuertes y los soldados velaban en su defensa, y se persuadía por otra, que la importancia de sus descubrimientos suplirían lo lícito de su causa. Con disposiciones tan favorables a su intento no quiso largar mando, y García tuvo la prudencia de ceder, retirándose después a España. Con todo, mal satisfecho de su posesión deseaba un título, de perpetuarse sin los remordimientos inseparables de todo crimen. Dos agentes suyos instruidos en el arte de negociar con ventaja, partieron a la corte llevando la relación bien ponderada de sus proezas. No descuidó en hacer uso de los medios más eficaces, que en juicio prepararían la persuasión. Finos tejidos, piezas de plata de exquisito arte, invención y gusto peruano, indios rendidos con toda la sumisión del vasallaje, véase aquí nervio del raciocinio sobre que se prometía la victoria y sinrazón más dogmática de la América. El emperador escuchó con majestuoso agrado a los agentes de Gaboto; se informó de todo con el interés que exigía la novedad, y conociendo acaso que un rigor de principios podía ser obstáculo al progreso de la conquista, le prometió auxilios en adelante. Hay casos en que el poder soberano se ve obligado a recibir la ley del momento; pero, como dice un historiador filósofo, siempre arriesga mucho la autoridad en favorecer a un delincuente.

CAPITULO II

> Vuelve Gaboto a su fuerte de Santi-Espíritu. Destruyen los Charrúas el de San Juan. Parte Gaboto a España. Suceso trágico de Lucía Miranda. Desamparan los españoles a Santi-Espíritu. Se establecen en la costa del Brasil. Vencen a los portugueses.

Después que concluyó Gaboto su campaña en tierra de Guaraníes, regresó a su fuerte de Santi-Espíritu, situado en la boca de Carcarañá, al poniente del Paraná. Los indios vecinos a esta fortaleza eran los Timbúes, gente mansa, dócil y sensible al dulce placer de la amistad. A beneficio de estas prendas sociales y del buen trato de los españoles, se mantenía este puesto en perfecta tranquilidad. Los prevenidos comedimientos de Gaboto acabaron de solidarla con señales recíproca de una alianza verdadera. Entretanto, otra suerte muy contraria corría el de San Juan. Las gentes de Diego García se habían hecho insoportables para los Charrúas sus vecinos; la guerra siempre entre ellos estaba abierta, y con atenta indiferencia espiaban éstos estos descuidos para librarse de su opresión. Lograron su designio una madrugada en que los españoles se hallaban entregados al sueño: mataron muchos de sorpresa; pocos escaparon a las naves; ninguno quedó en su antiguo puesto. El silencio de tres años desde la partida de los agentes, que despachó Gaboto, causaba en su ánimo mortales inquietudes. Ya los encontraba sospechosos de complicidad con los émulos, que le granjeó la jornada a las Molucas; ya se persuadía que los apasionados a Diego García habían hecho revivir sus derechos con toda fuerza que pudo añadirles la violencia. Lleno de estos recelos dejó sin venganza la acción de los Charrúas por pasar prontamente a España en 1530, donde lo llamaban sus pretensiones. El suceso parecía haber acreditado la prudencia de su resolución. La Capitanía General del Río de la Plata le fue conferida en título. Pero esto no era más que una caricia de la fortuna para que le fuese menos amarga su desventura. Al mismo tiempo tuvo orden de no volver a este destino. Influyeron sin duda en esta

resolución las quejas expresadas con toda la vehemencia del sentimiento de aquellos tres desdichados que se segregó Gaboto del trato de los hombres.
Dos años habían pasado después de la partida de Gaboto, y la fortaleza de Santi-Espíritu conservaba su paz inalterable. Gobernaba este fuerte un hombre de distinguido mérito. El talento, el valor, la rectitud y la prudencia formaban el carácter de Nurio de Lara. Una severa disciplina, sostenida por el ejemplo, quitaba a los suyos toda ocasión de desmandarse; pero esto todavía no lo ponía a cubierto de un desastre, correspondiendo acaso una nación enemiga a cada uno de sus soldados. Su propia seguridad le dictó cultivar cada vez más la amistad de los Timbués. Por medio de una afabilidad respetuosa ganó sobre ellos un imperio a que no alcanza la fuerza más armada. La buena inteligencia y los oficios de la cordialidad más expresiva apretaban de día en día los nudos de esta útil alianza. Con todo, en el seno de esta amistad, iba naciendo una pasión que había de ser tan funesta, como el odio más sanguinario.
Mangora, cacique de los Timbúes. a pesar de ser un bárbaro, no pudo resistir los tiros inflamados del amor. Había entre los españoles una dama llamada Lucía Miranda, mujer del valeroso Sebastián Hurtado, y esta era la que a los principios de un agasajo, inocentemente abría al bárbaro una herida, que jamás había de curar. No fueron después tan secretas las inquietudes el cacique, que no las advirtiese la Miranda. Con suma discreción procuraba ocultarse de sus codiciosas miradas, esconder unos ojos cuyas chispas habían producido tanto incendio. Aunque en el fervor de su pasión daba Mangora a sus deseos cierta posibilidad que no tenían, no dejaba de advertir que no valdrían remedios ordinarios a un mal casi desesperado. Entre aquel torbellino de deseos llamó a consejo a su hermano Siripo, no con la indiferencia del que duda, sino con el empeño del que busca un compañero de delito. Después de una porfiada disputa, en que Siripo manifestó el despejo de su razón, por último, a fin de huir la nota de cobarde, la pérdida de los españoles, menos de Lucía, quedó entre ambos decretada. La fuerza abierta era inútil contra una sangre tan fecunda de héroes. Una traición era lo único a que podía apelar, porque un traidor era solo lo que en estos tiempos temía un español.
Sabía Mangora que el capitán Rodríguez Mosquera, como dice Ruiz Díaz, el capitán García, con cincuenta de los suyos, entre ellos Hurtado, se hallaba ausente en comisión de buscar víveres para la guarnición extremosamente debilitada. Con toda diligencia puso sobre las armas cuatro mil hombres, y los dejó en emboscada cerca del fuerte, quedando prevenidos de adelantarse al abrigo de la noche. Él entre tanto, seguido de treinta soldados escogidos y cargados de subsistencias, llegó hasta las puertas del baluarte; desde aquí, con expresiones blandas de la simulación más estudiada, ofreció a Lara aquel pequeño gaje de su solícito buen afecto. Los nobles sentimientos del general eran incompatibles con una tímida desconfianza, y por otra parte hubiese creído hacerse responsable a su nación, enajenando con ella un buen aliado. Recibió este donativo con las demostraciones del reconocimiento más ingenuo. Pero algo más se prometía el pérfido Mangora. La proximidad de la noche y la distancia de su habitación, le daban derecho a esperar para sí y los suyos una hospitalidad proporcionada al mérito contraído. No lo engañó un deseo, que era tan propio de la nobleza de Lara. Con suma generosidad les dio acogida bajo unos mismos techos; y mezclados unas gentes con otras, cenaron y brindaron muy contentos, como si ofreciesen sus libaciones al Dios de la amistad. Cansados del festín se retiraron. El sueño oprimió a los españoles y los dejó a discreción del asesino. Mangora entonces, comunicadas las señas y contraseñas, hizo prender fuego a la sala de armas; abrió a su tropa las puertas de la fortaleza, y todos juntos cargaron sobre los dormidos, haciendo una espantosa carnicería. Los pocos que de los españoles, como Pérez de Vargas y Oviedo, pudieron lograr sus armas,

vendieron muy caras sus vidas. Lara con un valor increíble repartía en cada golpe muchas muertes; pero en su concepto nada era, mientras quedaba vivo el autor de esta tragedia; respirando estragos y venganzas buscaba diligente con los ojos a Mangora; al punto mismo que lo vio, se abrió paso con su espada por entre una espesa multitud, y aunque con una flecha en el costado, no paró hasta que la hubo enterrado toda entera en su persona. Ambos cayeron muertos; pero Lara con la satisfacción de haber dado su último suspiro sobre el bárbaro, y saber que en adelante no gustaría el fruto preparado por la más vil de las traiciones.

Ninguno escapó la vida en esta borrasca, a excepción de algunos niños y mujeres, entre ellas Lucía Miranda, víctima desgraciada de su propia hermosura. Todos fueron llevados a presencia de Siripo, sucesor del detestable Mangora. Una centella escapada de sus cenizas prendió en el alma del nuevo cacique en el momento que vio a Lucía: él consintió de pronto que aquella cautiva haría el dulce destino de su vida. Se arrojó a sus pies, y con todas las protestas, de que es capaz un corazón que hervía, le aseguró que era libre, siempre que condescendiese en hacer felices sus días con su mano. Pero Lucía estimaba en poco, no digo su libertad, más aun su vida, para que quisiese salvarle a expensas de la fe conyugal prometida a su esposo que adoraba. Con un aire severo y desdeñoso rechazó su proposición, y prefirió una esclavitud, que le dejaba entero su decoro.

Siripo encomendó al tiempo el empeño de vencer su resistencia: lisonjeándose de que la misma fortuna era su cómplice. Al siguiente día de la catástrofe, volvió al fuerte Sebastián Hurtado. Su dolor fue igual a su sorpresa, cuando después de encontrar ruinas en lugar de fortaleza, buscaba a su consorte, y solo tropezaba con los destrozos de la muerte. En él no se había verificado, que el primer momento de la posesión es una crisis de amor: el tiempo mismo lo afirmaba, y lo hacía necesario a su existencia. Luego que supo que Lucía se hallaba entre los Timbués, no dudó un punto entre los extremos de morir, o rescatarla. Precipitadamente se escapó de los suyos, y llegó hasta la presencia de Siripo, jamás una alma sintió con más disgusto la acedía de los celos, como la de este bárbaro a la vista de un concurrente tan odioso. Su muerte fue decretada inmediatamente. Bien podía Lucía tener preparada su constancia para otros infortunios; todas las fuerzas de su alma la abandonaron en el peligro de una vida, que estimaba más que la suya. Ella consiguió la revocación de la sentencia, pero bajo la condición de que eligiese Hurtado otra mujer entre las doncellas Timbúes, y que en adelante no se tratasen con las licencias de la unión conyugal. Acaso por ganar partido en el corazón de Lucía, tuvo Siripo, como algunos afirman, la humana condescendencia de permitirles que se hablasen tal cual vez. Pudo ser también, que en esto tuviese mucha parte el artificio y que fuese su intención ponerles asechanzas, sabiendo cuanto irrita a las pasiones una injusta prohibición. Lo cierto es, que habiéndolos sorprendido en uno de aquellos momentos deliciosos, en que recibían sus senos las lágrimas de un amor inocente y perseguido, y en que consolándose mútuamente, hallaban las recompensas de sus penas, mandó que Lucía fuese arrojada a una hoguera, y que puesto Hurtado a un árbol muriese asaetado. Uno y otro se ejecutó en 1532.

Una ruptura de amistad tan por entero entre Timbúes y Españoles, convirtió en odio implacable la pasada alianza, y no les dejaría a estos, otro partido que el de abandonar el fuerte de Santi Espíritu. El capitán Mosquera, jefe de estas tristes reliquias, pudo salvarlas navegando de costa en costa hasta el puerto llamado Igüa, distante veinte y cuatro leguas de San Vicente, establecimiento portugués.

Con esta retirada quedó del todo evacuado el Río de la Plata, término fatal de tres expediciones, que deberán desalentar al espíritu de conquista, faltando aquí el motivo de ensoberbecerlo con sus conquistas mismas. Es

muy de presumir, que si la causa de la humanidad hubiese entrado directamente en el proyecto de estas empresas, hubieran sido menos desgraciados. No hay nación por bárbara que sea, que no se rinda al imperio del beneficio. Hacerles conocer a estos salvajes el plan de sociedad con todos sus encantos, trazado por la naturaleza, y de que estaban tan distantes; aficionarles al yugo suave de la ley, para que detestando sus antiguas abominaciones, concibiesen amor al orden; ponerles en las manos los instrumentos de esas artes consoladoras, cuya falta no les dejaba recursos contra las calamidades de la vida; en fin comunicarles todo el bien posible, economizar la sangre humana, manifestarse siempre dementes y atestiguar un santo respeto a la libertad; véase aquí al camino que para dominar hubiesen tomado los españoles, si la experiencia y la razón más ilustrada de nuestros tiempos hubiera podido socorrerlos. En su falta, juzgaron estos indios que debían sacrificar a su seguridad unos hombres, cuyos pasos llevaban delante por lo común el terror y la codicia.

Bien avenidos los españoles con los naturales del país formaron su establecimiento, contando por mucha dicha verse, hacía dos años, distantes de enemigos. ¿Pero cuando se halla lo bastante el que tiene por vecino a un envidioso? Martín Alfonso de Sosa, gobernador de San Vicente, los observaba con todo el disgusto, que infunde el odio nacional, y buscaba un pretexto de incomodarlos. Fácilmente lo encontró en la acogida que habían dado a un hidalgo portugués desterrado por su corte. Por medio de requerimientos mezdados de amenazas les hizo notificar que dentro de tercero día jurasen obediencia al rey de Portugal, o desamparasen una tierra comprendida entre sus límites. Este golpe de autoridad ofendió enormemente la vanidad española, y excitó su valor hasta la desesperación. Aunque sin más defensa, que sus espadas y sus brazos, se prometían una victoria, que no podía esperarse sin temeridad. Pero parece que la fortuna se complace por lo común en ponerse de parte de los osados. En esta ocasión fue muy oportuno su influjo, trayéndoles a sus ç manos una presa, cuyo auxilio coronó después su valor y acreditó sus esperanzas. Un corsario francés se hallaba andado cerca del puerto, del que algunos marineros habían salido a tierra en busca de refrescos. Simulando los españoles ser los mismos, lo tomaron una noche de abordaje, y adquirieron abundantes armas y municiones, con que sostener el ataque a que se hallaban sentenciados. El general portugués con ochenta soldados bien armados y un gran número de auxilios vino por mar y por tierra, a cumplir la palabra en que estaba comprometido. No le salió feliz su animosidad; porque, acercándose a la trinchera lo saludó con una descarga de cuatro piezas de artillería, que desconcertó todas sus medidas, y puso en huida su amedrentado ejército hasta un bosque inmediato. Aquí lo aguardaba una emboscada de veinte españoles y cuatrocientos cincuenta indios amigos, quienes, cargando a un tiempo con los del fuerte, los destrozaron. Los españoles, llenos de denuedo, prosiguieron la victoria,
entraron a la villa de San Vicente, la entregaron al saco y cargados de despojos se retiraron a su baluarte. Acaeció este suceso el año de 1534. El deseo de evitar sangrientas disensiones los obligó a desalojar este puesto, y tomar la isla de Santa Catalina, que sin disputa pertenecía a la Corona de Castilla; aquí perseveraron hasta el arribo de Gonzalo de Mendoza.

CAPITULO III

Nómbrase a Don Pedro Mendoza por Adelantado del Río de la Plata. Partida de la armada. Muerte de Don Juan Osorio. Fundación de Buenos Aires. Batalla de los Querandíes.

Al mismo tiempo que el Río de la Plata presentaba teatro lúgubre de escenas tristes, se levantaban en España, sobre esta conquista, los planes más risueños de una felicidad ficticia a que daban esplendor los engaños favorecidos de la distancia. El nombre de "Río de la Plata" era una tentación muy peligrosa al natural deseo de adquirirla. No es la primera vez que los nombres se sustituyen a las cosas, y hacen concebir una idea opuesta a la verdad. Por falaz que fuese este concepto, su conquista había llegado a ser un objeto de celos y de envidias a la ambición más interesada. De este entusiasmo permanente de gloria y de riquezas, nacía el capital y la fuerza de la nación, en un tiempo en que las guerras extranjeras tenían agotados los fondos públicos. De aquí nació que concurriendo en D. Pedro de Mendoza, natural de Guadix, gentil hombre de cámara, la reputación de buen soldado, el crédito de sus riquezas adquiridas en el saco de Roma y el favor de los áulicos, fue preferido para que, sin dispendio de los haberes reales, se pusiese a la frente de esta codiciada expedición con el título de Adelantado de estas provincias y la promesa, de fundar un marquesado luego que se hallasen pobladas. Un tratado público celebrado en 1534 aseguró los derechos y las prerrogativas entre el vasallo y el soberano.
Sus principales artículos se reducen a que Mendoza procuraría abrirse por tierra una comunicación con la mar del Sud, embarcando a sus expensas la gente y aprestos necesarios, como también cien caballos y cien yeguas, cuya propagación facilitase los bienes de esta empresa; que reconociese todas las islas del río de la Plata, sin traspasar los límites de la demarcación; que llevase ocho religiosos, con cuyo auxilio se estableciese el cristianismo, y estuviese menos expuesto el buen tratamiento de los indios; que por indemnización de estos gastos se le concedía derecho para fundar un gobierno en todas las provincias que baña el río, y en doscientas leguas hacia el estrecho de Magallanes, con obligación de levantar tres fortalezas en su defensa; y para percibir dos mil ducados de renta anual por toda su vida, y otros dos mil de ayuda de costa sobre la hacienda real que produjese el país; que gozaría por juro de heredad la tenencia de alcalde perpetuo de una de dichas fortalezas a su arbitrio, y la vara de alguacil mayor en la que residiese, siempre que en el espacio de tres años no abandonase la conquista. Inmunidades, privilegios y todo cuanto puede engendrar esa especie de fanatismo, que hace a las pasiones tan osadas, se derramó a manos llenas a favor de los que quisiesen tener parte en esta empresa. Sin duda no preveía España que las conquistas a que las destinaba, como otras de esta dase, habían de aniquilarla algún día bajo el peso de su propia grandeza. Lo cierto es, que estas conquistas han de desarraigar con el tiempo el germen de la industria, y despertando en los extranjeros la actividad pondrían a España bajo su tutela. El deseo de gloria y de riquezas no había causado desde el descubrimiento de la América una fermentación tan rápida y universal como la que produjo en la publicación de esta jornada. Muy indiferente sobre su suerte se creía el que desperdiciaba una fortuna, que a todos se brindaba. El empeño por alistarse bajo los estandartes de Mendoza igualó a nobles y plebeyos. Fue tan grande la concurrencia, que para evitar pretensiones en que debían salir muchos quejosos, se aceleró la partida. Dos mil y quinientos españoles, ciento cincuenta alemanes entre quienes se contaban treinta y dos mayorazgos, algunos comendadores de San Juan y de Santiago, un hermano de Santa Teresa, y otras muchas personas de calidad con sus mujeres y familias; componían el grueso de esta lucida comitiva. Estas provincias pudieron lisonjearse de tener tan nobles progenitores, si no fuera cierto que la verdadera nobleza empieza donde

empieza el verdadero mérito; a lo menos no se dirá de ellas, como de otras, que sus primeros pobladores fueron la escoria de la nación, cuyas depravadas costumbres, unidas a un coraje determinado y a un orgullo mezclado de bajeza, los hacía capaces de hazañas grandes y grandes maldades. Aprestadas todas las cosas, y embarcada la gente con setenta y dos caballos en catorce navíos, salió de Sevilla esta armada, sin contradicción la más brillante que había surcado los mares para la conquista de las Indias, día de San Bartolomé del año de 1534. Su arribo al puerto de San Lúcar detuvo la navegación hasta el primero de Septiembre.

Una furiosa borrasca, después de pequeños contratiempos, despartió toda la armada y obligó al Adelantado a tomar puerto en el Janeiro, con lo principal de los bajeles, entretanto que su hermano el almirante D. Diego con el resto echó el ancla en la rada de San Gabriel. Observando las leyes de la historia, hagámonos aquí la violencia de referir el crimen más odioso, sobre el que quisiéramos echar velo en honor de la humanidad. Las graves enfermedades de que se sentía atacado el general, lo pusieron en el estrecho deber de dividir sus cuidados con un hombre digno de su confianza. El buen nombre de Juan de Osorio, aunque extranjero, alegó a su favor, y le ganó la preferencia. Nombrado lugar-teniente del Adelantado, descubrió el fondo su escogida condición, por aquella modestia, aquella rectitud y aquella afabilidad que caracteriza a los grandes hombres. Todos creían hacer homenaje a la virtud misma, declarándose por Osorio. Esto que debía afianzarlo en la estimación de Mendoza, fue precisamente lo que excitó toda la actividad de sus odios. En uno de esos momentos de enajenación, en que parece que el hombre no es dueño de sí mismo, mandó fuese apuñaleado, sin otra forma legal, que voluntad y su envidia. Cuatro confidentes suyos ejecutaron este infame asesinato, dejándonos cada vez más advertidos en que la real autoridad, derivada a unas manos violentas, es un depósito muy peligroso a la suerte del vasallo y a la fidelidad del depositario. Este rasgo de envidia envenenada llevó a tal punto la aversión de la tropa contra el imprudente Adelantado, que estuvo en víspera de declararse por una conmoción popular. Mendoza la previno embarcando la gente, a excepción de algunos que quedaron en el Brasil, y encaminándose al Río de la Plata, donde llegó felizmente el año de 1535.

Hallábase a la sazón el almirante D. Diego de Mendoza en la banda septentrional del río. La noticia de lo acaecido en el Janeiro le arrancó estas expresiones: "Dios quiera que la ruina de todos, no sea un justo pago de la muerte de Osorio". No nos descuidaremos en hacer ver que el almirante no se engañó mucho en su pronóstico.

El mismo año, después de bien calculadas las ventajas territoriales, se echaron por fin los fundamentos de una ciudad, a la que le dieron el nombre de la Santísima Trinidad, y a su puerto el de Santa María de Buenos Aires por la banda austral del Río de la Plata, en un sitio ameno, espacioso, llano y dominante, a los 34º 36' 29" de latitud Sud, 58º 23' 34" de longitud occidental de Greenwich. Tenía aquí su asiento un pueblo de tres mil Querandíes, sin contar sus mujeres y sus hijos, nación inquieta, belicosa y esforzada; que por la costa se extendían hasta el Cabo Blanco, y por el interior hasta la cordillera de Chile; sin tener más estabilidad que la que exigía una subsistencia precaria, corrían siempre peregrinos, y siempre en medio de su patria. Si se reflexiona sobre los hechos que presenta la historia, no hallaremos que los bárbaros de estas regiones mirasen por lo común a los españoles con aquella especie de culto, que en otras partes aprisionaba su valor. Los Querandíes dieron desde los principios una prueba bien decisiva de no tocarles esta vulgar superstición. Aunque por el cebo del rescate manifestaron algunos días una oficiosidad comedida, en breve hicieron ver que no nacía de una servil condescendencia, de que no podían arrepentirse. Sin más motivo que su espontánea deliberación, retiraron las subsistencias de que se sostenía la ciudad, y pusieron su

asiento a cuatro leguas de distancia. Con palabras de paz y de amistad mandó el Adelantado se les requiriese continuasen un servicio, que ponía en obligación su reconocimiento. Los ejecutores de esta orden, creyendo que era más decoroso mandar que suplicar, tomaron el imperioso tono de una absoluta autoridad. Pero estos indios no pudieron tolerar un lenguaje a que no estaban acostumbrados; maltratando a los comisionados y asaltando la ciudad, no dieron lugar a que se dudase la disposición, que tendrían, de obedecer. Un fuego vivo y sostenido los hizo retroceder a un riachuelo distante media legua, llevando siempre la venganza en el corazón. Desde aquí continuaron sus rápidas hostilidades, hasta llegar a dar muerte a diez soldados españoles de los que salían en busca de forrajes.

Cansada la paciencia del Adelantado, se creyó en la necesidad de vengar tantos insultos, poniendo un freno a la osadía de estos bárbaros. El almirante D. Diego, con otros valerosos capitanes, trescientos hombres de infantería y doce de a caballo, marcharon en busca del enemigo, que en número de tres mil combatientes se hallaban acampados a las márgenes de una laguna, distante como tres leguas de la ciudad. No se intimidaron los indios a la vista de un cuerpo tan respetable; antes bien, aparejados de un militar apresto, rechazaron las proposiciones de paz, y dieron a conocer que estaban muy resueltos a sostener el interés público y los derechos de la libertad. Con un género de sosiego, que imitaba mucho al descuido, veían estos bárbaros empeñarse los españoles en el difícil tránsito de un arroyo que dividía los dos campos. No pocos de nuestra infantería lo habían conseguido, cuando sin tener tiempo de formarse, se hallaron atacado; con ímpetu y ferocidad. Aunque desordenada la infantería, y muertos los bravos D. Bartolomé de Bracamonte y Perafán de Rivera, se sostuvo la vanguardia hasta el arribo de la caballería. A ese tiempo, envueltos los españoles por todas partes, e interpelados con los indios, la carnicería era recíproca. Por un último esfuerzo de valor, mezclado de desesperación, el capitán D. Juan Manrique, como si desafiase a la muerte, se arrojó espada en mano a lo más cerrado del enemigo; mató muchos, pero fue derribado del caballo. Con no menos denuedo D. Diego de Mendoza vino prontamente en su auxilio, pero no tanto, que impidiese que un bárbaro segase aquella ilustre cabeza. Un furioso bote de lanza tirado por D. Diego le hizo pagar con la vida su arrojada temeridad. Con todo, no pudo lisonjearse mucho tiempo de este golpe tan esforzado, herido el pecho con un funesto tiro de piedra, se vio repetida en su persona la triste escena de Manrique.

A la suerte del almirante acompañó la de otros valientes capitanes y soldados, entre ellos la de Diego Luján, que arrastrado del caballo, según los historiadores, murió a las orillas de un río, el que hasta hoy conserva con su nombre la memoria de estas desgracias. No estamos con ellos enteramente de acuerdo en orden a este último suceso. Conviniendo que la muerte de Luján diese su nombre al lugar de que se trata, pero siguiendo las leyes de la crítica, se nos hace muy dudoso, que por catorce leguas, desde el punto en que se supone la acción hasta la Villa de Luján, pudiese ser arrastrado de su caballo el cuerpo de aquel hombre desgraciado. Sea de esto lo que fuere, de parte de los indios fue mucho mayor el estrago. La proximidad de la noche hizo que abandonasen el campo, y se retirasen con fuga precipitada, dejando muy problemático el honor de la victoria. A la verdad, según la mayor parte de los historiadores, ella fue tal, que puede numerarse entre las que el inmortal Carlos V pedía diese el cielo a sus más crueles enemigos. El desprecio de los buenos consejos conduce ordinariamente al precipicio. El almirante desatendió en esta ocasión el que se le había dado de no atravesar el arroyo, sino esperar a pie firme el enemigo. Acaso permitió Dios se obstinase para empezar a purgar la tierra con la sangre de algunos cómplices en la muerte de Osorio. El fin desastroso de los malvados, dice un sabio, es una lección muy importante sobre la cual

la historia debe siempre inculcar. Cierto es que no pocas veces se cae en superstición, queriendo interpretar la voluntad del cielo por los sucesos que deben su existencia a causas naturales; pero la muerte de Osorio nos da derecho para creer que tomó de su cuenta la venganza de esta sangre inocente.

CAPITULO IV

Lastimosa situación de los españoles en Buenos Aires. Sitio de los Querandíes. Partida del Adelantado a la fortaleza de Corpus Cristi y su vuelta a España. Crueldades de Galán. Sucesos de la Maldonado.

La deplorable situación de estos españoles hacía en este tiempo un contraste horroroso con la felicidad prometida. Las manos que a su partida sentían ya el peso del oro y de la plata, caían desfallecidas por su propia miseria; los enemigos que despreciaban como imbéciles se habían ya familiarizado con la sangre española, y aprendían de sus propios contrarios el arte de vencer, los menos temibles de los bárbaros eran los que huían a los montes, y que dejándoles un suelo estéril, los ponían muy vecinos a los extremos de la necesidad; el hambre era tan ejecutiva y clamorosa, que quitó de sobre los objetos más chocantes el velo de la repugnancia, que habían hecho contra la naturaleza y la costumbre; y aun así no pudieron muchos preservarse de morir a sus filos; pero con todo, el descontento entre ellos mismo soplaba el fuego de las facciones, y debilitaba su poder, de que fue buena prueba la muerte del capitán Medrano, cosido a puñaladas en su cama. El general, que debía con su firmeza inspirar el aliento, se hallaba a punto de expirar por la memoria de tantos infortunios, que emponzoñaban todos sus días. Era preciso que todas estas cosas les convenciesen, que donde habían buscado conquistas hallaban su sepulcro. Para remedio de tantos males, despachó el Adelantado al capitán Gonzalo de Mendoza en busca de víveres, y a Juan de Ayolas para que hiciese algún útil descubrimiento. Ambos partieron a su destino, llevando orden de avisar entre cuarenta días su resultado. Pasados estos, poco faltó para que a lo menos el Adelantado con la mitad de la gente que tenía, llevase a ejecución su propósito de abandonar esta empresa, y restituirse a Castilla.

Aparejadas todas las cosas para la marcha, desistió de ella por ahora con la llegada de Ayolas, las buenas noticias de su amistad con los Timbúes, y los víveres que condujo del puerto de Corpus-Cristi, donde dejó al capitán Alvarado con cien soldados. Bien fue necesario todo este auxilio, para no llegar a perecer en el más peligroso de los conflictos, a que pudieron reducirlos las furias desatadas de los Querandíes. Animados con sus pérdidas mismas, solo la ruina de sus autores era, en su juicio, capaz de repararlas.

Un crecido número, que los historiadores primitivos hacen subir hasta veinte y tres mil hombres entre los suyos y los aliados, a quienes habían acalorado con la historia lastimera de sus desgracias, se presentaron ante la ciudad con ánimo resuelto de vencer, o no sobrevivir a su aflicción. Fue su primera diligencia poner cerco a la ciudad. Los más osados la asaltaron por varias partes, pero fueron rechazados por los sitiados, cuyo valor crecía a vista del peligro. El destrozo que hacía en ellos la artillería les hizo recurrir a un arbitrio muy superior a su disciplina, y que no desdeñaría el más ingenioso arte de pelear. Con un diluvio de flechas, que por uno de sus extremos llevaban materias combustibles, consiguieron muy en breve reducir a pavesas la ciudad, cuyos techos eran de paja. Al mismo tiempo destacaron por mar un grueso cuerpo a incendiar toda la armada. Cuatro embarcaciones mayores, menos su gente que se trasbordó a otras cercanas, no escaparon la combustión. Las otras, que se hallaban provistas de

bombardas, previnieron igual fracaso, arrojando sobre los indios tantas balas, que los obligaron a buscar su seguridad en la fuga. El sitio fue levantado con gloria de los españoles, quienes solo perdieron treinta soldados y un alférez, quedando de los enemigos cubierto el campo de batalla. Sucedió este acaecimiento el año de 1535.

Por muy honrosa que fuese esta victoria para los españoles, no podía dejarles mucha materia de regocijarse. Si habían salvado sus vidas, era para reservarlas a otros peligros, que por todas partes amenazaban. De los mismos vencidos Querandíes, eran de quienes más dependían los vencedores. En esta coyuntura tan difícil hizo el Adelantado reseña de su gente, y solo encontró quinientos sesenta españoles, fuera de los pocos que Juan de Ayolas había dejado en destacamento para guardia del presidio que levantó en Corpus Cristi. La mayor parte de los que faltaban perecieron en brazos del hambre. Esta se dejaba sentir de nuevo; y era forzoso prevenir sus efectos apelando prontamente al remedio. Después de haber el Adelantado embarcado cuatrocientos hombres y conferido la tenencia del mando al capitán Ayolas, marchó río arriba en su compañía buscando una fortuna menos ingrata. Pero esta era un bien fugitivo que solo de lejos lo halagaba. En el viaje se le murieron muchos, y la mitad de la guarnición de Corpus-Cristi había corrido la misma suerte. A pesar de la buena acogida que le hicieron los Timbúes, su ánimo se cubría cada vez más de sombras melancólicas, cuando advertía el estado de esta expedición a que se dio en principio una confianza orgullosa; continuó la dificultad de retroceder; y estaba en la vigilia de aniquilarse por un orden inesperado de sucesos infaustos. Todo ocupado de su tristeza, cayó en un desfallecimiento mortal, que desmentía con mucha mengua su antigua reputación. Habiendo despachado a su teniente llevando consigo trescientos soldados con el objeto de hacer descubrimientos por el río, y esperando inútilmente sus resultas, volvió a revivirse con más fuerza la resolución de regresar a España. Púsola por obra haciendo primero escala en Buenos Aires. Adonde quiera que volvía los ojos le salta al encuentro el dolor. Aquí vio también con amargura disminuida en la mitad la población a los rigores del hambre, y próxima a sucumbir la otra mitad. Aunque la llegada del capitán Gonzalo de Mendoza, que conducía bastimentos del Brasil, y en dos embarcaciones la gente del capitán Mosquera, dio algún ensanche al pesar, su partido estaba ya tomado: él se hizo a la vela para España. La desgracia la seguía muy de cerca: tuvo la última acabando sus días en el viaje sobre un lecho de angustias y miserias el año de 1537. Parece que el antiguo crédito de D. Pedro de Mendoza, fue más bien obra de la fortuna que de la naturaleza. Cuando aquella lo abandonó, desapareció su heroísmo, y sólo quedaron sus flaquezas. Sin genio, sin talento, sin valor, y lo que es más, sujeto a las pequeñeces de las pasiones, que envilecen al último del pueblo, no había nacido para grandes designios. Sin duda él mismo ayudaba la malos suerte a labrar sus infortunios. El primer eslabón de esta cadena fue la muerte de Osorio; razón fuera que el último fuese la suya.

Volvamos un poco más atrás. El Adelantado a su partida para el fuerte de Corpus-Cristi, encomendó el mando de Buenos Aires al teniente Francisco Ruiz de Galán. A este hombre, a quien pintan los historiadores con los colores más odiosos, le había tocado en suerte una alma dura, montada sobre la atrocidad, para que fuese el suplicio de los de su especie. Mandando ahorcar tres soldados, que en los últimos apuros del hambre, hurtaron un caballo y lo comieron; y obligando en rigor de justicia a una mujer a que se prostituyese a un marinero, o le restituyese el pez, que bajo este pacto le había dado, debemos reconocer en su persona a un malvado, que violando todas las leyes se atraía la execración del universo. ¡Qué principios! ¡Qué hombres para enseñar equidad a los salvajes! Estos hechos no debieran manchar la historia, si no enseñasen hasta que punto el abuso del poder puede degradar la dignidad del hombre. A más de esto ellos preparan el ascenso a otro mucho más inhumano, si no en todas sus circunstancias como lo han

concebido los historiadores copiándose unos a otros, a lo menos en lo que tiene relación al carácter de esta fiera.
Se cuenta comúnmente, que una mujer llamada Maldonado, a quien los crueles rigores del hambre le parecieron menos soportables que el tratamiento de los bárbaros, burló la vigilancia de los centinelas, se evadió clandestinamente de la ciudad. Buscando albergue la noche misma de su fuga, entró desprevenida en una cueva que la deparó su destino. No hubo dado el primer paso, cuando descubrió una leona formidable. El pavor y la admiración se disputaron la posesión de su alma: aquel infundido de un miedo natural; ésta de sus halagos inesperados. Sufría la bestia los dolores de un trabajoso parto; el sentimiento que la ocupaba le hizo olvidar por este instante los de su fiera condición; toda temblando en ademán de pedir socorro, se acercó mujer, y despidió en su idioma gemidos capaces de enternecerla. La Maldonado ayudó a la naturaleza en esos momentos dolorosos, en que no parece, sino que a pesar suyo echa a luz un ser, a quien generosamente dio la vida. Llena la leona de reconocimiento, se tomó el cuidado de conservar sus días, trayendo a la cueva mucha presa, que dividía entre sus hijos y su benefactor. Duró este cuidado lo que tardó la naturaleza en dar a los cachorros la fuerza necesaria para buscarse por sí mismos el sustento. Viéndose la Maldonado sin apoyo, salió de su retiro y siguió el curso de su fortuna; pero no tardó mucho tiempo en ser cautiva de los indios. Uno de ellos se aficionó de su trato y la tomó por mujer propia. Corriendo el tiempo la rescataron los españoles de Buenos Aires. Gobernaba todavía el tirano Galán; cuya servicia no se daba por satisfecha mientras no hollaba las leyes de la naturaleza, que respetaron los bárbaros y las fieras. Como si no estuviese bien purgado el delito de la fuga con tantos sustos y aflicciones, la condenó a que ligada a un árbol fuera de la ciudad muriese a los rigores del hambre, o fuese pasto de animales devoradores. A los dos días siguientes fueron varios españoles a reconocer el destino de esta víctima. ¡Cuál fue su sorpresa, cuando encontraron a sus pies una leona y dos leonzuelos, que velaban en guarda de su vida! Eran éstos esa familia deudora de sus beneficios, y con quien había pasado en tan grata compañía. Retirada la leona a una distancia, dio bien a conocer en su aire de mansedumbre la seguridad con que podían los españoles acercarse a desatarla. Así lo hicieron, llevándose a la Maldonado, y una lección con que los brutos enseñaban a los hombres a ser dementes. La leona, y sus leoncillos siguieron algunos pasos la comitiva, dando aquellas señales de ternura, que sabe sacar del pecho la amistad. Los soldados refirieron fielmente al comandante todo lo sucedido. Avergonzado acaso éste de ser inferior a las bestias, dejó con vida a una mujer a quien el cielo tan visiblemente protegía.
La fuga de esta mujer, su buena acogida entre los salvajes y la terrible sentencia que sufrió, todo es muy análogo y conforme a la situación de la plaza, a las costumbres de estos indios y al genio despiadado de Galán. Por lo demás tiene esta historia[3] todos los caracteres de un romance, ideado a gusto de un siglo en que el sello de lo maravilloso, concedía a los hechos más increíbles inmunidad de todo examen.

CAPITULO V

El teniente Ayolas llega a la tierra de Guaraníes, victoria que alcanza de ellos, sorprende a los Agaces. Continúa su viaje hasta el puerto de la Candelaria. Deja entre los Payaguáes a Irala, y sigue por tierra el descubrimiento. Fúndase la

[3] El autor de la Argentina dice que la supo de la boca misma de la Maldonado. El P. Techo asegura que a su arribo como hecho indubitable; pero la verosimilitud es de más peso que todas las autoridades humanas en materias de esta clase.

Asunción. Mata Galán muchos Caracarás a traición. Se vengan éstos por el mismo medio.

Dijimos más arriba, que antes de regresar de Corpus Cristi el Adelantado, su teniente Ayolas con trescientos soldados, inclusa una oficialidad de mérito reconocido, se había embarcado muy resuelto a llevar adelante estos descubrimientos. Se conciliaban en este general un valor atrevido con el talento de la insinuación, y la prudencia de los consejos con la prontitud de ejecutarlos. Juan de Ayolas siguió los pasos de Gaboto. Llegado que fue a una angostura en el río Paraguay fue atacado vigorosamente de los Agaces, quienes, aunque le mataron quince españoles, al fin fueron vencidos. Después de un largo viaje en que extendió hasta muy lejos el terror de sus armas contra el que quisiese experimentarlas, y la dulzura de su trato con los que se hacía dignos de ella, llegó hasta el asiento principal de los Guaraníes, en sitio muy cercano al que hoy ocupa la ciudad de la Asunción. Dominaban aquí dos régulos o caciques afamados, Lambaré y Yanduazubí Rubichá, tan próximos en sangre, como celosos de su vasto poder. A pesar de lo que publicaba la fama, ambos juzgaron que era agraviar su valor dar libre tránsito a estos extranjeros. Con un ejército numeroso se acercaron a los españoles profiriendo muchas amenazas con que se daban aire de seguridad. Tenían colocada su confianza en cuarenta mil brazos, que podían poner en movimiento en caso de perder esta primera acción, y en dos ciudades fortificadas, con murallas de gruesos tronos, fosos, contrafosos, estacadas ocultas de agudas puntas, y todo cuanto podía exigir una arquitectura militar proporcionada a sus armas y conocimiento. Ayolas deseaba evitar este encuentro, mas para perdonar unas vidas dignas de compasión, que por temor de aventurar la suya. Hizo decir a estos indios que sus intenciones eran de paz, y que era bien consultar la resolución que tomaban con su propia seguridad. Su respuesta fue provocarlo con un diluvio de flechas, que condensaron el aire; pero a la primera descarga de los españoles, el espanto tomó la plaza que había ocupado una vana confianza; todos desordenados se refugiaron precipitadamente a la fortaleza de Lambaré. Los vencedores la sitiaron; esta capituló al tercer día y se rindió, no pudiendo sostenerse contra el esfuerzo de unos soldados bien aguerridos y disciplinados. Los artículos de la capitulación los trazó Ayolas ajustado al plan de sus empresas. Conociendo cuanto le convenía tener fortificado un sitio, que a más de ser un freno para los vencidos, pudiese servirle de asilo en algún accidente desastroso, fue el primero que los Guaraníes levantarían esta fortaleza en el lugar en que habían desembarcado los españoles. El segundo tenía por objeto una firme alianza entre ambas naciones, por la que serían comunes sus injurias, y comunes también sus fuerzas para vengarlas. Este ajuste se hizo el 15 de Agosto de 1536, suministrando fundamento para que tomase el nombre de Asunción la ciudad a que poco después se dio principio.
Son a veces más poderosos los resortes de la política, que los de la fuerza más acreditada. No convenía a los españoles desobligar más a los Agaces tantas veces humillados, ni malograr unos instantes, que exigía el principal objeto de su sistema. Con todo, afirmarse en la amistad de los Guaraníes, era por ahora el interés preferente, que abría el paso a lo demás. El general español conocía bien el corazón del hombre y sabía que nada gana tanto su confianza, como ponerse de parte de sus resentimientos. Los Guaraníes abrigaban contra los Agaces unos odios envejecidos. Jamás el deseo de la venganza obró con más actividad en estos bárbaros, que estando vieron tan bien protegida su pasión. Ocho mil Guaraníes iban delante de los españoles acusando su tardanza. Asegurados por sus exploradores de la desprevención con que dormía un pueblo de Agaces, los sorprendió todo el ejército, y ejecutó tan sangrienta carnicería, que un solo varón no salvó la vida. Los Guaraníes quedaron muy ufanos, y no menos

los españoles con una complacencia tan favorable a su política. Aun consiguieron éstos más de lo que deseaban. Los mismos Agaces vinieron rendidos a suplicar un acomodamiento que a excusa de la debilidad de sus armas dejaba intacto su amor propio. Fuéles concedida la paz, y ellos la guardaron con fidelidad. Resulta de estos hechos, que pueblos divididos por celos mutuos no podían resistir a una fuerza superior y siempre unida.

Ya era tiempo que Ayolas continuase su expedición. El término invariable a que se encaminaba era el país de las riquezas; en todo lo demás él y sus compañeros se consideraban peregrinos. La brújula más exacta era el deseo de adquirirlas por el camino más breve, que rara vez es el más justo. Según las noticias que le dieron los Guaraníes, hacia el occidente habían provincias que rebosaban en oro y forzoso atravesar por entre naciones poderosas y guerreras. Esta preocupación sostenía la constancia de los españoles, quienes deseaban acreditar la grandeza de su alma, y la energía de su valor. Sin que quedase ninguno en la fortaleza, cuya guarda se encomendó a los Guaraníes, pasaron delante hasta un puerto que intitularon la Candelaria. Pertenecía este sitio a la nación Payaguá, muy memorable en la historia por sus engaños. Comúnmente se dice, y lo apoya la experiencia, que la atrocidad y buena fe caracterizan al mundo bárbaro, como la humanidad y la perfidia al mundo civilizado. Por lo mismo las costumbres rústicas y salvajes de los citados Payaguáes unidas a las útiles asechanzas del artificio y la mentira serán siempre un fenómeno moral, que deberá examinar la filosofía. Los españoles no experimentaron más en ellos que el abuso de su confianza bajo las garantías de amistad. Con un exterior de dulzura y de afectuosidad, que parecían confirmarlo sus mismos obsequios, se acercaron a los españoles. Estos, con ánimo más generoso, no omitieron expresión de benevolencia, que pudiese conducir a ganarlos. Los dones recíprocos y la franqueza de trato hicieron concebir a Ayolas que los Payaguáes entre sus manos serían instrumentos muy útiles a sus designios. Esto lo determinó a dejar entre ellos con cien soldados al capitán Domingo Martínez de Irala, y conducirse por tierra acompañado de trescientos paísanos que le facilitó el cacique, en busca de esas regiones opulentas, que eran el atractivo de sus cuidados. Irala sólo debía esperarlo seis meses en virtud de su instrucción.

Mientras Ayolas ejercía con decoro estos sufridos oficios de aventurero, fluctuaba el Adelantado Mendoza entre la resolución de regresar a España y la de esperar resultas de su teniente. Los capitanes Juan de Salazar, Espinosa, y Gonzalo de Mendoza con ochenta hombres partieron por su orden desde la ciudad de Buenos Aires en solicitud de noticias. Todo el fruto de esta jornada, que alcanzó hasta el puerto de la Candelaria, fue la fundación de la ciudad de la Asunción, año de 1537, la que a instancia de los fieles Guaraníes formalizó a su vuelta Gonzalo de Mendoza en el mismo sitio de la fortaleza, interín que Salazar se encaminaba a Buenos Aires a dar cuenta al Adelantado de todo lo sucedido. Este ya había dado su vuelta para España, y se hallaba con el mando de la ciudad el terrible Ruiz de Galán, monstruo despojado de todo sentimiento de humanidad. La relación harto lisonjera de la abundancia y prosperidad que disfrutaba la Asunción arrastró tras de sí el deseo de participar este beneficio, largo tiempo suspirado en Buenos Aires. Ruiz de Galán con mucha parte de sus habitantes se trasladó a aquella colonia. Después de haber sufrido a su arribo el cruel azote del hambre ocasionado de una pública calamidad, y después de haber aumentado con sus rigores el odio popular, tuvieron todos la amargura de ver afrentado el respetable mérito de Irala, quien, con ocasión de buscar víveres, arribó a la Asunción. Otros excesos de su genio van a minorar estos efectos de su impetuosidad.

Ignorando de todo punto, que la más bella de las ciencias es el saber mandar, y siempre poseído de su feroz humor, vino a descargarlo con toda su acrimonía en la fortaleza de

Corpus-Cristi contra los inocentes Caracarás. La crueldad a que lo excitaba la activa severidad de su carácter presidía a sus resoluciones. A pretexto de la más falsa imputación, cual era de haberse coligado estos indios contra los españoles, les armó lazos para perderlos bajo el velo de una fraudulenta amistad. Cuando los vio más descuidados, cayó sobre ellos, e hizo una horrible matanza; el que escapó de la muerte no escapó de la esclavitud. Pero si quería ser un pérfido, debió haber precavido los efectos de su perfidia. Él no podía ignorar que la necesidad es la maestra soberana de los pueblos salvajes; y que en la impotencia de vencer a viva fuerza era una lección muy peligrosa con que los instruía su mal ejemplo. Este no solo llenó de escándalo a los españoles, sino también hizo desconfiar a los aliados y aumentó el odio de los enemigos. Francisco Alvarado, que gobernaba esta fortaleza, sin duda porque reprobó esta alevosía temiendo sus consecuencias, fue relevado por el capitán Antonio de Mendoza y conducido a Buenos Aires en compañía de Galán. Los Caracarás trataron seriamente la venganza por el mismo medio que había asegurado su agravio. Los Timbúes tomaron parte en la querella, para separar un rayo que amenazaba sus cabezas. Sin manifestarse sensibles a la desgracia de sus compatriotas, parecía que al contrario daban las gracias a sus agresores, redoblando a favor suyo sus atenciones y servicios. Esto hacían al mismo tiempo que con la conducta más reservada levantaban el plan de su traición, y estaban siempre en centinela para no dejarse penetrar. Acercóse el plazo de ejecutarla. Vino entonces a la fortaleza el cacique principal de los Caracarás, y pintando en su semblante un sobresalto que no pasaba al corazón, expuso privadamente a Mendoza el duro trance en que se hallaba, o de faltar a la fidelidad prometida, o de ser con todos los suyos víctima desgraciada de una vecina y poderosa nación, que los cohibía a confederarse contra sus buenos amigos. Pidióle prontos socorros y concluyó en esta suerte: "yo dejo satisfecha mi obligación con este aviso anticipado: a vos os toca, valeroso capitán, mirar por vuestro crédito y corresponder esta lealtad." El alférez Alonso Suárez de Figueroa con cincuenta soldados caminaron en auxilio de estos bárbaros; pero no tardaron mucho en conocer que se habían aprovechado de su confianza a perderlos con seguridad. Al pasar por un estrecho fueron sorprendidos de una emboscada. Con todo, no pudieron los indios desordenarlos en este primer choque. El segundo ya fue con toda la rabia de una fiera carnicera y vengativa, en el momento de escapársele la presa de las manos. Pelearon los españoles con el denuedo acostumbrado, pero no pudiendo resistir a tanto número, murieron todos gloriosamente. Los españoles con la negra acción de Galán se habían hecho muy odiosos, para que estos indios se contentasen con otra satisfacción, que su total exterminio. Inmediatamente vinieron a poner sitio a la fortaleza en número de dos mil. Si los ataques eran vigorosos y sostenidos, no lo era menos la defensa. No fue pequeña dicha de los bárbaros haber inutilizado desde los principios con un golpe de dardo al bravo Pedro de Mendoza, que con toda dignidad desempeñaba su puesto. En medio de la consternación que causó esta desgracia, es donde la magnanimidad española se mostró con toda su fuerza. Reforzándose los bárbaros cada día con nuevas tropas, repetían los ataques con nueva obstinación a pesar de los muchos que morían, como víctimas de su constancia. Con todo, el fuerte no daba señales de flaqueza. La desesperación en fin determinó a los bárbaros a un hecho que diese a conocer la valentía de sus espíritus: el día quinceno del cerco, dieron a la plaza un asalto general; iban a cantar la victoria, cuando un feliz accidente se las arrebató de las manos. Dos naves españolas; que con noticia de haber los bárbaros sorprendido un bergatín, venían de Buenos Aires a Corpus-Cristi, mandadas por los capitanes Domingo Abreu y Simón Xaques de Ramoa, llegaron a ponerse a distancia de percibir el estruendo, y el sonido de las flautas con que los enemigos acaloraban los más empeñados de la acción. Instruidos del suceso se

acercaron todo lo posible, y manejaron la artillería con tan buen éxito, que hicieron un destrozo capaz de amedrentar los áninos más osados. Por otra parte aquel punto de honor erigido en máxima entre todas las naciones de ocultarle al enemigo sus pérdidas, obligaba a los bárbaros a romper sus filas, y debilitar los ataques. Ellos retrocedieron algún tanto; saltaron a tierra los españoles de los barcos; los sitiados se unieron a ellos; acometieron todos a los bárbaros y los pusieron en huida. Se señalaron mucho en valor Juan de Paredes, Adamo de Olaberriaga y el capitán Campusano. Acaeció este suceso el 3 de Febrero de 1539, día de San Blas, obispo. Se cuenta que los indios atestiguaban haber visto sobre la muralla un personaje venerable que arrojando fuego por los ojos y amenazándolos con una espada que vibraba, les llenaba de terror. Los españoles atribuyeron esta dicha a una protección visible del santo.
Pero la superstición popular admite con gusto estos prodigios, y los ha multiplicado con tanto exceso, que hace dudar muchas veces aun de los verdaderos. A consecuencia de este acaecimiento, y de haber muerto de su herida el capitán Mendoza, evacuaron los españoles la fortaleza de Corpus-Cristi, y se trasladaron a Buenos Aires.

CAPITULO VI

> Vuelve el teniente Irala a la Candelaria en busca de Ayolas. Los Payaguáes le forman una traición y los vence. Refiere un indio Chanés la muerte de Ayolas. Llega de Buenos Aires el Veedor Alonso Cabrera. Irala es elegido gobernador. Dáse nueva forma a la ciudad de la Asunción. Tiene principio la predicación del Evangelio. Desampárase a Buenos Aires. Conjúranse los Guaraníes. Es descubierta la traición y son castigados.

La tardanza del general Ayolas traía muy atormentado el ánimo de su amigo y substituto Martínez de Irala. El miraba ya esta dilación como una circunstancia presagiosa de infortunio, pero la misma incertidumbre del suceso era una razón más de averiguarlo. Sus nobles sentimientos en contradicción con su seguridad lo llevaron a este arriesgado empeño. Con todo de estar pasado en mucho exceso los términos estipulados, y que toda precaución era insuficiente para ponerse a cubierto de los insidiosos Payaguáes, Irala volvió a la Candelaria. Su arribo por de pronto fue infructuoso, porque ni aun se dejó ver señal de huella humana. No corrió mucho tiempo sin que los bárbaros ansiosos de ejercer sus malas artes, buscasen a los españoles que se habían recogido a una isla. En número de cuarenta se presentaron a distancia, y propusieron por medio de sus nuncios acercarse bajo pretexto de comercio, siempre que depuestas las armas, tuviese un salvo-conducto su inocente timidez. Aunque a la penetración de Irala no se escapó la dañada intención de estos fingidos comerciantes, el anhelo de instruirse sobre la suerte de Ayolas dio mérito a que condescendiese a la propuesta de estos conspiradores. Mandó pues a sus soldados las dejasen, quedando siempre en guarda de tomarlas al menor indicio de traición. El suceso nos convence lo que la prudente cautela vale en un diestro general. Se acercaron entonces los Payaguáes dando a sus acciones y discursos aquel tono afectuoso de nativo candor, que concilia la confianza cuando se halla desprevenida. Luego que concibieron que su disfraz había acreditado la mentira a la medida de sus intentos, se arrojaron unos sobre las armas, otros sobre los españoles. No fue tanta la diligencia de éstos, que las recuperasen con prontitud. Irala pudo primero que todos empuñar la espada y rodela a merced de su advertencia y valor. Después de haber echado a sus pies siete cabezas de los más denodados, embistió contra los demás, asistido de su alférez Carvajal y Maduro; y llevando en su espada a todas partes el estrago, consiguió ver desenvueltos a los suyos.

Concurrieron de los bárbaros otros muchos; se formalizó más la refriega, y aunque con pérdida de dos soldados españoles y cuarenta heridos, entre éstos el valeroso Irala, vieron por fin darse a una fuga vergonzosa estos salvajes. Los bergantines tuvieron que sufrir otro igual ataque; pero también la gloria del vencimiento. Acaeció este suceso el año de 1538.

Cuando más perplejo se hallaba Irala en una isla entre ponerse a salvo de tantos riesgos, o provocarlos con nuevas tentativas, se oyeron hacia la banda opuesta tambores lúgubres de un indio, que en voces castellanas pedía ser llevado a la presencia de Irala. Puesto en ella se dejó ver como abismado en ese profundo silencio, que es la expresión más enérgica del sentimiento. Inquirió Irala el motivo; pero al quererlo proferir expiraban las palabras a medio acabar sobre los labios; porque las lágrimas (este último recurso de un afligido) ahogaban el uso de la lengua. Haciendo por fin el mayor esfuerzo habló de esta manera: "Yo, señor capitán, dijo, soy un indio de nación Chanés, que tuve la buena suerte de servir en clase de criado al capitán Ayolas. Después de un largo y penoso viaje llegó por último mi amo a los pueblos de Samócosis y Sibócosis, que habitan las cordilleras del Perú. La bondad con que trataba a todos le hizo un gran lugar entre estas gentes, y le facilitó la adquisición de inmensas riquezas que condujo a este país. Su disgusto fue muy grande cuando se encontró sin los navíos y soldados que creía lo aguardaban. Mitigaron su aflicción los Payaguáes, hombres siempre aparejados a tributar sus obsequios con una finida prontitud. Por entonces los galatearon con la comida y los servicios, hasta que a él y los suyos pudiesen darles muerte segura. Observando el descuido con que dormían, cayeron sobre ellos una noche y los pasaron a cuchillos. No sé por qué accidente había escapado mi amo, pero habiendo sido encontrado al otro día fue inhumanamente asaetado. A mí me valió ser indio para no sufrir la mismo suerte, y acaso para que hubiese quien os refiriera este suceso.” No admirará este acontecimiento a quien admitiera que Ayolas aun no había experimentado la duplicidad de estos bárbaros. Sus hechos servirán para conocer en adelante que tiene también su astucia la estupidez, tanto más digna de temerse, cuanto es mayor la seguridad a que provoca. En cuanto a la bondad de Ayolas, que pondera el indio Chanés, fácil es concebir, que siendo este el principal agresor en la muerte del inocente Osorio, no era esta bondad de temperamento, o de reflexión, que inclina al bien sin esperar la recompensa, sino por el contrario, una bondad seductora de que se prevalía para adormecer la sencillez de los bárbaros, a fin de que fuesen menos sus peligros y más abundantes los despojos. Si el valor de la intrepidez y los demás talentos militares, sin la rectitud del alma pudiesen dar derecho al heroísmo, seria Ayolas uno de los héroes de esta conquista. Exigía el pundonor de Irala que convirtiese sus armas contra estos prevaricadores de la fe prometida; pero eran desproporcionadas sus fuerzas a un empeño de ésta clase. Su situación lo obligó a volver a la Asunción.

Mientras hacía Irala estas gIoriosas pero estériles incursiones arribó a Buenos Aires el Veedor Alonso de Cabrera con un refuerzo de tres embarcaciones y doscientos reclutas; vinieron también aquí ocho religiosos franciscanos[4]. Pero esta desgraciada ciudad estaba destinada casi a unir el día de su muerte con el su nacimiento. Por una parte los víveres, que condujeron estas embarcaciones se corrompieron prontamente; por otra, retirándose los bárbaros con todas las subsistencias del país, le ponían un asedio tanto más apretado, cuanto estaba más distante el enemigo. Los rigores del hambre empezaron a sentirse, y era preciso prevenir sus consecuencias. El Veedor y Ruiz de Galán, que por un ajuste ilegal había encontrado el medio de contentar su ambición,

---

[4] El autor de la Argentina manuscrita, libro primero, cap. catorce, dice que solo trajo un navío. Parece que se equivoca a más de que Ulderico afirma fueron tres cuando menos, esto es más conforme al tenor de su título en el que se le llama capitán de cierta armada.

gobernaban simultáneamente. De común acuerdo resolvieron pasarse la Asunción con los más vecinos que pudiesen. Así lo practicaron después de haber despachado a la corte dos procuradores, y dejando un corto residuo de habitantes bajo el mando del capitán Juan Ortega.

Cuando el Veedor y Ruiz de Galán tomaron tierra en la Asunción, ya se había anticipado el teniente Martínez de Irala. Por una de las providencias de la corte estaba provisto el gobierno de estas colonias en el desafortunado Ayolas, y en caso de haber fallecido sin darse sucesor, tenían derecho los conquistadores para que a pluralidad de votos nombrasen el que debía reemplazarlo. A vista de una resolución tan categórica los principales pobladores se reprendían ellos mismos por esa baja condescendencia con que toleraban la usurpación de un mando, a que en su juicio los encaminaba su propio mérito. La elección se hizo ya necesaria para precaver los efectos de una guerra civil. Domingo Martínez de Irala, a la verdad, era un concurrente de grande nombradía, que por su consumada prudencia, su valor a prueba del último peligro y sus continuados servicios fijaba la atención pública; favorecíale también ser substituto de Ayolas, y por último le preparaba los sufragios una ambición enmascarada con tal arte, que afectando huir del empleo, hacía que por lo mismo él lo siguiese. Esto es en la realidad saber tejer la tela del honor con trama gruesa y urdimbre delgada. De común consentimiento empuñó Irala el bastón de general el año de 1538, y los que se habían abandonado más servilmente a los pies de sus rivales cuando mandaban, fueron los que más los insultaron en su desgracia.

Puesto en posesión del mando, resolvió Irala, como era debido, señalar los principios de su gobierno, dando a este cuerpo político aquella organización que exige el instituto social. Creó pues un Cabildo, repartió solares entre los vecinos, fomentó la construcción de los edificios, echó los primeros del templo, y cubrió la ciudad con un buen muro de defensa. Creeríamos que se había propuesto restablecer el orden destruido tanto tiempo por esa licencia soldadesca siempre dañosa a las costumbres, si no supiérarnos que el ejemplo es el que manda, y que sin este apoyo las leyes son muy débiles. En efecto, la vida lúbrica de este gobernador era más propia para lisonjear las pasiones que contenerlas en sus deberes. Es verdad que en su tiempo empezó la unión conyugal a confundir los vencidos con sus propios vencedores; pero, a favor de la protección de Irala, la disolución se hallaba en crédito a expensas de la honestidad. No es posible que un pueblo sea honesto, si nada le impide ser vicioso.

Por este tiempo, tuvo principio en estas partes la predicación del evangelio. Los religiosos franciscanos deben contar entre sus glorias haber hecho resonar por la primera vez en los oídos de estos bárbaros los augustos nombres de Dios, Cristo, Religión. Pero mucho era necesario para que el sonido de estas voces dejasen más efecto, que una sorpresa pasajera y aun contradictoria a su sindéresis. Para que no pasasen por absurdos los dogmas más sublimes y las verdades más abstractas de la fe, debía preceder una atildada preparación, que fuese el fruto de la paciencia y del trabajo más sedentario; debía el conocimiento del idioma abrir paso a las ideas, y debía en fin la predicación no hallarse desmentida por las obras. No sucedía así. Los religiosos, aunque de vida ejemplar, eran muy pocos; se manejaban por interpretes; acaso ignoraban aquel método que enseñó después la experiencia, y las costumbres de los demás decían tanta oposición con la doctrina, que no era extraño concibieran los salvajes fuese distinto el Dios del Evangelio del Dios que recibía el culto de sus obras.

La peligrosa suerte de Buenos Aires era un objeto digno de ocupar las atenciones políticas del gobernador. Siempre guiado del consejo, maestro seguro del acierto, llevó a deliberación de un congreso el importante punto, de si convendría desamparar por ahora aquel establecimiento distante un dedo de su ruina. Muchos opinaron por su

perpetuidad, y en efecto, las consideraciones de ser este un punto cardinal en las escalas de las expediciones marítimas; de abrir por su situación local el comercio de la metrópoli con las colonias, de asegurar los auxilios exteriores y por último de impedir hiciesen pie en el continente las naciones celosas de esta gloria, eran un cuerpo de motivos que daban peso a este sufragio. Con todo adhiriéndose el gobernador a la más sana parte de los juicios, fue de sentir que en la imposibilidad de prestarle los auxilios necesarios, sin grave detrimento de la capital, exigía el interés común un sacrificio momentáneo de aquellas grandes ventajas, principalmente resultando de la evacuación de este puerto el importante beneficio de tener reunidas las fuerzas, cuya disipación causaba la triste languidez de esta república naciente. Quedó acordada esta resolución; y en consecuencia la guarnición de Buenos Aires, sus vecinos y la gente de la nave genovesa "Panchalda" de donde proceden los Aquinos, Roches y Troches,[5] que habiendo naufragado cerca del puerto, sólo se había nacido para aumentar el número de los infelices, fueron transportados a la Asunción. Se lisonjeaba no poco el gobernador Irala, que con esta reunión tendría a sus órdenes un pie de ejército capaz de restablecer los negocios públicos, y desempeñarlo en la vastedad de sus designios. No fue tan pequeña su sorpresa cuando hecha reseña de la gente, solo se halló con seiscientos hombres en estado de tomar las armas. Estas eran las deplorables reliquias de esos grandes armamentos, que en el curso de casi veinte y cuatro años buscaban, aun sin fruto, los engañosos bienes de una esperanza desmentida.

Las pruebas con que hasta el presente tenían acreditada su fidelidad los Guaraníes, no daban lugar de sospecharse fuese necesario emplear contra ellos estas armas. Aun estaban frescas las huellas con que auxiliaron al ejército español en la jornada contra los Yaperies cómplices de los Payaguáes en la muerte de Ayolas. Con su ayuda habían también los Ibiturises, Tibiquarís y Mondais entrado recientemente al yugo de la obediencia. Sin embargo en medio de esta calma aparente se iba formando una tempestad, que hubiera descargado sobre sus nuevos dueños, a no haberla conjurado su dichosa casualidad. Los caciques de los pueblos sojuzgados arrastraban con impaciencia la cadena del vasallaje; pero vivían tan amedrentados, que recelaban dar a conocer aun a los suyos el deseo de romperla. Para sondear los ánimos dejaron escapar algunas quejas, que más parecían efecto del desahogo, que de un designio premeditado. Herían estas en la llaga que a todos afligía; una sensación dolorosa correspondió a esta tentativa. Asegurados los caciques dejaron hablar el sentimiento en toda su fuerza y energía. "Nosotros, decían, hemos nacido libres y gemimos al presente bajo una dura esclavitud; nos han quitado nuestras tierras y se nos obliga a cultivarlas para otros, humedeciéndolas con nuestras lágrimas mezcladas de nuestro sudor; nos consumimos por servirlos y hemos de sufrir nuestros males sin tener el alivio de quejarnos; nos toman nuestros hijos y mujeres, abusan de ellas por toda suerte de ignominia; los montes están llenos de los nuestro, y se les imputa a delito que huyan de la opresión; todo el que respira en estas tierras es feliz, y sólo nosotros envidiamos la suerte de los que ya no existen; pero el último de los males es la imposibilidad de remediarlos." Llevaba por intento este raciocinio excitar la desesperación, maestra fecunda de consejos atrevidos; no se engañaron los caciques; todos escogieron una muerte gloriosa, antes que gemir en una vergonzosa esclavitud.

Ya era preciso ajusta los medios de una secreta conspiración. Para imprimir en estos salvajes una idea reverente de los misterios que repararon al hombre caído, había dispuesto el gobernador Irala celebrar en el jueves santo de 1540 una solemne procesión de flagelantes. Era por cierto esta ceremonia más a propósito para infundir terror del

---

[5] Esta embarcación hacía viaje a la mar del Sud por el estrecho de Magallanes, a expender en el Callao 50.000 ducados de carga; pero no pudiendo pasarlo arribó a Buenos Aires.

cristianismo, que para ganarle afición; pero era también la más análoga a las extravagancias de un tiempo, en que nada gustaba tanto como mezclar usos bizarros con las prácticas más sagradas. Esta fue la ocasión que eligieron los conjurados para poner en obra su designio. Hicieron pues que anticipadamente fuesen entrando a la ciudad ocho mil indios, quienes concurriendo, no en masa, sino en diferentes porciones, ocultaban sus intentos bajo el velo de la curiosidad. Hallábanse ya todas las cosas a punto de empezar el estrago cuando fue descubierta la traición. A servicio del capitán Salazar estaba una india principal, hija de los caciques más autorizados, en quien este español tenía ya un hijo. Temiendo un indio deudo, que en fuerza de estas relaciones le comprendiese la catástrofe, la llamó a solas y le descubrió todo el secreto. Fingióse ella muy deudora a una noticia que tanto interesaba su vida; pidióle la aguardase mientras se retiraba a salvar un hijo, que no permitían sus entrañas dejar en el peligro. El capitán Salazar supo por ella hasta las menores circunstancias de esta oculta maquinación. Con la posible prontitud dio aviso al general, y no tardó este en atajar el daño. Simulando que un trozo de Yaperíes venía a invadir la ciudad, hizo de pronto tocar alarma, y convocó al mismo tiempo a los caciques, so color de consultarlos. Ellos entraron a casa del general para no volver salir. Habiendo confesado el hecho que intentaban, fueron todos condenados al suplicio. Este golpe vigoroso de autoridad acaecida, poco más o menos, en la misma hora destinada por los bárbaros a su cruenta ejecución, los llenó de tal espanto, que abatió todos sus espíritus y no les dejó alientos, sino para la fuga. Con todo, se prendieron a muchos, no para castigarlos, sino para afectar una clemencia, que tuviese por fruto la sumisión. El gobernador Irala hizo admirar en esta ocasión para los incautos su humanidad. Echados los indios a sus pies obtuvieron toda misericordia. Esta reconciliación fue sellada por el matrimonio de algunas indias con los españoles. De la unión de estos pueblos derivan los mestizos; unión que debe ser ventajosa, si es verdad que los hombres ganan como los animales atravesando sus razas; pero siempre era de desear que así como los hombres tienen un solo origen tuviesen también, si fuese posible. una sola patria, para que no conservase ninguna semilla de esas antipatías nacionales, que eternizan las guerras, y las pasiones destructoras.

Los indios de estos países son de un tinte bronceado bastante fuerte, cuyo humor prolífico provee cuatro generaciones, según sus diferentes mezclas. La tabla genealógica que se sigue hace esto más sensible.

Primera: de una mujer europea y de un americano neto nacen los mestizos. Ellos son atezados, los hijos de esta primer combinación tienen barba, aunque el padre no la tiene, como es notorio; el hijo pues adquiere esta singularidad de sola la madre, lo que es bien raro.

Segunda: de una mujer europea y de un mestizo proviene la especie cuartetona; ella es la menor atezada, porque no hay sino un cuarto de americano en esta generación.

Tercera: de una mujer europea y un cuarterón viene la especie octavona, que tiene una octava parte de sangre americana.

Cuarta: de una mujer europea y de un octavón sale la especie que los españoles llaman puchuela; ella es del todo blanca, y no se le puede discernir de la europea.

CAPITULO VII

Cabeza de Vaca solicita el Adelantazgo del Plata, el que se le concede. Fórmanse algunas ordenanzas para el gobierno de la provincia. Se hace a la vela el Adelantado, y llega a Santa Catalina. Su viaje por tierra, y su recibimiento en la Asunción. Promuévese la conversión de los indios. Obstáculos que se experimentan. Nombra a Martínez de Irala por maestre de campo, y lo destina a

nuevos descubrimientos. Vence Riquelme al cacique Tabaré. Arrogancia de los Guaycurúes. Son vencidos.

El anhelo a las riquezas hizo que algunos particulares trocasen en estos territorios una fortuna asegurada por otra contingente. La experiencia debió abrirles los ojos para conocer que siendo estos países exhaustos de metales, y no produciendo por entonces ningún fruto que pudiese entrar en la balanza del cambio, era este un bien poco menos que imaginario. Pero como es esta una pasión a quien irritan sus mismos desengaños, los medios de curarla los obstinaban a exponer esa fortuna a nuevos riesgos. Así venía a suceder que la codicia se hallaba castigada por la codicia misma. Los armadores en la expedición de Diego García se engañaron, pero al fin fundaban su esperanza en el crédito de las riquezas con que este nuevo mundo hizo que el viejo le volviese los ojos. D. Pedro de Mendoza incidió en el mismo error; pero fue con las muestras en las manos que hizo correr la ligereza de Gaboto. El armamento del Veedor Alonso de Cabrera fue en parte una consecuencia del tratado con Mendoza, y aunque el rey ayudó en estas jornadas, el aumento de la dominación a que dirigía sus auxilios era siempre un interés que daba lugar a estos sacrificios.

La nave Marañona de la expedición de Cabrera estaba de regreso en España, y con ella el pormenor del estado de la conquista. En la serie de estos acontecimientos hablaba con elocuencia la voz de la miseria. Pues con todo, véase aquí un nuevo aventurero, que solicita la provincia con empeño.

Este es el memorable Alvar Núñez Cabeza de Vaca, más célebre por sus desgracias, que por sus pretendidos milagros. Era este caballero nieto del Adelantado Pedro de Vera, cuyas proezas militares en tiempo de los reyes católicos redujeron la gran Canaria a una provincia de Castilla. Alvar Núñez se vio empeñado en esta ruta del honor con todo el entusiasmo que podía inspirarle un ejemplo doméstico tan brillante. Pasó a la América con Pánfilo de Narváez en la desastrada expedición, que tenía por destino la conquista de la Florida. De cuatrocientos hombres que componían este armamento, solo cuatro, entre ellos Alvar Núñez, escaparon la vida en la borrasca; pero tan al arbitrio de la suerte, que bien fue necesario atribuirles un milagroso don de la curación, con que se hacían gratos a los bárbaros, para libertarlos en los diez años que sufrieron su cautiverio. Nos parece más verosímil que aquel aire lleno de franqueza y de afabilidad, a que rara vez se resisten los corazones más despiadados y que por un privilegio de la naturaleza era tan propio de este ilustre prisionero, fue toda la virtud con que logró amansar la fiera condición de los bárbaros. Por lo demás una santidad a prueba de milagros toca en los ápices de la perfección y nunca se ha visto pasar a América en busca de fortuna. No escarmentado Alvar Núñez con sus pasados infortunios, solicitó el Adelantazgo del Río de la Plata con todo el empeño de un acalorado pretendiente. A favor de sus servicios, y de ocho mil ducados con que ofreció costear una nueva expedición, sin dispendio del real erario, se le concedió este gobierno a condición de haber muerto su propietario Juan de Ayolas; ocupando el grado subalterno de su teniente en el evento contrario. Así se capituló en 18 de Marzo de 1540.

No ha faltado quien mire la civilización como un pasajero que progresivamente va buscando los países templados y ricos en vegetales. No hay duda que atendido el curso natural de la cultura, la esterilidad del terreno ha debido retener al hombre por más tiempo en la vida salvaje. Pero un feliz concurso de causas políticas puede invertir este orden, y establecer en él la vida social, con anticipación a otro más fecundo. Vióse esto palpablemente en las ingratas regiones del Perú, con respecto a las de estas provincias todas salvajes, a pesar de su capacidad para fructificar cualquier semilla alimenticia. El interés del vasallaje hizo que los reyes de España se apresurasen a introducir la cultura

de estas regiones; pero solo hasta aquel grado que fuese compatible con la odiosa calidad de colonos. Estos bárbaros crueles, antropófagos, despiadados, y no amando a sus mujeres con ardor, carecían de la más fuerte atadura de la sociabilidad. Por otra parte, la falta de medios para subsistir desterraba toda idea de unión y de amistad y los tenía en perpetua guerra.

La introducción del cristianismo, algunas semillas para el cultivo de nuevos frutos, algunos animales domésticos y ciertos artículos correspondientes al buen orden, fueron los medios que por ahora puso en práctica la corte de España bajo la dirección de este Adelantado. Pondremos aquí los más dignos de su memoria.

Primero: “Que se propagase la religión cristiana con el mayor esmero”. No es dudable que este era el medio más eficaz de dar a este estado una forma regular y consistente; pero la austera verdad de la historia no permite disimulos incompatibles con su imparcialidad. Es preciso confesar de buena fe, que este arduo empeño se hallaba erizado de unas dificultades, tantos más difíciles de superar, cuanto ellas nacían de los mismos profesores de la fe. El duro tratamiento de estos conquistadores tenía de tal modo enajenados los corazones de los indios, que para rehusar el cristianismo, bastaba verlo profesado de sus tiranos. Bajo la misma opresión alimentaban el deseo de libertarse, y este era inconciliable con la resolución a un estado, que en su concepto de necesidad la perpetuaba. Por otra parte las costumbres corrompidas de sus nuevos dueños, su insaciable sed de riquezas, sus odios mutuos excitados por el deseo de dominar, y en fin sus disoluciones sin más términos que los del apetito, era preciso que cuando menos pusiesen muy en duda la santidad del Evangelio. No era fácil persuadirles que estos cristianos de que hablamos, se hallasen convencidos de unas verdades que tanto despreciaban, ni que tuviesen mucho temor a un Dios cuya justicia provocaban.

Segundo: "Que no pasasen abogados, ni procuradores a estas partes." Había ya acreditado la experiencia cuanto atrasaba la población el abuso de estos causídicos, que a favor de la distancia interpretaban las leyes a su antojo, y venían a ser otra cosa que los instrumentos más nocivos las pasiones.

Tercero: "que los castellanos y los indios pudiesen tratar libremente." El libre ejercicio de los cambios y demás contratos es uno de los medios más eficaces para la civilización, y el que parece abrazar todos los bienes comprendidos en la esfera de los deseos. Trae su origen de ese derecho de propiedad de que el hombre es tan celoso, por cuan sería esta muy incompleta, si al derecho de gozar no se uniese la facultad de disponer. Los conquistadores abusaban de su poder contra los indios en esta parte; pero los reyes de España, ¿abusaban menos del suyo contra unos y otros imponiendo restricciones al tráfico?

Cuarto: "Que de los tenientes se apelase a los gobernadores, y que la relación de las operaciones de éstos se remitiese al consejo." Tenía por objeto esta ordenanza desarmar el fiero despotismo subalterno a que estimula el espíritu de conquista, cuando lo alienta la impunidad. Otra era necesaria para poner término al de los reyes. Sin ella no podía haber vida, fortuna, derecho, ni propiedad asegurada.

Como si quisiera el nuevo Adelantado y gobernado forzar la fortuna a que le resarciese el tiempo y las fatigas vanamente empleadas en buscarla, partió prontamente de San Lúcar el 2 de noviembre de 1540 llevando bajo su mando, según la probable opinión, cinco embarcaciones y cuatrocientos hombres fuera de la gente de mar. En Marzo del siguiente año arribó a la isla de Santa Catalina, donde hizo saltar a su gente y veinte y seis caballos de cuarenta seis que se embarcaron. Sirvióle de no pequeño consuelo encontrar aquí a los padres Armenta y Lebrón de la orden franciscana, que con un celo verdaderamente heroico desempeñaban las funciones del apostolado. Fuese fastidio de

la navegación, fuese por haber perdido dos embarcaciones, dicen, o más bien por un deseo de adquirir prácticos de los lugares y naciones, a que pretendía extender las influencias de su mando, emprendió por tierra viaje a la Asunción, habiendo entrado primero por el río Itabuco, y despachado por mar a Felipe Cáceres con todos los inválidos. En esta jornada fue donde haciendo conocer Alvar Núñez, que sabia poner a sus deseos límites más estrechos que a su poder, y que si se manifestaba armado era para proteger a los débiles, dio pruebas de su bondad, seguramente, más gloriosas que las victorias. Los indios habitantes en este dilatado espacio se admiraban de que un hombre fuese capaz de tanta beneficencia. Con sus personas y sus bienes, puestos a los pies del Adelantado, no creían hacer más que honrar la virtud misma. Después de haber tomado posesión de estas tierras, dando a la provincia el nombre de Vera, entró por fin en la Asunción el 11 de Marzo de 1542 sin más desgracia que la muerte de un solo hombre. Poco después arribaron las embarcaciones, no habiendo tenido en el transito otro accidente azaroso que la escasez de víveres de que fueron socorridos por las prudentes prevenciones del Adelantado. En más riesgo se hallaron las balsas que desde el río Paraná despachó con algunos enfermos, imposibilitados de seguir la marcha por tierra; pues atacados de doscientas canoas de indios necesitaron todo su valor para salir libres de aquel peligro. Estas llegaron un mes después que el Adelantado.

Los españoles de alta dase recibieron en la Asunción al gobernador con más urbanidad que verdadero agrado. Ellos se asombraban con las particularidades de su jornada; pero querían más bien dice un escritor, atribuirles a un prodigio del cielo, que a unas virtudes, que no estaban en disposición de imitar. Cuando la historia haya puesto a la vista el cuadro de infelicidades que sobrevinieron a la provincia en tiempo de este gobierno, nadie podrá excusarse de preguntar, ¿cómo un justo que siempre hablaba con la virtud y el ejemplo más poderoso que las leyes, pudo ser ocasión de tantos desastres? Es que nunca son más temibles los vicios de un pueblo corrompido, que en el peligroso trance de hallarse reprimidos.

El Adelantado no defirió un momento el artículo de la religión, tan digno de su celo y tan conducente a acreditar la fidelidad de su empleo. Convocó al clero, le manifestó la voluntad del rey, le recomendó el buen tratamiento de los indios, como medio necesario para facilitar su conversión y lo hizo responsable de esta causa, que sin traición su ministerio no podía abandonar. Juntó también a los indios, exhortándolos a recibir la religión, les produjo un razonamiento lleno de aquellas verdades primitivas, que no dejan de percibirse aunque ofuscadas entre la nube de los errores. Convirtiendo después el Adelantado sus atenciones a las cosas del gobierno, hizo reseña de la gente y se encontró con más de mil trescientos españoles. Confirió luego empleo de maestre de campo a Martínez de Irala. Esta ya fue una falta con que empezó él mismo a labrarse sus gracias. Exigía su seguridad no autorizar demasiado a un ambicioso con todos los talentos que lo ponían en aptitud de ejecutar un mal designio, y que acostumbrado al mando, era de presumir sufriría con impaciencia otro sobre él. El suceso acreditará este rasgo de política. Alvar Núñez no era capaz de incidir en la baja timidez de un silencio pernicioso; sabiendo cuan justificada era la aversión que los oficiales reales se habían concitado por la odiosa altivez de su conducta, reprimió con varonil entereza sus vejaciones, y los contuvo entre los justos límites de sus deberes. Un disimulo artificioso cubrió sus odios hasta lograr ocasión de satisfacerlos. El Adelantado empezó a conocer aunque tarde, el error de haber armado a Irala, y usó alguna vez de la política para retirar de su lado un émulo tan peligroso. Hizo, pues, que con trescientos hombres avanzase los descubrimientos del río más allá del puerto de Ayolas, hasta encontrar otro más cómodo por donde pudiese realizar el proyecto tan deseado de comunicar con el

Perú. Irala desempeñó esta comisión como hombre de espíritu y sagacidad; subió hasta el puerto de los Orejones, que después llamaron de los Reyes, cien leguas más arriba del antiguo descubrimiento; trabó amistad con aquellos pueblos de índole pacífica; se informó de todas las naciones que ocupaban lo interior del tránsito; y cargado de oportunos conocimientos dio vuelta a la Asunción. El Adelantado había empleado este tiempo en ajustar nuevas paces con los inquietos Agaces; siempre temibles por sus continuas piraterías a pesar de los tratados.
En este estado se hallaban las cosas cuando un incidente interrumpió la cesación de hostilidades. El cacique Tabaré, señor de la provincia de Ipané, poseído de una noble altanería, y teniendo la sujeción de sus vasallos al dominio español como una afrenta que deshonraba su autoridad, los excitó a sacudir el yugo. Antes de tomar las armas quiso Alvar Núñez darse un aire de justicia. Sabía que en su pueblo se hallaba prisionero un hijo del desgraciado portugués Alejo García, de quien dijimos que habiendo penetrado los confines del Perú, murió a manos de los asesinos Guaraníes. La consecución de este prisionero le pareció de mucha importancia, por lo que sus luces podían conducir al gran proyecto de internación. No era muy de esperar que el fiero Tabaré accediese a un pacífico rescate; con todo, Alvar Núñez se lo hizo proponer por medio de indios amigos, esperando dar con su repulsa una nueva justificación a su causa. En efecto, con una osadía ignominiosa y cruel cerró el bárbaro todas las vías de conciliación; su respuesta fue quitar la vida a los emisarios, dejando a uno solo con ella, para que fuese mensajero de su atrocidad y desprecio. Contaba este cacique con unas fuerzas capaces de desempeñarlo en su querella. Consistían estas en ocho mil indios esforzados de su parcialidad, fuera de otros muchos aliados, y en su capital fortificada con tres órdenes de gruesas estacadas, a que antecedía un gran foso de circunvalación. Toda la mansedumbre del Adelantado no fue bastante para tolerar un agravio que interesaba lo más vivo del honor. El capitán Alonso Richelme con trescientos soldados y más de mil indios dirigió su marcha al pueblo de Tabaré con ánimo resuelto de expugnar esta fortaleza, donde con todas sus fuerzas se hallaba acantonado el enemigo. Los requerimientos de paz producían en estos bárbaros un efecto contrario. Una inopinada salida obligó a los españoles a valerse de todo su ardimiento para no ser desordenados. Después de una vivísima acción, en que los bárbaros resistieron con un valor inesperado, al fin fueron rechazados. Por otra parte el capitán Camargo, que con una compañía y cuatrocientos Guaraníes venía cargado de vituallas, fue asaltado con generoso ímpetu de un trozo de enemigos, en cuyo lance acaso hubiese perecido a no haberle dado la victoria, aunque con mucha pérdida, el desaliento de que se dejaron apoderar con la muerte de un caudillo. Estos antecedentes pusieron a los españoles en la necesidad de abreviar el asedio con un asalto general y decisivo. Las cosas se disponían para ello cuando, saliendo los bárbaros por dos puertas, se arrojaron con un coraje tan resuelto, que penetraron por nuestro real y se apoderaron de la plaza de armas. Avergonzados los españoles, embistieron con aquella noble emulación, que asegura la victoria; y aunque fue vigorosa la resistencia, consiguieron recuperar el campo perdido. La resolución del asalto estaba tomada, y así se practicó. Los indios hicieron una de las defensas más obstinadas y más dignas de mejor fortuna. Los españoles necesitaron de toda la ventaja de sus armas para triunfar y quedar dueños de la plaza; año 1542. Se contaron hasta cuatro mil muertos, y tres mil prisioneros por parte de los vencidos; por el lado de los vencedores murieron de los españoles diez y seis soldados, y fueron heridos más de ciento; de los indios amigos, entre muertos heridos, fueron muchos. Hizo tal impresión en los bárbaros esta derrota, que los seguía a todas partes la sombra del terror. Los fugitivos a la cabeza del humillado Tabaré, con los demás pueblos adyacentes, vinieron poco después a jurar un eterno vasallaje con tal que se les

perdonasen las vidas. Richelme usó con moderación de la victoria; no sólo les conservó la vida sino que dejo a Tabaré en posesión del cacicazgo. Restablecida la tropa de sus fatigas, regresó a la Asunción donde recogió muchos honores entre el estrépito de júbilo militar.

La paz y la tranquilidad son sumamente necesarias para curar las llagas de un estado. Pero la calamidad de estos tiempos no daba lugar a otra cosa que a estar siempre ceñido de este fierro homicida, y siempre manejando esas armas competidoras de los rayos.

Los Guaraníes se hallaban bajo la tutela del poder español. Por este principio sus agravios les tocaban muy de cerca, como también la necesidad de vindicarlos. Los más urgentes en el día eran los que les inferían los Guaicurúes, nación muy numerosa, atrevida, guerrera y cruel, quienes por sus violentas depredaciones tenían infestado el país. A la política de los conquistadores le era muy interesante acreditar el valimiento de su protección. Con esto lograban sojuzgar a todos, ya aficionando a los imbéciles, ya rindiendo a los más fuertes con el auxilio de sus mismos compatriotas. Alvar Núñez dio orden para que los padres Armenta y Lebrón con el presbítero Francisco de Andrada hiciesen entender a los Guaicurúes que prontamente restituyesen cuanto tenían usurpado, desistiesen de la guerra contra sus aliados, prestasen obediencia al César y no impidiesen en su territorio la publicación del Evangelio. Un lenguaje tan nuevo para los oídos de estos bárbaros, proferido por quien, sin derecho, llano, se erigía en juez de un pueblo libre, y lo lo sujetaba a la obediencia de un dueño, que él no había elegido, amotinó de tal modo su soberbia, que bien fue necesaria toda la escolta de cincuenta soldados, para que estos mensajeros no pagasen con sus vidas el precio de su temeridad. Sin embargo, no fue pequeña dicha de la escolta escapar con algunas heridas.

Era este un atentado muy insolente en el juicio de los españoles; el Adelantado se resolvió a vengarlo por sí mismo. Habiendo nombrado por cabos subalternos a Irala y a de Salazar, pasó el río con quinientos españoles de infantería, diez y ocho jinetes y dos mil Guaraníes, suministrados por el escarmentado Tabaré. Vivían los Guaicurúes tan satisfechos de sí mismos, que desdeñaron todo preparación, como vergonzoso indicio de cobardía. Todos dispersos los de esta tribu según su costumbre, tuvieron necesidad los españoles de darles tiempo a la reunió. Sin haberlos aun sentido, asentaron su pueblo tres leguas de nuestro campo. En el silencio de la noche logró este ponerse en proporción de que sus espías escuchasen los cantares llenos de arrogancia y valentía, con que alimentaban su vanidad en menosprecio del español. Al siguiente día se avistaron los dos ejércitos. No pudiendo sufrir el Guaicurú ver violado su territorio, acometió al español con más impavidez que cordura.

A pesar del estrago que hacía la artillería, sostuvo el choque heroicamente, y no sin daño de los nuestros. Lo que no pudo conseguir la viva fuerza, obró un temor ilusorio. Había dispuesto el Adelantado que los pretales de los caballos estuviesen guarnecidos de muchos cascabeles. En lo más vivo del combate acometieron éstos de tropel, llevando en el ruido y la novedad un sobresalto capaz de sorprender el coraje más prevenido. Un pavor frío se apoderó de los bárbaros y les hizo caer las armas de las manos. Desordenados y vencidos, buscaron en la fuga el único modo de recobrarse. No fue de sentir el general se siguiese el alcance; porque los Guaraníes aun no se habían restablecido del temor; y porque era muy de recelar emboscadas a cada paso, de un enemigo jamás acostumbrado a ceder. Cubierto de esta gloria, que hasta aquí nadie había merecido, regresó con todo su ejército a la Asunción.

CAPITULO VIII

Levántanse los Agaces. Alvar Núñes hace las paces con los Guaycurúes. Manda ahorcar unos caciques de los Agaces. Hace que Irala repita los descubrimientos. Parte a una jornada por el río Paraguay. Castiga a los Payaguáes. Llega hasta los Guajarapos. Resisten los españoles continuar adelante, pero los obliga Alvar Núñez. Introdúcese tierra adentro, y se ve obligado a retroceder. El capitán Mendoza entra a un pueblo de indios, donde encuentra una grande serpiente. Choque de Alvar Núñez con los oficiales reales. Su vuelta a la Asunción.

No podemos menos de lamentarnos de recorrer el campo de una historia, donde la mala fe, la perfidia, y las traiciones parece que brotan bajo la pluma del escritor. No pudiendo estos indios contrarrestar por un valor heroico la fuerza irresistible de sus invasores, muchos de ellos substituyeron en su lugar el fraude y el engaño. De esto se valieron por ahora los Agaces, enemigos los más intratables del nombre español. A pesar del nuevo ajuste con el Adelantado, el primer instante de su partida contra los Guaicurúes, fué el último de su fidelidad. Nunca les pareció más fácil desalojar á los españoles de la capital, que cuando vieron la debilidad de su guarnición. Con este designio se acercaron en gran número; pero la vigilancia de Gonzalo de Mendoza, á cuyo cuidado corría la ciudad, frustró todos sus conatos. Los bárbaros despicaron su saña talando los campos, y haciendo incursiones en que dejaron los estragos de su ánimo hostil. El Adelantado juzgó que era preciso llevar la guerra al centro de esta nación, y obligarla cuando menos á respetar las fronteras. Pero antes quiso dejar cubiertas las espaldas, trayendo á su amistad al no bien domado Guaicurú. Parece que los españoles por el derecho de la guerra reducían á esclavitud algunos de los prisioneros. Los indios extendían este derecho aún á matarlos y comerlos. Observa un escritor que la suerte de los prisioneros ha sido varia según las diferentes edades de la razón: los más salvajes de los hombres los atormentan, los degüellan o los comen; este es su derecho de gentes. Los salvajes ordinarios los matan sin atormentarles. Los semibárbaros los reducen á esclavitud. Las naciones cultas los rescatan. Que los indios de que hablamos redujesen á esclavitud los prisioneros, parece que lo autorizaba la justicia de su causa, unida á su estado de barbarie; pero que los españoles los imitasen, á más de que lo vedaban sus leyes, tenían contra sí la injusticia de sus empresas, y la cultura de su razón. Con todo, dando Alvar Núñez por un rasgo de generosidad la libertad á los prisioneros Guaicurúes, ensayó obligarlos de este modo á la correspondencia. Para esforzar más su liberalidad convocó á estos prisioneros y les expuso cuan doloroso lo había sido que los insultos de su nación le hubiesen puesto las armas en unas manos, que deseaba solo extenderlas para su beneficencia. Hizo así mismo que uno de ellos significase á los principales su buena disposición para ajustar una amistad, de que nunca tendrían que arrepentirse. El embajador peroró sobre esta causa ante los suyos con toda la vehemencia de que es capaz el que bendice aquel momento, en que, sin imaginarlo, pasa de un perpetuo cautiverio al dulce estado de libertad. Rara vez andan separados el valor y la gratitud. Los Guaicurúes hacían no menos alarde de valientes que de generosos. A los cuatro días siguientes vinieron veinte indios cabezas de familia. Introducidos á presencia del Adelantado se sentaron sobre un pié, dando á conocer venía de paso, y tomando uno de ellos la palabra habló con toda la franqueza de un guerrero. Tejió de pronto una larga historia de los triunfos con que su nación se había adquirido el predominio sobre las demás, no para hacer una vana ostentación de su valor, sino, antes bien, para encontrar en ella misma un justo motivo de suscribir sin abatimiento á su misión, pues nada parecía más debido como rendirse al que venciendo al vencedor de los demás había obscurecido todas sus glorias. La subordinación al rey, el paso franco á la predicación del Evangelio y la cesación de hostilidades en el territorio de los Guaraníes amigos y

vasallos fueron los artículos de la capitulación. El Adelantado quedó muy complacido de haber concluido un ajuste, á que no habiendo concurrido la fuerza de las armas, ni los bajos medios de la política, estaba muy distante de la extorsión. Otras naciones enemigas siguieron el ejemplo de la Guaicurú, y la dominación española iba cimentándose cada vez más.

Todo lo que el partido español ganaba por este lado, lo perdía por los irreconciliables Agaces. Los odios que estos profesaban á los demás sus compatriotas, hacían que mirasen su adhesión al español como una razón más de aborrecerlo. Siempre atentos á devastar nuestras campañas, tenían amedrentados á sus habitantes con sus continuas rapacidades. Antes de dar principio á la guerra, vengó el Adelantado su enojo mandando ahorcar en varios árboles del campo á doce prisioneros de esta nación. Hecho inhumano con que hizo traición á su corazón, y afeó la bella historia de su vida. Este severo ultraje de las leyes sirvió á lo menos para que los Agaces se ahuyentasen á lugares remotos, que defendidos de pantanos impracticables cerraron la entrada al ejército español.

Observa bien el padre Lozano[6] la equivocación que padece el cronista Herrera[7] afirmando, que Alvarez despachó gentes á que poblasen el puerto de Buenos Aires en consideración de su importancia. El silencio de todos los escritores, y el afirmar el Licenciado Centenera, que esta ciudad no se repobló hasta el año de 1580 siendo uno de los que concurrieron á este acto, acreditan la legalidad del reparo. Pero no es menos digno de crítica el mismo Lozano, cuando poco después se contradice[8] asegurando que Alvar Núñez mandó dos bergantines con Gonzalo de Mendoza á socorrer á los que había despachado á poblar á Buenos Aires.

La ambición de Martínez de Irala murmuraba, aunque en voz baja, por verse reducido á un puesto subalterno. No se le escondía al gobernador que su mano proveía de alimento al fuego de la sedición, y que este para manifestarse solo esperaba el primer soplo que lo reanimase. Valióse mañosamente el Adelantado de la aptitud de Irala para sofocar este incendio, que él mismo preparaba. Obligólo pues á que con noventa castellanos partiese en tres bergantines á repetir los descubrimientos del Río Paraguay. Nada descubre tanto el fondo de reserva de este hombre artificioso, como ese sufrimiento con que sin inquietud ve desvanecerse las obras de su maquinación. Sabía que el modo de malograr un designio, era precipitarse á recoger un fruto, que aun no estaba en sazón.

Afectando tranquilidad de ánimo partió á su destino el 20 de noviembre de 1542. Habiendo arribado al puerto de las Piedras, á setenta leguas de la Asunción, dispuso según las instrucciones del Adelantado, que ochocientos indios con tres castellanos se introdujesen por lo interior de la banda occidental y adquiriesen todas las noticias, que conducían al plan general del establecimiento. Las sugestiones del cacique Aracaré, que amotinó á los indios, malograron esta empresa, y aunque repetida por otros más fieles á quienes persiguió aquel, no tuvo otro éxito, que recoger trabajos, sustos y desengaños.

Los tres castellanos y los indios de esta expedición no habiendo encontrado á Irala fueron molestados del cacique Aracaré; pero al fin lograron incorporarse á los de la jornada. Continuó pues Irala su derrota hasta un puerto, que intituló de los Reyes, situado en la nación de los indios Cacovés. Reconocidas estas gentes las encontró dedicadas á la labranza, y que daban indicios nada equívocos de poseer ese metal, ingrato objeto de tantos afanes. Con estas noticias dignas de dar á esta empresa un aire de importancia, volvió Irala á la Asunción. No quedaron sin castigo las infidencias de Aracaré, porque fulminando su proceso en la Asunción, y cayendo en manos de Irala á su regreso, pendiente de un árbol sirvió de escarmiento á los demás.

---

[6] Historia manuscrita, libro 2, cap. 9.
[7] Herrero, década 7. lib. 4. Cap. 13.
[8] Id. Id.Cap. 10.

No se puede negar que la situación del Adelantado era una de las más difíciles y delicadas. Cuando entreteniendo á Irala en continuas expediciones parecía cortar los brotes de la sedición, renacían estos con más vigor por el fomento de los nuevos méritos, que él mismo lo obligaba á contraer. Los sucesos de la última jornada practicada por Irala animaban los deseos que alimentaba el Adelantado de reconocer por sí mismo unos descubrimientos, que llamaban las serias atenciones del vigilante interés. Pero la declaración de su propósito no hizo más que suscitarle contradicciones. Intenta acopiar víveres entre los indios, y cuestan estos batallas y victorias, que ganó Irala, advierten los oficiales reales el nuevo crédito con que va á realzarse, y envidiosos de esta nueva gloria se atraviesan con mil embarazos. Pero la firmeza del Adelantado disipó todos sus estorbos. Después de haber hecho regresar á los padres Armenta y Lebrón, evadidos furtivamente para promover ante el rey las calumnias de los sediciosos, y después de haber abolido las nuevas exacciones con que estos tenían agravados los antiguos abusos, detuvo sus empresas con el arresto de sus personas. Irala que todo lo dirigía á sus fines con tanta destreza como constancia, parecía no hacer papel en esta escena; pero era bien averiguado, que sembraba con arte la discordia, que estaba unido de intención con los demás, y que respiraba en secreto su venganza.
A despecho de sus enemigos con cuatrocientos españoles y ciento cincuenta indios de guerra puso en obra su partida el Adelantado en 1543, dejando el mando al capitán Juan Salazar de Espinosa, y llevando consigo á Irala, dos oficiales, Pedro Dorante y Felipe de Cáceres, cuyos movimientos convenía observarlos muy de cerca; aunque el autor de la Argentina manuscrita dice, que también fué Alonso de Cabrera. Con próspera fortuna, unos por tierra, y otros por mar, llegaron hasta el puerto de Itapitán donde se embarcaron todos, y prosiguiendo el viaje, arribaron al de la Candelaria, ese sitio aborrecible por tantos infortunios. Al hombre de candor y buena fe es tanto más fácil engañar, cuanto imposible que él engañe. Toda la grande experiencia que se tenía del trato doble de los Payaguáes, no puso á cubierto al Adelantado para impedir que se burlasen de su credulidad. Seis indios de esta nación, contrahaciendo la inocencia con toda propiedad, se presentaron en su presencia, y dándose por enviados de un cacique principal, ofrecieron a su nombre poner en su poder dentro de un día natural, hasta sesenta y seis cargas de ricas joyas y presas, que fueron los despojos del desgraciado Juan de Ayolas. Cuando consideramos el indiscreto asenso que dió Alvar Núñez á esta torpe ficción, no tememos asegurar que los indios la comenzaron, ni que su gran deseo lo concluyó. Pasado con mucho exceso el término del emplazamiento sin que los ofertantes verificasen su promesa, y sabiéndose que los indios invadían á cara descubierta las canoas más lentas del convoy, conoció la burla el Adelantado, más tarde de lo que debiera. Su ofensa personal al verse sonrojado de uno bárbaros, el agravio de las armas españolas concurrieron para resolverlo á la venganza. A beneficio de una emboscada de embarcaciones que dispuso con arte y sagacidad, logró dar una descarga á los agresores, que le dejó sobrada materia al arrepentimiento. Canoas echadas á pique, indios destrozados por las balas, otros reducidos á cautiverio, sus caciques ahorcados en los bosques fué el triste resultado de la pasada burla. Viendo al pacífico Alvar Núñez tan fieramente encarnizado, es fácil reconocer aquí las preocupaciones odiosas tanto tiempo funestas al género humano.
Bien satisfecho su enojo contra los Payaguáes, continuó su marcha hasta la tierra de Guajarapos y Guatos, con cuyas naciones trabó amistad, haciendo intervenir todos los medios que podían cautivar su voluntad. El 25 de Octubre llegó la división de este río, que partido en tres brazos forma con el uno un gran lago, y hace con los restantes la isla de los Orejones; grande, poblada, abundante, amena y tan deliciosa, que mereció llamarse el paraíso. Fueron recibidos aquí los españoles con una cortesanía nada común

á los otros pueblos. Estos gigantes atractivos los inclinaba á levantar un establecimiento que podía servir de escala á esta importante navegación, y de entre-puerto á la comunicación del Perú. Observaremos en adelante lo que costó á la España haberlo despreciado. A la penetración del Alvar Núñez no podían escaparse estas utilidades pero, ó temiendo enflaquecer sus fuerzas con esta división, ó reservándose elegir lo mejor después de bien examinado el terreno, resistió por ahora este proyecto. Su resistencia causó en el ejército una fermentación, que estuvo en vísperas de declararse en alboroto popular. “¿A qué fin, gritaban en voz alta, principalmente los veteranos, habitar siempre en países salvajes, consumirnos en fatigas, exponernos á nuevos riesgos, sin tener una fortuna asegurada? ¿Qué buscamos en los desiertos, en los bosques y en los países inundados donde sólo nos saludan antropófagos? ¿Y á la vista de nuestros compatriotas que las enfermedades quitan de nuestro lado, qué podemos esperar sino una suerte semejante? Seamos prudentes á sus expensas, y sin ir á buscar más lejos esos tesoros quiméricos, que parece huyen de nosotros, ¿por qué no hemos de gozar el bien que hoy día nos presenta la Providencia? Cuando más, busquen los jóvenes ese oro, mientras pasamos en un ocio tranquilo los cansados años de nuestra vejez." Los principales de la tropa se acercaron al Adelantado y le expusieron cortésmente estas bien fundadas quejas: pero tomando por su parte la palabra les dijo, algo demudado: ¿Son españoles estos que yo oigo hablar así? ¿Hemos dejado la España, nuestros padres, nuestros amigos, por venir á buscar tierras y gozar en la obscuridad una vida blanda y ociosa? Para eso, ¿qué nos faltaba en nuestra patria? Yo me imagino ver aquí unos muchachos, que por recoger manzanas desprecian los tesoros cuyo precio no conocen. El emperador, nuestro señor, nos ha enviado á este nuevo mundo para conquistarle provincias y asegurarle la posesión de las riquezas, que ellas encierran en su seno; es necesario, ó morir, ó emplear la vida en experimentar mayores males; conviene á nuestro honor corresponder á la confianza con que nos ha honrado este gran príncipe. Yo sé cuales son mis obligaciones y las vuestras; á mi me toca daros el ejemplo; vosotros lo seguiréis, si fuéseis dignos del nombre que tenéis.

Este raciocinio calmó los ánimos, y se dejaron conducir hasta el puerto de los Reyes, donde arribó la armada, no sin crudos trabajos y fatigas. Fué muy cumplido el regocijo cuando á poco de haber recorrido el campo, encontraron á estas gentes tan humanas, como si cada cual limitase su ambición á ser amigo de los españoles, y pusiese su felicidad en servirlos. Nacía sin duda esta mansa índole de su profesión agricultora, y de ese tal cual culto, aunque á fingidas deidades, que no sin asombro de los huéspedes advirtieron en estos indios, con exclusión de los que hasta entonces habían tratado. En ocasión tan oportuna, no podía estar sin ejercicio el celo activo de Alvar Núñez. Dispuso pues que se formase una capilla provisional donde se propuso dar á estos naturales una alta idea de nuestros misterios, y les habló del rey y de la religión con toda la dignidad de un enviado. El comisario Armenta acabó esta pasajera instrucción, no con el éxito que vanamente se lisonjeaba sino con aquellas engañosas señales, que manifestando convencimiento dejan siempre idólatra al corazón. Prueba de ello fué que intentando destruyesen sus ídolos, los defendieron con sus lamentos, como quien veía su propia ruina unida a la de su culto. No obstante esto, con un celo precipitado, ellos se quemaron á presencia de los indios, quedando muy pasmados de que el cielo no volviese por su causa.

El señor de más nombradía en estas comarcas era el cacique Jarayes, de quien recibe el nombre este célebre lago. No descuidó Alvar Núñez en diputarle una embajada solicitando su alianza, ni el cacique en recibirla con la más atenta cortesanía. Sentado este señor en una hamaca de finísimo algodón, que le servía de trono, rodeado de trescientos cortesanos, y decorado de un tren de magnificencia correspondiente á su

poder, escuchó con señales de majestuoso agrado las proposiciones de amistad, que hacían el objeto de esta legacía, y cargando de dones y caricias á los embajadores los despachó, para que convidasen de su parte al general y su tropa, tuviesen la bondad de acercarse hasta su pueblo á darle el singular honor de conocer á unos hombres, que inmortalizaba la fama, y recibir los oficios de su gratitud y beneficencia. Aun no satisfecho con esto, destinó á un vasallo principal suyo, no solo para que cumplimentase de su parte al general español, sino también para que le sirviese de fiel guía en caso de resolver la prosecución de sus empresas. No debe admirar tanta humanidad en un bárbaro: la razón y la equidad son de todos los lugares y los tiempos y dictan los mismos sentimientos, si no se hallan contradichos por otros usos corrompidos. Los embajadores Héctor Acuña y Antonio Correa, con el enviado del cacique, volvieron al campo español, y refirieron al Adelantado todo lo expuesto, quien quedó muy complacido. En los ocho días que tardó esta embajada se incorporó á la armada la división de Gonzalo de Mendoza con noticias muy adversas. Estas fueron que los Guarapos, según decían los españoles, por una bajeza igual á la generosidad de los Jarayes, habían quebrantado la fe de los tratados, invadiendo alevosamente el bergantín del capitán Agustín Campos, á quien le mataron cinco españoles, fuera de Bolaños que se ahogó, y que persuadiendo á las naciones vecinas la vana invencibilidad de los españoles las excitaban á una conspiración general. No creyó el Adelantado debía retardar sus proyectos, por castigar este hecho. Aprovechando los momentos resolvió su marcha por tierra hacia el rumbo del Poniente con trescientos españoles y los demás auxiliares. El capitán Juan de Romero teniendo á sus órdenes cien castellanos y doscientos indios amigos, quedó en custodia de la armada.

Sabiendo que la mayor parte del ejército español iba arrastrado por el freno de la obediencia, que maseaba á pesar suyo, fácil es conjeturar no sería muy aventurado el éxito de esta marcha. En efecto, vencidas ya cinco jornadas por bosques tan espesos, en que fué preciso, á veces, abrirse camino con los brazos, manifestó sus incertidumbres el conductor Jarayeno. No debía ser de mucha consecuencia este accidente, supuesto que se supo por otro más perito, que á diez y seis jornadas, aunque no fácil tránsito, venía ya á tocarse el término tan buscado. Pero los mal contentos se atrincheraron de este pretexto en una junta ante el general para que prevaleciese su intento. Alvar Núñez echó de ver que en la disposición de los ánimos eran muy arriesgadas resoluciones absolutas; sacrificando su juicio á la quietud pública, tuvo la prudencia de ceder. Aunque quedó decretado el regreso al puerto de los Reyes, dió orden, con todo, para que el capitán Francisco de Rivera, con seis castellanos y pocos bárbaros, guiados del indio práctico, se avanzase hasta un lugar llamado Tapuá. El entretanto experimentó en el puerto lo poco que servía el débil muelle del temor, para poner una amistad al abrigo de la inconstancia. Estos salvajes excitados, en la ausencia del ejército, por los influjos de los Guarapos, y dando oído á las voces agonizantes de su religión, de sus costumbres y de su libertad, entraron en el proyecto de deshacerse de los españoles por medio de una traición. La vuelta de Alvar Núñez calmó esta borrasca. Sospechando los caciques algo traslucido su designio, intentaron disculparse. No pasaron del todo sus excusas, porque estimó el general debía asegurarse de un terror verdadero por una severidad simulada. Afectó al vivo un acceso de irritación, y mandó ponerlos al borde del suplicio, donde sabía muy bien sería interesada su compasión por los ruegos de su gente. Esta lo desarmó en efecto, y aprendieron los indios, á su costa, á ser más cautos.

Aunque moderados los españoles con las severas órdenes de su jefe no daban materia al sentimiento de los bárbaros: los odios y las venganzas por todas partes se unían á sus pasos. Para ser una nación aborrecida basta por lo común ser conquistadora. Faltos de víveres los españoles, fué despachado el capitán Gonzalo de Mendoza en solicitud de

buscarlos. Los Arrianicocíes, parcialidad vecina, llevaron su arrogancia hasta negar por su justo precio los alimentos, de que abundaban y de presentarle batalla en desprecio de sus pacíficos requerimientos. Aunque en número de cuatro mil contra ciento veinte castellanos y sesenta indios amigos, se dieron vergonzosamente á la fuga á los primeros tiros de fusil. Mendoza entró á su pueblo que encontró desierto de habitantes, lo entregó al saco, y regresó cargado de víveres, y otros despojos. Antes de retirarse los españoles encontraron en la plaza de este lugar una gran torre de gruesos maderos, que terminaba en figura piramidal. Este era el templo de una serpiente monstruosa, que estos bárbaros habían erigido en divinidad, y á quien mantenían con frecuentes sacrificios de carne humana. Abultaba por el medio tanto como un novillo, cuya mole iba en degradación hasta las extremidades: la cabeza casi cuadrada, los ojos muy pequeños, pero vivos y centellantes; la boca en extremo grande con cuatro formidables colmillos, ó como quieren otros, con órdenes de agudísimos dientes; su largura de veinte y cinco pies (otros se extienden hasta veinte y siete) cubierta de una piel dura y atezada, menos hacia la cola, cuyos colores tan varios como vivos asentados sobre escamas de tamaño de un plato, que á trechos formaban ojos perfectos, añadían ferocidad al monstruo. La vista de este objeto de mecanismo tan horrible causó en todos los circunstantes una sensación de pavor. Pero se aumentó mucho más cuando herido de un tiro de arcabús, arrojó un bramido descomunal, y se azotó contra las paredes con tal ímpetu, que hizo temblar la tierra y estremecer el edificio. Con todo los españoles le dieron muerte.

Los ánimos de los oficiales reales, irritados por una sed de venganza, no perdonaron ocasión de malquistar al Adelantado. Más porque se le mirase con todo el odio de un injusto opresor, que por verdadero celo de los reales haberes, pidieron ante su tribunal el quinto de la presa. Consistía esta en mantas de algodón, pellejos, barros y otras pequeñeces de esta clase. Observemos aquí de paso, que, sofocando así la voz de la equidad, y atropellando las reglas de la buena fe, vinieron á ser estos empleos en América un objeto de abominación. La tropa, dueña del despojo, manifestó sus inquietudes con señales de sedición. Los oficiales reales se aplaudían de un hecho tan favorable á sus intentos; pero el Adelantado se había establecido por ley suprema ser siempre dueño de sí mismo, y le era fácil hallar recursos en su genio para contrariar sus pasiones las más vivas. Después de haber reprendido unas exacciones injustas con que se hacía odioso el nombre del rey, declaró por libre el despojo, y aseguró las resultas con cuatro mil ducados de su sueldo. Bastó esto para sosegar el tumulto, hacer que recayese la odiosidad en los mismos que se la procuraban. La aversión con que el señor Azara mira las cosas de Alvar Núñez, le hace adoptar la opinión de que el Adelantado fué el que se amparó de la presa y arrestó al comandante, que la reclamaba para los soldados. La historia detesta la parcialidad. Nosotros seguimos la mayor parte de los historiadores con quienes concuerda en esta parte la Argentina manuscrita.

Con estos sucesos concluyó el año de 1543. A principios de él volvió de su jornada el capitán Francisco de Rivera. La relación de este viaje es de un convencimiento sin réplica del tino con que Alvar Núñez meditaba las empresas; y que debería triunfar de la oposición mas obstinada, si alguna vez tuviese influjo la verdad sobre una pasión interesada en obscurecerla. Después de veinte y un días de continuada marcha por entre bosques muy espesos, pero abundantes de subsistencia, llegó Rivera á un pueblo de la Nación Tapecoráes; fué recibido de un indio con urbanos miramientos; registró con sus ojos las piezas de oro y plata de que eran propietarios; supo que aquellas tierras encerraban tesoros muy sobrados para despertar la codicia más dormida, y se instruyó de que á tres jornadas existía una nación con la que los españoles tenían relaciones de comercio. Es verdad, que estas noticias venían mezcladas con el éxito azaroso de una fuga precipitada, á que debieron la vida Rivera y todos los suyos, dando al mismo

tiempo sus heridas un testimonio irrefragable de su peligro; porque irritados los indios á la vista de los Guaraníes sus antiguos enemigos (como escriben algunos) resolvieron acabar con todos; pero el ejército español no tenía que temer que estas animosidades hubiesen inutilizado sus designios. Sobre este principio no desesperó el Adelantado de reducir á su tropa, y hacerla entrar en antiguos sentimientos. Pero todo fué en vano. La vuelta á la Asunción se publicaba no en el sumiso tono de la súplica, sino en el imperioso del mando. Las enfermedades habían empezado á grasar en el ejército, y las inundaciones del río hacían los caminos bastante impracticables. Todas estas consideraciones obligaron al general á desistir de su intento, y publicar la vuelta luego que llegase el capitán Fernando de Ribero, que con un bergantín había partido en busca de víveres.
No pudo esta verificarse con la prontitud deseada, porque aprovechándose los Socorines y Jaqueces, unidos con los Guarapos, de las dolencias del ejército, dieron principio á sus incursiones, cautivando cinco españoles que inhumanamente destrozaron. Este primer suceso los alentó á otras empresas: cincuenta y ocho españoles murieron á sus manos, sin que pudiesen nuestras armas vengar su sangre. Con no menos denuedo persiguieron la marcha por el río. Pero al fin logró esta tocar en la Asunción el 8 de Abril del mismo año. El capitán Juan de Salazar tenía á esta sazón aprontado un ejército muy numeroso para castigar á los rebeldes Agaces; pero las disensiones intestinas, de que hablaremos, embarazaron las operaciones de este armamento. Si fuese lícito entretener con hechos fabulosos la curiosidad de los lectores, extractaríamos aquí la relación que formó de su viaje el capitán Hernando de Rivera. Pero los conocimientos de las edades posteriores, han desacreditado demasiado la existencia de estos pueblos, regidos y habitados de puras mujeres; cuya perpetuidad era debida á la cohabitación que en cierto tiempo del año hacían con los hombres sus vecinos y enemigos, á quienes mandaban los varones que nacían quedándose con las hembras. El capitán Rivera harto crédulo á las noticias que le comunicaron los Urtueses dió tanta fe á esta quimera, á la heroicidad de esta raza y á las portentosas riquezas de estas regiones, que no dudó trasmitirlas á la posteridad bajo el juramento más solemne. La critica desprecia los juramentos que se oponen á la verdad.

CAPITULO IX

> Conjúranse los españoles contra el Adelantado. Lo prenden. Es nombrado Irala en su lugar. Los del partido leal intentan liberarlo. Es remitido a España. Después de un largo juicio fue absuelto.

Antes de partir la armada del puerto de los Reyes se opuso el Adelantado con aquella su firmeza ordinaria á que se desnaturalizasen muchos indios, que los conquistadores pretendían transmigrar á la Asunción. Este rasgo de entereza, unido á tantos de esta especie con que se había propuesto no dar partido á las pasiones, acabó de agriar la levadura que abrigaban en sus pechos. Las costumbres irreprensibles del Adelantado, su magnanimidad á toda prueba, el inmenso cúmulo de sus servicios y su reputación eran bastantes para equilibrar esa aversión que les inspirada la incorruptibilidad de su justicia. Sin embargo llevaban esta con tanto menos sufrimiento, cuanto eran más corrompidas las costumbres que los inclinaban á la licencia. No teniendo otro recurso que la desesperación, formaron el proyecto de despojarlo de su autoridad. Los oficiales reales, principalmente animados del deseo de la venganza, y temiendo la prosecución de su proceso daban todo el calor posible á la ejecución de este audaz designio. Todos sus pasos los encaminaban á este objeto, y no malograban ocasión de desacreditarlo. El

retiro á que lo contrajeron sus enfermedades, lo interpretaban por un deseo de erigirse en un sagrado fantasma de quien no era digna la comunicación con los demás; su escrupulosa vigilancia en el buen tratamiento de los indios, por un efecto de los movimientos desiguales de su humor atrabiliario; en fin su aversión á las encomiendas, por un estudiado arbitrio de enriquecer con ellas á sus amigos. Como si el amor al orden los inflamase á vista de las desdichas públicas, se produjeron así en una junta de su facción. "¿Hasta cuando, amigos y camaradas, soportaremos estos excesos? Unas veces nos conduce por entre mil riesgos y fatigas á expediciones inútiles, otras fulmina contra nosotros procesos los más inicuos; tan presto despoja á unos del fruto de sus sudores, tan presto sonroja al pundonor de otros por su imprudente rigidez. A todo esto correspondemos con el silencio, y ved aquí en lo que funda su seguridad. ¿Cómo aun no nos hemos cansado de una dominación tan tirana? ¿Podremos sufrir que un déspota disponga arbitrariamente de las leyes, de nuestra fortuna, de nuestro honor, de toda esta provincia que debe á nuestra sangre su existencia; y que entretanto contemos por gran dicha poder vivir? Si todavía hay algún resto de honor en vuestros pechos unámonos todos y echemos por tierra esa autoridad, que ha dejado crecer nuestra cobardía." Este razonamiento causó en los ánimos toda la impresión que deseaban; y la prisión de Alvar Núñez quedó acordada.

Como los de esta facción no podían ignorar que así el pueblo, como la más sana parte del ejército se hallaban muy adheridos á la persona del Adelantado, fué su primer cuidado no descubrirles todo el fondo de esta odiosa maldad. Pero para deslumbrarlos, dando un colorido de honestidad á sus movimientos, dispusieron se publicase que iban los oficiales reales á requerir al Adelantado no intentase quitar sus encomiendas á los que no habían tenido parte en la jornada; y que siendo de recelar algún insulto á sus personas, era muy justo concurriesen esa noche todos armados á casa del contador Felipe Cáceres, donde se darían las más oportunas prevenciones. Arrastrados unos por el ejemplo, otros por el temor, otros por motivos particulares, y alucinados muchos con las apariencias de un intento que nada tenía de criminal, entraron sin saberlo en la conspiración. Evacuado este paso se dirigieron á casa del inocente gobernador, cuyas puertas tenían ya ganadas por la infidencia de Navarrete y Diego Mendoza, dos familiares suyos. A pesar de estas dolosas precauciones, no faltó quien advirtiese la traición al Adelantado. Entonces acabó de conocer todo el peligro que le amenazaba; porque su inocencia y su virtud eran la más fuerte barrera, que hasta aquí había opuesto á los malvados. En medio de este infortunio es donde se desenvuelve la grandeza de su alma. Sin otro compañero que su valor saltó de la cama, se vistió precipitadamente y empuñó espada y rodela á tiempo mismo que lo saludaron los conjurados, profiriendo *libertad, viva el Rey.* No se turbó el Adelantado al ruido de estas voces tumultuarias; con toda presencia de ánimo les echó en cara su alevosía, y no cesó de combatir hasta el punto en que su defensa iba á declinar en temeridad. Ganándole la acción el malvado Jaime Rasquín, le puso á los pechos una ballesta en actitud de traspasarlo á no entregarse. Pero en Alvar Núñez parece que respiraba todavía la grande alma de su abuelo Pedro de Vera; dueño de sí, aun en tamaño peligro, echó sobre él una mirada de desprecio, y juzgando indecoroso rendir sus armas un hombre común, quiso dar á la violencia un aire de elección propia. Con toda la entereza de su voz llamó de los concurrentes D. Francisco de Mendoza, y las depositó en sus manos. Los conjurados entonces se acercaron a su persona, lo cargaron de prisiones, y lo trataron como á un infame delincuente. No por esto desmintió el Adelantado su carácter: sin proferir expresión que debilitase su constancia, toleró con varonil serenidad todo este tropel de afrentas é ignominias.

Acaso no fué la prueba menos señalada de la protección del cielo sobre el virtuoso Alvar Núñez, el que no tomasen sus enemigos el camino más breve y más seguro de su muerte, dice el padre Charlevoix[9]; esto á lo menos no les hubiera costado más que un delito; siendo así que el que emprendieron, fué una serie continuada de atentados, cuya impunidad no podían esperar, sino por el medio de una abierta sublevación de éxito muy dudoso. Preso el Adelantado lo conducían á casa de García Venegas, cuando vuelto de su sorpresa los hombres fieles, arrojaron un grito de indignación. La atrocidad del hecho, el abuso de su buena fe y la afrentosa idea de patrocinar una alevosía, los obligaron á empuñar sus espadas, y purgar con su propia sangre sus pasadas inadvertencias. Pelearon con todo el esfuerzo que pudo comunicar el punto de honor; pero oprimidos al fin de la multitud acordaron reservar sus vidas á la patria, para que fuese menos funesta su calamidad. El poder que estos primeros pasos dejaron á los oficiales reales, era ya bastante expedito para ejecutar sin temor todo lo que podía conducir á perfeccionar su delito. Estrecharon al Adelantado en rigurosa custodia, se apoderaron de sus papeles, despojaron de su autoridad á las justicias ordinarias, soltaron á todos los malhechores, substituyeron en su lugar á aquellos caballeros, que podían causarles algunas inquietudes, convocaron al pueblo en las puertas del teniente Martínez de Irala, publicaron aquí á voz de pregonero un manifiesto lleno de imputaciones falsas, é ideas depresivas del honor de D. Alvaro, hicieron concebir á muchos haber formado el designio de despojar á los ricos hombres, para congratular con sus bienes á sus más adictas criaturas, y establecer sobre las ruinas de la autoridad legítima un gobierno tirano y arbitrario; en fin, haciendo del terror el resorte más poderoso de la fuerza pública, amedrentaron á todos los ciudadanos, y se hicieron respetar. En sentir del mismo autor que hemos citado, la lectura de este manifiesto produjo un aplauso casi general; y los oficiales reales que al principio habían sido mirados como rebeldes, fueron reconocidos por los restauradores de la libertad pública. Pudiera fortificar este concepto sabiéndose cuanto ayudada el respetable influjo de los padres Armenta y Lebrón; con todo, los posteriores hechos están en contradicción con este juicio; si no es que se apele á la volubilidad con que improvisamente pasa la multitud de sin extremo á otro, viniendo á ser por lo común una presa asegurada de todo el que quiere seducirla. Ya era tiempo de que los oficiales reales, con el cuerpo de ciudad, procediesen á poner un gobernador. Sin contradicción alguna recayó la elección en Domingo Martínez de Irala.

Véase aquí el centro á que desde lejos tiraba sus líneas este hombre artificioso. El autor de la Argentina manuscrita, ó falto de noticias, ó lo que es más verosímil, prostituyendo la verdad histórica al interés de familia, se empeña en justificar la conducta de este su abuelo materno[10]. A creer su narración él se hallaba ausente de la ciudad, ignoraba todo lo sucedido, tocaba por sus achaques en los últimos extremos de la vida, lloró la desgracia de D. Alvaro, se opuso á aceptar el mando, fué necesario, á fin de reducirlo, emplear toda la eficacia de los ruegos, y por último sacarlo en brazos al público para que fuese reconocido. Si lo expuesto tuviera alguna certidumbre solo serviría para admirar hasta donde llega el disimulo del hipócrita más profundo. Los demás escritores atribuyen esta sublevación en mucha parte á los cálculos y secretos manejos de su detestable política. Lo cierto es, que poseedor de la autoridad usurpada, no la restituyó á su legítimo duelo, ni aun atajó el curso de sus ultrajes. Por el contrario, autorizó todas sus humillaciones y se hizo reo de una criminal condescendencia.

Aunque á favor de la mayor fuerza triunfaba el partido de los rebeldes, era preciso estar dispuesta á terribles agitaciones. Los hombres buenos á cuyo frente se hallaban Diego

---

[9] Tomo 1. p. 153.

[10] Ruiz Díaz de Guzmán, lib. 2. cap 4.

de Abreu y Ruiz Díaz Melgarejo, tomaron con un noble entusiasma el distintivo de la lealtad. Los despojos, las prisiones y las muertes no hacían más que irritarlos; un deseo de venganza alimentaba el odio de ambas facciones; todos andaban armados en la ciudad como si fuera un campo de batalla; bastaba el menor rumor para afirmar un juicio avanzado; en fin la provincia entera estuvo expuesta á ser sepultada bajo sus ruinas al vaivén de estas violentas turbulencias. Para poner remedio á estos males el partido más pujante tomó el bárbaro arbitrio de inquietar á Alvar Núñez en su prisión, y amenazarle que calmaría el tumulto arrojando su cabeza al pueblo si él no lo apaciguaba. No podía dudar este ilustre prisionero el riesgo que corría hallándose á discreción de unos hombres, que hollaban todas las leves, y estaban resueltos á inmolarlo en su pasión. Con deliberado acuerdo firmó una orden en que mandaba á todos los de su séquito prestasen obediencia al nuevo gobernador, y no alterasen el reposo público. Los rebeldes se hallaban muy cerciorados de la peligrosa situación de los espíritus, para que quisiesen inflamarle de nuevo, publicando un documento que comprobaba solemnemente sus violencias. Aun sin este poderoso estímulo, que no hubiera hecho sino empujar á los celosos ciudadanos, setenta de ellos, aconsejados de su propio valor, se confederaron para libertar al Adelantado de la opresión, y restituirlo á la posesión de su gobierno. Solo tropezaban en el escollo de qué siendo sentidos se aventuraba su vida al último trance, pues no era dudable que García Venegas, Hernández de Romo y Hernando de Sosa, estaban aparejados para coserlo á puñaladas al primer movimiento popular. En tan difícil coyuntura resolvieron que el Adelantado fuese el árbitro de su resolución. Aunque su persona se custodiaba con la mayor vigilancia, consiguieron por gran dicha, que una india de su sirviente, acomodando engañosamente un papel entre las uñas de los pies, lo llevase hasta sus manos. Aprovechándose Alvar Núñez de una pólvora que hizo fluir con saliva, dió por el mismo conducto una respuesta digna de sí. Lejos de inspirar ideas hostiles, reprobó todo el plan de su libertad, quiso más bien ser un juguete infeliz de la fortuna, que deberla á costa de sus amigos.

Esta resolución del Adelantado desarmó el partido de los leales. El de los rebeldes se entregó entonces sin ningún freno á la tiranía más opresiva; porque sordo Irala á los llamamientos de un pueblo desgraciado, y á la débil voz de sus obligaciones, abandonó la provincia a sus odios y a su avaricia, como si pagase en esta moneda el precio de su elevación. Cincuenta castellanos de la facción perseguida desampararon la patria, creyendo hallarla donde quiera pudiesen vivir libres. Muchos indios buscaron su asilo en los montes; y los que perseveraron bajo el yugo tuvieron por recompensa de su sumisión el funesto permiso de entregarse á sus vicios. A los sacerdotes Rodrigo de Herrera, Antonio de la Escalera y Luis Miranda, que con un santo celo se opusieron á estos desórdenes, no les valía su inmunidad para que dejasen de ser el juguete de unas manos sacrílegas. La licencia y la corrupción había llegado á punto que nada deshonraba.

Aunque combinados ya todos los medios, para asegurar la preponderancia, se gloriaban los rebeldes de haberlo conseguido; con todo, la presencia del Adelantado infundía todavía unos temores de que no podían desentenderse. Todos sus conatos los dirigieron desde aquí á acelerar su remisión á España, de un modo que asegurase sus esperanzas tan injustas, como lisonjeras. En un proceso formado con la más dolosa cavilación, no tuvieron vergüenza de añadir á la fealdad de su alevosía la de imputar á su gobernador los crímenes más horrendos. Aun no contentos con esto, repartieron al pueblo los modelos de las cartas, que debían escribir, para que la reunión de sentimientos hiciese concebir de la verdad. Pero no por esto pudieron impedir que los más celosos defensores de Alvar Núñez remitiesen secretamente otras piezas justificativas de su

inocencia. Preparadas todas las cosas, y habiendo dispuesto que lo acompañaran en su viaje los oficiales reales Alonso de Cabrera y García Venegas, con López de Ugarte, gran confidente de Irala, lo sacaron custodiado á la sombra de una noche para embarcarlo. Hacían diez meses que toleraba su desgracia en un obscuro calabozo. Al respirar el aire libre y gustas la vista del cielo dio gracias de rodillas al Hacedor de todo, por haberlo encontrado digno de esta satisfacción, y volviéndose a los circunstantes les dijo en tono circunspecto que daba cierto valor á su justicia, dejaba por lugarteniente, en nombre del Rey, al capitán Juan de Salazar. El rencor de Venegas se exaltó de manera, que le puso un puñal á los pechos, amenazándolo con traspasarlo, si volvía á tomar en boca el nombre del rey. Apresuradamente fue metido en el bergantín, que dió á la vela el año 1544 en la misma hora, asegurado con nuevas prisiones. Estas desventuras de la suerte afligían su corazón; pero no impedían que su grande alma las dominase.
Tan abominable atentado no podía menos que hacer cada vez más odiable el poder usurpado, y precipitar el deseo de destruirlo. Con cautelosa diligencia convocó á su casa el capitán Salazar más de cien soldados de su facción, de quienes fué reconocido por legítimo teniente. Irala, cuyo precario mando era un suplicio rodeado de todos los cuidados inseparables del delito, no tardó en saber por medio de sus satélites todo lo que convenía á sus intereses. Sin la menor detención sitió la casa de Salazar con cuatro piezas de artillería, la batió, lo puso preso en consorcio de Melgarejo, Richelme, y Estopinan, hizo que en otro barco los condujesen hasta dar alcance al de Alvar Núñez, y disipó la tempestad. Pero otra aun más temible seguía los pasos de esta nave cargada con todas las iniquidades de la tierra. Al desembocar en el océano, parece que la esperaba el brazo vengador de la inocencia. Por espacio de cuatro días fué tan deshecha la borrasca, que todos creyeron su muerte inevitable. Cerca de aquel momento decisivo en que desaparecen las sombras, y solo queda la verdad, y en que el malvado intrépido no puede sostener la voz de su conciencia, conocieron los oficiales reales toda la enormidad de sus delitos. Se echaron á los pies del Adelantado, los humedecieron con sus lágrimas, le quitaron las prisiones, confesaron á gritos sus atentados, le hicieron de ellos una solemne reparación, y le suplicaron el perdón. Solo el corazón del hombre justo tiene derecho á la protección del cielo: en los casos desesperados es donde más se complace que solo aparezca su mano. Alvar Núñez prometió echar el velo del olvido á todo lo pasado; y nadie fué tan desconocido, que viendo callada la borrasca se creyese desobligado á su mérito y su virtud.
Iban á regresar á la Asunción, cuando Estopinan, primo del Adelantado, ó esperando mejor suerte en la metrópoli, ó temiendo nuevos desastres en la colonia, logró embarazarlo. Al cabo de tres meses tomó puerto el bergantín en una de las islas Azores. Ya hacía tiempo, que el corazón infiel de los arrepentidos había desaprobado lo que confesó su lengua engañadora. No menos empeñados que antes de la pérdida de Alvar Núñez tiraron á persuadir con afanosa diligencia al gobernador de la isla se apoderase de su persona á pretexto de haber violado los derechos de la nación, dando al pillaje la de Santiago. Esta delación tan cruda debía prevenir al más inadvertido, que provenía de un origen emponzoñado. En efecto, el gobernador la despreció como frívola y maliciosa. Confusos los oficiales reales tomaron otro barco, y consiguieron ponerse en la corte catorce días antes que Álvar Núñez. Presidía en esta sazón al consejo de Indias D. Sebastián Ramírez de Fuenleal, obispo de Cuenca. Sus vastos conocimientos en los negocios de América, su rectitud inapelable y su política llena de sagacidad eran prendas que hacían de su persona el más cumplido magistrado. Lejos de dejarse sorprender, advirtió en la relación de los oficiales reales todos los artificios del engaño se disponía á mantener con su castigo toda la energía de las leyes penales. Por dicha de estos murió en aquellos días dejando en la nación un sentimiento universal. Alvar

Núñez se presentó en la corte con todo el tren de sus virtudes; tanto más dignas de ser premiadas cuanto más habían sido el objeto del vilipendio. Los oficiales reales no pudiendo sufrir su concurrencia desampararon el campo. Una muerte repentina acabó de ahí poco los días de Venegas. Cabrera perdió el juicio y mató á su mujer en un acceso de locura. Si los hombres fuesen cautos, estos fines desastrados evitarían otros muchos. Alvar Núñez después de un juicio de ocho años, y después de una sentencia de destierro, fué absuelto de todo cargo, y recompensado con una renta de dos mil ducados; pero no siéndole permitido volver á América, falleció en Sevilla lleno de días y de mérito en el seno de un ocio tranquilo[11], siendo prior del consulado. Estopinan y Salazar siguieron la misma fortuna. Este último volvió después al Paraguay á gozar su pingüe encomienda. A nadie debe parecer extraño que la justicia de Alvar Núñez se equivocase por algún tiempo con el crimen, y diese mérito á su sentencia de destierro. Contra un hombre, que en un lugar de corrupción, como el Paraguay, había tenido el coraje de ser virtuoso, preciso era que el odio, la envidia y la calumnia se armasen para echar sombras sobre su conducta, y poner, cuando menos, en problema su opinión. Lo que hay de extraño es que después que el tiempo ha descubierto las intrigas de sus perseguidores, haya escritor como el Señor Azara, que se complazca en renovar sus ultrajes. La verdad no está sujeta á juicios arbitrarios. Ella clama á favor de Alvar Núñez en la mayor parte de los historiadores. Si el señor Azara pretende derruirla, presume demasiado y viene tarde.

CAPITULO X

> Derivación de Tucumán. Entrada de Diego de Rojas a esta provincia. Choque de este general con un cacique de Copayán. Su marcha para el distrito de los Diaguitas. Batalla con estos indios. Muerte de Diego de Rojas. Le sucede don Francisco de Mendoza. Llegan los españoles al Río de la Plata. Heredia mata a sus competidores, y se apodera del mando. Se vuelven los españoles al Perú.

Con el descubrimiento de la América tenían abierto los españoles un camino de conquistas más vastas que las de Ciro y Alejandro. Su confianza y su valor debían crecer sobre él cimiento de las dificultades superadas, y aun defenderlos de la nota de temerarios. El tiempo en que nos hallamos, es en el que sucesivamente iban entrando á su dominio todas las partes de este nuevo mundo. El nombre de Tucumán, cuya más probable derivación, parece que viene de un famoso cacique de Calchaquí llamado *Tucumanao*[12], no era desconocido entre los conquistadores. Cuatro aventureros en tiempo de Gaboto, de quienes ya hemos hablado, á más de los naturales, lo habían hecho resonar, y no tan desnudo de recomendación. Sobre todo, el ejército de Diego de Almagro en su tránsito al reino de Chile, debió preconizar por todo el reino la fama de este vasto distrito, y la índole de sus moradores. Después que decapitado el Inca Atahualpa, quedó su reino bajo las armas triunfadoras de España, reflexionó Francisco Pizarro que ni á su seguridad ni á los cálculos de su ambición convenía tener á su lado a un rival tan poderoso como Diego de Almagro. Por sus insinuaciones, y aun más por el atractivo de unas riquezas que se consideraban de inmenso precio, se decidió este conquistador á la expedición de Chile. Con quinientos setenta españoles y quince mil indios peruanos, se puso en marcha por los años de 1535.
Hallándose acampado este grande ejército en el pueblo de Tupiza, cinco soldados españoles se adelantaron hasta el territorio de Jujuy. La fama de una guerra devastadora,

---

[11] El padre Techo, lib. 1, cap. 14 dice que fué oidor de esta Audiencia.
[12] Seguimos al padre Lozano en su historia manuscrita lib. 4. cap 1.

en la que ya se veía ensangrentado el trono los Incas, era un mensajero que no debía prepararles buen hospedaje. En efecto los jujeños despedazaron a tres de ellos: los otros dos se escaparon de sus manos, y volvieron al ejército con la historia de este infortunio. La guerra era para Almagro su elemento, se hallaba muy pujante, y caminaba con la confianza de un héroe para que quisiese sufrir un desacato. Los capitanes Salcedo y Chaves, con un buen número de soldados, fueron encargados de vengarlo. No se descuidaron los bárbaros en tomar todas las medidas más convenientes á su delicada situación; celebraron congresos militares, convocaron á las tribus amigas, procuraron ganar con sacrificios la protección de sus deidades, reforzaron su ejército con tropas auxiliares, fortificaron su pueblo con gruesas palizadas, abrieron fosos donde, para inutilizar el uso de los caballos, clavaron estacas de agudas puntas mañosamente disimuladas. La constante dicha de los españoles acaso les había hecho concebir que la fortuna tenía fijada de su parte la victoria. Salcedo y Chaves, llenos de ardor y de confianza, pusieron cerca á la plaza, y esperaban sujetarla bajo condiciones bien duras. Con todo, á pesar de los terribles ataques las tribus confederadas hicieron ver que no hay fuerzas despreciables cuando las anima el patriotismo y las reúne la concordia. En una salida oportuna, dispuesta con valor y bello orden, mataron muchos enemigos, y se apoderaron del bagaje. Este accidente obligó á los españoles á la resolución poco decorosa de levantar el cerco. Sin duda influyó en esto el temor á desviarse del principal intento.

Con intereses tan contrarios entre indios y españoles no podía dar un paso el ejército de Almagro, que no se hallase erizado de dificultades y peligros. Al atravesar el valle de Chicoana, jurisdicción de Calchaquí, le picaron aquellos la retaguardia. Almagro quiso reprimir su osadía; pero experimentó toda la resistencia de un pueblo viril. En un porfiado encuentro le mataron el caballo, y tuvo á gran dicha á escapar con vida merced de los soldados que corrieron en su auxilio. Estos reveses lejos de desalentar al general, le ponían a la vista la necesidad de obrar con más esfuerzo. Empeñado en el castigo, destacó contra el enemigo algunas compañías de a caballo. No logró su designio, porque tomando el Calchaquí las eminencias de la sierra, burló su diligencia con insultante gritería.

Aunque todos estos acaecimientos eran sobrados á divulgar entre los conquistadores peruanos luces bastantes del Tucumán, lo que principalmente los engolosinaba para desearlo era el insidioso nombre de Río de la Plata. De tanta importancia se creía esta conquista, que la apetecían como premio los hombres más celosos de su mérito y su opinión. La ocasión de contentarlos no podía ser más oportuna. En la célebre batalla de Chupas acababan los conquistadores de esgrimir esas espadas, que en curso de sus empresas parecía habían afilado, para, por último, degollarse á sí mismo. La cabeza de D. Diego de Almagro el mozo, derribada en un cadalso, aplacó bastantemente el fuego de la guerra civil, y dejó sin oposición en manos de Vaca de Castro la distribución de las provincias. Sin agravio de la justicia no podía quedar sin recompensa el mérito de Diego de Rojas. La conquista de Nicaragua, la expedición de Pedro Ansures á las Montañas, la memorable batalla de las Salinas eran ciertamente unos teatros en que había sido coronados por manos de la victoria. Lleno de talentos militares y políticos, endurecido en las fatigas, firme, moderado, intrépido y guerrero poseía el arte de hacerse amar de los soldados. Todo este capital de méritos fué premiado con la capitanía general del Tucumán bajo las ideas exageradas de su riqueza[13].

---

[13] Antonio de Herrera dice que Felipe Gutiérrez fue nombrado capitán general, y Rojas justicia mayor. Ruiz Díaz de Guzman hace a Gutiérrez, cabo subalterno de Rojas. Esto último confirman las actas públicas de estos archivos.

Trescientos veteranos se alistaron en sus banderas, y pedían ser llevados á ganar honores y tesoros.
Juntada ya la milicia, y acostumbrado Rojas á ejecutar grandes empresas con pequeños medios, dejó la mayor parte á Felipe de Cáceres su teniente, y con sesenta soldados escogidos se internó hasta Copayán, jurisdicción de Catamarca[14]. Era señor de este pueblo un indio vano y fanfarrón, quien con cierta seguridad, hija de una presuntuosa arrogancia, opuso á los españoles mil quinientos guerreros intimándoles al mismo tiempo, que el que pasase un cordón de paja tejida puesta entre los dos campos, de su orden, sería víctima de su furor. En vano procuró Rojas inspirarle sentimientos pacíficos: hacerle ver que su comisión se dirigía á entablar enlaces sociales útiles á la causa común, y que no debía hacer juicio de sus fuerzas por el número de sus soldados, sino por el de sus hazañas, pues por su parte no retrocedería de su empresa mientras le quedase un soldado con que poderse defender. Entre tanto los Copayanos rodearon su pequeña tropa con señales nada equívocas de invadirlo. El general español advertía su peligro con aquella presencia de ánimo, que todo lo proviene para salir vencedor. Mandó dar una descarga, y ella bastó á ponerlos en huida precipitada. Un suceso tan inesperado de tono para los bárbaros, obligó á bajar de tono al arrogante cacique. A poco días dirigió una embajada excusando su atrevimiento, ofreciendo una paz que prometía ser duradera. Los españoles la admitieron, y consiguieron por este medio víveres en abundancia. Esta fruición tan completa hizo que Rojas anticipase avisos á Gutiérrez para que acelerase las jornadas. No faltó en esta ocasión, quien para malquistar á estos generales, encontró dolosas intenciones en los procederes de aquel. Pero Gutiérrez era muy prudente y circunspecto. Él quiso más bien sacrificar la opinión á sus obligaciones, que sacar partido en unas sospechas tan infundadas, como injuriosas. Rojas fué obedecido y tuvo la satisfacción de que se le uniese su ejército.
No quiso el general tener ociosa mucho tiempo su gente, en un reposo que enerva las fuerzas del cuerpo y del alma. Después de permitir á sus soldados un descanso moderado, ordenó las marchas para el distrito de los Diaguitas al país de Mocaxas en territorio de los juríes. Eran estos indios de condición altiva, denodada y llena de aquella ferocidad que hace de los combates su pasión dominante. Nada miraban con más horror, que sujetar su cerviz á un yugo extranjero. Con un buen número de tropas, salieron al encuentro á Rojas, y le presentaron batalla. La primera descarga de los españoles causó en sus ánimos todos los efectos de la sorpresa: batidos y desordenados cedieron el campo al enemigo. Pero la vergüenza y la desesperación reanimaron el coraje de los vencidos. Resueltos á comprar con la última gota de sangre una libertad gloriosa, y habiendo encontrado el secreto de envenenar sus flechas, volvieron á renovar el combate. Por espacio de tres días se derramó mucha sangre sin ventaja decisiva. El triunfo, que al fin ganaron los españoles, no les reparó la pérdida de su valiente general. En lo más encendido de la acción fué herido Rojas con una flecha: herida que terminó su brillante carrera, y le hizo entregar su espíritu en brazos de la victoria. Cuentan algunos historiadores[15] que deseando los españoles descubrir el antídoto de este veneno, hirieron levemente á un indio prisionero; quien cogiendo yerbas de las que aplicó una á la herida, y tomó la otra en infusión, le hizo perder toda su actividad. Si este hecho es cierto, deberá lamentarse la historia natural de que el conocimiento de estas yerbas no haya enriquecido sus anales. En los tiempos más bajos se descubrió que la azúcar y la sal cortan prontamente los efectos de este veneno.
Felipe Gutiérrez y Nicolás Heredia, por su orden, debieron suceder á Rojas; pero posponiendo este los respetos de la justicia á las atenciones de la amistad, encomendó el

---

[14] Seguimos al padre Guevara en su historia manuscrita, década 3. part. 2.
[15] El Padre Guevara en su historia manuscrita, C. 3, Part. 2.

mando á su amigo y confidente D. Francisco de Mendoza. Sea que Gutiérrez, como afirman algunos[16], quisiese sostener sus derechos, ó que Mendoza, como dicen otros[17], hiciese valer sus pretensiones sobre el derecho de la fuerza, lo cierto es que la prisión de Gutiérrez y de Heredia lo aseguró en su usurpación. Gutiérrez pudo escaparse y ganar el Perú con seis amigos suyos, donde incorporado á los realistas fué víctima de su fidelidad. Heredia deseaba recuperar su libertad: poco escrupuloso sobre los medios adoptó la pérfida máxima de que á los niños se engaña con el pan, y á los hombres con juramentos. Una aparente renuncia de derechos, afianzada sobre este gaje de la fe pública, concilió las diferencias entre él y su contrario. Menos embarazados los españoles con las arriesgadas competencias del mando entregaron á la pesquisa del oro y de la plata. No pocas tentativas sólo sirvieron para despreocuparlos de sus soñadas esperanzas. Con todo, estas se refugiaron al engañoso nombre de Río de la Plata, y guiaron sus pasos hacia este rumbo desconocido. Atravesada la sierra por el valle de Calamuchita, y tocadas las márgenes del majestuoso río Tercero, que poco después es conocido por el Carcaraña, siguieron sus corrientes hasta descubrir el Paraná, último término de sus codiciosas pretensiones.

Todo concurría á embellecer sus ideas, y aumentar el júbilo universal. Al siguiente día de su arribo llegaron á vez muchos indios en un crecido número de canoas. Los españoles los recibieron con los brazos abiertos, y ellos mostraron en la oficiosidad más comedida, que eran dignos de su amistad. ¡Cuán dulce es ver unos hombres de climas muy distantes saludarse por la primera vez con todo el agrado que engendra un común origen, á pesar de las revoluciones morales que alteran hasta los principios de la razón! Por estos indios supieron los españoles todos los acaecimientos de la conquista del Paraguay hasta su estado actual. Heredia con la caballería seguía la marcha á pasos lentos. Su retardado arribo dió sobrado tiempo á Mendoza para costear el Paraná. En la eminencia de una barranca descubrió éste una elevada cruz, cuya vista arrebató á los españoles en un transporte de religión. Llenos de respeto por este signo de unión y caridad la besaron de rodillas y la humedecieron con sus lágrimas. Los ojos que las vertían eran los mismos que tantas veces habían visto sin conmoverse empapadas sus propias manos en la sangre de sus semejantes. Para conciliar esta contrariedad de sentimientos, es necesario recurrir al carácter de un siglo, cuyas costumbres eran formadas por esa mezcla bizarra de religión y ferocidad. Al ejecutar esta adoración advirtieron una inscripción, que decía: *cartas al pie.* Hecha la excavación conveniente, se encontró una del gobernador Irala, en la que se contenía el resumen del estado de la provincia, con otras noticias importantes en orden á las naciones amigas y enemigas. Para un genio emprendedor, como el de Mendoza, la lectura de ese papel no podía menos que irritar sus deseos de llegar a la Asunción. Él se pone en marcha, y en breve vuelve sobre sus pasos sin otro fruto que el sentimiento de haber tocado la imposibilidad. Sabe que Heredia se hallaba en el país de los Comechigones[18] y prontamente viene á unírsele. Un odio mal reconciliado le hizo encontrar criminosa su tardanza. Él fué depuesto del mando subalterno, y substituido por Ruiz Sánchez de Hinojosa. Heredia había reservado bajo el exterior de una moderación fingida el derecho de vengar á la primera ocasión sus pasados resentimientos. Llevando sus enojos más allá de los justos límites, mató á puñaladas estos dos competidores de su fortuna, y se apoderó de la autoridad. Nada convence tanto la ferocidad que precede á la cultura de

---

[16] Ruiz Díaz en su Argentina Manuscrita, cap. 6. Charlevoix hist. Tomo 1, lib. 3 pág. 229.
[17] Guevara hist. manusc. lib. 2, part. 2.
[18] Estos eran indios que habitaban la serranía de Córdoba. Creen que sus moradas eran unas cuevas subterráneas, formadas por la naturaleza. El ningún vestigio que se encuentra de estas cuevas hace inverosímil la noticia.

las costumbres, como estos frecuentes asesinatos. Con estos atentados los ánimos se irritaban en lugar de conciliarse, y anunciaban una desdicha cierta. Heredia mismo, que antes parecía de unos modales nobles y decorosos, se hizo insufrible por su altivez, y por su caprichoso empeño en llevar adelante esta conquista. La impaciencia de los soldados degeneró en insolencia. Habláronle con tal resolución sobre tomar la vuelta del Perú, que más parecía amenazarle. El tuvo al fin la prudencia de ceder y ponerla en ejecución.

Apenas habían llegado estos españoles al lugar de Sococha en la provincia de Chichas, cuando supieron que el Perú ardía en sangrientas disensiones por los disturbios de Gonzalo Pizarro. La fidelidad y la codicia tuvieron en perfecto equilibrio el fiel de la balanza. Tan presto los arrastraba el deseo de ser leales á su rey, como el de adquirir riquezas vendiendo sus brazos al que los pagase mejor. Gabriel Vermudes, que se había adelantado á recoger noticias más exactas, los decidió por último al partido de la razón. Muchos murieron con la reputación de bravos soldados. Algunos de los que escaparon con vida, volvieron al Tucumán en la segunda entrada.

CAPITULO XI

> Publica Irala jornada para continuar los descubrimientos. Rebélanse los indios y los castiga. Muerte del capitán Camargo. Llega Irala hasta la encomienda de Peransules. Manda una diputación al licenciado Gasca. Amotínanse los españoles contra él y lo deponen. Es restituido al mando. Muerte del capitán Mendoza. Abreu le resiste la entrada a Irala. Vuelven sus diputados, e introducen el primer ganado cabrío. Trátase de los antropófagos.

Entre el gobernador Irala y la facción dominante era forzoso que hubiese una mutua dependencia. Si esta lo reconocía por cabeza, aquel la respetaba como autora de su elevación. El medio único de que no se arrepintiesen los rebeldes era seguir la inclinación de sus pasiones. Este fué principalmente el tiempo de los crímenes infames, de las opresiones, de la libertad de conciencia. El miedo y el honor desaparecieron juntos, y con ellos todos los principios de la moral. Por seguro que pareciese este camino, no podía dejar de advertir la penetración de Irala, que sólo era conducente para granjearle cómplices, no amigos verdaderos; y que en el seno del ocio, donde fermentan las semillas de las discordias, era de temer una vicisitud al primer choque de esta autoridad vacilante.

Después de haber distribuido entre sus apasionados todos los despojos de Alvar Núñez, dispuso distraer los ánimos con un empeño que facilitase al mismo tiempo la confirmación de su gobierno. Publicó jornada á continuar los descubrimientos. No bien fué proferida esta proposición cuando inmediatamente sirvió de escollo donde vino á romperse la unión mal afianzada de los conspiradores. Los oficiales reales, Pedro Dorante y Felipe Cáceres, sin otro título para mandar, que haber despojado al que mandaba; llevaron muy á mal los absolutos procederes de Irala. Su ejemplo excitó en otros el descontento, y la guerra civil fué declarada. Estaban con las armas en la mano, cuando por dicha de los españoles, quisieron los indios aprovecharse de la discusión, quebrando un yugo aborrecido, en cuyo paralelo todas las desdichas juntas eran menores. Invadieron los establecimientos españoles, y dejaron los sangrientos vestigios de la devastación.

El propio riesgo de los españoles abrió una tregua á sus odios enconados, y les hizo trabajar de concierto por la causa común de su existencia. Puesto Irala á la frente de trescientos y cincuenta españoles y de mil indios de los más retirados, á quienes tuvo

arte de ganar por medio de seductoras promesas, fué en busca del enemigo. Se hallaba este acantonado á tres leguas de la Asunción con un cuerpo de quince mil combatientes, según afirman los historiadores, á quienes la historia de sus ultrajes había comunicado ardimiento y resolución. Los dos ejércitos se hicieron frente. A pesar del estrago que causó en los Guaraníes nuestra bien servida mosquetería, no solo se sostuvieron firmes sin señal alguna de turbación, sino que reemplazando sus pérdidas contra la común costumbre, correspondiendo las descargas con sus flechas y dardos arrojadizos, consiguieron herir algunos, y matar tres soldados. Esto se tuvo ya como una ventaja, que debía regenerar su antiguo valor, extinguido por una dura esclavitud. Como si desafiasen la muerte se empeñaron en llevar adelante su pequeño triunfo. Por medio de una juiciosa evolución se abrieron en dos alas, y cercaron el ejército español. Iban estrechando el círculo, cuando los nuestros se formaron en cuadro, En esta posición llegaron hasta las armas cortantes: fué tan porfiado este combate, que por espacio de tres horas se halló indecisa la victoria; por fin, con pérdida de diez soldados y bastantes indios aliados, consiguieron los españoles introducir el espanto en aquel grande ejército, y dispersarlo totalmente, dejando cubierto el campo con más de dos mil cadáveres.
A favor de no habérseles seguido el alcance pudieron refugiarse los fugitivos en uno de esos grandes pueblos fortificados, que aseguraban sus esperanzas. No omitió Irala estar sobre él con todas sus fuerzas, ni darle continuados asaltos por espacio de tres días. Todo fue inútil, porque los bárbaros se defendieron con valor increíble. Los proyectos de elevación, que fermentaban en el corazón de Irala lo empeñaron en vencer una resistencia, que menguaba su antiguo crédito. El cuarto día dió á la plaza un terrible asalto con que logró abrirle brecha por tres partes; se introdujo por ella, la tomó y pasó á cuchillo muchos indios, que no quisieron entregarse.
La mayor parte se refugió al pueblo de Carieba siete leguas distante. Era esta la plaza de armas más respetable; así porque á las comunes fortificaciones se añadían otras de engañosa estratagema, como porque situada á la vecindad de un bosque, ofrecía un seguro asilo en la más desastrada desventura. Con todo, Irala vino prontamente en busca del enemigo; y habiendo recibido un refuerzo de doscientos españoles y quinientos aliados, procuraba con toda diligencia apretar el cerco. Era ya el cuarto día de este asedio, y nuestro general se hallaba vacilante sobre los medios de terminarlo de un modo conveniente á sus deseos, cuando presentándosela un cacique principal, evadido clandestinamente de la plaza, pacta con él enseñarle dos ocultas sendas del bosque, por donde podía introducirse, con tal de que no la entregase á las llamas. No ganaba mucho con este arbitrio el decoro militar; y es bien claro, que el general Irala no era muy escrupuloso en la elección de los medios, como ellos condujesen á su fin. Debió á esta sórdida traición tomar la plaza, y ejecutar una mortandad, que no la merecían tantos valientes. Los que no quedaron envueltos en tan funesto estrago ganaron presurosos el pueblo de Hieruquisaba, cincuenta leguas distante, que en clase de soberano mandaba el cacique Tabaré[19]. Era de perdonar estas vidas, harto castigadas por su suerte; pero la energía del carácter belicoso, que distinguía á Irala, lo conducía naturalmente á operaciones guerreras. Habiendo dado á su gente catorce días de descanso en la Asunción, se dirigió contra ellos con cuatrocientos españoles y mil quinientos Yaperúes, á los que se unieron en el camino mil Guaraníes vasallos del traidor de Carieba. Llegó el ejercito á las orillas de un río distante media legua del pueblo.
El enemigo que lo esperaba aquí, defendió el tránsito heroicamente pero se vió obligado á ceder al fuego de la artillería. No correspondió la defensa de la plaza: al primer ataque bien sostenido quedó sometida con espantoso estrago, y obligado su arrogante cacique á implorar misericordia. Con este suceso acabó el año de 1543.

---

[19] Es este Tabaré distinto del que antes hemos hablado.

Por un período de cerca de dos años no presenta en adelante esta historia sino un campo estéril de hechos pequeños uniformes, y que en nada varían la constitución de las cosas. No nos hemos propuesto satisfacer una fría curiosidad; sino referir con agrado verdades importantes, é infundir sentimientos virtuosos por el estudio de los hombres. Séanos pues lícito omitirlos, á excepción de aquellos que sirvan á lo menos para conservar las huellas de la historia.

La cautelosa política de Irala hizo que él solo ganase en las revoluciones suscitadas por espíritu de partido. Evaporadas las primeras efervescencias de la pasión, se conciliaron algo los ánimos, y adquirió más consistencia la autoridad de su gobierno. Entonces volvió Irala á su primer proyecto de los descubrimientos. A cien leguas de navegación por el Paraguay se entró á tierras de los Alayás, y tocó en los confines del Perú. Retrocedió prontamente y pasó el Paraná. La principal ventaja de estas expediciones era impedir que el deseo de mejor suerte degenerase en inquietudes públicas. Pero no eran tan dóciles sus soldados, que quisiesen acompañarlo por pura gratitud; recibían éstos el premio viviendo á su discreción; una cadena de crímenes, que en caso igual produjo la licencia en otras partes con mucha más brillantez, son los que señalan estos tiempos desastrados. Esta era en la realidad una quietud vergonzosa, que convidaba á nuevos alborotos. El capitán Camargo, procurador de la ciudad, tocado de tantos males que ponían la provincia en el declive de su ruina, tuvo valor para proponer á Irala por remedio el repartimiento de los indios, esperando fuesen menos oprimidos á la sombra de protectores que los mirarían corno propios. Los tiranos oyen siempre con impaciencia todo lo que mortifica su amor propio.

Sin más delito que este mandó darte garrote con inaudita crueldad. El amor propio colocó á cada individuo en lugar de este desdichado, y le hizo temer una suerte semejante. Los espíritus empezaban á conmoverse. Irala sacó la gente treinta leguas de la ciudad; y aquellos á quienes no pudo desarmar se unieron á Domingo de Abreu cabeza de los leales, que conservaba sus días al abrigo de los bosques. Pasó con su tropa el gobernador hasta los Mbayás, y regresó á la Asunción en 1436. Con todo, nos asegura el cronista Herrera, "que para ganar amigos, repartió la tierra, y encomendó á los indios, á portugueses, franceses, levantiscos, etc., prohibiendo al mismo tiempo, que nadie tratase de repartimientos." Arribó á esta sazón de España una carabela con órdenes del rey para que no se hiciesen nuevos descubrimientos hasta la provisión de gobernador. No dudaba Irala lo mucho que perdía en que la corte supiese el pormenor de su negra conducta. Puesta la carabela en marcha, tomó todas las medidas para interceptar la correspondencia, y no dejar otro conducto, que el viciado de sus informes. iOh, reyes, temed ser engañados por las relaciones, que basta ser lejanas, para ser sospechosas! La distancia que favorece los engaños, proteje también las desobediencias.

Con un proceder poco mesurado se entregó Irala de nuevo á los vastos proyectos de su genio y de su pasión. Es que esperaba no ser delincuente, siempre que fuese feliz. Dejando el mando á D. Francisco de Mendoza, partió con trescientos cincuenta españoles y dos mil Guaraníes á descubrir el paso del Perú, á fines de 1547. La debilidad de los pueblos que murmurando capitulan con la fuerza; las perfidias y estratagemas puestas en uso para cubrir su impotencia y falta de valor; resistencias y animosidades que hacen más activas las pasiones de los que se intentan rechazar; estragos, servidumbres, carnicerías, que con sangrientos caracteres dejan muy bien trazada la imagen del terror; este es el triste cuadro que presenta el viaje de Irala hasta el pueblo de Macheasis, situado cuatro leguas más allá del río Guapay á las faldas de las serranías Peruanas.

Para luchar con tantos escollos fué necesaria á los españoles, toda la constitución robusta de aquellos tiempos, ayudada de un manejo constante y seguido de parte del

general. Pero al fin tuvieron la gloria de vencerlos. Hallándose en este pueblo se apresuraron los indios por venir á tributarles sus obsequios. No estimaron tanto los nuestros estas obligatorias demostraciones, cuanto el advertir en el idioma castellano de que usaban, haber roto ese muro de división, que los desunía, y pisar ya esos tesoros que buscaban por entre tantos peligros de una fortuna arriesgada. Eran estos indios pertenecientes á la encomienda del capitán Peransules, fundador de la ciudad de Chuquisaca. Por ellos supieron el difícil y delicado estado del reino. Los conquistadores del Perú habían establecido su señorío sobre la ruina del imperio de los Incas y de la libertad de sus vasallos; pero estos se vengaron, dejando á sus vencedores en el veneno de sus despojos la materia de las más crueles disensiones. Gonzalo Pizarro acababa de pagar con su cabeza el delito de su traición. Su partido, aunque debilitado y disperso, siempre era de temer. Este se componía de una soldadesca impetuosa que no reconocía otra gloria que la de vencer, otro derecho que el de la fuerza, otro placer que el del pillaje. Irala siempre sagaz, intrépido y ocupado de sus ideas ambiciosas, creía esta coyuntura buena ocasión de acreditar su fidelidad, y afianzar su fortuna. Con estas miras se disponía á mandar una diputación al licenciado Pedro de la Gasca, gobernador del reino, ofreciéndole todo su ejército para restablecer el orden, que había destruido la tiranía, y disipar del Estado las reliquias de la rebelión. Parece muy probable, que el presidente Gasca tenía luces anticipadas del arribo de Irala; de los hechos criminosos acaecidos en la Asunción, y del carácter inquieto que distinguía á sus soldados. Estas consideraciones le hicieron justamente temer la renovación de un incendio, aun no bien apagado, siempre que no atajando su curso, pusiesen á estas gentes en el peligro de no admitir proposiciones á los del bando vencido. En consecuencia de esto tuvo órdenes Irala muy apretadas, para que sin nuevo aviso no traspasase so pena de la vida los límites del gobierno.

Este accidente que Irala recató al vulgo de la tropa, le hizo ver que nunca convenía más acreditar su fidelidad, que cuando parecía equívoca su buena fe. Obedeciendo las órdenes de Gasca, fijó su residencia; pero llevó adelante el pensamiento de dirigirle una diputación respetuosa. Nuño de Chaves, Miguel de Rutía, Pedro de Oñate y Ruíz García Mosquera partieron para Lima en diligencia de esta demanda. Una enfermedad detuvo á estos dos últimos en Potosí. Los dos primeros entregaron sus credenciales, y fueron recibidos con todo agrado, que exigía su honrosa comisión. El presidente dirigió también á Irala una carta, concebida en términos muy decorosos, diciéndole, quedaba á cuenta á sus generosas ofertas; de su voluntad el reconocimiento libróle al mismo tiempo una buena ayuda de costa, y reitero sus órdenes para que no pasase adelante. Si se reflexiona que poco después substituyó en el gobierno de Irala al célebre capitán Diego Zenteno, es forzoso concluir, que con aquellas demostraciones sólo se propuso adormecerlo bajo una confianza engañosa.

Irala echó de ver le convenía tomar una distancia, desde donde observase el teatro sin peligro. Retrocedió pues hasta un pueblo de los Cercosis. Mil indios de estos, pasados á cuchillo, dejaron á sus compatriotas bien advertidos para no volver á entrar en lid con los temibles españoles. La esperanza es el último sentimiento de que se desnuda el corazón del hombre. A despecho de la razón, y del mal estado de las cosas no desesperaba Irala de granjearse la protección del presidente. Un desasosiego importuno le hacía desear la vuelta de sus diputados, y le impedía continuar su marcha al Paraguay. Dos meses iban corridos de inacción, cuando impacientes sus soldados por unas lentitudes infructuosas, con que jamás se aviene el espíritu sedicioso, se substrajeron de su obediencia, y confirieron todo el mando al capitán Gonzalo de Mendoza. Resistióse este oficial con una modestia de que acaso no había ejemplo; pero por una parte la violencia, y, por otra el temor de que las riendas del mando quedasen flotando al arbitrio

de los sucesos, lo resolvieron á aceptarlo. La nueva administración trajo muchos desórdenes. Púsose en marcha de vuelta á la Asunción con su ejército todo dividido por falta de subordinación y armonía. Seguíalos Irala, como arrastrado de una fortuna caprichosa. Las naciones del tránsito los atacaron con pérdida de muchos soldados y naturales. No era extraño, porque la desapiadada tiranía de estos españoles sólo les conciliaba un odio implacable. Llevando tras de sí doce mil prisioneros, reducidos á dura esclavitud, no habían hecho más que substituir al derecho de las gentes la arbitraria ley de su interés.

Esta tropa amotinada tomó por fin el puerto, donde quedaron los bergantines al cuidado de los fieles jarayes el año de 1549. Las fatalidades de esta marcha, unidas á los desastres que hacían gemir á la Asunción, concurrían de concierto á reprender las veleidosas mutaciones del mando, y obligar á estos amotinados á restituirlo al único capaz de remediarlos. Influía también el recelo de que dominando en la Asunción el partido contrario debían ser ellos oprimidos. Irala entró de nuevo en posesión de su gobierno. A la verdad esta turbulenta república, donde las tempestades renacían con violencia, necesitaba por ahora toda la destreza de un piloto tan experimentado como Irala. Se sabía, por cosa averiguada, que D. Francisco de Mendoza, á pretexto de consentirlo muerto, con suma ligereza se dejó persuadir de los aduladores para aspirar al gobierno de la provincia. ¡Cuán cierto es que la baja y servil adulación deshonra igualmente al que la gusta, como al que la emplea! Para dar lugar á este ambicioso designio, debía preceder una formal abdicación de la tenencia que ejercía. Esperaba Mendoza con más satisfacción que cordura, se reunirían en su persona los sufragios de una nueva elección. Sin detenerse depuso el bastón en pleno consistorio. Su sorpresa fué igual á su imprudencia, cuando, verificado el escrutinio, vió pasar toda la autoridad al capitán Diego de Abreu.

El hombre que no recibe consejos sino de su pasión, intenta siempre deshacer un yerro cometiendo otro mayor, y de precipicio en precipicio llega al último de todos. Viendo burlados sus deseos el capitán Mendoza, entró en el arriesgado empeño de recuperar la insignia dimitida, y arrestar á su competidor. Pero este fué más advertido y diligente para hacer que el mismo Mendoza sufriese las prisiones que le tenía preparadas. Sitiólo pues en su propia casa, la forzó y se apoderó de su persona. Formalizado luego su proceso del modo más sumario, fué sentenciado á que perdiese su cabeza en un cadalso. Abreu llevó su odio á un punto inconcebible; ni los insignes valedores en la corte de que hacía jactancia este reo, ni el respetable cúmulo de sus servicios, ni en fin, el ajuste que propuso de dar dos hijas suyas, para que Abreu y Melgarejo entroncasen en su ilustre prosapia fueron capaces de mitigar este fatal fallo. Un hombre sabio lo hubiera sufrido sin murmurar. Mendoza tembló á vista del suplicio, y buscó medios de eludirlo, poco dignos de un varón fuerte. Viéndose sin recursos casó con Da. Maria de Angulo para legitimar cuatro hijos que tenía de su comercio ilícito. Con ánimo más cristiano se confesó públicamente en el cadalso merecedor de aquel fin trágico, porque tal día como aquel quitó en España la vida á su legítima consorte, con todos sus criados y a un capellán, compadre suyo, que por levísimos indicios supuso haber manchado su pundonor. Esto hecho dió su cuello al cuchillo.

Por más que Abreu apuró sus esfuerzos, no gozó mucho el fruto de esta inhumana ejecución. La carabela que despachó á España, solicitando confirmación del mando, concluyó desdichadamente su viaje en el banco del inglés; y la acelerada vuelta de Irala cambió de pronto su fortuna. Los más empezaron á mirarlo como intruso. Con todo, Abreu resolvió sostenerse, y le negó la entrada en la ciudad. Está se vió sitiada como pudiera serlo una plaza enemiga. El temor ó la lealtad abrieron brecha en el corazón de los sitiados, primero que en los muros las máquinas de Irala. Muchos de ellos se pasaron

á su campo, ya casi desamparado. Abreu abrazó el partido de evadirse con cincuenta de su facción. Por espacio de dos años no cesó de tener en continuos sobresaltos al bando contrario. Crecía su rabia por los mismos medios que se empleaban en aplacarle.
Retrocedamos un poco más atrás: sensible el presidente de la Gasca á la justicia y la humanidad, no perdía de vista el pensamiento de extirpar tantos desórdenes, que, á favor de la tiranía y de la anarquía, habían trastornado todo el orden de la provincia del Paraguay. Con este designio confirió el mando de esta provincia al expresado Zenteno, que por su lealtad y sus servicios se había hecho acreedor á todas las recompensas militares. Libróle pues título de gobernador desde los confines del Cuzco y de los Charcas hasta los términos del Brasil. Pero en un tiempo en que un delito sólo costara un mal deseo, no pudo impedir la Gasca el fin trágico de Zenteno. El mismo año 1548 hallándose en los Charcas entre los regocijos de un convite, murió traidoramente á la eficacia de un veneno. Sus despachos, con todos los sujetos que debían formar su comitiva, llegaron poco después. Eran estos los cuatro diputados de Irala, acompañados de los nobles capitanes Pedro Segura, Francisco Cortón, Pedro Sotelo, Alonso Martín Truxillo, y cuarenta soldados más. La desgraciada pérdida del jefe no influyó en el ánimo de unos hombres acostumbrados á desafiar peligros para que desistiesen del viaje á la Asunción. Guiados de su propio coraje emprendieron su camino.
No omitiremos referir aquí, que estos españoles fueron los que introdujeron en la provincia el primer ganado ovejuno y cabrío. En los fastos de las naciones ocupaban un lugar distinguido los brillantes exterminadores de la humanidad. Nosotros estimamos que tiene más derecho á nuestra memoria aquellos á quienes debe los medios de extender más su existencia. Los españoles de esta jornada no tardaron de recibir el premio de esta buen obra. Alentados los indios a vista del corto número, resolvieron vengar en ellos sus pasadas injurias. En crecido número seguían sus pasos, acechando el primer descuido de que pudiesen aprovecharse. Muy satisfechos de haberlo ya encontrado, se disponían una noche á sorprenderlos. Sólo aguardaban aquel espacio de quietud en que se hallasen entregados al sueño. La inquieta voluptuosidad de los machos cabríos no dió lugar á ese momento de silencio. Los acechadores, que tenían ese bullicio por un efecto de vigilancia, no se atrevieron á poner en obra su designio, y se vieron en la necesidad de retirarse. No fueron en esta ocasión los cabríos menos benéficos á esta pequeña tropa, que los vigilantes pájaros en otro tiempo al capitolio de Roma. Aunque no sin algunos encuentros, en que los indios llevaron siempre la peor parte, concluyeron en fin su viaje. Irala los recibió con demostraciones de sumo agrado. La feliz nueva de prolongación de su gobierno, preparaba su corazón á estos oficios de benevolencia.
Chaves, gran confidente de Irala, ó por lisonjear sus pasiones, ó porque casado con Doña Elvira de Mendoza, hija del desgraciado D. Francisco, se creyó en obligación de vindicar los agravios de la familia, había resucitado la criminalidad de Abreu y no pensaba sino en los medios de satisfacer su venganza. Fácilmente consiguió verse autorizado para perder á un rival, el más terrible de su facción.
Acompañado de soldados corría los bosques en su seguimiento. Entretanto fué descubierta una secreta conspiración contra la vida de Irala. Miguel Rutía, y el sargento Juan Delgado, principales autores de ella, dejaron en un sangriento cadalso el escarmiento á los demás. Juan de Bravo, y Rengifo, presos por Chaves y colgados en una horca, aumentaron la consternación. El partido de los leales se vió en el estrecho de buscar su seguridad en un acomodamiento con Irala. Los casamientos de dos hijas de éste con los capitanes Francisco Ortiz de Bergara y Alonso Richelme de Guzman, acabaron de reconciliarlos. Solo Abreu con algunos de sus amigos sostenían la buena causa, haciéndose invisible en la espesura de los bosques. En una ausencia de Irala, con

motivo de llevar sus armas contra los Mbayás, su teniente Felipe Cáceres tomó de su cuenta sacrifican á sus enconos estas tristes reliquias de una facción agonizante. El capitán Erasu con una buena compañía fué destinado á perseguirlos. Consiguió su intento una noche que Abreu con cuatro compañeros se hallaban recogidos en una choza. Rodeóla, y viéndolo en vela mientras dormían los demás, le asestó una flecha por un resquicio, con la que le quitó la vida. El tiempo de las acciones heroicas es por lo común el de los grandes crímenes. La ausencia de las artes de agrado, y de la cultura del espíritu dejan al hombre su energía natural; pero esta es una energía rústica en que se unen grandes virtudes y grandes vicios. Felices los hombres cuando se encuentran entre los extremos, virtuosos con cultura, cultos sin corrupción!

Con todo, Ruiz Díaz Melgarejo con resolución más intrépida que mesurada, presto corría de su cuenta vengar la muerte de Abreu. Costóle cara su arrogancia. El teniente Cáceres tuvo medios de apoderarse de su persona, y estrecharlo en un calabozo. Las disensiones civiles renacen con nueva fuerza. Irala fué instruido de todo, y volviéndose en suma diligencia, vino á apaciguar con su presencia esta peligrosa discordia. Consiguiólo en efecto, mandando á Melgarejo bien custodiado al campo de su ejército. Alonso Richeldme, que mandaba en ausencia de Irala, de acuerdo con éste, según dice la Argentina manuscrita, hizo espaldas á Melgarejo, para que con un soldado llamado Flores se refugiase á tierras del Brasil. Huyendo un riesgo estos fugitivos cayeron en otro mayor. Prisioneros de los Tupíes, se vieron destinados á saciar con sus carnes la gula de estos carnívoros. Flores, como mejor tratado, fue el primero á quien comieron. A favor de una compasiva india, evitó Melgarejo una suerte igual, porque dándole libertad esa noche, pudo llegar con felicidad á San Vicente.

Hemos dejado para este lugar el examen sobre la antropofagia, ó costumbre de comer carne humana, introducida entre los indios de estos países. El señor Azara, en el tomo segundo de su viaje, capítulo diez, la reputa por fabulosa, atribuyendo este engaño á la inadvertencia de los conquistadores y misioneros, únicamente atentos á realzar sus proezas, y exagerar sus trabajos. Desde luego daríamos gracias al señor Azara de haber libertado a estos, nuestros compatriotas de un crimen tan horrible a los ojos de la naturaleza. Probaría cuando menos que nuestros pueblos salvajes no lo han sido en tanto grado como muchas naciones del viejo mundo. Pero por desgracia la razón en que se funda no nos parece de tanto peso, que nos haga separar de todos los historiadores. Ella se reduce á sólo el hecho de que en el día ninguno de estos pueblos se alimenta de carne humana, y ni aun se acuerda de haberlo ejecutado, aunque no pocos viven tan libres como al arribo de los españoles. Pero el señor Azara debió reflexionar que la costumbre de comer carne humana, más parece vicio de un siglo, ó de una edad, que de un pueblo ó de una nación. Cuando se busca el origen de la antropofagia, ninguno se acerca más á lo verosímil, que el derecho espantoso y arbitrario de la guerra.

Donde ésta es bárbara, y como el estado natural de los pueblos, sino es de necesidad que se encuentre, lo menos, todo está dispuesto á su introducción. Los excesos de delirio son entonces los que forman los principios y dan lugar á las costumbres. Aquellos son tan varios como los caprichos de una imaginación desarreglada, y por consiguiente dictan usos que le son del todo parecidos. La historia no permite dudarse, que así el estado de la guerra, como el modo brutal de ejecutarla, eran conformes á la constitución salvaje de estos pueblos; por consiguiente, la costumbre de alimentarse con las entrañas de sus enemigos, sólo necesitaba el influjo de una idea extravagante. Los Guaraníes, los Tupís y otros, que a juicio de los historiadores eran carnívoros, obraban bajo el principio que los que gustaban la carne del enemigo, adquirían un grado de fortaleza, que los hacía superiores a los ataques, y con divulgar que comían hombres, infundían terror á los demás. Véase aquí el origen de la antropofagia de estos bárbaros: origen, que la hace

muy verosímil, y muy análoga á su vida agreste y brutal. Si á esto se allega el testimonio uniforme de los historiadores, no hay razón para que se atribuya á la exageración de los conquistadores y misioneros. Seguramente aquellos se hallaron en mucho mejor estado que el señor Azara para hacer prolija inquisición de esta verdad; y si se advierte que ningún interés pudo mover su pluma, es preciso concluir que así lo hicieron. Estos refieren el motivo que indujo esta costumbre, los pueblos que la adoptaron, aquellos sobre quienes se ejercía, y hasta las más pequeñas circunstancias de la solemnidad con que se sacrificaba, y comía el prisionero. Uno de estos historiadores es Ruiz Díaz de Guzmán en su Argentina. Este pudo saber de boca de Melgarejo lo que sucedió, y hemos referido. Para pretender el señor Azara, que se hallaba más instruido que los autores coetáneos en lo que sucedió ahora cerca de tres siglos es preciso que apoye en mejores fundamentos su opinión. En efecto, que las tribus salvajes de las naciones que antes fueron antropófagas, no lo sean en el día, es muy débil conjetura para apartarse de su unánime sentir. Sin faltar á la verdad histórica, no se puede negar que los españoles europeos y americanos han exterminado, ó reducido la mayor parte de esas naciones, que trataban tan inhumanamente sus prisioneros. Por consiguiente las tribus que de ellas han quedado, han debido acostumbrarse por medio del ejemplo á ser menos feroces, y menos excesivas en sus resentimientos. Pero aun en tiempo en que los Guaraníes salvajes hacían un cuerpo de nación más numerosa, ya exponen los historiadores haber renunciado á una costumbre tan perniciosa. Barco Centenera nos dice, que habiéndoles sobrevenido una cruel pestilencia después de un convite de carne humana, concibieron un grande horror
á este manjar[20]. Sea así que esta peste provenía de otro principio, pero para el genio supersticioso de estos bárbaros sobraba esta casualidad. A mas de que es tan cierto, como asegura el señor Azara, que en el día ninguna de las tribus salvajes se alimentan de carne humana, asegurándonos Lozano[21], que hay manifiestas señales de que algunos montaraces retienen esta costumbre.

CAPITULO XII

Hace Irala la expedición conocida por mala jornada. Fúndase la ciudad de San Juan. La desamparan los españoles. Parte Irala contra los Tupís. Fúndase la villa de Ontiberos. Sanabria es elegido Adelantado, y no viene a la provincia. Los Goas introducen el primer ganado vacuno. Sublévase la villa de Ontiberos.

Luego que Irala consiguió ver pacificada la provincia, dispuso una entrada cuyas consecuencias debían ser el descubrimiento de las grandes cosas que divulgaba la fama, y la copiosa fruición de sus ventajas. Una idea tan linsonjera acaloró los espíritus, y produjo un fuerte entusiasmo. Si los españoles hubiesen tenido la prudencia, más bien de afirmar sus conquistas, que de extenderlas, hubieran evitado no pocos trabajos infructuosos; pero la fortuna los había favorecido, y sin advertir en sus mudanzas se entregaban de nuevo á sus delirios. Por esta vez les fué tan ingrata, que en adelante se conoció esta expedición por el distintivo de *la mala jornada.* Cuatrocientos españoles, más de cuatro mil indios amigos, con seiscientos caballos y un gran acopio de basamentos, fueron con los que Irala salió de la Asunción el año de 1550 á buscar de nuevo el hallazgo de esas equívocas riquezas. Después de haber atravesado la tierra hasta los indios Mbayás, cruzando los senos más ocultos, y costeado toda la cordillera

[20] Argentina. cap. 3
[21] Lib. 1, cap. 71, hist. manusc. del Paraguay.

del Perú, tuvo que volverse, sin más fruto, que haber perdido la esperanza, último resto de su ideada felicidad. Por colmo de las desdichas, mil y quinientos Guaraníes desertaron de sus banderas para reunirse con sus deudos los Chiriguanos; otros tantos con todos los caballos perecieron en la retirada por entre campos inundados; no pocos españoles padecieron la misma desventura, y los que alcanzaron á la Asunción contaban con gran dicha verse con la vida. La vuelta de esta desgraciada expedición parece que fué el año de 1551 á 52.

El establecimiento de un puerto á la embocadura de Río de la Plata, siempre había sido el objeto más importante de las combinaciones políticas. A más de que sin él eran muy peligrosas las expediciones marítimas; no era fácil que la conquista retirase sus límites todo lo que exigía la base de este proyecto. Las entradas á tierras de enemigo, sólo dejaban una gloria estéril. Por ellas es verdad se conseguía, que los indios diesen la obediencia; pero los grados de esta sujeción eran los del temor. La retirada de las tropas disipaba lo uno tras de lo otro, y al fin poco se adelantaba. Establecimientos permanentes en los puntos cardinales, como la entrada del río, era lo único que podía cimentar esta dominación. El gobernador Irala lo deseaba, y lo puso en práctica. Juan de Romero, capitán prudente y valeroso, con ciento veinte soldados escogidos, abrió de orden suya en 1555 los cimientos de la ciudad de San Juan en la confluencia de un río, al cual dieron ese nombre, al norte del de la Plata, frente de Buenos Aires. Los indios Charrúas poseídos de un odio irreconciliable al español, y bastante advertidos para llegar á conocer, que ninguno es libre al lado de otros más fuerte, miraban con celos esta fundación, y se propusieron aniquilarla. Sus asaltos constantemente repetidos, y la falta de subsistencias en breve redujeron la población á los últimos extremos. Las voces de la miseria resonaron en la Asunción. El capitán Alonso Richelme, yerno de Irala, voló en su socorro, pero sólo fué para que reconociendo la imposibilidad de superar tanta obstinación de estos bravos, levantase el establecimiento, y de común acuerdo se restituyese á la capital. No fué este el único acontecimiento que desgració esta empresa. En el viaje diez y seis españoles envueltos en las ruinas de una barranca, donde habían salido por recreo, consternaron con su muerte á sus amigos y camaradas. La turbación que causó este repentino suceso, reanimó al mismo tiempo los ánimos abatidos de los indios para despicar un odio, que sólo comprimió el temor. Ellos embistieron a los españoles; pero rotos y descalabrados llevaron una nueva lección de respetar sus invasores.

Al arribo de estos españoles llegaron también á la Asunción varios caciques principales de la provincia del Guaira. El objeto de la venida era reclamar la protección contra las invasiones de los Tupíes, á que les daba derecho su vasallaje. Irala debió sin duda conocer que libertar á estos indios de sus perpetuas depredaciones, haciéndoles gustar una tranquilidad duradera, era una de las principales ventajas, que debía recompensar su triste dependencia, y uno de los medios más poderosos de hacerla pasar á obligación. Lleno de una actividad que no le permitía estar sin objeto, resolvió vengarlos por sí mismo. Con número suficiente de soldados buscó al enemigo en sus mismos hogares. Estos indios belicosos recibieron á Irala con aquella imperturbable serenidad del que no tienen que elegir entre la victoria y la servidumbre. Ya sosteniendo los choques con denuedo, ya reemplazando sus pérdidas, ya moviéndose con una agilidad inconcebible, ya, en fin, obrando con valor, balancearon la suerte de las armas por mucho tiempo, y se hicieron acreedores de mejor éxito. La victoria se declaró por quien estaba la ventaja de las armas. Los españoles saquearon su principal pueblo después de haber seguido el alcance de las canoas, y llenaron de terror á los vencidos. En tal aprieto imploraron estos su clemencia. Un armisticio general evitó el hierro que amenazaba sobre sus cabezas. Pero en estos ajustes de parte de los indios sólo entraba la amistad por fórmula,

porque no teniendo otro arbitrio de evitar los males, se creían con derecho de engañar cuantas veces podían hacerlo sin peligro. No pasó mucho tiempo sin que experimentase su arrepentimiento. El gobernador Irala resolvió su regreso á la Asunción, habiendo de antemano despachado á la corte, por la vía del Brasil, á su sobrino Esteban de Bergara con los poderes de la provincia. Las imponderables fatigas de esta vuelta, en la que navegando por el Paraná, se ahogaron algunas gentes, y el abandono de los Guaraníes, obligaron á Irala á caminar por tierra. El feliz éxito de las empresas consiste siempre en la profundidad de las miras con que se han meditado, en la exactitud de los planes que se levantan, y en un cierto tacto mental, que ata con delicadeza todas las partes de un proyecto. Aunque no se puede negar que poseía Irala talentos políticos para promover el sistema de los establecimientos, también es cierto, que el haber claudicado por algunos de estos extremos fué causa de que por ahora no lo manejase con acierto. El hermoso cuadro que le presentaba la provincia de Guaira, retocado con las bellas tintas de su imaginación daba sobrado mérito para que se propusiese levantar en ella una colonia. A la verdad concurrían sólidos fundamentos en que apoyar este pensamiento. Por una parte la vía del Brasil ofrecía una comunicación con la metrópoli menos expuesta y retardada; por otra las fronteras de la provincia se hallaban más respetadas, y se contenían los ultrajes con que los mamelucos reducían á estos indios más abajo de la condición humana. Sobre estas razones de conveniencia pública, mandó Irala dar nacimiento á esta colonia; pero no acertó á tomar bien sus medidas. En 1554 el capitán García Rodríguez de Bergara, con sesenta españoles, fundó la villa de Ontiberos en el pueblo de Canideyú á una legua de distancia del célebre salto que da el río Paraná. Con una política mal calculada destinó para fundadores de este establecimiento á los secuaces de Diego de Abreu.

Su fin era desarraigar de la capital estas semillas de sedición, sin advertir que transplantándolas á otro suelo, donde no estuviese sobre ellas la vigilante mano del labrador, debían fructificar con más pujanza. Mientras duró el gobierno del capitán García Rodríguez, su ejemplo, más poderoso que las leyes, reprimió las animosidades; pero veremos en lo sucesivo el agigantado cuerpo que tomó el espíritu de partido.

Entretanto que esto pasaba en el Paraguay, otras eran las medidas que se tomaban en España. Si no estaba decretado, que por el orden común de los sucesos llegase lrala al mando en propiedad, á lo menos una fortuna siempre parcial á sus intentos mudó el destino de las cosas para satisfacer su ambición. Nada había omitido Irala para robarle á la corte el conocimiento individual de su detestable manejo. Pero el tiempo, que tarde ó temprano desemboza los vicios, fué más poderoso que su cautela. La corte supo las artes; con que había llegado á la autoridad, y resolvió poner límites á su ambición. Admitió pues la propuesta que le hizo Juan de Sanabria, caballero poderoso natural de Medellín, por lo que bajo de condiciones ventajosas al Estado, solicitó el gobierno del Río de la Plata. Este tratado se ha querido mirar como una prueba irrefragable de que el plan de estas conquistas estuvo siempre levantado sobre la base de la pública felicidad. Es preciso no equivocarse dando por cierta una proposición tan absoluta. En el momento mismo que los reyes de España conquistaron parte de estas provincias, los indios sumisos y rendidos debieron encontrar su seguridad en el interés mismo de sus nuevos señores. Su proyecto no podía ser exterminarlos, y reinar en la soledad. Por su propio provecho debían convidar á los indios al trabajo, y promover su felicidad. Pero esta, ¿ha sido jamás cual lo exigía una exacta y rigorosa justicia? No creemos que hay ninguno tan preocupado, que se atreva á sostenerlo. Para dar más luz á esta historia, pondremos aquí los principales artículos.

El de la religión fué el más recomendado. Sanabria se obligó á traer ocho religiosos franciscanos, y la corte le proveyó de ornamentos sagrados, vino para los sacrificios,

aceite para las lámparas en cantidad correspondiente para el consumo de seis años, y del competente matalotaje. Pero los libros de la nueva secta filosófica nos repiten, que la religión católica no ha causado sino males. Remitimos á sus autores el retrato fiel de las costumbres, y la ignorancia de estos indios en su barbaridad. Si no están arrepentidos los filósofos de que estos indios hayan dejado de ser bestias, esto mismo debe enseñarles á respetar una religión, que sabe de las bestias formar hombres, y que pudo restablecer la humanidad en todos sus derechos, si en parte no hubiese sido contrariada por la potestad misma que la mandada propagar. Los demás artículos son referentes á conducir cien familias, á más de doscientos soldados, levantar dos pueblos, transportar semillas para el cultivo de las tierras, dar buque á algunos artesanos por el módico precio de ocho ducados el que más; y en fin, repartir entre los conquistadores á precios aprobados por el consejo, ropas y vestidos necesarios, mancomunándose de diez en diez, para la satisfacción de su importe. Visto es que el anhelo de la corte se caminaba á excitar entre los bárbaros algún deseo por las comodidades, que hacen al hombre activo e industrioso. Con esto se pretendía también asegurar estas posesiones porque es cosa bien sabida, que desde que el hombre abandona la vida errante, da el primer paso á la dependencia sirviendo de sujeción el mismo terreno que cultiva.

Ajustadas todas las condiciones partió el Adelantado Sanabria para Sevilla á dar calor á los aprestos necesarios de su empresa. Una expedición de portugueses, que al mismo tiempo se disponía para fundar nuevas colonias en Brasil, puso en cuidados al emperador. De superior orden suya se despacharon avisos convenientes á Sanabria, para que adelantase su salida, y previniesen cualquiera usurpación en territorio de la corona. Estas prudentes prevenciones llegaron á sazón que su muerte había ya enterrado en su sepulcro tantas buenas esperanzas. En 1549 le reemplaza su hijo Diego Sanabria bajo las mismas condiciones estipuladas; pero implicado en las trabas inseparables de negocios forenses, quedó casi frustrado este importante asunto. Con todo, entretanto que el nuevo Adelantado promovía en la corte la solución de sus litigios, el capitán Juan Salaza de Espinosa, que volvía al Río de la Plata con el empleo de tesorero general, se dió á la vela en 1552 con dos navíos de los cinco del ajuste, y uno que armó de su cuenta el capitán Becerra. Dos años después lo siguió este Adelantado en otro tercer navío; pero con tan mala suerte, que extraviándose los pilotos del verdadero rumbo al montar el cabo de San Agustín, vino esta nave de arribada á Cartagena. Sanabria volvió á Castilla, y nunca más pensó en el Río de la Plata; no obstante que corriendo el tiempo murió en Potosí.

La armada de Salazar, en la que muchas personas de esclarecido linaje venían á aumentar el número de tantos ilustres pobladores, navegó con próspero viaje hasta la isla de Santa Catalina; pero al tocar la barra de la laguna de los Patos, zozobró en ella el navío del capitán Becerra, cuya gente si escapó del naufragio fué para caer en manos de los bárbaros. La de los otros buques experimentó, poco después, el sinsabor de las discordias. El comandante Salazar, y el piloto mayor formaron cada cual su partido, á quien comunicaron sus odios personales. Prevaleció el del piloto, y fué depuesto Salazar. D. Hernando de Trejo, que reasumió la autoridad, no pudo calmar la sedición. Parte de la gente siguiendo á su caudillo depuesto, se pasó á San Vicente, del Brasil. El corazón virtuoso y sensible del padre Leonardo Núñez, de la extinguida compañía, no pudo oír sin emoción a estos emigrados la triste suerte que había tocado a los barcos de Becerra. Lleno de sentimientos de humanidad resolvió rescatarlos pesar de la distancia y de los riesgos. Por su crédito y su presencia venerable tomó entre los bárbaros aquel ascendiente irresistible, que sólo la virtud es capaz de conciliar. Hablóles luego en aquel tono pacifico de su genio conciliador, y consiguió le entregasen los prisioneros, con

quienes regresó como en triunfo. A otro oficio caritativo debieron años después llegar libres a la Asunción.
El capitán Trejo deseaba señalar su precario mando con un servicio que acreditase, era digno de otro mayor. Con estas miras á principios de 1553 levantó un pueblo en el puerto de San Francisco, situado entre la Cananéa y la isla de Santa Catalina. Aquí casó, tuvo un hijo, que después fué Obispo del Tucumán, y amo de aquella célebre negra, que habiendo donado á los jesuitas, murió de más de 180 años en la estancia de Alta Gracia, donde la conocimos. El emperador aprobó el establecimiento de esta colonia, como muy necesaria para facilitar las operaciones mercantiles, y cubrir la comunicación con el Perú. Tuvo muy corta duración este lisonjero proyecto; porque sitiada la colonia del hambre y la necesidad, la abandonaron sus pobladores pasándose á la Asunción el año de 1555. Esta marcha, que se hizo por el mismo derrotero de Alvar Núñez, nada ofrece de particular, sino la muerte de treinta y dos soldados, que extraviados del convoy en busca del sustento, perdieron todas las sendas, y perecieron á los rigores de la necesidad. El capitán Trejo se vio a su arribo procesado, y preso por Irala, quien le imputó á delito la deserción del establecimiento. Mandaba entonces este general con todos los fueros de un déspota; porque abatidas las cabezas de los hombres principales, consiguió que aun sus deseos se respetasen como leyes. Casi al mismo tiempo llegaron también á la Asunción los otros españoles, que se habían refugiado en San Vicente en cuya compañía vino también el capitán Melgarejo.
Dijimos antes que evadido éste del Paraguay se había pasado á San Vicente, establecimiento portugués. Aquí casó con Doña Elvira, hija del capitán Becerra. Esta dama de peregrina hermosura no había nacido para Melgarejo. Las violencias de sus padres pudieron obligarla a que alargase su mano; pero esta fué una mano totalmente vacía; porque en las mismas aras del sacrificio reservó su corazón á otro que por elección era su dueño. Este era el castellano Juan Carrillo. Los mutuos incendios de la pasión parece que les daban una existencia común, que debía crecer á un mismo tiempo. Así fué; porque sorprendidos en adulterio por Melgarejo fueron muertos á puñaladas. Nada comprueba mejor la máxima, que si el amor es excesivo quererlo comprimir con violencia, es exponerlo á una tragedia. Esta infausta aventura hizo que Melgarejo, se acomodase con la necesidad, aceptando los auxilios, que ante le había proporcionado Irala para volverse á la Asunción. Con esta comitiva vinieron varios portugueses, entre quienes sobresalían por su linaje los dos hermanos Goes. Aun más que por esta calidad, que nada vale cuando no acompaña el mérito, debe ser eterna su memoria; porque introduciendo ocho vacas y un toro, levantaron sobre ese débil principio el coloso de prosperidad, que hace al Río de la Plata uno de los emporios del reino. El excesivo precio que la estimación común impuso por entonces á cada uno de estos cuadrúpedos, parece que presagiaba esta dicha futura. El portugués Gaete, que los condujo por camino muy fragosos, fué recompensado con la adjudicación de una vaca; recompensa tan excesiva en el aprecio general, que para ponderar el subido valor de una mercancía, quedó por proverbio recibido: "es más cara que las vacas de Gaete." Toda esta gente recibió un buen acogimiento del gobernador Irala.
Por este tiempo, poco más ó menos, los colonos de Ontiberos se substrajeron de la obediencia de Irala, luego que les faltó la presencia del capitán García Rodríguez. Este atentado, que hería en lo más vivo la delicada altivez del jefe, lo resolvió solicitar un castigo saludable, que reanimase en todos el sentimiento de la subordinación. Su yerno, Pedro de Segura, con cincuenta soldados tomó á su cuidado escarmentarlos, y recoger los españoles vagos de toda aquella comarca. El amor del libertinaje había ya incorporado los de esta dispersión con los colonos de Ontiberos, y formado un cuerpo de rebeldes, capaz de sostener su independencia. Fué del todo inútil la anhelosa

diligencia de Segura, por poner el pie en la nueva villa. Estropeado de los intrépidos amotinados, tuvo el dolor de hacer una vergonzosa retirada. Este suceso fué un cebo, que levantó llamas de enojo en el corazón de Irala; pero un fondo de cordura, que presidía por lo común á sus deliberaciones, le había enseñado á conseguir de sí mismo una victoria, que aunque momentánea, era siempre más costosa que la de sus propios enemigos. Sin renunciar su venganza, tuvo la prudencia de reprimirse por entonces, y diferirla á mejor tiempo.

CAPITULO XIII

Irala es hecho gobernador en propiedad. Viene el primer obispo. Forma Irala las ordenanzas. Chavez parte contra los Tupís. Melgarejo funda a Ciudad Real. Muerte de Irala. Mendoza entra en su lugar. Disputa de Chaves con Manso.

Cuando estas cosas así pasaban, llegaron por la vía del Brasil noticias de tanta importancia que debían producir un nuevo orden de cosas. Estas eran la propiedad del gobierno conferido al general Irala, y la venida del primer obispo que ocupó esta iglesia. Por parte de Irala el buen suceso de una pretensión á que había sacrificado hasta el honor y la conciencia, reparó en su ánimo aquel pasado contratiempo. Por la del pueblo fué aplaudida esta promoción. Tal era el artificio de este feliz usurpador, que disfrazando los vicios con las virtudes, la severidad con los halagos, el mal presente con la esperanza de un bien futuro, se concilió las voluntades, é hizo olvidar sus pasados yerros. Debe confesarse en honor de la verdad, que su conducta era muy diferente de la que observó al principio de su tiranía. El evento confirmó en breve aquella noticia anticipada. Dos navíos al mando del general Martín de Orúe, tomaron puerto en la Asunción, y con el obispo D. fray Pedro de la Torre, religioso franciscano.
Unas provincias pobladas de gentiles, á quienes como esclavos fugitivos de la ley natural era necesario traer á su yugo, y hacerles conocer las verdades de la religión revelada, exigían desde luego auxilios no menos grandes, que oportunos. Persuadido el emperador Carlos V que el influjo de los pastores del primer orden debía levantar el edificio de la religión sobre cimientos más sólidos, que los que pudo darles el celo, muchas veces mal dirigido de los que hasta aquí se habían ejercitado en las funciones del apostolado, solicitó de Paulo III la instalación de un nuevo obispado en la provincia del Río de la Plata. Este pensamiento tenía también otra ventaja, cual era la reforma de las costumbres públicas de los mismos conquistadores, sobre las santas máximas del Evangelio. Hubiera sido un prodigio, de virtud no conocido en los anales del mundo, preservarse de la depravación en medio de los mayores incentivos, que jamás tuvo la flaqueza humana. Era pues conveniente que un jefe principal de la potestad espiritual recuperase á la conciencia ese tono imperioso, que hablan enflaquecido los vicios, y representase las verdades espantosas de la religión bajo aquel temple fuerte que asegura una impresión saludable. Por Bula de 1547 fué cometida á D. Fray Juan de Barrios y Toledo, primer obispo de esta nueva iglesia, la elección de este obispado de la Asunción[22]. A diez de Enero del año siguiente verificó su comisión por medio de una acta solemne. En un tiempo en que los emolumentos eran tan tenues, los fondos públicos fueron destinados á la congrua sustentación del prelado y demás ministros. No logró la provincia los reglamentos de sabiduría que se prometían de un varón tan

[22] Es muy reñida la disputa entre los críticos sobre la familia religiosa de que fué alumno este célebre personaje. La opinión más verosímil lo hace mercedario. Puede verse al padre Lozano lib. 3 cap. 1 de su historia civil del Paraguay.

esclarecido; porque disponiéndose para pasar á su destino, fué asaltado de enfermedades que desvanecieron tan bellas esperanzas.
Por su muerte, ó su renuncia, recayó esta cátedra episcopal en el ya mencionado D. Fray Pedro de la Torre. Su entrada en la Asunción, que fué la víspera de Ramos de 1555, extendió el regocijo en todas las clases de los ciudadanos. No fué pequeña la consolación del prelado al verse con un clero compuesto de doce sacerdotes seculares, dos religiosos de San Francisco, y dos de la Merced, de quienes pensaba servirse para dar progresos más rápidos al cristianismo, y levantar establecimientos que hiciesen su nombre respetable.
Irala se hallaba ausente de la ciudad: instruido del suceso vino sin tardanza á cumplimentarlo. Las recíprocas demostraciones de afecto, que se dieron estas dos cabezas de la república anunciaron un armonioso concierto, que debía ser la base de la felicidad pública.
Tomó de nuevo Irala las riendas del gobierno con los socorros de armas, municiones y soldados, que le entregó el capitán Orúe. Su afabilidad, la contracción á sus obligaciones, la prudencia de sus reglamentos eran los mejores medios de dar á su ambición un colorido de justicia. Con estas miras puso en seguridad el giro de los negocios públicos, reanimó la industria popular, promovió esas escuelas de primeras letras que son los elementos de la razón, edificó la catedral y las casas consistoriales con la suntuosidad de que eran susceptibles las circunstancias, contribuyó á la decoración del pueblo, fomentó un astillero para la construcción de los barcos, donde trabajaban de continuo más de dos mil artesanos, y se dedicó especialmente al repartimiento de los indios entre los conquistadores, á quien se dió el nombre de encomienda, pudiendo reputarse por uno de los beneficios militares. Una funesta experiencia había acreditado que el servicio gratuito de parte de la tropa era una de las causas de sus violencias y usurpaciones. Para remediar este desorden formó Irala padrones por los que se contaban hasta veinte y siete mil indios de armas, los repartió y dictó esas ordenanzas, que obtenida la aprobación del rey fueron por mucho tiempo el código legal de estas provincias. Si hemos de dar fe al señor Azara, por ellas se confería posesión á título de encomienda á cualquiera que tornase sobre sí el empeño de reducir por bien, ó por fuerza alguna población no muy crecida[23]. Los indios, así reducidos, se tenían por Mitayos, cuya obligación era de servir dos meses por su turno al vecino encomendero desde los 18 hasta los 50. Pero si las poblaciones eran demasiado numerosas, se levantaba una ciudad, o villa de españoles, quienes se dividían entre ellos, y formaban encomiendas, ó bien de Mitayos, ó de originarios y Yanaconas, á quienes los encomenderos retenían corno domésticos, y los obligaban á servir según su entera voluntad. Nadie habrá que no advierta que la base de estas ordenanzas era el servicio personal, y que por lo mismo ellas no hicieron otra cosa que autorizar a opresión y el latrocinio. El curso de esta historia traerá á la pluma los males que causaron, y las eficaces providencias de la corte por abolirlas.
Vencedor Irala de sus enemigos, amado aun de sus émulos, respetado de todos, condecorado con el gobierno, continuó manejándose en adelante como magistrado sabio, capitán prudente, padre de su pueblo y árbitro equitativo de los extraños. Si á más de lo dicho buscamos la razón de esta metamorfosis, la debemos encontrar en el mismo interés del vencedor, y en el de los compañeros de su fortuna. Los pueblos sometidos, lejos de provocar su ira, recibieron sin murmurar el destino, que á bien se tuvo señalarles. Siendo este el de los repartimientos, nunca convenía menos exterminarlos. Por el contrario, promover aquella tal cuál cultura de la razón, que permitían las circunstancias, y que conduce á los principios de la vida social, aficionarles al trabajo

[23] Tomo 2 de su viaje, cap. 12.

mostrándoles las riquezas que la tierra abriga en sus senos, dar un nuevo ser á la vegetación, enseñarles todos los medios, no sólo de conservar su existencia, sino también de labrar el opulento patrimonio de los encomenderos, y en fin, adelantar los establecimientos con aumento de la felicidad pública y privada, esto era todo lo que exigía el plan de una política sensata. El genio vasto del gobernador Irala, capaz de abrazar las combinaciones más complicadas del mando, desempeñó estos objetos, y se hizo digno de vivir en los fastos de estas provincias. Por arreglado que hubiese sido el repartimiento de los indios, no pudo ser á contentamiento de todos. Estos eran menos de los que se necesitaban para que no quedasen muchos sin beneficio. Este motivo, unido á otros de mayor peso, inclinó al gobernador á meditar dos nuevas poblaciones, una en la provincia del Guaira, y otra en los jarayes. Pero antes quiso poner freno á las reiteradas insolencias con que los Tupíes brasileños insultaban nuestros pueblos amigos y ejercitaban su tolerancia.

El capitán Nuño de Chaves, gran capitán, gran político, era capaz por sus esfuerzos y su prudencia de dar cabal desempeño á este designio. Con un cuerpo de veteranos y otro de soldados nuevos, que iban como en aprendizaje á este género de guerra, partió á principios de 1556. Con su presencia se consiguió recuperar el aliento á nuestros atemorizados fronterizos, y dar á los agresores un castigo, que tuviese por fruto el escarmiento. El río Paraná, Tibasiva, los Pinares vieron correr á Chaves con la intrepidez de un guerrero y la confianza de un vencedor. Pero poco faltó para que le fuese funesta esa fortuna, que le inspiraba tanta seguridad. Cutiguará, famoso impostor, que pasaba entre los bárbaros por hombre inspirado, pudo rebelar contra los españoles á los indios de Peavijú. Para animar en ellos el ardor de los combates y el amor de la independencia, les hizo presente, que con estos extranjeros venían las pestes y demás calamidades, porque sembraban doctrina perniciosa, opuesta á sus ritos patrios: que el motivo de su enseñanza no era más que un artificio para adormecerlo bajo el yugo de la tiranía, que ya tenían echado el ojo donde establecerse con ventaja á fin de apoderarse de sus hijos y de sus mujeres; que los mirasen con más horror que a los Tupíes, pues eran enemigos acostumbrados á burlarse de los hombres y de los Dioses, y en fin, que no temiesen acometer hallándose á la frente un caudillo, que sabría convertirse en león feroz, para despedazarlos entre sus garras. La estúpida credulidad de unos bárbaros, esclavos de las más groseras preocupaciones, fácilmente debía preparar el asenso, y resolverlos á una tierra en la que el cielo se declaraba su protector. Con un arrojo superior á su flaqueza, cercaron á Chaves en su propio campo, y lo atacaron llenos de furor. El lugar inexpugnable que ocupaban los españoles, los preservó de un total exterminio, acreditando lo que vale una ventajosa situación. Unos indios ahogados en cierto río cercano, y otros pasados por el filo de la espada debieron enseñar á todos la falibilidad de sus oráculos. Victorioso Chaves, así en este, como en otros encuentros de menos monta con los indios de los Palmares, ajustó paces, llevando en rehenes algunos caciques principales, que trató Irala con benignidad.

El descanso más propio de estos tiempos consistía en mudar de ocupación. Tomado dictamen del obispo y del cuerpo consistorial, metió calor Irala al proyecto de las dos poblaciones. La del Guaira fué encomendada al capitán Ruiz de Melgarejo, quien con cien soldados escogidos abrió los fundamentos de Ciudad Real en 1557 sobre las márgenes del Paraná á la boca del río Pequirí, y tres leguas distante de la villa de Ontiberos. El corto residuo de habitantes que poblaban esta villa, y la tranquilidad con que se reunieron al nuevo establecimiento, dan motivo para creer que estaba ya apagado el fuego de la pasada rebelión. Melgarejo no encontró más que una docilidad favorable á sus intentos. Formando el empadronamiento de los indios, subió la capitación á cuarenta mil familias, que se repartieron entre setenta encomenderos. El incesante

desvelo de éstos por desterrar su natural pereza, y asentarlos al ejercicio de las artes necesarias, creo en breve las fortunas más pingües de la provincia[24]. Pero este aumento de prosperidad era sólo en favor de los encomenderos. El mismo acrecimiento de sus haberes reducía á un círculo muy estrecho la propiedad de los indios. No está en las leyes del orden que muchos sean desdichados para que pocos sean felices. Era pues preciso, que toda esta dicha no fuese más que un bien momentáneo, y un verdadero síntoma de su próxima decadencia. En efecto, en pocos años de servicio personal disminuyó enormemente la población, y expió con la miseria los excesos de los nuevos dueños. No es la primera vez que la codicia desenfrenada ha sido castigada por ella misma.

Para la población de los jarayes salió el mismo año de 1557 el capitán Nuño de Chaves, llevando en su compañía doscientos veinte españoles y más de mil quinientos indios amigos. Navegaron con felicidad hasta entrar por el río Araguay, cuyas márgenes poblaban los indios Guatos. Tenían éstos muy fresca la memoria de sus resentimientos. Vengar los males de la patria con un alevoso golpe de mano, era lo que en su juicio convenía á su seguridad. Por medio de una celada, dispuesta con el más disimulado sosiego, cayeron sobre los descuidados españoles, matándoles once soldados y más de ochenta indios amigos. Este infausto suceso puso en obligación á la armada de retroceder sobre sus pasos, y tomar el puerto de los Parabazanes en la provincia de los jarayes. Nada se encontró aquí que mereciese fijar la estabilidad deseada. Abandonado este puerto, se arrojaron los españoles á buscar á prueba de mil riesgos otro más conveniente en lo interior de la tierra.

Entretanto, la capital nos presenta un suceso digno de emplear nuestra curiosidad. La dedicación con que el gobernador Irala se había entregado á las penosas funciones del mando, no le permitía el alivio de descargar en otro, ni aun las atenciones más pequeñas, que podía desempeñarlas por sí mismo. Con más piedad que discreción aumentaba el peso de sus años[25] tomándose la fatiga de presenciar en la campaña el corte de unas maderas dedicadas á la construcción de una capilla unida á la catedral. La ardentía de temperamento le hizo contraer una fiebre, que á pocos días le puso en el término fatal. Aunque poseído de su mortalidad, siempre le acompañó á su lado aquella firmeza heroica, que desconocen las almas vulgares. Después de haber proveído todo lo concerniente al buen orden de la república, concluyó en fin la carrera de sus días, llevando á su sepulcro las lágrimas del Paraguay, y el respeto aún de los bárbaros. Irala fué uno de esos hombres, que, mezclando en su vida tanto de virtud como de vicios, dejó en problema su opinión. El tuvo la principal influencia en los negocios públicos; político artificioso sabía acomodar sus principios á los sucesos de la suerte y á lo que exigían las circunstancias; la ambición era el nivel de sus operaciones, y á ella sacrificó como á su ídolo el honor y la justicia. Con todo, la elevación de su genio, su valor, su intrepidez, su ciencia militar, sus importantes servicios, así en la paz como en la guerra, lo hacen un digno objeto de la pública admiración; jamás puso en salvo su vida, hallándose en riesgo la república; bien puede decirse que crió esta provincia. El sentimiento universal, que dejó su muerte en todas las clases del Estado, es el mejor elogio fúnebre, que pudo dedicarle la patria, y el que nos hace reconocer que un pueblo agradecido tiene bastante equidad para perdonar pasados yerros.

Por la última disposición de Irala recayó la autoridad en el capitán Gonzalo de Mendoza. Adoptando el sistema de gobierno, entablado por su predecesor, justificó éste el acierto de su nombramiento. Fué su primer cuidado librar despachos á los capitanes

---

[24] Según Ruiz Díaz de Guzmán, en su Argentina lib. 3 cap. 3, los frutos de la tierra eran el algodón, la cera, el azúcar y los lienzos.

[25] Pasaban de sesenta.

pobladores ofreciéndoles los auxilios, y fomentos, que dependiesen de su mano. La sumisión, y reconocimiento con que contestó Melgarejo, no permitieron se dudase de su fidelidad. El genio bravo, altivo y ambicioso de Chaves, asistido de la libertad y de suficientes fuerzas, lo inclinaba á designios audaces incompatibles con la subordinación.

El desabrimiento con que escuchó los despachos de Mendoza, dió á conocer que no estaba dispuesto á recibir leyes, sino de su coraje. Cogióle la noticia entre los indios Trabasicosis ó Chiquitos[26]. Nada había perdonado el fiero natural de estos bárbaros por conservar indemnes los derechos de su libertad. Indomables hasta la desesperación, después de haber celebrado asambleas nacionales, aunque sin todo el éxito que deseaban, para deliberar sobre los medios de poner en seguridad á la patria; dado muerte á los embajadores de Chaves; dispuesto encubiertos precipicios bajo los pies de sus agresores; inficionado las aguas; envenenado sus armas; y en fin, experimentado los sangrientos estragos de una guerra carnicera, que justificaba la necesidad de prevenir los ataques, conservaban siempre muy entera la seria resolución de dejarse primero degollar antes de suscribir á una sujeción opuesta á su independencia. Los españoles, cuyo campo había venido en disminución, y cuyo exterminio parecía inevitable, en 1558 conjuraron á Chaves por medio de un formal requerimiento los sacace de esta tierra enemiga y tomase su asiento en los lugares pacíficos de los jarayes. Irritó mucho á Chaves esta desahogada determinación, porque desconcertaba todas las medidas con que se había propuesto erigir más adelante un nuevo gobierno, de que pudiese ser cabeza. Inflexible en su propósito cerró los oídos á la súplica, y se propuso no renunciar un designio, que abría carrera á su ambición. Este hecho ultrajante introdujo la discordia en el ejército. Ciento y treinta españoles eligieron por su caudillo al capitán Gonzalo de Casco, y se encaminaron á la Asunción por los Parabazanes. Solo sesenta siguieron el partido de Chaves, y perseveraron bajo sus órdenes.

Con tan débiles fuerzas atravesó este general por entre muchas naciones numerosas, harto irritadas contra el nombre español, y llegó á los llanos de Guelgonigota.

Bien es reflexionar sobre estos hechos, que con frecuencia nos presenta la historia de estos tiempos. Ellos nos instruyen lo mucho que hemos perdido de aquella constitución robusta, que hacía á nuestros padres como inaccesibles al dolor. Al arribo de Chaves, ya se había anticipado con una lucida compañía el capitán Andrés Manso, á quien el actual virrey, marqués de Cañete había adjudicado esta conquista en justa remuneración de sus servicios. Ambos generales altercaron sobre sus derechos, con todo el ardimiento que les inspiraba su ambición. En un tiempo en que la justicia enmudecía á vista de la fuerza, y en que una escena sanguinaria costaba poco á la sensibilidad, es un prodigio de moderación, que estos valientes contendores remitiesen su querella al tribunal de la razón. De común consentimiento se comprometieron en lo que resolviese la real Audiencia de Charcas, recientemente establecida en la ciudad de Chuquisaca. Este tribunal juzgó que en un negocio tan peligroso no desempeñaba debidamente sus funciones, mientras su mismo Presidente, puesto entre dos campos, no dirimiese la conciencia. Pero ya Chaves se había arrepentido de haber puesto su causa en tanta contingencia. Esperanzado de un asilo menos expuesto, dejó por cabo de su gente á Fernando de Salazar, su concuñado, y sin aguardar otras resultas, partió á entablar negociación con el virrey marqués de Cañete.

No estaba destinada para Manso esta conquista. Su genio tenebroso no supo penetrar los ocultos manejos de que se valía la sagacidad de Salazar para ganarse la afición de sus propios soldados. Cuando menos lo pensaba tuvo el dolor de verlos desertar de sus banderas, y pasarse al campo enemigo. No paró en esto: preso él mismo por Salazar, fué

---

[26] Llámanse Chiquitos, no por su estatura, sino porque viven en casas pequeñas y redondas.

remitido á lo interior del reino. Chaves por otra parte, como cortesano diestro, hacía jurar todos los resortes de la política, para que triunfase su ambición, afectando interesarse únicamente en la del mismo dueño que halagaba. Encareció tan á lo vivo la importancia de esta conquista, que el virrey la juzgó digna de formar un gobierno separado con que condecorar á su propio hijo. Este era D. García Hurtado de Mendoza, de quien sabía Chaves, que contento con el título le dejaría gozar todo lo demás[27]. En efecto, nombrado su lugar-teniente, reasumió toda la autoridad, volvió á ejercitarla en la provincia, mientras el propietario gozaba en Lima de sus comodidades. Los primeros cuidados de este diligente capitán fueron fijar el pie sobre un establecimiento que perpetuase su reputación, y entrenase el orgullo de grandes poblaciones que ocupaban la comarca. En las márgenes de un arroyo muy ameno, que corre á la falda de un cerro no muy elevado, fundó la ciudad de Santa Cruz de la Sierra por los años de 1560.[28] Estos beneficios, de que el público es deudor á los conquistadores, reparan algún tanto los defectos de sus pasiones.

Manso con el pasado contratiempo no cayó de ánimo en el proyecto de adquirirse un señorío sobre tantos miembros dispersos de este gigante imperio, que ignorándose á qué dueño pertenecerían, solo se sabía lo fuese al más atrevido. Habiendo reclutado nuevas tropas entró por la frontera de Tomina, y levantó una población cercana á la sierra de Cuscotoro. Los encontrados intereses de los conquistadores se cruzaban continuamente. La ciudad de Chuquisaca calificó de una usurpación manifiesta este procedimiento de Manso. El alcalde Diego Pantoja vino á requerirle con suficientes fuerzas; pero fué desbaratado en un peligroso paso. Temió Manso le fuese funesta esta osadía. Levantando su campo se retiró á un pueblo de los Chiriguanos. El buen acogimiento de estos indios parecía haberlo puesto en estado de realizar sus mal combinados esfuerzos. Manso debía perecer bajo esta hospitalidad homicida. Guiado de sus consejos se encaminé á los llanos de Tariunguín, donde fundó la ciudad de la Rioja en 1561. Al mismo tiempo el capitán D. Antonio Luis de Cabrera levantó de orden suya el pueblo de la Barranca, sobre la ribera del río Gapais cuarenta leguas de Santa Cruz. No le faltaba á Chaves resolución y ánimo para oponerse á estas empresas, que en su concepto traspasaban los límites de su gobierno; pero prefirió por más seguro hacer intervenir al supremo mando, y esperó que interesado él mismo, una sola palabra suya fuese más eficaz que una batalla. Nada de esto fue necesario. Los Chiriguanos habían esperado lo bastante para que sazonase el fruto de su perfidia. Con cautelosa diligencia atacaron de sorpresa estas colonias aborrecidas, y las aniquilaron unas tras otra. Manso y toda su gente perecieron en esa catástrofe, á excepción de Cabrera quien posteriormente dió al Tucumán una ilustre descendencia. Los odios de los hombres generosos no siguen á sus enemigos más allá de la vida. El valor de Chaves se vio comprometido en la venganza de su rival. Armado como convenía derrotó á los Chiriguanos.

LIBRO II

CAPITULO I

Juan Núñez del Prado entra a la conquista del Tucumán. Tiene sus diferencias con Francisco Villagrán. Funda la ciudad del Barco. Nuevo encuentro con su rival. Queda esta conquista por colonia de Chile. Buen gobierno de Prado. Su

---

[27] Parece que influyó en este favor, porque casado Chaves con Doña Elvira Manrique de Lara, hija de D. Francisco de Mendoza el degollado, se le reconoció deudo.

[28] En 1575 se trasladó esta ciudad sesenta leguas más al occidente, donde hoy se halla.

prisión por Francisco de Aguirre. Sublevación de los indios. Trasládase la ciudad del Barco, y recibe por nombre Santiago del Estero. Victoria de Bazán. Entra Zurita a gobernar. Su deposición por Castañeda.

Desde la retirada del capitán Heredia, parece que había menguado mucho la reputación del Tucumán entre los conquistadores peruanos. A la verdad, un país al parecer, por entonces, exhausto de metales no podía ser para ellos de gran precio, ni servir de fuerte tentación de sus pasiones. Más con todo, fué preciso, que él entrase en el objeto de sus anhelos. La pacificación del reino, después de la derrota de Gonzalo Pizarro, puso al presidente de la Gasca en la inevitable necesidad de contentar á los capitanes de servicios más señalados. No fué posible que todos tuviesen parte en la repartición de la presa. Agregar nuevas conquistas era lo que exigía la gloria de las armas el interés de los guerreros. Uno de los que más reclamaban por la adjudicación del premio, era el capitán Juan Núñez de Prado. Había este seguido el bando de los rebeldes con todo aquel ardimiento que es propio al espíritu de partido. Su conducta tímida é incierta le inspiró el bajo designio de reconciliarse con su fidelidad por medio de una traición. El ejército de los rebeldes oponía una fuerte resistencia á los realistas, empeñados en el paso de Apurima. Cuando todo aseguraba la confianza de Pizarro, lo vendió Prado á su enemigo. Pasóse repentinamente al campo de éste, descubrióle sus ocultos ardides militares, y facilitó por esta acción su entero vencimiento. Véase aquí el galante mérito que le ganó la capitanía general del Tucumán.
Costóle indecibles trabajos para alistar soldados, que quisiesen acompañarlo en tan estéril empresa. Se creía con razón, que salvajes sujetos á pocas necesidades, difícilmente se sojuzgan; y que aun vencida esta dificultad, restaba el camino largo de crear un pueblo nuevo, robusto, ágil, lleno de altivez y sin esa insensibilidad á las comodidades, que en los bárbaros Tucumanos ahogaba todo principio de industria humana. Con todo, ochenta y cuatro soldados dieron sus nombres á esa milicia. Sus genios los arrastraban á esas empresas arrojadas, que su coraje infatigable concluía con buen éxito. Aprestadas todas las cosas, hizo Prado que en 1550 le precediese con esta gente y muchos indios amigos su maestre de campo Miguel de Ardiles, llevando expresa orden para debelar á los fieros Humahuacas, señores de este tránsito. Los españoles se habían hecho formidables por las campañas pasadas. Los indios vieron formarse este nublado, y apenas se atrevieron á oponer una guerra de escaramuzas. Ardiles los fatigó con la caballería, los llenó de espanto con sus arcabuces y los obligó por entonces á despejar el paso. A los dos meses siguientes partió Prado á unirse con su gente. Hallábase en su campo con los del pueblo de Talina, cuando se vió saludado por Francisco de Villagrán, que con un refuerzo de tropas pasaba al reino de Chile. Obrar de concierto con aquel celo generoso, que sacrifica al bien público los intereses personales, era lo que exigía de ellos un racional dictamen, y de lo que estaban más distantes. Nacía esta oposición de ciertos derechos equívocos que alegaba Villagrán para que esta conquista perteneciese á la de Chile. Pero por ahora se contentan con regañar en voz baja, mostrándose los dientes, como dos perros rabiosos á vista de la presa. El conquistador chileno sembró la discordia entre los soldados de su rival, y seduciéndole algunos, siguió su derrotero. Avanzóse Prado hasta Calchaquí, donde aun reinaba el cacique Tucumanhao de que hemos hecho mención en otra parte. Fuese por bondad de carácter, fuese por sumisión á la necesidad, fuese en fin por hacerse de un amigo capaz de apadrinar sus designios, Calchaquí se convino en formar una nación con la de su propio invasor. Con tan buena acogida levantó Prado la ciudad del Barco. No bien perfeccionada esta obra partió con solos treinta soldados á recorrer la campaña. Estaba muy ajeno de tener encuentros con su rival. Su sorpresa fué grande, cuando se halló una

noche á la frente del campo de Villagrán. Había hecho este capitán un retroceso, encaminando su marcha por la falda de la cordillera. La pasión rencorosa de Prado renació entonces más enconada que nunca. Con un coraje mal empleado se atrevió á vengar sus resentimientos pasados. Sin considerar sus pocas fuerzas, dispuso atacar todo este ejército. El capitán Guevara con quince soldados tuvo orden de invadir la tienda del general entretanto que él con los otros quince acometía lo restante. Guevara forzó la guardia de la tienda, y se introdujo en ella. Recibiólo Villagrán armado de espada y rodela. Ambos se acometieron con tan furioso ímpetu, que cayeron en tierra al primer choque, y asidos de las espadas se las quitaron mutuamente. Prado no se había descuidado por su parte. Todo era confusión, cuchilladas y tumulto. Muchos soldados abandonaron el campo, otros acudieron con diligencia al socorro del general. Viendo Prado malogrado el designio de apoderarse de su contrarío, tocó á la retirada, y la ejecutó en buen orden.

Parece que el hombre no fuera dueño de sí mismo, cuando se encuentra á solas con su pasión. El honor ofendido de Villagrán en medio de una cólera exaltada, lo menos que pedía en reparación de su agravio, era la cabeza de Prado. Determinó seguirlo con sesenta soldados escogidos. Prado vió venir sobre sí este golpe y tembló de miedo. Desamparando la ciudad del Barco con algunos de su séquito, buscó un asilo en lo más hondo de la sierra. Villagrán la tomó sin resistencia, y juró no separarse mientras no lo tuviese á discreción. Este era el estado de los ánimos cuando entró por medianero un honrado sacerdote de genio conciliador. El agraviado general otorgó cuanto se le pedía á condición que se le rindiese su ofensor, y se tuviese este establecimiento por una colonia chilena. Conoció entonces Prado, que este era un mal á que no tenía otra cosa que oponer, sino el engaño y la paciencia. Humillado á los pies de su contrario, protestó la más sumisa obediencia al gobernador de Chile, D. Pedro de Valdivia. La mentira jamás imita, sino imperfectamente, la verdad. Villagrán debió advertir que este era un sometimiento fingido. Con todo, tuvo la generosidad de librarle nuevo título, y evacuado todo el terreno, partió en prosecución de su destino.

Prado sólo veía en el bastón que empuñaba una indecorosa insignia de su abatimiento. Luego que advirtió podía faltar sin peligro á los empeños de su palabra, se consideró desobligado y se resolvió á recuperar por una afrenta lo que no había podido conservar por una hazaña. Congregó inmediatamente el cabildo de la ciudad del Barco, y produjo un razonamiento contra Villagrán, lleno de aquella vehemencia que inspiran los agravios ayudados de la calamidad. Retrató en él á su contrario como un opresor de su justicia, como un hombre inurbano, que sublevando los ánimos, pagó en esta moneda la buena hospitalidad de Talina, y como un fiero déspota, que después de haber invalidado los títulos más legítimos, había obligado á todos á resoluciones forzadas. Dicho esto, depuso el bastón que obtenía de unas manos tan odiosas, y dejó á cargo del acuerdo la resolución de si debían tener efecto los despachos del presidente la Gasca. El congreso se hallaba animado del mismo espíritu, y era preciso aspirase á dejar el humilde estado de accesorio, á que lo había reducido la violencia. No teniendo que temer por otra parte á un enemigo que miraba por las espaldas, hizo publicar los despachos del presidente, y entró Prado al ejercicio de la autoridad.

Acaso persuadido este general que los nombres influyen en las opiniones, como las opiniones en la conducta de los humanos, dió á esta provincia el título del nuevo maestrazgo de Santiago. Pero no se contentó con imponerle un nombre tan brillante. A expensas de tesón más sostenido propendió á su adelantamiento más por los medios de la dulzura, que por los del terror. Los habitantes de la sierra, los del valle de Catamarca, los de los ríos Salado y Dulce, los de la jurisdicción de Santiago y los belicosos Lules se sujetaron con gran docilidad. Insistiendo Prado en la máxima de que la religión cristiana

es el resorte más poderoso para domar pueblos feroces, y el medio más eficaz de disipar sus antipatías, la propagó con exquisito esmero[29]. En medio de estas asambleas religiosas es donde los indios y españoles, tributando una común ofrenda, parecía que sellaban su alianza. Con piadosa estratagema mandó también levantar varias cruces en los campos, á las que concedió el derecho de asilo. Este respetuoso culto hizo en los bárbaros la impresión que se deseaba. Llenos de respeto hacia este signo de nuestra salud, colocaron ellos otras iguales en sus adoratorios, y se fueron acostumbrando á venerarlas. Estos sucesos tan lisonjeros lo esperanzaban de gozar largo tiempo las dulzuras de la autoridad. Así reparaba el jefe sus pasadas flaquezas, y llenaba con decencia el puesto de un conquistador. Anhelando siempre á engrandecerla, retiraba los límites de la provincia con nuevas adquisiciones hacia la cordillera de Chile, cuando una repentina borrasca puso fin á su prosperidad. El gobernador D. Pedro de Valdivia, irritado con la relación de Villagrán, y haciendo del provecho la única regla de su justicia, había conferido la tenencia de este maestrazgo al capitán Francisco de Aguirre. Este hombre precipitado cayó imprevistamente sobre Prado, apoderándose de su autoridad y su persona, lo hizo conducir á Chile. Luchaba siempre con la fortuna este desgraciado general y se hallaba contradictorio á casi todas las circunstancias. Aunque mandado reponer por los tribunales altos, no gozó esta satisfacción, ó porque la muerte abrevió su carrera, ó por otro motivo no bien averiguado.

Presto experimentaron los indios lo que va de un gobierno suave á otros tiránicos, y presto experimentó también Aguirre la ineficacia del rigor en paralelo del agrado. Este mandón se dejó ver apoyado sobre la fuerza y el rigor. Aspiraba con esto á su seguridad; pero nunca hay seguridad fundada sobre la base del terror; todos los momentos son peligrosos para el mismo que lo imprime, y una sola mirada entre los oprimidos basta para concertar su destrucción. Cuarenta y siete mil indios repartidos entre cincuenta y seis encomenderos, obligados aun á ahogar sus de gemidos, le enajenaron las voluntades, y fueron causa de una revolución.

Los indios se conspiraron contra esta colonia. El Calchaquí con porfiados asaltos llenó de consternación á la ciudad del Barco; la provincia entera, con mucho más número de soldados que en tiempo de Prado, se halló en víspera de sucumbir á los esfuerzos de los bárbaros.

Rodeado Aguirre y los suyos de los pueblos á quienes había ofendido, y que meditaban su ruina, trasladó la ciudad del Barco sobre la ribera del río Dulce en 1553, substituyendo á su antiguo nombre el de Santiago del Estero. Pero nuevos intereses convirtieron su actividad á otro destino. Las continuas insurrecciones de los valerosos Araucanos balanceaban la suerte de los conquistadores chilenos, y exigían refuerzos de parte de estos con que continuar la campaña. En 1554 voló Aguirre llevando socorros á sus conmilitones. Los españoles de Tucumán no pedían más que un pretexto para abandonar una conquista tan estéril, como trabajosa. La retirada del jefe dió ocasión para que muchos se acogiesen á Chile, y tomasen otros la vía del Perú.

En ausencia de Aguirre ejerció el mando de esta tenencia Juan Gregorio Bazán sobre un corto residuo de soldados, últimos restos de esta desgraciada expedición. La debilidad de estas fuerzas, un principio entero de discordias, que las enflaquecía mucho más, y la necesidad de reprimir á los bárbaros del Salado, unidos con los indómitos Chiriguanos, iban á sofocar en su cuna á esta triste y mal formada provincia. Bazán sintió sobre sus hombros un peso que lo agobiaba, y estuvo resuelto á abandonarlo todo, pero el prudente y valeroso Ardiles le rogó no permitiera que el lustre de su familia acabase en su persona, y que continuase unos servicios en que se interesaban la gloria de ambas majestades. La fuerza de estas razones lo contuvieron en sus deberes. Restablecido en

[29] Los religiosos de la orden de Mercedes son acreedores á esta gloria.

su valor tomó las mejores medidas, para que no se desplomase este edificio; se previno contra todos los obstáculos, se afianzó en la amistad de muchas parcialidades; ganó el corazón de los soldados; y en fin, ayudado con estos auxilios, consiguió de los enemigos una victoria capaz de sostener su antiguo crédito. Bien preveía Aguirre desde Chile el peligroso estado de esta conquista. En 1557 destacó para Santiago alguna tropa á cargo de su sobrino Rodrigo de Aguirre, á quien revistió con la autoridad de su mando. Pocos meses conservó el puesto. El espíritu de facción alimentaba las disensiones, y los odios. Los partidarios de Prado lo prendieron, y fué reemplazado por el capitán Miguel de Ardiles á nombramiento de D. Francisco Villagrán, gobernador interino de Chile.

Esta es la época en que esta provincia nos ofrece un espectáculo de debilidad, discordias, crímenes y sublevaciones, que la encaminaban á su ruina, á no haber en 1558 entrado las riendas del gobierno á manos del general Juan Pérez de Zurita. Lleno de méritos y talentos este grande hombre daba relieve á su heroísmo militar un fondo de mansedumbre poco común en un siglo feroz, y casi ajeno de su profesión. Con tan relevantes prendas, que lo hacían digno de gobernar á los de su especie, se abrió camino á esta tenencia habiendo ganado todo el concepto de D. García Hurtado de Mendoza, gobernador de Chile, é hijo del virrey, marqués de Cañete. Parece que los conquistadores de esta provincia queriesen á competencia suplir con nombres fastuosos lo que faltaba de realidad. Zurita le denominó nueva Inglaterra en consideración á Felipe II rey de la Gran Bretaña. Como político diestro fué su primer cuidado cimentarse sobre establecimientos, que sirviesen á los que pensaba hacer de nuevo. Dentro del valle de Calchaquí dió principio á tres ciudades, que fueron Londres, Cañete y Córdoba. En buena inteligencia con el cacique D. Juan de Calchaquí, desarmó los belicosos ánimos de sus vasallos, y pudo dar más vuelo á sus grandes designios. En 1559 con un pequeño ejército, vino de victoria en victoria á poner en sujeción á los Diaguitas, juríes, Catamarqueños, y Sonogatas; naciones todas, que aunque excitadas de una causa común, obraban sin concierto, ni unanimidad, y no hacían más con su resistencia, que ofrecerle nuevos triunfos. El fin primario de estas gloriosas campañas no era gustar el funesto placer de la victoria, sino el abrir entre estos salvajes los fundamentos de la vida civil, y darle leyes, costumbres, idioma y religión. Con este designio redujo á pueblos innumerables indios, que se hallaban sembrados por las riberas de los ríos y vivían como confinados en sí mismos.

La buena dicha de estos sucesos adquirió á Zurita una nombradía de valor, justicia y probidad, que puso de su parte al concepto público. Calculando el virrey, conde de Nieva, que Chile y Tucumán eran dos grandes masas difíciles de prestarse auxilios mutuos, erigió el último en gobiernos separados por los años de 1560, ó principios del siguiente. Zurita fué condecorado con su mando y es el primero en el orden de los que han obtenido este gobierno. Pero un golpe de fatalidad puso límites á su dicha. Los vecinos de Londres, monumento primitivo de sus afanes, abandonados á una vida voluptuosa y desarreglada, se hallaban muy atormentados con el yugo de su virtud. Resistiéndose á ciertos órdenes suyos, se ofrecieron á D. Francisco de Villagrán gobernador de Chile, no como quienes buscaban el mérito de alguna sujeción, sino como quienes huían la pena de un delito. Confesemos en honor de la verdad, que la tirantez con que Zurita llevó sus resentimientos hasta sacrificar á su enojo las cabezas más respetables, desmintió por esta vez su carácter, y le hizo perder los corazones. Viilagrán admitió esta querella con un maligno regocijo, y se aplaudió de un suceso, que favorecía su ambición. Gregorio Castañeda con un lucido trozo de milicia chilena partió inmediatamente á Tucumán, llevando expresa orden de deponer al gobernador Zurita. Hallábase éste á la sazón en Jujuy, entregado á los cuidados de levantar la ciudad

de Nieva. No fué posible á su enemigo rendirlo á viva fuerza, y se valió de las insidias[30]. Con cierto aire de candor afectó desistir de sus intentos, en vista de los títulos que legitimaban su autoridad. El noble ánimo de Zurita creyó descubrir en sus protestas aquella verosimilitud, que siempre gana el juicio de los hombres de bien. Cuando el traidor lo vio más satisfecho, hizo que extendía la mano para devolverle los despachos y no fué sino para apoderarse de su persona. Desde este momento cambió repentinamente su fortuna. Lisonjeándose los pueblos de tener en Castañeda un instrumento de sus voluntades, lo proclamaron por su libertador, y llevado Zurita á su lado como en triunfo, nos dejó un terrible ejemplo de las vicisitudes humanas.

CAPITULO II

> Muere el gobernador Gonzalo de Mendoza, y le sucede don Francisco Ortíz de Bergara. Sublevación de los Guaraníes. Son derrotados por los españoles. Igual sublevación con igual suceso en el Guaira. Vuelve Nuño de Chaves a la Asunción. Viaje al Perú del Gobernador Bergara y del Obispo Torres. Bergara es depuesto y le sucede Zárate. Vuelta de los españoles al Paraguay. Muerte trágica de Chaves. Alboroto de los españoles en el Guaira. Prende Melgarejo a Riquelme.

Desde el advenimiento al mando de Gonzalo de Mendoza gozó el Paraguay de bastante tranquilidad. Tranquilidad tanto más apreciable, cuanto que proviniendo de su apacible índole, estaba muy distante de equivocarse con esa triste calma que induce muchas veces la tiranía. Sin embargo los Agaces, apoderados del río, molestaron no poco la Asunción. Contra éstos despachó Mendoza á los capitanes Alonso Riquelme y García Mosquera, quienes los vencieron. Su muerte prematura al año de su mando privó en breve á la república de este bien inestimable. En un solemne congreso, celebrado el año de 1558 recogió el prelado diocesano los sentimientos del pueblo, y fué substituido en su lugar D. Francisco Ortiz de Bergara[31]. La firmeza de este caballero, unida á su dulzura, prometía á la provincia iguales y aun mayores ventajas; pero un peligroso accidente la puso en una gran confusión. Hallábase de vuelta la gente que se le desmembró á Chaves en su jornada á los jarayes.
Los indios de esta comitiva no se habían descuidado en recoger una gran porción de flechas inficionadas con ese mortal veneno, que por un funesto privilegio produce el país de los Chiquitos. Estas temibles armas en sus manos hicieron renacer en ellos las dulces esperanzas de ser libres. Dos indios, Pablo y Narciso, hijos de Curupitati, cacique principal, con todo el calor de una juventud altiva y ardiente, patrocinaron este designio, y se propusieron restablecer la patria en sus derechos por una revolución famosa. Para comunicar sus sentimientos á todo el resto de la nación, celebraron juntas clandestinas; donde se esforzaron á inspirar á estos espíritus pusilánimes aquella suerte de entusiasmo, que convenía á esta ardua empresa, y que hace á los hombres invencibles. Los nombres de libertad, bien público, antiguas costumbres volvieron á oírse sobre sus labios con todo aquel placer que podían producir unas ideas tan caras, y como resucitadas. "¿Qué se han hecho, decían, nuestros derechos primitivos? Todos los hemos perdido, sino es aquellos que, á Dios gracias, es imposible destruir. ¿Dónde está ese gobierno suave de nuestros antiguos caciques, que entrenado por el temor de quedar

---

[30] Según esto parece que equivoca el abate D. Juan Ignacio Molina, cuando nos dice en su ensayo sobre historia de Chile lib. 4. cap. 1. que Castañeda venció en batalla campal al gobernador Zurita.
[31] Por real cédula se hallaba autorizado el señor Torres para que al electo diese título de gobernador ó de capitán general.

solo, ceñía su poder á estrechos límites, desapareció ya de nuestra vista, y ha cedido su lugar al de una tiranía siempre armada? Volved, pues, sobre vosotros mismos: no queráis comprar la paz a precio tan indecoroso, y estad asegurados que con esas flechas matadoras os conduciremos por el camino de la victoria."Con esta indiscreta presunción arrastraron tras de sí la mayor parte de los pueblos. La conspiración se hizo notoria.
De diez y seis mil combatientes se componía el ejército de los indios, según dice Ruiz Díaz. Los pocos pueblos que se resistieron á tomar parte en la conspiración, experimentaron horribles crueldades. En estos tiempos de infancia social cada ciudadano era soldado. Persuadidos los españoles que cualquiera lentitud podía interpretarse por una confesión de su flaqueza, armaron quinientos soldados de los suyos, más de cuatro mil Guaraníes, y cuatrocientos Guaicurúes, quienes guiados del gobernador Bergara en 1559 buscaron sin decaimiento al enemigo. Después de algunos encuentros de poca consecuencia, empeñaron los dos ejércitos un combate sangriento y decisivo, cerca de los ríos Yacuaris, y Mouyapey. Es probable, que si de parte de los salvajes hubiera estado ese valor, esa disposición dé espíritu que correspondía á la altivez del designio, y que en un lance apurado suple muchas veces la falta de disciplina militar, hubieran arrollado á los españoles: pero sus ánimos se hallaban abatidos, y sus guerras eran tan bárbaras como ellos mismos. A pesar de algunos hechos de valentía, á que los excitaba la desesperación, y á pesar también de algunas estratagemas, no del todo mal combinadas, ellos fueron, al fin, rotos y forzados á padecer pérdidas sin recurso. Acaeció esta victoria el 3 de Mayo de 1560. Bergara fué bastante cuerdo para no aumentar con suplicios los funestos efectos de esta guerra. El se persuadió que si había algún medio de afianzar esta victoria, era la clemencia y el buen tratamiento en lo sucesivo. A la verdad, jamás se esfuerzan los pueblos á romper sus cadenas, siempre que no sientan el peso. Sobre estos principios mandó publicar un perdón general, prometiendo sepultar en un eterno olvido lo pasado, y de ser más sensible á la humanidad.
Cuando parecía que nada había que temer, empezó la grande llama que en la remota provincia de Guaira habían levantado algunas chispas desprendidas de este incendio. Por carta de Ruiz Díaz Melgarejo, que ocultada en el encaje de un arco entregó un indio, supo después el gobernador que la sublevación de aquellos pueblos era general; y que sitiada la ciudad con un cerco muy apretado, estaba en riesgo de rendirse á no recibir pronto socorro. Bergara llevó el asunto al consejo de guerra. La resolución fué que Alonso de Riquelme partiese en diligencia de auxiliar esta plaza. Fueron muy bien ejecutadas estas órdenes. Con sesenta soldados de su mando se puso en marcha el año de 1561, venció todos los obstáculos, é introdujo el socorro que se deseaba. Hacía tiempo que Riquelme y Melgarejo se alimentaban con toda la hiel de los resentimientos personales. Sin embargo, por una galantería propia de almas generosas, desistió el primero de su querella, mientras el segundo, por un disimulo que se llama política, los suspendió todo el tiempo que duró el peligro. De común acuerdo hizo Riquelme una salida con cien soldados y tuvo la gloria de obligar á los sitiadores á levantar el cerco. Conseguida esta ventaja, restaba sosegar las alteraciones, que un interés común había engendrado en todos los pueblos comarcanos. La voz de Riquelme, animada de su valor, hizo temblar á muchas parcialidades, quienes, no pudiendo sostenerse en su presencia, apelaron á los ruegos para obtener el perdón. El general español, afectando labrarse un mérito de la moderación, hizo el papel de que sacrificaba los resentimientos de su nación al beneficio de sus agresores, y se rindió á sus instancias. Otros pueblos más osados llevaron su animosidad hasta exponerse al último exterminio. En medio de sus derrotas el amor de la patria tomaba nuevas fuerzas, y hacía que se renovasen los combates. Pero al fin, fue preciso que cediese su obstinación, y se sujetasen al destino,

que de lejos les había preparado la suerte. Restablecida la calma de esta provincia, Riquelme se retiró el siguiente año á la Asunción, cargado de triunfos y laureles. En la marcha natural de las pasiones, ellas crecen con los obstáculos, y es muy difícil que retrocedan á su primer estado, después de haber recibido un fuerte impulso. Toda la dulzura del gobernador Bergara, y todos sus manejos populares no pudieron impedir que fermentase de nuevo la conspiración. Ella fué apaciguada con el mismo éxito que la anterior. El resultado de estas agitaciones era afirmarse cada vez más el dominio español. Las nuevas pruebas de flaqueza de parte de los indios, eran otros tantos títulos de adquirir sobre ellos nuevos derechos. Estos se establecían con trabajo, y por eso se establecían mejor.

Al mismo tiempo que regresó el gobernador de esta reciente jornada, llegó también el célebre Nuño de Chaves. El abuso extraordinario que este capitán hizo de su poder, debía ponerlo en recelos para no exponerse á los insultos de un pueblo, que poco antes se había producido en terribles quejas contra su persona. Pero sabía Chaves que las riquezas en esperanza con que venía á seducirlo, eran de virtud conciliadora á pesar del odio más bien fundado. A la verdad, el objeto principal de su venida no era este, sin el de recoger su familia. Si se valía de aquel arbitrio, sólo era para eludir las injurias, y darse un aire de felicidad de sus pasadas resoluciones. Todo lo consiguió á merced de este artificio. Al mismo tiempo que recogía los aplausos del pueblo, veía con secreta complacencia la vivacidad de los anhelos por transportarse al Perú, que á manera de un furor epidémico agitaba todas las clases del Estado. Fueron tan poderosas sus sugestiones, que llegaron á trastornar las cabezas de la república, fuera de otros vecinos principales. El gobernador Bergara y el obispo Torres engrosaron la lista de los aventureros. Sabemos que la rectitud y el desinterés eran la regla de su conducta, y así nos presumimos que otros motivos unidos á un espíritu caballeresco, de que nadie estaba exento, los decidieron á esta indiscreta empresa. Sean estos los que fuesen, exponer la suerte de los pueblos á los males que causaría su larga ausencia, cuando se hallaban agotadas casi todas sus fuerzas, era un peligro á que debía ceder cualquier ventaja menos imaginaria. Disimulemos en ellos esta falta, que no desacredita sino las ideas de su tiempo.

En 1564 aprestadas todas las cosas, pusiéronse en marcha por el río el gobernador y el prelado; llevando trescientos españoles con los indios de su servicio, que por todos componían más de dos mil personas. Chaves los seguía por tierra con otros más de dos mil de su encomienda y algunos españoles que lo acompañaron desde el Perú. Siempre dispuesto á aprovecharse de sus artes dolosas, abusó de la simplicidad de los Itatinos para sacar con promesas ilusorias más de tres mil indios de esta provincia. De delito en delito se iba adquiriendo derechos ilimitados. Una nueva escena se abre donde su ambición deja la máscara y se presenta como ella es. Después de un largo y feliz viaje, entró toda esta armada en los términos de Santa Cruz de la Sierra el año de 1564. Entonces es cuando Chaves pasa improvisamente del grado subalterno al de la superioridad más absoluta. Despoja del mando al gobernador Bergara, trata con dureza y altivez á los que antes miraba como á sus benefactores, y se lisonjea de tener á sus pies los respetos del Río de la Plata. No paró en esto: en una ausencia que hizo de la capital, á fin de apaciguar cierta sublevación, dejó estrechas órdenes á su teniente Hernando de Salazar para prender á Bergara con todos sus amigos, y no permitir que alguno de su séquito entrase á lo interior del reino. Así se verificó. Tanto puede desviarse de sus deberes el que, no reconociendo como Chaves otra virtud que un valor fiero, califica la justicia y la equidad por sentimientos de un corazón cobarde. Estos hechos hicieron conocer su error, aunque muy tarde, á los conquistadores paraguayos. Los que antes habían caminado tras de una felicidad asegurada, sólo trataban en el día

de libertarse de la miseria y la opresión. Por dicha suya García de Mosquera, joven animoso y esforzado, llevó sus quejas á la real Audiencia de la Plata, y consiguieron por este medio órdenes positivas de su libertad. Los Itatinos no habían sido tratados con menos ultraje é inhumanidad. Como unos desdichados proscriptos corrían los desiertos, gemían agobiados bajo el peso de sus fatigas; y cuando se acordaban de la patria, sólo era para dar lugar al sentimiento de haberla perdido. No pudiendo soportar más tantas miserias, las pocas reliquias que de ellos habían quedado se resistieron á pasar adelante, y fundaron un pueblo al que llamaron Itatín treinta leguas de Santa Cruz.

Errado el primer paso de una empresa, todos los que la siguen no hacen más que alejarla del acierto. Por una imprudente resolución el gobernador Bergara había hecho su destino dependiente de los caprichos de la fortuna. Después de un largo y penoso viaje vino a naufragar en el puerto. Puesto en la ciudad de Chuquisaca en 1565 pidió á la Audiencia confirmación del mando que obtenía y oportunos fomentos para sostener la conquista. Con esta solicitud él mismo despertó en otros la ambición, que sin ella hubiera estado dormida. Los capitanes Diego Pantoja y Juan Ortiz de Zárate se presentaron como concurrentes á la pretensión de este puesto. Favorecía mucho sus designios una capitulación de ciento y veinte cargos que el procurador del Paraguay había formado contra el desgraciado Bergara. Era el mayor de todos haber desalojado de sus hogares tantos útiles pobladores con inminente riesgo de la provincia bajo el proyecto quimérico de solicitar nuevas fuerzas, que nunca podían ser ni iguales á las que él mismo destruía. El cargo era sin réplica; pero digno de misericordia. Con este expediente y los encomios abultados que hacía del Río de la Plata el doctor D. Juan de Matienzo, presidente interino de la Audiencia, crecía la emulación de Pantoja, y Zárate. En negocio tan delicado tomó el tribunal el expediente de remitir su decisión al licenciado López García de Castro, gobernador del reino. Los prometimientos de Zárate vivamente representados, por los que se comprometía á emplear en beneficio de la provincia ochenta mil ducados de su peculio, lo inclinaron á su favor. Librásele título de Adelantado del Río de la Plata con cargo de que obtuviese confirmación del rey. En solicitud de esta gracia pasó personalmente á España, dejando por su teniente al contador Felipe Cáceres. Entretanto Bergara tuvo la humillación de verse remitido á la corte á que diese cuenta de su persona.

Con los auxilios de Zárate se puso luego en estado el teniente Cáceres de emprender su viaje á la Asunción. Reunióse con su gente en Chuquisaca al Obispo Torres, y juntos se encaminaron hasta Santa Cruz. Las demostraciones de regocijo con que fueron recibidos de Chaves, parecían garantes seguros de una amistad sincera. Sin embargo, ellos conocían que era necesario observarlo con desconfianza; porque elevado al gobierno por un delito, sabían estaba resuelto á sostenerse por otros muchos. Ninguna precaución estuvo de más. Los estorbos que les puso á la prosecución del viaje con ánimo de seducir los soldados, descubrieron el objeto de su criminal disimulo. A pesar de todo, el teniente Cáceres con sesenta españoles, y la demás gente de su comitiva verificó su salida. Chaves á pretexto de custodiarlos seguía sus pasos con una compañía de soldados. En este buen orden llegaron á la comarca, que habían poblado los Itatines. Recelosos estos indios de recibir nuevas vejaciones, y resueltos á vengar las pasadas, desampararon sus pueblos. Supo Chaves, que algunos caciques principales se hallaban congregados en un pueblo inmediato, y acompañado de doce soldados se dirigió á ellos. Las señales de amistad con que fué recibido, lo alucinaron para no advertir su peligro. Tal es el carácter de la tiranía, dice un autor estimable, ella ó nada teme, ó todo lo teme; y muchas veces cuando manda con más altivez, es cuando toca el momento en que va á ceder. En medio de su descuido recibió Chaves un golpe de macana en la cabeza, que le costó la vida. Su muerte acaecida en 1568 nos enseña que la ambición más feliz puede

terminar en un fin trágico. Sus soldados fueron envueltos en el mismo infortunio, sin que escapase más que uno.
La noticia de esta fatalidad advirtió á Cáceres las precauciones con que debía caminar por una tierra sembrada de peligros. Todas fueron necesarias. La seria resolución de acabar con estas españoles se comunicó de parcialidad en parcialidad, y se sabía hecho un voto común. En la provincia de Itatí se hallaron cercados de un ejército tan superior, que fué necesario recurrir á la visible protección del cielo para conciliar su derrota con la debilidad de sus fuerzas[32]. Sin recurrir á prodigios de que no estamos asegurados, es más natural encontrarla en la índole de unos bárbaros, que sólo se movían por un instinto ciego; que dejaban escapar el momento de obrar; que no sabían aprovecharse de sus ventajas, ni alcanzaban los medios de hacer inútiles las del enemigo. Los frecuentes descalabros que padecían, no aniquilaron sus porfiados conatos. El ejército español llegó á las cercanías de la Asunción por entre emboscadas, asaltos y refriegas. Aquí se presentaron algunos caciques principales pretendiendo hacer ver su inculpabilidad. El embarazo con que lo hicieron se tuvo por una confesión de su delito; pero fué preciso admitirles sus excusas. Asentadas nuevas paces, pudo concluirse el viaje en 1569.
No le faltaban talentos al teniente Cáceres para reunir ó dividir los ánimos, según lo exigía su interés. Su enemistad declarada con el obispo Torres era un motivo de importancia, que en el día lo excitaba á este sórdido manejo. Fué su primera diligencia reconciliarse con los enemigos de odios inveterados. Acción heroica, si no buscando en ellos los instrumentos de su malignidad, no hubiese pretendido con esta acción prostituir al vicio la virtud misma. Uno de los que entraron en las estrecheces de su amistad, fué el capitán Alonso Riquelme. Hallábase á la sazón este conquistador experimentando en un estado triste, todas las inconstancias de una suerte caprichosa é ingrata. A la partida del gobernador Bergara quedó mandando la provincia del Guaira. Un motivo de codicia abrió la puerta á la discordia entre sus pobladores. Críanse en aquel país unas piedras cristalinas diversificadas de tantos colores, cuantos conoce la vista. Unos cocos de durísimo pedernal las forman en sus senos; los que, llegado el tiempo de la sazón se abren en dos mitades con estrepitoso ruido.
Los vecinos de Ciudad Real las encontraron, y con ellas en la mano á nadie envidiaban su fortuna. Los grados de su avaricia eran los de su valor. Con una resolución acabada intentaron abandonar la población, y restituirse á Castilla á dar salida á su imaginario tesoro. Poseía Riquelme un fondo de rectitud y sano juicio con que suplía la cultura de su espíritu. El no pudo menos de advertir en la locura inquieta del pueblo aquel carácter de ridículo que le imprimen las pequeñeces de las ideas vulgares. Valiéndose de su firmeza ordinaria, se opuso á la deserción, y puso presos á los autores de esta novedad. Con todo, cuarenta soldados bien armados, á la cabeza del licenciado Antonio de la Escalera, más propio para conducir un motín que para dar reglas de conducta á un pacífico rebaño, sorprendieron á Riquelme, lo despojaron de su autoridad y verificaron la evasión. Riquelme recuperó su autoridad; pero, no hallándose con fuerzas suficientes, se contentó con avisar á la Asunción lo acaecido. El capitán Juan de Ortega, que gobernaba por entonces, despachó á Ruiz Díaz Melgarejo, quien saliendo en alcance de los fugitivos, los forzó á volver á la Ciudad Real. Las odiosas rivalidades de Melgarejo contra Riquelme hallaron esta ocasión de mortificarlo. Disgustado este de su empleo, lo abandonó y tomó su camino á la Asunción. Antes de su llegada supo estaban de vuelta los españoles que hicieron la jornada del Perú, y que el general Felipe Cáceres gobernaba á nombre de Juan Ortiz de Zárate. Era Cáceres uno de sus enemigos más capitales desde la injusta prisión de su tío, el Adelantado Alvar Núñez. Absorto

[32] Se cuenta que un personaje venerable, él que no se sabe si fué Santiago, ó San Blas arrojaba dardos contra los indios.

Riquelme en meditaciones amargas, resolvió por fin entregarse en brazos de su contrario. Temía Cáceres el mérito de su rival; y conociendo cuanto le importaba tener de su parte la autoridad de un hombre capaz de acreditar una facción, se aprovechó de su desdicha misma para conseguir la reconciliación.
Después de una investigación infructuosa, que en 1570 hizo en la boca del Río de la Plata el teniente Cáceres, por adquirir noticias del gobernador Zárate, volvió por fin á la Asunción y persuadió á Riquelme reasumiese el mando de la provincia del Guaira. Aunque con suma repugnancia, aceptó éste tan delicada comisión, y con cincuenta soldados vecinos de Ciudad Real, partió á este destino. Desde las márgenes del Paraná instruyó Riquelme á Melgarejo del objeto de su venida, y le brindó con su amistad. Melgarejo no conocía otros derechos que los que se arrogaba. Esta noticia la arrebató en discursos violentos y sediciosos, y lo llevó hasta el extremo de romper el freno de la obediencia. Hízose reelegir teniente á nombre del gobernador Bergara; ocupó con cien hombres los pasos principales del río; y tuvo arbitrio para atraer á su bando la gente de Riquelme. Abandonado de los suyos este conquistador, y siéndole imposible retroceder, cedió á la necesidad, y se acogió á la misericordia de su contrario. Melgarejo tenía un espíritu inquieto, arrebatado y presuntuoso. Condenándole á una estrecha prisión, en que lo tuvo por espacio de dos años, manifestó con este rasgo toda la negrura de su alma.

CAPITULO III

> Disgústase el obispo Torres con el general Cáceres, y lo excomulga. Persigue Cáceres cruelmente al prelado. Prende al provisor, e intenta expatriarlo. Su viaje hasta la isla de San Gabriel. Fórmase una conjuración, y es preso. Levántase con el mando Martín Suárez de Toledo. Cáceres es remitido a España. Acompáñalo el obispo. Muere éste en San Vicente. Viajes funestos del Adelantado Zárate. Su arribo al Río de la Plata.

No pueden faltar agitaciones, donde á más del carácter inquieto de los que mandan, se hallan obscurecidos los principios fundamentales de la autoridad. Cuando la historia nos presenta ejemplos de estos gobiernos absurdos, si ella mortifica la razón, deja á lo menos lecciones importantes del precio y las ventajas que hacen tan codiciables y los justos. Este deberá ser el fruto de los desafueros cometidos durante las disensiones del teniente Cáceres, y del obispo Torres. En el espantoso cuadro que presentan las humillaciones del virtuoso Alvar Núñez, aparece el contador Cáceres, como un monstruo formado de todos los vicios, sin el apoyo de virtud alguna. El presente no hace más, que reproducirnos su figura retocada con tintas de un temple más fuerte. Inflexible, audaz, rencoroso, sus preocupaciones y su genio lo hacían apto para trastornar un Estado. Desde que Cáceres y el prelado volvieron de la jornada se hallaban ya disgustados. Cada cual formaba su bando, y escuchaba las delaciones de sus espías. No podían menos sus ánimos que inflamarse y llegar á un rompimiento escandaloso. El obispo hallaba en su natural bondadoso y suave un recurso con que templar la irritación; pero su provisor Alonso de Segovia, á cuya dirección estaba entregado, hombre fogoso, intrigante y advertido, tenía en prisión esta bella índole, y le sugería partidos violentos, opuestos á sus principios de paz y su carácter. A pretexto de ciertos hechos que ofendían la dignidad episcopal, fueron tan poderosas sus sugestiones, que lo obligó á fulminar censuras contra Cáceres y sus ministros. Proceder indiscreto, que en semejantes casos hizo perder su reputación á varios prelados desde que la ignorancia cegó la senda del verdadero espíritu de la iglesia. ¿Qué podía aprovechar este remedio

contra un temerario y poderoso? Por el contrario, la censura quedaba expuesta á la irrisión, y lejos de reprimir al contumaz, lo impulsaba á mayores delitos.
Hecha un caos tenebroso quedó la república con este golpe. Era preciso buscar principios á fin de desautorizar al prelado. Demasiado ignorantes para encontrar ideas justas en materias tan delicadas, se recurrió á una grosera imputación de crímenes atroces, por los que se pretendía haber incurrido en suspensión. Después que Cáceres hubo cargado de grillos y prisiones al provisor, se propuso hollar todos los fueros del obispado y sacerdocio. Con estas miras puso entredicho á las funciones del ministerio pastoral; prohibió al prelado la entrada de su iglesia; mandó expeler de ella á los que concurrían á la celebración de los misterios; lo confinó a su propio palacio; extrañólo del reino, y ocupó sus temporalidades. En medio de los estragos que causaba esta fiera devoradora, su alma se hallaba atormentada de mortales inquietudes. Las mismas víctimas que sacrificaba á su seguridad, temía no lo empujasen al precipicio. Aumentar sus sobresaltos por los mismos medios de que se valen los tiranos á fin de aniquilarlos, es el más cruel de sus suplicios. Sobre todo se recelaba que el provisor encontrase recursos en su sagacidad con que trastornar todas sus medidas: pues si se hallaba en estrecha prisión era porque fué preciso espiar el momento en que se hallaba casi dormido. Para salir de este cuidado, tomó el expediente de expatriarlo á la provincia del Tucumán. No halló por conveniente fiar sino de sí mismo esta diligencia. A pretexto de auxiliar al gobernador Zárate en caso de su arribo, navegó hasta la isla de San Gabriel, llevándoselo consigo. Puesto á su regreso en la boca del río Salado, dió sus disposiciones á fin de que, introducido el preso por este rumbo no trillado, fuese conducido hasta Santiago. Esta empresa encontró escollos insuperables; por lo que cedió de su pensamiento, y volvió á tomar la Asunción, donde bajo de fianzas lo puso en libertad.
La ausencia del caudillo es siempre peligrosa para los sucesos. En la de Cáceres las cosas habían tomado otro semblante. La inocencia del prelado cruelmente perseguido su bondad, su mansedumbre, fueron de bastante eficacia para poner en sus intereses á los más acalorados partidarios de Cáceres. Una conjuración se forma contra su vida, y es descubierta. Cae entonces sobre sus autores, depone como sospechoso á su teniente, hace decapitar á Pedro de Ezquibel, renueva la persecución del prelado, y vomitando estragos y amenazas se esfuerza en infundir un terror pánico que dejó inmóviles á los ciudadanos. Pero esto era precisamente lo que los excitaba á prevenir su desgracia por medio de una traición. El obispo se hizo invisible á favor de un piadoso asilo que encontró en el convento de la Merced. Con todo, fray Francisco Ocampo de la misma orden, que antes había seguido el bando de Cáceres, unido de intención con el provisor, minaban sordamente las baterías de Cáceres. Poniendo en crédito el principio de que ningún contumaz á los mandatos de la iglesia es digno del gobierno, persuadieron á cien vecinos, que era licito unir la espada á las censuras, y se coligaron contra él. Cáceres vivía sumamente receloso, y no se había descuidado en hacerse custodiar con una respetable guardia de cincuenta soldados. A pesar de esto, una mañana que escoltado de su tropa se hallaba en la iglesia catedral el año de 1572 entraron tumultuosamente por sus tres puertas los conjurados presididos del obispo, el provisor y el padre Ocampo, quienes profiriendo á gritos *viva la fe cristiana,* hicieron que se precipitasen sobre su persona. Después de una corta resistencia en que Cáceres mostró presencia de espíritu, y recibió algunas estocadas, fué sacado del templo entre baldones é ignominias, y conducido á un grueso cepo, cuya llave se depositó en manos del obispo. ¡Cuán triste cosa es ver á los ministros del santuario perturbar la paz pública bajo el velo de la religión! Este es el oprobio de que son responsables los siglos de ignorancia. Siglos en

que olvidados los eclesiásticos, que su ministerio era de paz, se creía servir á Dios sublevando los pueblos, armando los ciudadanos contra los ciudadanos mismos.
La desgracia del general Cáceres, unido al estado borrascoso de la república, estaba convidando al más osado á que se apoderase del mando. El teniente depuesto Martín Suárez de Toledo, naturalmente irritado con la afrenta que acababa de experimentar, tuvo el arrojo de presentarse en la plaza pública rodeado de arcabuceros, y levantar vara de justicia en el momento mismo que atravesaba el humillado Cáceres hecho el juguete de la multitud. A otra igual extorsión debió que el cabildo lo autorizase por capitán y justicia mayor de la provincia, en cuyo empleo nada hizo, que pudiese cubrir la ilegitimidad de sus títulos. Llegado un año en que los enemigos de Cáceres abusando de su situación, lo tenían expuesto á los insultos del pueblo, insistiendo con más viveza en su remisión á España, el capitán Ruiz Díaz Melgarejo, que en calidad de rebelde mandaba la provincia del Guaira con un despotismo sin límites, fué destinado á ser su conductor, porque había seguridad, que no consultaría, sino sus odios y venganzas para mortificarlo. Casi en vísperas de darse á la vela, no faltó quien persuadiese al Obispo debía acompañar á Cáceres en su viaje; así para asegurar los resultados de la causa, como para precaver, que en adelante fuese turbado el ejercicio de su ministerio pastoral. Este buen hombre era un instrumento pasivo entre las manos de los que lo rodeaban. Sin temor de los daños, que por este medio podrían sobrevenirle, no advirtió á echar una mirada más allá del momento presente, y dió su consentimiento. Aparejadas todas las cosas, habiéndose dispuesto que el noble vascongado Juan de Garay, con ochenta soldados, al mismo que bajaba á establecer una colonia, escoltase esta navegación. Dióse principio á ella el año de 1573.
¿Qué éxito podría tener una empresa acompañada de tan enormes faltas? El bergantín que con Cáceres y el Obispo hacía su navegación á España, vino de arribada á la isla de San Vicente. Los portugueses alargaron al reo una mano oculta para libertarlo de la prisión. Tronaron de nuevo las censuras contra los cómplices del hecho; conmovióse toda la villa, y atemorizados sus vecinos, lo entregaron al brazo de la justicia. No por esto lograron Melgarejo y el Obispo ver todo el éxito de sus ideas proyectadas. Un nuevo orden de sucesos se opuso á sus intentos. Melgarejo se vió en la necesidad de prestar auxilios al gobernador Zárate, y encomendando la conducta de Cáceres á persona de su confianza, desistió del viaje á España. El Obispo tampoco pudo continuar su viaje; pues asaltado de enfermedades superiores á unas fuerzas ya rendidas por el peso de los años, acabó sus días en la misma villa de San Vicente. Refieren varios historiadores de estas provincias, haberse dejado ver sobre el cadáver de ese prelado algunas de esas señales portentosas con que tal vez se complace el cielo acreditar una virtud heroica. Lo que sabemos es que el supremo consejo de las Indias desaprobó con indignación el abandono de su diócesis y la prisión de Cáceres. No es cosa nueva que unos conceptos errados hagan perder á los mejores hombres el camino común de sus obligaciones.
El general Garay había escoltado al bergantín de Melgarejo hasta un brazo del Paraná llamado de los Quiloazas. De aquí retrocedió con sus ochenta pobladores, fundó la ciudad de Santa Fe de la Vera-Cruz, el año de 1573,[33] al sudoeste del río habitado por los indios Quiloazas, en un llano apacible tres leguas del Paraná poblado de varias naciones numerosas, y de diferentes idiomas. Después de haber guarnecido la ciudad de fuertes torres y baluartes, salió Garay con cuarenta hombres á empadronar los indios del distrito, á fin de repartirlos en encomiendas, según la política de aquellos tiempos. Los bárbaros ven en peligro su libertad y se disponen á defenderla, más por el artificio que

[33] Estaba situada la ciudad en la altura de 31 grados: después en 1660 se trasladó á otro más cómodo cerca del río Salado, en 11 grados y 58 minutos.

por la fuerza. Acarician á los españoles, y se linsonjean haberlos seducido bajo la perspectiva de la amistad. Pero Garay que era hombre de espíritu y sabía mejor que ellos hacer uso de sus talentos, advirtió en esta afabilidad comedida un no sé qué de engañoso, que lo prevenía estar alerta para observar mejor sus movimientos. La mañana del 19 de Septiembre concurrió á la plaza del lugar donde se hallaba una gran multitud de indios. No es timidez huir del peligro, que la prudencia enseña precaver. En este mismo momento mandó Garay recoger su gente á las embarcaciones, y que estuviese sobre las armas. No pasó mucho tiempo sin que avisase el centinela de la gavia cubrirse la campaña y el río de enemigos armados. Se habían éstos confederado contra todos los que intentasen turbar el ejercicio de su libertad, y forzarlos á recibir otras leyes, que las de su albedrío. El peligroso estado de los españoles no daba lugar á otro conque al de la resistencia. Garay alentaba á sus soldados con la esperanza de una victoria, que según él decía, era tanto más asegurada, cuanto que destinados por Dios los españoles á ser señores de este nuevo mundo, debían esperar sus auxilios contra unos enemigos, que no sólo en invadirlos, pero aun en defenderse se oponían á sus decretos. Véase aquí la teología y el derecho público de estos tiempos. Más animosos los soldados á medida que su peligro era mayor, se disponían al combate. Esta era su situación, cuando fuera de todo lo que podía imaginarse, gritó el mismo centinela divisaba un hombre á caballo. Este golpe de novedad sorprendió todos los ánimos. Nadie podía persuadirse la existencia de un caballero, que debiendo ser español, no era imaginable el rumbo que allí pudo conducirlo. La duda declinaba en un juicio, que calificaba de ilusorio el pensamiento, cuando aseguró de nuevo eran ya seis los jinetes, y que escaramuceaban con los indios. En efecto, una tropa de españoles combatía á estos salvajes con el denuedo acostumbrado. Huyendo los demás de una matanza cierta, despejaron el campo, y quedó por este medio disipado el peligro.

Luego que Garay se vió asegurado de lo que pasaba, escribió á estos españoles significándoles su reconocimiento, y el deseo de conocerlos. Por ellos supo eran soldados de D. Gerónimo Luis de Cabrera gobernador del Tucumán, quien después de fundada la ciudad de Córdoba, había hecho aquella campaña, y agregado á su gobierno el pueblo de San Luis en el aliento de Gaboto, con todas las islas de aquel río en 25 leguas de distancia desde la boca del Carcaraña. El mismo Cabrera vino poco después personalmente, y requirió á Garay en términos urbanos, se abstuviese de fundar fuera de los límites del Paraguay. Garay escuchó este requerimiento con todo el desagrado de que es capaz un conquistador á quien se le despoja en parte de la presa. Pero él era hombre cuerdo, y conociendo la superioridad de su rival, eludió la contienda por medio de una condescendencia disimulada. Cabrera como diligente general consagraba á los negocios el tiempo y los cuidados. Apenas hubo regresado á la ciudad de Córdoba, cuando destacó con treinta soldados á Onofre de Aguilar para que se entregase de la tenencia de Santa Fe. Eran ya otras las fuerzas de Garay, para que dejasen de ser otros sus alientos. Con varonil entereza rechazó esta pretensión, que violaba sus derechos, y envilecía su tenientazgo. Un nuevo accidente, que sobrevino, debió afirmarlo en su resolución, y desesperar á sus contrarios. Durante estos debates recibió Garay un pliego del Adelantado Juan Ortiz de Zárate, por el qué le noticiaba su arribo á la isla de San Gabriel, y lo revistió de nuevo con la tenencia cuestionada. Onofre de Aguilar se creyó fuera del estado de insistir en un empeño, que atraía sobre él y sus soldados una desdicha cierta: esa misma noche tomó la vuelta para Córdoba[34].

Exigía la razón, que el Adelantado Zárate hubiese sabido conciliar la vehemencia de sus deseos, por la consecución del mando, con la firmeza en los infortunios á que lo expuso

[34] Los cordobeses entablaron recurso sobre este punto ante la real Audiencia de las Charcas donde pasaron dos de sus regidores en 1574. Garay lo siguió después. El pleito se decidió á favor de este.

su ambición. Sus viajes desde Lima á Cartagena, y desde Castilla á esta parte de América, no son más que un entretejido de caprichosas desventuras, que hacía su amarga pusilanimidad. Hecho prisionero por un corsario francés, fué expoliado de todos sus haberes, y reducido á la mendicidad. Pero por dicha suya poseía el humilde talento de representar muy á lo vivo el oficio de plañidero. Sus lágrimas interesaron la compasión de algunos españoles residentes en Cartagena, quienes lo habilitaron para que siguiese el curso de sus pretensiones. La corte le hizo gustar unos de esos días serenos, que anuncian las grandes tempestades. Felipe II confirmó á su favor las mercedes hechas por su gobernador del Perú, en fuerza de un nuevo asiento celebrado en 1569. Es bien referir estos ajustes, si queremos formar ideas exactas de estos tiempos. El historiador Lozano nos dice que por él se obligó Zárate á llevar los descubrimientos del Río de la Plata hasta sus últimos confines; transportar en cuatro navíos y un patacho doscientas familias, trescientos hombres de guerra, cuatro mil vacas, cuatro mil ovejas, quinientas cabras, trescientas yeguas; y levantar diferentes poblaciones, que sirviesen de freno al orgullo indómito de los bárbaros. Si nada hubiese que rebatir de estos artículos, admiraría cómo un particular fallido pudiera entrar en un convenio tan dispendioso. La admiración es menos, conviniendo que parece hay poca exactitud en el número de las especies transportables, cuyo excesivo monto no tiene proporción con la capacidad de los buques. No es tanta la contrariedad entre la pobreza de Zárate, y la ingente suma que parecía exigir este agigantado empeño. España se hallaba rica de basamentos por un efecto de su numerosa población, y la América aun no le había proveído un capital sobreabundante de esos preciosos metales, que siendo la medida de los valores, representaban mucho en poca cantidad.

Sea de esto lo que fuere, en 17 de Octubre de 1872 se hizo Zárate á la vela del puerto de San Lúcar, con tres embarcaciones de alto bordo, y tres menores. Reflexionando el licenciado Centenera (que fué uno de los que hicieron esta navegación) sobre sus malos aprestos, nos dice en su Argentina, que más parecía destinada á conducir delincuentes condenados al naufragio. A tan mal ajustadas disposiciones, que en breve produjeron el hambre y la miseria de que murieron muchos, se unieron terribles golpes de fortuna, cuales fueron calmas funestas, y deshechas borrascas, á las que hacía más espantosas la impericia de los pilotos. Después de haber andado este convoy de un puerto en otro, más bien diremos de un precipicio en otro, contando la gente cada día por el último de su vida; y después de haber expirado no pocos, arribó al fin en noviembre de 1573 al puerto de San Gabriel. Para la mala suerte no hay ningún puerto de seguridad. Aquí también los persiguió su desventura. Una violenta tempestad rompió los cables en el momento mismo que iba a dar principio.

La confianza y se hallan todos a punto de sumergirse. Quiso el cielo que fuese de corta duración. La subsiguiente calma dio lugar a que desembarcasen la gente. La vista de estos españoles despertó el recelo mal adormecido de los Charrúas; pero temerosos de un descalabro, trataron de acreditarse con engañosa puntualidad en su servicio.

En uno de los contratiempos de mar se había dividido la nave el Patacho, y arribado por gran dicha á la isla de San Vicente. Por la gente de esta embarcación supo Ruiz Díaz Melgarejo las tristes aventuras de Zárate. Con toda diligencia vino en su auxilio, y le fueron muy importantes sus experiencias.

CAPITULO IV

Encuentro de Sapicán con los españoles, quienes son vencidos. Vence Garay al cacique Terú. Suceso trágico de Liropeya. Vence Garay a Sapicán.

Amainada la última borrasca y tomando la tierra firme, pensaban todos haber tocado el término de sus trabajos. Afirmaba este concepto la generosa acogida de los Charrúas, que insinuados por su familiaridad, parecía haberse propuesto merecer con sus servicios el dulce título de amigos. Para no alucinarse los españoles, debieron advertir que su precaria existencia dependía en parte de esos bárbaros á quienes venían á sojuzgar; y que el primer momento en que lo conociesen, sería el último de su fidelidad. En efecto, con su disimulo artificioso recataban sus miras envenenadas, hasta tanto penetrasen sus fuerzas, y el medio de superarlas. Cuando lo hubieron conseguido, sólo esperaron un pretexto para manifestarse. Encontráronlo sin dificultad. El cacique Sapicán, que por su reputación de valeroso, y advertido, se había hecho igualmente temido, que respetable, tenía un sobrino llamado Abayubá, joven gallardo, de gentil disposición, discreto y esforzado, cuyas prendas apoyadas sobre los atractivos y las gracias de la mocedad, lo hacían el ídolo de su tío y de la nación. Ciertos soldados españoles prendieron á este joven en una correría, por haber los de su nación hecho lo mismo con otro castellano. Sapicán sintió esta desgracia a par de muerte. Veinte Charrúas caminaron inmediatamente de su orden á suplicar al Adelantado lo pusiese en libertad. Pero Zárate estaba muy distante de esa prudencia, que exigía un asunto tan delicado. Lejos de acreditar su bondad por una condescendencia generosa, y contemporizar con su misma suerte, cuyo peligro lo obligaba a ser justo, no sólo negó la súplica, sino que puso en prisiones al Guaraní que les servía de intérprete. Este golpe de autoridad acabó de armar los enojos del cacique, y resolverlo a reparar sus ultrajes. Siempre prudente y mesurado, aunque trató de inclinar a la guerra el espíritu de su nación, estimó no precipitar sus consejos; antes bien, ocultando sus resentimientos en el secreto de su alma, se presentó ante el Adelantado cargado de subsistencias, y con un razonamiento respetuoso, contenido en los límites del ruego, se interesó por la libertad de su sobrino. El Adelantado puso el negocio en deliberación de sus capitanes. Francisco Ortiz de Bergara, que volvía absuelto de sus cargos, con el mayor número de los sufragios, fue de sentir, que en las presentes circunstancias, ya era muy peligrosa la libertad de Abayubá. Había entrado Bergara en todo los designios del cacique, y preveía empezar las hostilidades desde el instante mismo, que hubiese puesto en seguridad la vida de su sobrino. Sobre este principio concluyó, que se le retuviese, pues su cárcel era la prisión de los Charrúas. En esta situación embarazosa el Adelantado Zárate, tan voluntarioso sin el consejo como con él, tomó el peor partido, porque este era el más conforme á su miserable política. Muy satisfecho con haber rescatado al castellano, y adquirido una buena canoa, entregó al prisionero. Esto era enmendar un yerro con otro mayor, y sacrificar muchas vidas a sus antojos.

Apenas los indios se apartaron de los españoles, cuando se entregaron á todos los deseos de la venganza, con aquel furor sanguinario que es capaz un odio reprimido en el instante que puede obrar. Sapicán convocó congresos nacionales, en que con una elocuencia, tanto más persuasiva cuanto menos estudiada, propuso que era preciso emprender un hecho militar de hostilidades muy serias contra sus agresores. No hubo quien no ofreciese sus brazos, deseando dividir con su general la gloria del vencimiento: todo quedó aprestado para sostener su querella. La retirada de los víveres, que fue la primera precaución de que se valieron, fué también el primer golpe que descargó su ánimo hostil. No ignoraba Sapicán que urgidos los españoles de la necesidad, saldrían a buscarlos en número no tan respetable, que le fuese imposible empeñar un combate ventajoso. Su predicción tuvo el pronto éxito. Más de cuarenta hambrientos españoles se presentaron en el campo. Los bárbaros que observaban sus movimientos, les salieron al encuentro, y les presentaron la batalla. Desde el primer choque formaron una feliz evolución, que les dio la ventaja de haberlos rodeado por todas partes. Los españoles

opusieron una vigorosa resistencia, a pesar del mal estado en que se hallaban sus arcabuces; pero al fin, excepto dos que salvaron sus vidas a beneficio de la fuga, y Cristóbal Altamirano que quedó prisionero de guerra, todos los demás fueron exterminados, quedando los bárbaros dueños del campo.
Zárate, que ignorante del suceso sólo alcanzaba á contemplar el peligro, mandó por adelante un destacamento de doce soldados á las órdenes del desapiadado Pablo de Santiago, tan memorable por sus crueldades en Santa Catalina. La vista de los cadáveres, y de toda una campaña teñida con la sangre española, consternó á este caudillo, quien dió á conocer por la primera vez no era insensible á las impresiones del terror. Por otra parte calculando la desigualdad de sus fuerzas en el cotejo de las del enemigo, temió por mal presagio de lo que iba á sucederle, arriesgar un combate, que preveía de fines trágicos. El capitán Pinedo, que ya se le había unido con cincuenta soldados, y que hacía alarde de esforzado, á despecho del horroroso espectáculo de que era testigo, trató de cobardía esta prudente perplejidad. No podía haber improperio más sensible en un siglo caballeresco. Las provocaciones y los retos se cruzaron de parte á parte entre estos campeones, y llegaban ya a las manos, cuando los departió un repentino ataque del enemigo que alentado con la pasada ventaja, embistió lleno de denuedo. Las principales fuerzas de los españoles debían ser el fruto de su reunión; sus discordias las enflaquecieron. El bravo Pablo de Santiago con seis camaradas suyos en un cuerpo hicieron frente al implacable Taboba á la cabeza de un numeroso batallón, sin duda, no con ánimo de triunfar, sino de salvar con una honrosa muerte el crédito de su nación. El estrago que causaba estos españoles, era espantoso; pero no hacía más que inflamar el coraje de los bárbaros.
El fiero Taboba cortó de un golpe el brazo derecho al valiente Gago, y dividió en dos mitades el cuerpo de Carrillo. Buenrostro y Arellano cayeron luego á su lado envueltos más en sangre de sus enemigos, que en la propia. Pablo de Santiago, Domingo de Lares y un tal Benito, engolfados en su furor, sostenían el combate sin advertir que su campo estaba reducido á ellos solos. Las mortales cuchilladas, que habían dado á Taboba, acaso ya les prometía un éxito menos funesto. Este era el estado de la refriega, cuando Yaci, joven de hígados y atrevimiento, con un trozo de su gente acudió á sostener la pelea y puso á estos tres españoles en el último conflicto. Perdida toda esperanza de salvarse en un combate, que no tenía cuestión de defensa, y, habiendo vengado el honor de su nación, advirtió el Benito que ya no le restaba sino el vengarse á sí mismo. En la efervescencia de un viejo enojo contra Pablo de Santiago, había jurado sacrificarlo á su rencor. Creyendo que esta era la ocasión más oportuna, tomó la bárbara resolución de darle un arcabuzaso, y lo dejó á sus pies. Es preciso que todo un siglo sea feroz, donde se encuentran tan á menudo estos ejemplos de atrocidad. No tardó mucho sin que pagase la justa pena de esta acción execrable. Atravesado el pecho con una flecha que le asestó el valiente Yaci, tuvo la misma suerte. Domingo Lares, que era el último, se defendía á corta distancia con tanto más asombro de los bárbaros, cuanto que su heroicidad, dirigiendo el único brazo que tenía, suplía el que le faltaba. Estos bárbaros estimaron luego que salvar a un tal enemigo, era más glorioso que perderlo. Sin atentar a su vida cayeron todos sobre él y lo rindieron. El esmero de su curación correspondió al respeto de ese valor, que en su concepto era la única virtud digna del corazón del hombre.
Otras infelicidades acompañaron á este revés. El aparato militar con que se dejaron ver los Charrúas dió una tan terrible alarma á los españoles, que abatido en la mayor parte de ellos el valor, se dieron á una huída indecorosa. Los respetos de Pinedo, que se esforzó á contenerlos en su deber, se vieron aquí atropellados. Estos acontecimientos, que Sapicán y Abayubá, seguidos de su tropa, observaban atentamente, los indujeron á

promover con más viveza el ardor de que se hallaban poseídos. Con igual orden que celeridad siguieron el alcance, sin darles lugar a rehacerse, y haciendo un mortal destrozo, acabaron de exterminar a estos cobardes fugitivos. Pinedo se halló desamparado, y sin recurso para escapar la furia de un enemigo tan brioso, que lo perseguía muy de cerca. En este aprieto se arrojo a un río, pero aquí lo buscó su obstinación. Caytuá, indio de reconocido coraje, se arrojó tras él con dardo en mano, no desistió de su empeño, hasta que hubo teñido las aguas con la sangre de este desgraciado capitán. Chelipó y Metilión, dos hermanos muy recomendables por sus proezas militares, pedían con toda la eficacia de sus ruegos no se despreciasen las caricias de la fortuna en el momento de extenderles los brazos; que se prosiguiese la victoria hasta forzar el enemigo en sus mismas trincheras; y que ellos prometían aquel día borrar de sobre la tierra la memoria del nombre español. Pero el prudente Sapicán templó estos fuegos arrebatados y los contuvo, así para dar descanso á sus tropas fatigadas, como por no arriesgar el concepto ventajoso, que cada cual se había formado de sí mismo, y en el que preveía, como en semilla, triunfos más asegurados. Al siguiente día de esta catástrofe, estuvo con todo su ejército sobre el enemigo. Los bárbaros provocaron á los españoles con flechas y piedras arrojadizas; pero el Adelantado Zárate no trataba de medir sus fuerzas con ellos, y se tenía por feliz escapando el riesgo, aunque fuese con humillación. Logrólo al abrigo de la noche, trasbordando su campamento á las embarcaciones. Aquí lo visitó Yamandú, cacique Guaraní, quien mostrándose muy compasivo por su desgracia, le protestó todos los oficios de la amistad, y se ofreció llevar noticias de su arribo al teniente Juan de Garay para que le proporcionase los auxilios oportunos. Aceptó Zárate esta demostración de benevolencia, y lo despachó con cartas. La animosidad de los bárbaros caminaba á largos pasos á sombras del espanto y de los inquietos movimientos que advertían. Cubierta la playa de Charrúas, se produjeron contra los españoles en escarnios, palabras insultantes y todo género de contumelias. Un bárbaro, cuyo semblante formidable daba más atrocidad á la ferocidad de su alma, llevó al extremo su osadía de acercarse á las embarcaciones con el agua á la cintura, y desafiar á batirse en duelo al que tuviese de sí mismo opinión de más valiente. La contestación de los españoles fué fulminarle una bala homicida, que lo dejó en el puesto. Por qué orden inverso de principios se ve aquí el honor bajo las pieles, y la infamia en traje culto. Es preciso confesar que se eclipsó por esta vez entre los españoles aquel anhelo de gloria, que dió de su nación tantos héroes al cuchillo. Sintieron mucho los bárbaros la muerte de este compatriota, y no pudiendo ejecutar su venganza de otro modo, se convirtieron contra la fortaleza hasta aterrarla.

Condenados los españoles a la inevitable suerte de vencer, o perecer en la tierra firme, vinieron á apostarse en la isla de San Gabriel. Sapicán trasladó su campo sobre las márgenes del Uruguay, donde según aviso de seis soldados prisioneros que lograron evadirse, tenía los aprestos necesarios con que meditaba una empresa marítima. La flaqueza de los españoles, y el conocimiento de su superioridad, parecían allanarle el camino de la victoria. Hallábase por falta de víveres muy avanzado el momento de su ruina, cuando por dicha suya arribó á esta sazón Ruiz Díaz Melgarejo con un socorro considerable. La grande experiencia de este capitán reparó las mal concertadas medidas de Zárate, y fué la salud de la armada. Por dirección suya se trasladó esta a la isla de Martín García, desde donde era más fácil oponerse á los progresos del temible Sapicán; pero el hambre, esa arma la más devastadora, con que los bárbaros del Río de la Plata hicieron á los españoles un nuevo género de guerra, y con la que perecieron estos muchas veces en el mismo campo de la victoria, empezaba ya á sentirse. Melgarejo fué en rescate de víveres, y aunque con riesgo de perecer a manos de la perfidia, tuvo el

feliz suceso de recogerlos con ocho castellanos, entre ellos el inmortal Domingo Lares. Los bárbaros hacían consistir en el disimulo y la falsedad lo sublime de su política. Sabía el fementido Yamandú la conspiración que meditaba contra Santa Fe el cacique Terú; y se concertó con Sapicán, no entregar las cartas de que era portador, hasta que invadidos los españoles por todas partes, estuviese asegurado el éxito. Terú se dejó ver sobre Santa Fe con ánimo de expugnar esta fortaleza. El ejército de los bárbaros cubrió toda la campaña, y parecía hacer el último esfuerzo de su poder. No por esto cayó de ánimo el teniente Garay: una breve exhortación suya bastó para infundir coraje á sus soldados, porque la costumbre de vencer se había hecho en ellos un natural deseo de pelear. Llenos de ardimiento y resolución hicieron frente a los bárbaros. Estos se defendieron con valentía, y aun lograron la ventaja de desordenar el ejército español, pero auxiliado éste oportunamente por los de la ciudad, consiguió a viva fuerza restablecer el concierto de sus filas, y ponerlos en derrota. Esta fué la ocasión en que Yamandú entregó a Garay las cartas de Zárate, y según puede conjeturarse, fué en Febrero de 1574.

No se escapó a la penetración de Garay la fraudulenta oficiosidad de Yamandú; pero juzgó que la pena más proporcionada con que debía castigar su delito, era que fuese un instrumento de salvar á los que deseaba perder. Garay se hizo todo de parte del disimulo, y consiguió avisar al Adelantado por medio del traidor los auxilios que le preparaba. No fueron vanas sus promesas. Después de haber proveído cuanto convenía á la seguridad de Santa Fe, partió con treinta mancebos llenos de fuego y de vigor en socorro de su jefe. Nada deseaban tanto estos valientes como el que se les presentase una ocasión de hacer expirar a sus contrarios la arrogancia de haberlos invadido. Pero los indios que seguían el partido de Terú, hablan tomado el consejo de evitar todo encuentro, y esperar del tiempo el remedio, que alejaba la violencia. Las tierras de los caciques Maracopa, Tabobá y Añanguazú las encontraron casi todas desiertas.

Con todo, un soldado llamado Carballo á fuer de valeroso y atrevido se arrojó á penetrar un bosque muy espeso en seguimiento del cacique Yandubayú, á quien su suerte trajo a las manos. La diligencia y el denuedo del español lo iban á hacer dueño de un enemigo, que entregado á la fuga, habla dejado las espaldas a la discreción de su furor; cuando un vigoroso esfuerzo del bárbaro, cambió la escena rápidamente. Al tiempo mismo de recibir un bote de lanza, retrocedió con tal celeridad, que pudo asirse al brazo del contrario y dejarlo sin acción. Trabajaron largo tiempo, el uno por asegurarse más de la presa, y el otro por verse libre de unas garras tan esforzadas. A las voces de esta porfiada lid acudió Liropeya, india famosa por su rara belleza, que no lejos de allí tenía su estancia. Para que fuese más recomendable unía á los hechizos de la hermosura los atractivos de la generosidad. Metiéndose de por medio rogó en un tono lleno de franqueza a Yandabayú soltase al español.

No podía resistirse el bárbaro á las súplicas de una mujer que idolatraba: con la prontitud que exige la voz de un objeto amado, cedió al punto de su querella, y lo dejó en libertad. Entonces supo Carballo de boca del bárbaro, hacía un año que pretendía esta doncella; y que para merecerla exigía acreditase su valor, sacrificando á su altivez cinco caciques, que tenían ofendida su parentela. Este razonamiento excitó la atención del español, y lo indujo á mirar con afición á la india. Mirada fue esta, que introdujo en su alma un veneno capaz de corromper sus sentidos y su razón. Desde este fatal momento se resolvió á que fuese suya a costa de cualquier crimen. Inducido de los estímulos de su pasión, fingió retirarse; y cuando creyó desprevenido á su rival lo atravesó con la lanza. No podía ser Liropeya fría espectadora de una tragedia, cuya solución consistía en separar dos almas, que para ser felices debían estar unidas. Toda temblando cayó en tierra cubierta de una palidez mortal, anuncio funesto de una alma fugitiva. A poco rato

volvió en sí. Carballo procuró consolarla sacando de su pecho los términos más expresivos, y le aseguró sería en adelante perpetua dueña de su voluntad. ¿Pero qué pueden las insinuaciones contra el idioma del corazón? Su estado era más amargo que la muerte, y estaba resuelta á no olvidar su pérdida, hasta que el último suspiro hubiese acreditado la constancia de su amor. Con todo, fingió que no le eran indiferentes sus caricias, y sólo pidió, que para aceptarlas diese primero sepultura al desgraciado Yandubayú. Con no menor celeridad que regocijo desciñóse Carballo la espada, y se puso á cavar el foso. Cuando lo vió entregado á esta diligencia, juzgó que era ya tiempo de ejecutar el partido que había aceptado en el enajenamiento de su pasión. Tomando la espada de Carballo le dijo: "todavía te falta otra víctima: aquí la tienes; abre esa sepultura para dos que nacieron para estar juntos," y atravesándose el pecho esta hermosura desgraciada, fué á caer á los pies del agresor. Antonio Carballo se retiró, llevando un velo de confusión sobre su rostro, y una memoria amarga que acibaró toda su vida.

Las barcas de su convoy se hallaban á punto de partir en prosecución de la jornada, creyéndolo ya muerto. Su llegada aceleró la marcha. Melgarejo que andaba en busca de víveres vino a unirse a Santi-Espíritu, y de común concierto con Garay, se convino en que conduciría á Martín García los basamentos que éste había traído. Anticipóse Yamandú, quien entregó al Adelantado las cartas de que se encargó. Su alma formada para las perfidias, adquiría con los halagos más aliento. Los que con este motivo le hizo Zárate, lo prepararon á una nueva traición. Viendo el mal estado de los españoles, se propuso precipitar su total ruina, poniendo en ejecución un plan de ataque fraudulento, que tenía trazado con los caciques Aguazá y Tataguazú. Por dicha de los nuestros fué antes descubierto, y quedó enteramente disipado el susto. Garay se entretenía en la demanda de acopiar basamentos. Entrando el domingo de Ramos de 1574 se divisó una canoa en que reinaban dos indios y un bárbaro de figura gigantesca. Fue en su alcance Garay. Pensó aquel espantar a los españoles mostrándose revestido de cuanto puede infundir el espanto, pero los españoles de aquel tiempo no hacían caso de bravatas fantásticas: dos arcabuzasos no le dieron tiempo de concluir sus fanfarronadas. Con todo se escapó la canoa. Garay tuvo aquí el consuelo de que se le incorporase un bergantín que despachó en su socorro desde la Asunción el teniente Martín Suárez de Toledo. Con este auxilio se halló más en estado de perseguir a Terú, juntar víveres y hacer que entrase en obediencia el cacique Añanguazú.

Entretanto una deshecha tempestad en el río, que parecía tragarse la isla, puso en consternación al Adelantado y toda su gente. Creció ésta, viendo irse á pique las dos únicas naves que les quedaban. Por otra parte el desconsuelo de no saber el paradero de Melgarejo, y la tardanza de Garay, hacían que tocase al último de sus extremos. Quiso por fin la suerte, que arribase Melgarejo dando noticia de Garay, cuya ocupación era rescatar algunos españoles prisioneros. Él semblante de una fortuna siempre adversa suscitó en el Adelantado el justo deseo de prevenir sus infortunios, tomando un establecimiento permanente en tierra firme. Ajustados los dictámenes de sus capitanes, quedó acordado fundar la ciudad de San Salvador á las márgenes de un pequeño río, que recibió de ella su nombre, y que es tributario del Uruguay, donde fueron trasladadas las mujeres, y los enfermos. Garay con su gente se les unió poco después. El estado violento de las cosas, dividido entre el anhelo de sojuzgar, y el amor de la libertad excitaba encuentros continuos. Apenas vieron los indios que los españoles pretendían fijar el pié en su país, cuando se resolvieron á batirlos. Siete escuadrones animados de un odio implacable, á cuya frente mandaba el cacique Sapicán, vinieron luego sobre ellos. En tan apurado conflicto observó Garay el semblante de los suyos, y encontrándolos más cerca de la ira que de la turbación, los alentó con este sencillo

razonamiento: "Amigos, aquí no resta otra cosa, que morir, ó vencer; esperemos con valor al enemigo." Razones fueron estas, que les hizo mirar el combate, como un campo en que iban a recoger laureles de una victoria asegurada. Trabóse en breve la refriega, y hubo hechos de parte a parte llenos de heroicidad. Por la de los españoles, dice uno de nuestros escritores. que no dieron golpe sin herida, ni herida que necesitase de segundo golpe. A pesar de una resistencia esforzada, observando Sapicán, que había perdido sus mejores capitanes, y que huía la victoria que vinculaba en la pérdida del general Garay (pues aunque muerto su caballo, fue socorrido prontamente de sus soldados) hizo tocar la retirada, dejando cubierta la campaña con más de doscientos cadáveres. Valió mucho a los españoles esta famosa victoria, porque abatido todo el orgullo de la nación más valerosa, cual era la Charrúa, abrió el camino a la obediencia de otras menos afamadas.

CAPITULO V

> El cacique don Juan de Calchaquí arrasa tres ciudades españolas. Trasládase la ciudad de Londres al valle de Comando. Mueren casi todos los vecinos y soldados de Córdoba en el valle de Calchaquí.

Es preciso no perder de vista al Tucumán, cuya historia va tomando mayores enlaces con las demás provincias convecinas, á proporción que se extendía la base de su constitución política. El inmortal Zurita, que reunía todas las calidades propias para extender y cimentar las conquistas, le había hecho dar un paso muy brillante en la carrera de la civilización. Apenas dueño del mando se le ve triunfar como héroe conducido por el honor, atraer por su clemencia á los que ahuyentó el espanto, y erigir establecimientos dignos de una prudencia consumada. La caída de este grande hombre envolvió en sus ruinas á la provincia; porque irritados los bárbaros con el violento despojo que les hizo Castañeda, creían vengarse a sí mismos vengando sus ultrajes. A pesar de que el usurpador realizó en el sitio de Jujuy el plan de Zurita, dando principio á la ciudad de Nieva el año de 1561, no tuvo genio ni bastante constancia para impedir el torrente de los bárbaros, quienes conducidos por su cacique D. Juan de Calchaquí, arrasaron tres ciudades[35] que eran el fruto de sus fatigas, y el asilo de la esperanza pública.

La ciudad de Londres fué la primera que vio el amago de esta terrible insurrección. Confederándose los Diaguitas en número de cuatro mil, con el cacique D. Juan, vinieron á embestirla, pero la vigilancia y prevención de sus moradores los obligó a dar otro objeto á su rencor. Sin perdonar diligencia se encaminaron á Córdoba. Aquí les salieron al encuentro con su gente D. Nicolás Carrazco, y Julián Sardeño, dos capitanes, cuyo crédito los había ya casi vencido antes de llegar á las manos. Costó muy cara á los bárbaros esta batalla, pues pasados unos por el filo de la espada, precipitados otros de lo alto de las peñas, y tomando prisionero su respetado cacique, tuvieron que llorar una completa derrota. Las repetidas experiencias de la perfidia de los bárbaros, debieron advertir á Castañeda que era una falta de prudencia no prevenirse para la guerra en el momento mismo que se firmaba la paz. Con todo, él incautamente dió crédito á las promesas simuladas del prisionero, y poniéndolo en libertad, se lisonjeaba haber asegurado una quietud estable. Un engaño, que en el concepto del bárbaro era más poderoso que sus fuerzas, se creyó en obligación de afianzarlo por todos los medios que le sugería su astucia. Fingiendo hallarse rendido á las verdades de nuestra religión,

---

[35] A estas ciudades, que fueron Londres, Cañete y Córdoba de Calchaquí, les impuso nuevos nombres Castañeda para ofuscar la gloria de Zurita: á la primera llamó ciudad de Villagra, á la segunda ciudad de Orduña, á la tercera ciudad nueva del Espíritu Santo. A la provincia llamóla también del Nuevo Extremo.

disfrazó su pica homicida con este sagrado velo, y se hizo bautizar. El mismo ejemplo siguieron sus capitanes.
Todo conducía a restablecer el ánimo del cacique D. Juan a pesar de su pasado infortunio. El buen tratamiento de los españoles disipaba las impresiones de susto que causó su prisión; la experiencia de lo pasado lo instruía en el porvenir; y el conocimiento de los puestos menos aparejados á la defensa, le señalaba el camino de sus operaciones militares. Con tan favorables auspicios se resolvió á abrir la campaña, dando principio á ella por el hecho más insultante. Bajo la fe de los tratados atravesaba de Londres á Santiago el capitán Julián Sedeño, llevando sólo en su compañía á Damián Bernal. Los Calchaquíes, que observaban todos los movimientos de los nuestros y que deseaban verse libres de un capitán, que por su valor se había hecho acreedor á sus primeros temores, lo aguardaron emboscadas en el valle de Yocabil. Aquí le salieron de improviso. Los dos españoles se defendieron con valor heroico. Bernal perdió allí la vida, quedando reservado Sedeño, para que en la lentitud de los tormentos, sufriese muerte más cruel.
Estas muertes fueron como la trompeta que reunió a todos los bárbaros en una conspiración universal. Sin malograr instante el Calchaquí se puso sobre Córdoba, llenándola de espanto. Castañeda vino con diligencia a socorrerla, y sólo fue para aumentar su consternación. Sorprendido él mismo en una emboscada, dispuesta con inteligencia y arte, tuvo á gran dicha escapar vivo; dejando muertos en el campo no pocos de sus soldados. No hallándose en estado de salir en campaña, quiso encubrir su flaqueza con un infructuoso ejemplo de severidad. Hizo castigar cruelmente a muchos prisioneros, y que arrojándose al campo enemigo provocasen con sus llagas al escarmiento. El rigor podrá ser útil para con los espíritus pusilánimes, que se arrastran bajo la esclavitud del miedo. Los Calchaquíes eran de índole más propia á hacerlos irreconciliables. En efecto, el espectáculo de los prisioneros maltratados, quienes solo excitando a la venganza, creían poner fin a su infortunio infundió valor hasta en los pechos más cobardes. Todos de común acuerdo convinieron en continuar la guerra hasta dar el último aliento; y para que fuese irrevocable esta resolución se multaron en la pena de ser mirado como infame todo el que propusiese proposiciones de paz. Alentados de este espíritu apretaron el cerco que tenían puesto á la ciudad. Ninguno era osado a salir de ella. El general Castañeda, de quien por medio de un paisano imploraron el socorro los sitiados, tenía muy viva la imagen del terror, y sólo trataba de ponerse al otro lado del peligro. Dándoles buenas esperanzas se retiró á Londres, siempre perseguido de los bárbaros, quienes le picaron la retaguardia, tomándole algunos prisioneros, que sirvieron de trágica materia á sus enojos.
Estas ventajas del enemigo vivamente representadas por la imaginación de Castañeda, le hacían gustar toda la hiel de su afrentoso proceder. Avergonzado de haberse hecho odioso y despreciable por su cobardía, resuelve purgar su oprobio introduciendo un socorro en la ciudad. Con un grueso trozo de gente, que le proveyeron los valerosos santiagueños, vuelve á entrar en Calchaquí. Con tan respetables fuerzas el hombre más cobarde podía hacer grandes cosas y sorprender la admiración sin merecerla. Noticiosos los indios de esta marcha se apostaron en el mismo sitio, que poco antes había sido funesto a sus contrarios; pero tomando estos una ruta desconocida y fragosísima atacaron por el punto que menos lo esperaban, y les causaron un sangriento destrozo. Castañeda introdujo el socorro en la plaza hallándola libre de obstáculos. Sin renunciar los Calchaquíes el designio de arruinar este establecimiento, se acogieron por ahora á sus breñas como á un lugar de refugio. En la impotencia de forzarlos Castañeda, se apodero del fértil valle que proveía a su subsistencia, y abrió con ellos una negociación. Ella tenía por base una obediencia tributaria, y esta era para ellos más aborrecible que la

muerte. Resueltos a no abrazar otro partido que el de su libertad, y persuadidos que bastaba la lentitud para decidir este negocio á su favor, prolongaban sagazmente la conclusión. El general español penetró el artificio; por lo que contentándose con talar sus mieses, dio vuelta á la ciudad de Córdoba. Persuadido de haber satisfecho a su odio y vanidad, y domado enteramente el orgullo Calchaquino, aumento la guarnición de esta plaza con veinte y cinco soldados, y se retiró á Londres.

Muy en breve conoció Castañeda que el odio implacable de los bárbaros solo cedía á la necesidad, esperando ocasiones más seguras. Ejecutados de su invariable resolución, volvieron á ocupar los puestos del pasado asedio. Su constancia en los ataques generales hasta acercarse a escalar el muro, a pesar del destrozo que hacía en ellos el fuego de la plaza; el desamparo del general Castañeda, quien aunque requerido por los sitiados parecía haberlos abandonado a su aflicción; en fin la agonía en que los puso la falta de agua cortada por el enemigo; todo esto los obligó á conocer la necesidad de hacer una salida. Este era el único recurso que les dictaba la desesperación; pero recurso, que solo parecía proporcionarles una muerte más gloriosa. La resolución fué tomada, y en ella entraron hasta las mujeres, estimando por menos infortunio morir con las armas en las manos al lado de sus consortes. Con un coraje precipitado se echaron los bárbaros en un momento de descuido, y desde el primer encuentro los arrollaron. Quedó el camino cubierto de cadáveres, y se hicieron algunos prisioneros, entre quienes la hija del cacique D. Juan, que sirvió a la decoración del triunfo. Aunque destrozado este cacique no dejó de caminar á su objeto con una constancia igualmente firme, que temible. El odio, la venganza, el amor paternal y el de la patria, se confundían en su pecho, y apresuraban sus proyectos hostiles. Más irritado que nunca con la pérdida de la hija, mandó la flecha simbólica a todas las parcialidades de su nación, y los interesó en su querella.

Entretanto ciertos rumores de que la venida del capitán Pedro de Cisterna enviado por el Adelantado Francisco de Villagrán, era con el objeto de relevar á Castañeda, debía necesariamente ocupar todos los cuidados de este ambicioso general, que esclavo de sus pasiones, sólo parecía capaz de grandes faltas. No fue la menor, que deseando ganarse la afición de Cisterna, luego que supo era otro el objeto de su venida, ejecutase en estas peligrosas circunstancias el plan que éste le propuso de trasladar la ciudad de Londres al valle de Comando, distante sólo veinte leguas de la de Orduña, ó de Cañete. Así se hizo en 1562. El Calchaquí que observaba con cuidado las atenciones en que se hallaba complicado Castañeda, se aprovechó de su embarazo para restablecer el sitio de Córdoba. Con un grueso ejército vino sobre ella, y la ciñó estrechamente. Nada se omitió de su parte de cuanto podía conducir á su designio. Flechas inflamadas, asaltos vigorosos, ataques llenos de ímpetu, estos eran los medios con que llenaba de espanto á los sitiados. Fácilmente advirtieron éstos, que á tan furioso empeño, daba impulso el rescate de la hija del cacique, y entrando en esperanzas de serenar esta borrasca, le propusieron un ajuste amigable. El cacique se mostró inclinado a la paz, trató a los diputados con aquella activa simplicidad de que usa con el débil el que tiene de su parte la fuerza. Inexorable en su propósito, dictó los artículos del tratado, reducidos a que se le restituiría su hija, y se evacuaría la plaza bajo el salvo conducto que prometía a la guarnición. No era esto lo peor, sino que este pequeño beneficio nada tenía de verdadero, no siendo más que un lazo, que tendía el pérfido cacique para lograr mejor sus intentos. Los españoles cayeron en él. Ataviaron a la cautiva con todos los aliños mujeriles que aumentan las gracias de este sexo, y que debían captarle la benevolencia del padre; pero este cacique no bien había recuperado a la hija, cuando dio orden de apretar el asedio con doblados esfuerzos.

La ruina de los españoles era inevitable. En ese conflicto les pareció, que era forzoso aventurarse al acaso. Todos de común acuerdo resolvieron evadirse esa misma noche por un lado de la ciudad, que parecía menos custodiado. En lo más silencioso de las tinieblas
emprendieron su marcha. La felicidad de los primeros pasos los animaba á continuarla, cuando sólo era para acercarlos al precipicio. Sentidos de los bárbaros por el importuno llanto de las criaturas, fueron improvisamente asaltados. Fué en vano para contener la rapidez del ataque la heroica resistencia de los soldados españoles. A excepción del maestre de campo Hernando de Mejía, que con seis de los suyos se abrió pasaje por entre una espesa multitud, y pudo ponerse en salvo entrando después en la ciudad de Nieva, ninguno escapó la vida.

CAPITULO VI

Ataca Castañeda a los Calchaquíes. Una falta de Castañeda hace perecer a algunos españoles. Trescientos Calchaquíes se sacrifican por la patria. Sesenta jóvenes indios forman un cuerpo, y viene en auxilio de sus padres. Vence Zenteno a los de Silípica. Heroicicidad de tres indias. Son despoblados Londres y Cañete. Entra Aguirre a gobernar el Tucumán. Aguirre se halla en gran peligro, y lo liberta Gaspar de Medina. Los Calchaquíes se defienden, y hacen estragos. Prudente retirada de Medina. Vuelve éste a libertar al gobernador.

La altivez crece por lo común en proporción de la prosperidad. Después de haber los Calchaquíes desmantelado la ciudad de Córdoba, y sometido en las mujeres españolas que sobrevivieron á la derrota, atrocidades tales, de que se horroriza la pluma, nada menos se proponían que llevar su osadía hasta el exterminio del último establecimiento español. Aunque por un orden inverso parecía que esto debía abatir el aliento español, no sucedió así. Castañeda tenía los vicios de una alma al mismo tiempo tímida y feroz. Por esta vez deseaba vivamente borrar las manchas con que se hallaba afeada su reputación, y todas las ciudades conspiraban a una venganza de que se prometían un útil escarmiento. Hechos los preparativos convenientes, abrió este general la campaña. Los bárbaros no rehusaron el ataque, antes bien respirando cierto entusiasmo de libertad, intentaban prevenirlo acelerándose a ocupar un estrecho, de que hechos dueños parecía inevitable la ruina de su enemigo. El general Castañeda reconoció el peligro en que se hallaba, y quisiera retirarse; pero temiendo acrecentar un oprobio que ya se tenía merecido, se resolvió a un hecho temerario, con, el que al paso que recuperaba su fama por el ejemplo y por la acción, esperaba intimidar á los bárbaros. Con sólo seis soldados los ataca en el mismo puesto. Llenos todos de aquel furor mortal que caracteriza los guerreros de aquel siglo, ejecutan prodigios de valor. Queriendo atraerlos á campo raso donde pudiese maniobrar la caballería aparentan mañosamente retirarse. El calor con que los bárbaros se empeñan en seguirlos no les deja penetrar el designio. Ellos se avanzan con denuedo. El ejército español recibe orden de combatir, y lo ejecuta con valor. El de los bárbaros se resiste por mucho tiempo reemplazando sus filas derrotadas, y dando mucho cuidado á sus maestros en el arte de pelear; pero al fin la victoria se declaró por los españoles aunque con algunos muertos y muchos heridos.
Esta victoria si algo dejó de útil a los españoles, fue haberles enseñado a temer á estos bárbaros. Por lo demás los vencidos adquirieron un nuevo motivo de aborrecerlos, y de prepararse á los combates con más acuerdo y deliberación. A este efecto se recogieron a sus guaridas inaccesibles. Castañeda entró con nuevas fuerzas en su fértil valle, y lo

encontró casi desierto. Confiado en que no se le hacia resistencia, las enflaqueció imprudentemente, dividiéndolas con el objeto de satisfacer sus venganzas. Este procedimiento fué fatal á los españoles, porque muchos se vieron en extremo peligro, y otros perecieron á manos de los bárbaros.
Un encadenamiento de faltas enormes, hizo que Castañeda causase pérdidas irreparables. Bien instruido en que la ciudad de Cañete se hallaba en grande apuro por la insurrección de los indios de su distrito, se contentó con destacar en su socorro solo doce hombres á las órdenes del capitán Bartolomé Mansilla. Un auxilio tan menguado sólo sirvió para acrecentar el desaliento. Los vecinos de Cañete ya habían transportado sus hogares a la ciudad de Santiago. Ellos conocían bien los descuidos de que era capaz Castañeda, y no queriendo exponerse al fin trágico de los de Córdoba, tomaron con anticipación sus medidas. La llegada de Mansilla los afianzó en su resolución.
Castañeda echó de ver que había sido muy grande aventurar trece hombres solos en un país sembrado de peligros. A los tres días movió sus reales con la esperanza de salvarlos al abrigo de su fama. Este era un fatuo orgullo de que en breve quedó desengañado. Mansilla con sus doces compañeros debió su salud á un acaso; pero Castañeda con su ejército bien necesitó toda la ventaja de sus armas para no salir derrotado. Trescientos bárbaros resueltos á vengar en estos españoles los males que sufría su patria, le disputaron el paso. Su constancia á prueba de todos los estragos que podían causar las balas, no desfalleció un punto. No tanto como hombres, cuanto como bestias, sin más razón que el ímpetu, se arrojaron al hierro y al fuego de sus contrarios, hasta llegar á mezclarse unos con otros. Los más de estos valientes perecieron en el combate, contentos con haberse sacrificado á la patria, y hecho correr mucha sangre enemiga.
Libre Castañeda de estos riesgos prosiguió su jornada. ¡Cuál fué su desconsuelo cuando sitio la despoblación de Cañete! Era esta plaza muy importante, pues con ella se entrenaba no poco el furor de los bárbaros. A fuerza de una constancia sostenida, consiguió este general verla repoblada segunda vez, habiendo hecho volver á sus antiguos moradores, quienes á precaución dejaron en Santiago sus hijos y mujeres.
El odio á un gobierno militar donde la espada era la ley fundamental, se había ya extendido por todas partes. Apenas se hallaban asentadas las cosas, cuando, como si de la misma seguridad naciesen los peligros, fué preciso reprimir la osada resolución con que los indios de Silipica disputaron el paso á Castañeda, é inquietaban toda la tierra. El incendio y la devastación señalaron los pasos de los españoles en esta jornada. De pueblo en pueblo persiguieron á los bárbaros haciendo en ellos una horrible carnicería. Conoce poco la gloria el que la coloca en matar á los que, tratados bien, pudieran ser amigos. Aun los que escaparon con vida, sólo parecía haberla reservado á los que lo eran de su libertad. Refugiados al pueblo de Deteicum hicieron pasar sus sentimientos á estos moradores. Muy confiados en que la ventaja del sitio hacía su fortaleza inexpugnable, teniendo los españoles que superar las dificultades de una subida muy agria, levantaron el estandarte de la libertad. Fué obstinada la resistencia; pero encontrando los españoles por dicha suya una senda mal defendida, ganaron la altura de la montaña, y a hierro y fuego se hicieron dueños de la plaza.
Por todo acontecimiento habían dispuesto los bárbaros transportar en tiempo sus familias a parajes menos arriesgados. Entretanto que los padres sacrificaban sus vidas á la seguridad de sus hijos, un tierno sentimiento de que sólo la naturaleza podía ser autora, obraba en éstos con toda su energía. Llenos de un espíritu marcial se escapan del regazo de sus madres, y sin reflexionar en que sus brazos, aun no son aptos para sostener las armas, los unen en común para desafiar los peligros de la guerra. En número de sesenta, de los que el mayor no pasaba de quince años, volaron en auxilio de sus padres. Fuéronse acercando con la poca cautela que era propia de su inocencia. El

polvo de su marcha estrepitosa alarmó á los españoles, quienes salieron de sus alojamientos y se prepararon al combate. Quedaron muy corridos luego que conocieron al enemigo y sus designios. La bizarría de esta acción fue recompensada por los españoles con dones y caricias. Estas amansaron el furor indómito de los padres, y fueron más poderosas que las balas para que suscribiesen a la paz. Los desastres de esta guerra se hacen de algún modo disimulables, pues que ella dió ocasión para que los anales del Tucumán, se viesen enriquecidos con un tan bello ejemplo de amor filial. Castañeda, concluida esta guerra, buscó una ocupación propia al militar esfuerzo de sus soldados. El capitán Pedro López Zenteno, con veinte hombres escogidos, partió de orden suya en socorro de Londres. En este tránsito hizo ver el valeroso Zenteno, que vale tanto un buen general como un ejército. Los indios de Silipica, quienes ya estaban arrepentidos de su obediencia, le salieron al encuentro. Toda esta multitud embravecida con sus mismos desastres, no fue bastante á desunirlos. Teñida la campaña con sangre de los bárbaros, entraron triunfantes en Londres. No fué bastante este auxilio á infundir seguridad en los ánimos, porque inmediatamente se supo que todas las parcialidades hasta el valle de Chocavil formadas en liga con el cacique D. Juan de Calchaquí, le hablan ofrecido sus brazos armado de la venganza, y que se disponía á invadir esta ciudad. Era forzoso impartir esta noticia á Castañeda, é implorar su socorro. Cuatro hombres acostumbrados á tener por más gloriosa una empresa á medida que era más temeraria, tomaron de su cuenta ejecutarlo. Como si se hubiesen propuesto los medios de multiplicarlos peligros, se apoderaron en el tránsito de un cacique abandonado de sus vasallos. No faltó quien reparase la vergonzosa deserción de estos cobardes. Tres indias llenas de un valor heroico con que desmentían la flaqueza de su sexo se armaron de tizones, y echando en rostro á los indios su ignominiosa huída, embistieron contra los españoles. La gentileza de esta acción merecía indultarlas de todo daño; pero la bravura rústica de sus contrarios estaba acostumbrada á no respetar ningunos fueros. Lejos de celebrar este lance en que adelantar con los bárbaros el crédito de su nación, después de haber dado muerte al cacique, no tuvieron á mengua ensangrentar sus armas en un sexo que es vencer, cederle la victoria. Luego que las indias se vieron en estado de no poder sostener el choque, tomaron el partido de arrojarse de un precipicio, primero que caer en manos tan aborrecidas como las de sus contrarios. Sus maridos expiaron con su muerte su infame cobardía. Es preciso reconocer en estos nobles ejemplos, que no faltaba grandeza de ánimo á estos bárbaros, y que la inferioridad de sus armas y los desórdenes de una multitud sin disciplina, son las verdaderas causas que explican el desenredo trágico de estas guerras. Los cuatro soldados concluyeron su marcha; no acabando de engrandecer el coraje de las indias.

Al oír las nuevas que trajeron estos emisarios descubrió Castañeda toda la flaqueza de su espíritu. La confederación de tantas parcialidades enemigas era un cuadro espantoso, donde veía se le exigían empresas militares, superiores á su valor y á sus talentos. Sin tener arte para disimular su cobardía, tembló á la vista de tantos riesgos, y dispuso evitarlos expidiendo órdenes positivas para que se despoblasen las ciudades de Londres y Cañete. Fueron infructuosos los ruegos de sus ciudadanos á fin que desistiese de un pensamiento tan funesto á la patria, y tan eversivo de sus propiedades. Inflexible en su relación los obligó á transportarse á Santiago en 1562 aun sin permitirles la cosecha de granos. La desesperación con que lo hicieron aumentó la infamia del opresor. Muchos soldados se emigraron al reino de Chile, a donde el siguiente año partió también Castañeda, dejando el mando de la ciudad de Santiago al capitán Manuel de Peralta. No cupo mejor suerte á la ciudad de Nieva fundada en el valle de Jujuy. Los bárbaros que rodeaban se habían hecho irreconciliables con los ejemplos contagiosos que les daba el Calchaquí. El capitán Pedro de Zárate no pudo resistir por más tiempo los porfiados

asaltos del enemigo, y perdiendo toda esperanza de socorro, cedió al triste destino de abandonar esta plaza. Con estas pérdidas quedó toda la provincia reducida a la ciudad de Santiago, único fruto de diez años regados con mucha sangre, lágrimas y sudores. En el mismo estado la había dejado el general Juan Núñez de Prado, y si algo había que añadir, era saberse no era invencible el español.

El desamparo de tantas gentes inspiró justas inquietudes a la ciudad de Santiago, que hasta entonces se había mirado como el puerto de seguridad. Con todo, aunque cercada de tanto bárbaro orgulloso, sostuvo con mucho crédito el peso de los peligros. No fue pequeña dicha suya que el gobernador del reino, Lope García de Castro, extendiese hasta ella su vigilancia, y le diese un gobernador capaz, por su valor, de restablecerla en su antigua gloria. Este era Francisco de Aguirre. A la verdad, el desagrado con que se oía su nombre en toda esa provincia, desde que la gobernó por D. Pedro de Valdivia, no parecía buen presagio de una suerte venturosa; pero con todo sus grandes proezas en el reino de Chile contra los temibles Araucanos, unidas á la constante fidelidad con que se manejó en los disturbios del Perú, lo hacían acreedor de está confianza, y debían purgar su memoria. Sobre estas razones procedió Castro a nombrarlo gobernador de esta provincia con total independencia de los gobernadores de Chile[36]. La historia nos hará ver que Aguirre no llenó estas esperanzas sino en parte.

Los sucesos referidos nos anticipan una idea del estado deplorable en que encontró su provincia. Casi toda ella sometida al poder de los bárbaros, no se veían por todas partes sino ruinas, desolaciones, estragos y osadía del enemigo. No pudo menos de conocer Aguirre, cuanto importaba dedicar sus desvelos a las cosas de la guerra. Valeroso, vigilante, lleno de celo y volando a todas partes donde era mayor el peligro, logró inspirar en los ánimos un entusiasmo militar que dio respiración á la provincia, e iba á poner en crédito el poder español. Aguirre pisó todo el terreno que poseyeron los españoles: buscó á los bárbaros en sus mismos alojamientos; tuvo con ellos encuentros muy felices; los obligó á retirarse donde los ecos de su valor no pudiesen amedrentarlos, y en fin llenó la ciudad de Santiago de prisioneros y despojos.

Pero no siempre la fortuna le favoreció tan apresurada, que pudiese persuadirse estaba pendiente de sus órdenes. Hallábase acampado Aguirre en el valle de Calchaquí, cuando se vió sorprendido de cuatro mil bárbaros llenos de coraje y resolución. Ambos ejércitos vinieron a las manos con igual furor. El estrago que las balas causaban en los bárbaros, no pudo ponerlos en derrota, porque prevaleciendo el deseo de vencer, se entregaban ciegos a la muerte. Ellos cargaron con tal ímpetu, que se vio Aguirre y su gente en las últimas extremidades. Por dicha de éstos el valeroso capitán Gaspar de Medina, que con un destacamento corría la campaña, fué bastante advertido para conjeturar por las huellas los muchos bárbaros que se habían dirigido hacia aquella parte del país en que se hallaba Aguirre. Acelerando cuanto pudo sus marchas, cayó rápidamente sobre las espaldas del enemigo, y lo batió por entero arrebatándole una victoria, que se decidía á su favor. Derrotados los Calchaquíes se refugiaron a sus breñas, más bien irritados que arrepentidos. Aunque Aguirre con su gente cumplió bien sus deberes, tuvo sobrada equidad para adjudicarle a Medina todo el honor del triunfo. Este género de victoria, que ganó sobre su amor propio, debió darle tanta más gloria, cuanto siempre es más difícil vencerse a sí mismo, que á un enemigo.

Temía Aguirre que reforzados los Calchaquíes causasen nuevos insultos. Para escarmentarlos del todo, y completar la victoria, mandó el día inmediato se siguiese el alcance. Un buen número de soldados escogidos bajo la conducta de su hijo el maestre de campo Valeriano de Aguirre, y del capitán Medina, caminaron sobre sus huellas. A

---

[36] El Sr. Felipe II por una real cédula de 29 de agosto de 1563 declaró esta independencia agregando la provincia al distrito de la real Audiencia de la Plata.

quince leguas de distancia había hecho alto el enemigo en un paraje fragosísimo. El ardor que suscitó en los españoles el pasado suceso, hizo, que acometiesen sin bastante consejo en un lugar, donde el terreno daba toda la ventaja al enemigo. Los bárbaros opusieron por su parte una vigorosa resistencia, en la que aunque murieron muchos, lograron quitar del medio al maestre de campo, y á otros soldados. Con tan buena ventura acaloraron más la acción llegando á prometerse, que los restantes serían en breve víctimas de su valor. El prudente Gaspar de Medina, a quien no se le ocultaba que los bárbaros recibían nuevos refuerzos, tuvo por infalible su derrota, si con tiempo no ponía en salvo las reliquias de este destacamento. Así lo hizo mandando tocar la retirada. No fué pequeña dicha poderlo verificar. Una engañosa conjetura hizo que los Calchaquíes la tuviesen por una acechanza, y no se atrevieron. Por otra parte aunque Medina mudó de ruta, buscando siempre la menos arriesgada, se vió en gran peligro de que lo sorprendiesen mil indios, que lo espiaban de emboscada. Ya había salvado este mal paso, cuando lo descubrieron los enemigos. La suma diligencia con que huyó hizo inútiles todos los esfuerzos del alcance. Debió por segunda vez Aguirre su salud al capitán Medina, en el hecho mismo de haber conservado aquel residuo de soldados con que podérsele reunir. El gobernador solo se hallaba con treinta hombres en medio de un país alterado de sangre humana, y en que parecía inevitable su exterminio. Con el auxilio de Medina pudo salir de aquella tierra tan arriesgada; pero siempre con el ánimo de volver a ella y hacerla el teatro de sus conquistas. A este efecto hizo que el capitán Medina se transportase al reino de Chile, y reclutase algunos soldados con el cebo de pingües encomiendas, que debía ofrecerles á su nombre. Medina desempeña debidamente su comisión. Veinte y dos hombres aguerridos lo siguieron á su regreso, el que verificó trayendo también á su familia[37] y nueve doncellas españolas con quienes pudiesen casar los conquistadores tucumanos.

CAPITULO VII

> Fúndase la ciudad de San Miguel del Tucumán. Entrada de Aguirre a los Comechingones. Prenden los soldados al gobernador Aguirre. Destierran los conjurados al capitán Medina. Fundan los conjurados la ciudad de Esteco. El capitán Medina cae sobre los conjurados. El teniente Juan Gregorio Bazán atraviesa el Chaco y llega al Paraná. Absuelto por la Audiencia de Charcas, el gobernador Aguirre es restituido al mando. Es preso por la inquisición de Lima. El gobierno del Tucumán es dado a don Gerónimo Luis de Cabrera. Funda la ciudad de Córdoba. Llega hasta la torre de Gaboto.

La experiencia había demostrado, que sin el establecimiento de nuevas ciudades, era imposible se dilatase el dominio español. Por el contrario, con ellas se esperaba, que los pueblos, ó contrajesen nuevas alianzas, o en caso de resistencia experimentasen el poder de varias fuerzas armadas. El gobernador Aguirre, como tan versado en estas materias, estimó estas razones de importancia, y se decidió á levantar una población en aptitud de oponerse á las irrupciones del bravo Calchaquí. Hechos los aprestos necesarios, encomendó esta noble empresa a su sobrino el capitán Diego de Villaroel. En 1565 abrió este general los fundamentos de una ciudad que intituló San Miguel del Tucumán en la falda de una áspera montaña y á la altura de los 28 ó 27 y medio grados. La capitación de los indios sumisos subió al número de diez mil, los que se repartieron en encomiendas los vecinos pobladores.

---

[37] Esta se componía de su mujer Doña Catalina de Castro, una hija suya y dos hijos, D. Luis y D. García de Medina.

Era ya otro el semblante de las cosas. Las convulsiones, que los bárbaros dieron poco antes a esta provincia, habían ya cesado, y si se aborrecía en igual grado el yugo de las leyes, a lo menos el temor inclinaba las cervices. Con esta seguridad procedió Aguirre a publicar la jornada de los Comechingones, indios establecidos en el distrito de Córdoba, y donde entró á fines de 1565. Amedrentados estos bárbaros con la fama de Aguirre, le recibieron de paz, prometiendo una sujeción que alimentaba su vanidad. Otro interés mayor entretenía la esperanza de sus soldados. De tiempo atrás venía muy válida la noticia de unas tierras opulentas, situadas hacia el sudoeste, que con el nombre de Trapolanda ó de los Césares, habían inquietado inútilmente la codicia del vulgo. Lo indios pasaron esta noticia a los soldados de Aguirre, cuya credulidad comunicándole un ser que no tenía, exigían esta jornada como premio de sus fatigas. Aguirre era demasiado experto para que entrase en la empresa de un bien tan imaginario. Sea su justa repulsa, sea la natural altivez con que los tenía irritados, ó sean en fin otras causas, lo cierto es, que desde aquí quedó declarada la aversión de sus soldados, y muy dispuestos los ánimos á la venganza.

Diego de Heredia y Juan de Berzocara, dos hombres denodados, tomaron de su cuenta soplar el fuego de esta sedición, y hacer se manifestase en el momento de tener efecto. Viéronlo arribar cuando volviendo el gobernador de los Comechingones, se puso en un paraje llamado los altos de Aguirre. Para dar al atentado, que meditaban, un aire de religión y de piedad, no se descuidaron los conjurados en manifestar secretamente cierto mandamiento del juez eclesiástico, en el que se hallaba decretada la prisión del desgraciado Aguirre. Todo cabe en los principios absurdos de estos tiempos, y que tanto influyeron sobre la suerte política de los pueblos. Dispuestas todas las cosas, y a merced de una fraudulenta sorpresa, lo prendieron la misma noche del arribo juntamente con sus hijos. Habiendo substituido después otros jefes militares en lugar de los antiguos, lo condujeron con buena guardia á la ciudad de Santiago. A consecuencia de esta atrevida acción, se apoderaron los amotinados de todo el mando. Cárceles, destierros, confiscaciones, todo se puso en uso para atemorizar á los leales y afianzar la tiranía.

El mérito y las virtudes del capitán Medina hacían un fuerte contrarresto a esta empresa de rebelión. Ponerse en estado de no temerlo interesaba mucho a sus autores. Ellos lo prenden, lo despojan de sus bienes y amenazan su vida, si prontamente no toma el partido del destierro. Medina logra ponerse en huída y escapar de un poder injusto sin rastros de piedad. Oculto en las tierras de Conso, esperó allí una suerte menos adversa. Libres los conjurados de este enemigo abrieron su proceso al gobernador. Temió Aguirre que su cabeza rodase ignominiosamente sobre un cadalso; pero sus enemigos lo destinaban a que en calidad de delincuente diese cuenta de su persona en la Audiencia de Charcas. Con una respetable escolta fué remitido a este tribunal en 1566.

Un ánimo doloso, cuyo fin era ocultar el motivo de sus acciones, y persuadir al mundo, que en esta rebelión no había tenido parte el deseo de la venganza, sino el amor á la patria, inspiró á los conjurados el designio de levantar una nueva ciudad. A este principio debió su cuna la de Esteco, origen correspondiente á su fin trágico. Según parece, dióse principio a esta fundación entrado el año de 1567 á los o 27 medio grados de altura, sobre las márgenes del río Salado, en un sitio enriquecido con todos los dones de la naturaleza. Un crecido número de brazos[38] en manos de cuarenta pobladores activos y laboriosos llevaron muy en breve la cultura del terreno á un alto punto de prosperidad. Viéronse recoger en esta población pingües cosechas de algodón, cera, miel, colores para los tintes, y otros muchos frutos estimables. La mano de obra creció en proporción de esta abundancia, llegando á conseguir la industria de Esteco, que le fuese tributario el lujo peruano. Estos medios de adquisición produjeron fortunas muy

[38] Dicen unos que treinta mil indios, y otros que ocho mil fueron repartidos en esta población.

rápidas. Refieren los historiadores, que sobraban las riquezas para poner á los caballos herraduras de plata, y quizá de oro. No es de admirar. Acaso no sabemos lo que puede un pueblo industrioso, que no conociendo aun las superfluidades, dirige sus afanes a las cosas útiles. Pero es cosa bien sabida que las fortunas opulentas son un síntoma manifiesto de la decadencia de un pueblo, cuando estas son exclusivas y peculiares á unos pocos; y no lo es menos, que las riquezas son como esos licores espirituosos, que tomados con excesos nos hacen contraer necesidades ficticias, y nos conducen a la aniquilación, cuando parece que animan nuestras fuerzas. Por estas causas vino Esteco á los setenta años de edad en sumo atraso y pobreza; porque unido al lujo de los ciudadanos el duro tratamiento de los encomenderos, la despoblación y miseria, siguieron muy de cerca sus pasos hasta que en el espantoso temblor del año de 1692 quedó del todo sumergida.

Volviendo a tiempos más atrasados vemos que los rebeldes se habían familiarizado con la violencia contra los vecinos más honrados, y que premiando con el libertinaje á sus parciales, tenían siempre en ellos seguros ministros de su furor. La impresión de tantos males obraba con toda su eficacia en el ánimo del capitán Medina, que como teniente general de la provincia se creía en responsabilidad, á no meditar alguna empresa capaz de corregirlos. Desde el fondo de su reino pulsó la fidelidad de algunos sujetos principales de Santiago, quienes correspondiendo á sus designios lo animaron a una acción digna de sí. Su proyecto era caer de sorpresa sobre los rebeldes y despojarlos de la autoridad usurpada. Concertadas todas las cosas, y habiéndosele asociado algunos vecinos de San Miguel, que llenos de una noble emulación deseaban tener parte en esta gloria, ejecuta su designio con tanta felicidad como valor. Entra secretamente en la ciudad Juan Pérez de Morino, Miguel de Ardiles y Nicolás Carrizo, tres sujetos de gran séquito, se unen prontamente al libertador de la patria. El resto de los ciudadanos se apresura á seguir un tan bello ejemplo. Heredia y Berzocara gustan en su trágico fin el fruto de su alevosía, y hecho el proceso á los demás secuaces, queda restituida la provincia á su antigua tranquilidad.

La real audiencia de Charcas, á quien Medina dió personalmente cuenta de sus operaciones, se creyó en obligación de añadirles el sello de la autoridad. Los peligros de que se hallaba amenazada la importante vida de este vasallo movieron también al tribunal á concederle privilegios, que decorando al mismo tiempo su persona, lo pusiesen en seguridad. En su virtud fuele lícito cargar armas dobladas, traer guardia de arcabuceros, cuerda encendida y cota descubierta. Ciertos asuntos de grave consecuencia impidieron por entonces su regreso á la provincia. La causa del gobernador Aguirre aún no se hallaba concluida. Entretanto dióse el mando interino de ella al general Diego Pacheco.[39]

Era dotado este general de una alma noble y desinteresada. Sus honrados procederes le ganaron en breve la afición de los pueblos. Aunque ajustado á sus instrucciones anuló la fundación de Esteco; creyéndola con todo necesaria á reprimir las animosidades de los del Chaco, tuvo bien crearla de nuevo en 1567; y para que su antiguo nombre no excitase ideas de rebelión siempre fatales á la fidelidad del vasallaje, mandó que se llamase en adelante *Nuestra Señora de Talavera.*

Entre sus disposiciones acertadas debe contarse la elección que hizo de Juan Gregorio Bazán para su lugarteniente, y capitán á guerra en esta nueva ciudad. Las continuas hostilidades del bárbaro enemigo la habían puesto muy vecina á su destrucción. Peleando por su suerte, disipó sus temores, y se adquirió derechos á su reconocimiento. Impelido de sus alientos concibió el proyecto atrevido de atravesar el Gran Chaco. Con sólo cuarenta soldados que lo amaban, porque al mismo tiempo era su modelo y su

[39] Con sueldo de 4.000 pesos; sus antecesores solo habían gozado 1.500.

bienhechor, enarboló la insignia real en esta tierra nunca trillada de huella española. Las márgenes del Paraná lo vieron con espanto, y después de haber firmado paces ventajosas á la seguridad de la provincia, dió la vuelta sin pérdida de ningún hombre. Este hecho otros muchos de esta clase nos pintan muy al vivo aquella enorme distancia en que nos hallamos de nuestros padres. Una empresa semejante pasaría en el día por temeridad, porque tenemos á los bárbaros el temor que antes nos tenían ellos. Las causas morales de esta diversidad son bien patentes. Las costumbres simples y duras de nuestros antepasados, su extremada frugalidad, para cuyo contentamiento todo bastaba, el mérito de la guerra de que hacían profesión, y en fin el hábito de afrontar a la muerte y hacerse una diversión de los peligros, todas estas causas se encuentran substituidas por la blandura, el lujo, la intemperancia y el reposo. ¿Qué extraño es se haya apagado el valor en la sangre de los ciudadanos? Las noticias adquiridas por Bazán y su gente, avivaron el deseo de adelantar la conquista hacia la parte del Chaco. Este era el objeto que ocupaba las atenciones de Pacheco, cuando la vuelta de Aguirre puso un término a sus proyectos. Absuelto de sus cargos este gobernador, fué reintegrado en sus empleos. Proceder nada cuerdo que condena la política, poner la suerte de muchos súbditos en manos de la venganza. El suceso acreditó esta máxima. Que se imaginen unos pueblos agitados de la discordia, y donde el odio del que manda justifica las proscripciones: este es el espectáculo que presenta esta provincia. Pero Aguirre debió advertir, que el poder más legítimo ejercido con barbaridad, es muchas veces funesto igualmente al opresor que al oprimido. Los mismos medios que empleó para infundir terror en los ánimos, los indujo á prevenir los peligros y los efectos de su rigor; unidos de intención muchos vecinos suscitaron especies mal olvidadas sobre materias en que incauto se había entrometido Aguirre. Pertenecían algunas de estas al fuero del santo oficio establecido en Lima; quien oídas las delaciones, decretó su prisión. Fué auxiliada esta providencia por el virrey D. Francisco de Toledo, mandando en lugar de Aguirre al gobernador Diego de Arana.

Entró este a la provincia el año de 1570. No bien puso el pie en ella, cuando manifestó su disgusto. Contento con ejecutar el arresto, hizo dimisión del mando y dió la vuelta á Lima llevando consigo al reo. Hay fundamento para creer que fué absuelto de sus cargos; pues parece que á no haberse anticipado su muerte, hubiera obtenido el gobierno de Chile, á que tres años después lo destinaba el señor D. Felipe II. Arana encomendó la provincia a Nicolás Carrizo a solicitud del benemérito Ardiles, que con noble desinterés resistió entrar en el mando, aunque nombrado interinamente por el virrey.

Todo el bien que se logró en estos gobiernos momentáneos y precarios, fué haberse mantenido la provincia en paz y tranquilidad. Por lo demás, la conquista no habla adquirido progreso alguno. Estaba reservada esta gloria al inmortal D. Gerónimo Luis de Cabrera. Nobleza de sangre, inclinaciones marciales y valor heroico, amor de la gloria y de la patria, bondad generosa, franqueza de trato; estas eran las dotes que formaba su carácter y las que lo hacían digno de gobernar a sus semejantes. Conociólas desde luego el virrey D. Francisco Toledo, exacto apreciador del mérito, quien por una gracia singular en su género le concedió en propiedad este gobierno. La fama de Cabrera hizo que se le uniesen algunos sujetos principales, que habían militado con buen crédito en la conquista del reino. Entre muchas aclamaciones bien merecidas, tomó posesión de su gobierno el año 1572.

La paz, de que los bárbaros habían dejado gozar a la provincia, no tanto era un efecto de su docilidad, cuanto de su temor. Quisieron romper sus cadenas, pero se recelaban hacerla más pesada. En esta duda prevaleció el deseo de verse libres. Los Holcos, los de Silipica y los de Caligasta, volvieron sucesivamente al teatro de la guerra. Cabrera como capitán experimentado los venció á todos, y radicó la subordinación. Nada era esto en

su estimación, si no añadía nuevas conquistas a las de sus predecesores. La provincia de los Comechingones hacía tiempo que era el objeto de sus miras políticas y guerreras; porque a más de dar con ella un realce a su gloria, esperaba estrechar por esta parte la comunicación de los dos mundos. El se propuso fundar en ella una nueva ciudad, y lo verificó en 6 de julio de 1573, abriendo los cimientos a esta ciudad de Córdoba, sin disputa la más célebre del Tucumán.
Un deseo de engrandecer esta obra de sus manos hizo que se apresurase a darle una vasta jurisdicción territorial sobre muchos pueblos adyacentes. Con este objeto, después de haber construido un buen baluarte en el Pucará para defensa de la población, que por entonces le era vecina, alargó sus descubrimientos hasta las márgenes del Río de la Plata. La torre de Gaboto le ofreció un puerto ventajoso a sus ideas. Cabrera no se detuvo en demarcarlo, adjudicándole a su Córdoba con veinte y cinco leguas a una y otra parte de sus costados, y todas las islas que el río forma allí.
No lo hizo esto sin alguna oposición de los naturales. Los Timbúes, ya sobre las armas para contener los Progresos del capitán Juan de Garay, fundador de Santa Fe, las volvieron contra Cabrera. El militar denuedo con que fueron desbaratados, les hizo conocer á los bárbaros, que todos los españoles eran uno. A este encuentro sucedió la contienda sobre límites territoriales, que dejamos apuntada en el capítulo III.
Cabrera dió la vuelta, no para gozar en un ocio tranquilo el fruto de sus conquistas, sino para entregarse á nuevos cuidados, tan gloriosos á su memoria, como útiles al estado. Teniendo siempre consigo muchos valerosos capitanes, pero principalmente á D. Lorenzo Suárez de Figueroa, Tristán de Tejeda y Miguel de Ardiles, cuyos nombres vivirán eternamente en los fastos del Tucumán, hizo doblar la cerviz á más de cuarenta mil bárbaros, que reconocieron el vasallage.

CAPITULO VIII

Funda el Adelantado Zárate la ciudad de San Salvador. Crueldades de los indios. Conspiración contra Zárate. Entra éste a la Asunción. Su muerte. Gobierna interinamente Mendieta. Juan Torres de Vera le sucede en propiedad. Excesos de Mendieta. Su muerte. Gobierno interino de Juan de Garay. Fundación de Villa-Rica.

Dejamos al general Juan de Garay triunfante de los Charrúas en vísperas de fundarse la ciudad de San Salvador sobre las márgenes del Uruguay. Melgarejo que se le unió poco después, y que supo todas las circunstancias de este feliz acontecimiento, llevó estas buenas noticias al Adelantado Zárate, que aún subsistía con su gente en la isla de Martín García. El Adelantado las recibió con todo aquel placer que sucede á la turbación del miedo. Con la prontitud posible se trasladó al Uruguay, y dió principio á la ciudad proyectada. Por una vanidad disimulable han acostumbrado los conquistadores dejar algunas veces á la posteridad en los nombres de las provincias conquistadas una memoria de sus acciones. Zárate sin haberlos imitado en el valor, los imitó en la vanagloria. Después de haber dado forma á la ciudad de San Salvador, decretó que la provincia, dejado su antiguo nombre de Río de la Plata, tomase en adelante el de la *Nueva Vizcaya*, de quien traía su origen. Fué poco dichosa esta ambición, porque más equitativo el pueblo no quiso adjudicar esta gloria á quien menos la merecía, y prefirió conservar el que se hallaba afianzado con una prescripción de medio siglo.
Si bien las pasadas derrotas de los bárbaros los hicieron más cautos, no más amigos. El furor que no pudieron descargar en nuestras tropas lo descargaron en nuestros cautivos. Espanta la imaginación la pintura de estas crueldades. Hombres mutilados de pies y

manos, puestos otros en blanco a las saetas, aquellos empalados, éstos enterrados con vida, cuerpos palpitando en las arenas y miembros esparcidos por todas partes, este es el espectáculo que abrió la rabia de los bárbaros, y el que nunca presentará la historia, sin que gima la humanidad.

No eran estas escenas espantosas las únicas que hacían deplorable la suerte de los españoles. Un infeliz gusto de autoridad arbitraria, que era todo el fondo del gobierno de Zárate, llevaba la desolación á los extremos. No contento el Adelantado con haber aumentado el odio á los bárbaros, negándose al rescate del hijo del Caayú, cacique Guaraní, a pesar de la mediación de Garay, parece que se había propuesto enagenarse las voluntades de los suyos con todos los ultrajes de un duro despotismo. Fácilmente lo consiguió, llegando el odio a desear hiciese número entre los muertos, quien tan poco aprecio hacia de los vivos. El vicario Trejo, por un efecto de esta aversión común, consintió en el atentado de proceder á su captura y remitirlo á España con el proceso de sus desafueros. Sé había ya perdido el miedo a este género de desacatos, sin más razón que hallarse multiplicados. Pero tuvo el vicario la infelicidad de caer en el mismo lazo que tendía a su contrario porque advertido Zárate de la conspiración, se aseguró de su persona.

Este era el estado de las cosas cuando llegó de la Asunción el socorro, en cuya solicitud había partido el general Juan de Garay, quien de regreso se quedó en Santa Fe. No esperaba más el Adelantado que este auxilio para dirigirse á la capital. En efecto, puesta su marcha en ejecución llegó á ella acompañado del vicario Trejo, á quien entregó al previsor capitular. Exigía la prudencia dirigir sus primeros pasos á la luz de un ojo observativo, dejando á la ocasión el remedio de los males que advirtiese. Zárate estaba muy distante de este cuerdo manejo. Lleno de vanidad, y conociendo poco el verdadero arte de gobernar, con más anhelo por dominar a los hombres, que por hacerlos felices, manifestó desde su entrada las pequeñeces de su espíritu. No bien puso el pié en la Asunción, cuando rescindió las mercedes que había hecho el teniente Martín Suárez de Toledo, y dió por nula su elección. No era necesario más para que desabriese á todos, y se cargase con el odio de muchos pudientes; pero hizo más aborrecido su poder, cuando por sus planes quiméricos de reforma introdujo la confusión en la provincia. Adviertan los celadores del bien público, que pueden llegar á ser los perturbadores de su reposo siempre que traspasen los justos límites.

No faltaron personas juiciosas, que le representasen las consecuencias de su celo inmoderado; pero nada fué bastante a contenerlo; porque no había consejo por sabio que fuese, que no lo reputase inferior á sus alcances. Con esta conducta imprudente iba echando el colmo á la aversión común, y tocaba bien cerca el momento de su castigo. Llegó este luego que advirtió Zárate que aborrecido casi de todos, y hecho el objeto de la execración pública, se hallaba amenazada su vida al derredor de unos súbditos enconados y nocivos. El flaco y presuntuoso Adelantado no pudo sostener este golpe de calamidad, sin dejarse poseer de una tristeza que abrevió la carrera de sus días, y lo llevó al sepulcro. Murió Zárate el año de 1575. Hubiera parecido digno del mando, sino hubiese mandado; siendo cierto, que en el estado de una condición privada dejó concebir una esperanza que desmintió en la pública.

Antes de morir Zárate pidió perdón de sus yerros. Su elección para el gobierno interino en su sobrino Diego de Mendieta hiciera dudar de su arrepentimiento, si no supiéramos que fué fruto de la extorsión. Era Mendieta uno de esos monstruos formados de los vicios más infames. Por fortuna enmendó la elección del tío, corriendo apresuradamente á su ruina, como veremos poco después. Por lo que hace á la propiedad del Adelantazgo dispuso Zárate recayese en quien casase con su hija, Doña Juana Ortíz de Zárate, que

residía en Chuquisaca. El capitán Juan de Garay, uno de los ejecutores testamentarios, partió en diligencia al Perú, y dio noticia de este suceso á la heredera.
Fueron varios los sujetos de calidad, que aspiraron á su mano, pero ella prefirió al licenciado Juan Torres de Vera, ministro togado de aquella Audiencia, sujeto que supo unir la profesión militar a las tareas pacíficas del senado. Por honrados que fuesen estos enlaces, no dejaron de sufrir temibles contradicciones.
La mano de Doña Juana la destinaba el virrey de Lima, D. Francisco de Toledo, á otro ahijado suyo, cuyos servicios quería remunerar. La inclinación de los consortes burló estas miras de interés; pero los expuso á las venganzas de un poder tan autorizado. El Adelantado Torres de Vera fue conducido preso a Lima, en cuya desgracia hubiera sido envuelto Garay a no haberse puesto en salvo, tomando la provincia con los poderes de Vera. Aunque pasado mucho tiempo volvió á ocupar este su plaza de oidor, mientras la corte decidía sobre su entrada al Río de la Plata. Tuvo también aquí que purgarse de los cargos, de que en consorcio de otros ministros fué acusado hasta un visitador. Estos azarosos contratiempos retardaron la posesión de su adelantazgo hasta el año 1581.
El orden de la historia pide una ojeada sobre el interino gobierno de Mendieta. A la verdad, no es fácil concebir tanta depravación en los cuatro lustros de que apenas se componía su edad. El poder de que se vió revestido, sólo parecía haberlo aceptado para ponerse en disposición de consumar su delito. Leyes, costumbres, humanidad, razón, todo es ultrajado hasta el exceso. El comienza su gobierno por alejar de su lado al prudente Martín Duré, cuyos consejos (según las disposiciones de Zárate) debía respetar como leyes. A los consejos de Duré substituyó los de otros libertinos, que incensando sus caprichos merecieron su acogida. Siempre agitado de desconfianzas y terrores persiguió á los hombres de mérito. Cuatro vecinos principales ennoblecieron los calabozos sin más delito que ser justos. Otras tantas cabezas ilustres fueron condenadas á vejaciones tiránicas en fuerza de las menores sospechas. Su crueldad llegó al exceso de multiplicar los suplicios, y de bañarse en sangre de muchos inocentes. Pero al fin, fueran tolerables estas escenas espantosas si al sacrificio de las vidas, no hubiese añadido el del honor. Siendo como era la lascivia una de sus pasiones dominantes hizo servir a sus apetitos todo lo que el decoro, la decencia, y la honestidad tienen de más respetables, sin perdonar edad ni estado. Valíase muchas veces de la fuerza, y ejecutaba el delito á pesar de la resistencia, gustando entonces el placer de unir en una misma acción la sensualidad y la venganza. Las prisiones, los destierros y aún las muertes comprendieron no pocas veces á lo que podían servir de estorbo, reclamar el agravio. Causa espanto que unos españoles tan poco acostumbrados á sufrir los menores desacatos, pudiesen tolerar los de un impío abiertamente descarriado. Sin duda permitía Dios esta calamidad por expiar los delitos públicos: pues lo cierto es, que tenía determinado arrojar el azote al fuego cuando lo hubiese conseguido. Acercóse este feliz momento, luego que resolviéndose Mendieta a pasar al Perú, tocó en su tránsito la ciudad de Santa Fe. Un impulso de su natural altivez lo estrelló aquí contra el teniente Francisco Sierra, á quien en sus palabras ofensivas le hizo sentir toda la ferocidad de su alma. Aún no satisfecho de este ultraje, parece que intentaba apaciguar con la vida de este sus enojos. Juzga el prudente Sierra, que prevenía el golpe ganando asilo; pero lo engañaba su confianza, porque Mendieta lo prende en el lugar santo, y lo lleva como víctima al suplicio. El pueblo se conmueve, la escena se cambia. El perseguidor de Sierra es perseguido hasta su casa. Teme ser abrasado en ella, y obtiene por misericordia la vida á condición de abdicar el mando. Fórmasele su proceso, y es remitido á España; pero habiendo conseguido corromper al piloto de la embarcación, viene de arribada á San Vicente, cuyo gobernador se le aficiona, hasta prometerle á su hija en matrimonio, y darle auxilios para recuperar su gobierno.

Este golpe de felicidad volvió la respiración á Mendieta, pero no el juicio: había empezado ya á formarse la cadena de sus infortunios, y estaba decretado que llegase al último eslabón. Véamos como él mismo se lo labra. Partió Mendieta de San Vicente en la misma carabela que lo condujo, trayendo consigo soldados, pertrechos y buenas esperanzas. El carácter indomable de esta fiera lo alejaba de la política, que sabe contemporizar con aquellos de quien depende. En la prosperidad á nadie perdonaba. Y se hacía de sus propios aliados otros tantos enemigos. No bien la embarcación había desplegado las velas, cuando él soltó las de su arrogancia y altivez. Desprecios y baldones á la gente era la moneda con que parecía haberla asalariado. Pesábales á todos haber dado su protección á un aturdido, y discurrían ya tomar de nuevo el Brasil, cuando una tempestad los arrojó á tierra de Caribes. La sevicia de Mendieta en todas partes hallaba materia de que nutrirse. Los indios fueron tratados con crueldad, y no menos los que no lo eran. A un soldado suyo y á un mestizo mandó aquí descuartizar. Estos excesos criminales, que salen de la esfera de las cosas comunes, al fin amotinaron la paciencia del piloto y los demás. Puestos de común consentimiento resolvieron acabar con este monstruo, autor de tantas desdichas. En efecto, al silencio de una noche, en que aprontados todos se hallaban abordo de la embarcación, tomaron en secreto la vela, dejando en tierra á Mendieta con siete compañeros de su facción. Los bárbaros no deseaban otra cosa que vengar sus ultrajes. Acometiéndoles en tropel les dieron muerte, y se los comieron casi á vista de la carabela.

La colonia de San Salvador había estado desatendida, así por la muerte de Zárate, como por los disturbios de Mendieta. En esta especie de desamparo no era posible subsistir teniendo siempre á la vista un enemigo tan implacable como el Charrúa, siempre sediento de sangre española. Las justas inquietudes que inspiraba á los vecinos tan triste estado, los obligaron á desalojarlo, y refugiarse á la Asunción en 1576.

La muerte de Mendieta, y aún más la veneración á la persona del teniente general, Juan de Garay, le allanaron los caminos al ejercicio de su cargo. De Santa Fe partió á la Asunción todo ocupado de pensamientos útiles con que deseaba recomendar su generalato. Como diestro político convirtió sus desvelos al acrecentamiento de la provincia, y tomando consejo de las personas más expertas, resolvió dar principio á una nueva población. El anciano Ruiz Díaz Melgarejo, que con importantes servicios había reparado sus pasadas inobediencias, se hizo cargo de esta empresa. Desempeñóla lleno de actividad y celo, habiendo fundado en el mismo año de 1575 á Villa Rica del Espíritu Santo[40]. La fama de guerrero que en el largo periodo de casi cuarenta años se había adquirido, fué la mejor muralla que le puso. No hubo enemigo comarcano á quién no desarmase el terror de su nombre.

CAPITULO IX

Delirios de Oberá. Juan de Garay sale contra él. Certamen singular de dos indios contra los españoles. Crueldad de Tupuynuris. Congreso de los indios. Sorprende Garay a los Tupuynuris. Duelo de Curemó y Urambiá. Victoria de Garay contra los secuaces de Oberá. Fundación de Santiago de Jerez.

No es cosa nueva que el espíritu de secta perturbe el orden público de una sociedad á un mismo tiempo civil y religiosa. Un cacique Guaraní por carácter tan inquieto, como ambicioso, es el novador que empieza á dogmatizar, y á hacerse partidarios en estas partes. Llamábase Oberá, que quiere decir Resplandor; y aunque este era de sólo

[40] La primera fundación de esta Villa fue un campo abierto á dos leguas de Paraná. Después se trasladó sobre el río Huibay. Por los años de 63 la asolaron los Mamelucos.

nombre, bastó para deslumbrar primero á él, y después a muchos. Favorecían los designios de Oberá, las negligencias de un párroco idiota hasta la irregularidad. Este era un tal Martín González, cuyas explicaciones absurdas sobre los dogmas más sublimes y las verdades más abstractas de la fé sólo servían á engrosar la nube que los encubre, y á ocasión de nuevos errores. A sombras de esta guía perniciosa tuvo Oberá el sacrilegio atrevimiento de atribuirse las principales circunstancias del Mesías, preconizándose por salvador de la nación Guaraní.

Servíase de la mágica, que en los demás corría con crédito: daba libertad para vivir á las leyes del antojo, y prometía arruinar el poder español, valiéndose de un oculto cometa poco antes visto, que decía tener reservado á su furor. Con tan halagüeñas esperanzas no es mucho hiciese gustar sus desvaríos á unas almas espesas y amantes de la novedad. Casi toda la provincia quedó sublevada y hecha presa de sus prestigios. Retirado el impostor hacia el Paraná con un gran séquito, recibía los honores divinos entre el incienso de las más torpes sensualidades, que se permitía á sí y á sus adoradores.

Nada era más esencial en este tiempo de turbulencia, que pensar seriamente en los medios de restablecer la calma interior. Trató de poner remedio el valeroso Juan de Garay, que con ciento treinta soldados escogidos vino á acampar en el origen del río Ipané; no tanto por debelar con el rebelde, cuanto por impedirle los socorros. No, bien los españoles habían hecho su asiento, cuando vieron salir de un bosque dos indios de gallarda presencia. Eran vasallos del cacique Tapuyguasú; llamábanse Pitum y Corasí; venían desnudos, y sin otra arma que el dardo que empuñaban. La sorpresa de los españoles fué mayor cuando advirtieron, que acercándose á una distancia proporcionada, desafiaron á los más valientes con la ventaja de que saliesen dos contra uno, y con armas dobladas. Espeluca y Juan Fernández de Enciso, dos españoles de igual brío que intrepidez, no hicieron más que mirarse, y como si con ellos sólo hablase el desafío, tomaron sus espadas, y se presentaron al combate. Pitum fué el primero, que entregado todo á su cólera, embistió á Enciso tan arrogante, que á no ser él, cualquier otro hubiera sucumbido. El bárbaro se lisonjeaba de la victoria, cuando veía, que traspasada por varias partes la rodela de su contrario se hallaba menos á cubierto de sus tiros. Enciso disipó en breve esta esperanza mal concebida.

A los primeros golpes de un brazo tan esforzado perdió Pitum su dardo, y recibió en el vientre una herida muy peligrosa. No desmayó con todo, antes bien más inflamado que nunca se arrojó sobre Enciso con un valor precipitado. Valióle á este su destreza y presencia de espíritu; pues á beneficio de otro golpe le echó una mano á tierra, lo dejó fuera de combate. Espeluca por su parte no se desempeñaba con menor aliento. Es verdad, que Corasí ganó sobre él la ventaja de haberlo derribado al primer bote de su dardo; pero también lo es que apoyado en las rodillas, se reparó con prontitud, y pudo llevarle una mejilla en los filos de su espada.

En vano el bárbaro se defendía con valor; la diligencia de Espeluca debilitaba sus fuerzas por momentos. Cayó en fin de ánimo; y viendo que Pitum volvía la espalda, le imitó tan pronto en la fuga, como le había imitado en la arrogancia.

Los dos bárbaros se retiraron á su campo llenos de aquel asombro, que es el tributo del valor heroico. Fuese por hacer justicia al mérito, ó por decorar su propio vencimiento, no cesaban de ensalzar la valentía de sus contrarios. Ofendieron sobremanera estos elogios la fiera altivez de Tapuyguasú. El no vió en ellos, sino la expresión de la cobardía, y una contagiosa semilla de desalientos. Imbuido en estos conceptos se creyó en obligación de ser cruel por el interés de la causa. Los desgraciados Pitum y Corasí fueron inhumanamente condenados á que purgasen en una hoguera el descrédito de su nación.

No estaba Tapuyguasú tan adherido al impositor Oberá, que no le fuese dudoso el partido de su elección. A fin de formar sus juicios por medio del examen más maduro, deliberó juntar sus capitanes y oír lo que dictase la edad y la experiencia. En este congreso militar tomó la palabra y habló así: "los negocios que á todos interesan, no es justo se manejen por uno sólo. Trátase en el día de recuperar la libertad que perdimos; y por ella claman así el crédito de nuestro antiguo predominio, como otros bienes que no podemos renunciar. Oberá, que se intitula hijo de Dios, promete con mano poderosa redimirnos. Si le fuera tan fácil el cumplirlo como es el prometerlo, tengo por cierto que ninguno de vosotros sería tan enemigo de sí mismo, que rehusase seguirlo, pero como, según alcanzo, para sostener esta conducta, es necesario prepararnos á todas las calamidades de la guerra, deseo me digáis vuestro parecer entre reunirnos con Oberá ó ratificar con los españoles nuestra alianza".
Acabando de razonar Tapuyguasú, mandó que hablase el viejo capitán Urambia, de cuyas largas experiencias, se prometía diese mucha luz á la asamblea. Rehusólo al principio por modestia, pero obligado de su cacique se produjo en esta forma: "han llegado á mis oídos las promesas de ese nuevo dios Oberá; mas ni las veo confirmadas con prodigios, ni sus obras exceden las comunes. Por todas partes busca secuaces que cooperen á sus designios; pero si es dios ¿qué necesita de los hombres? De que infiero, o que no es lo que nos anuncia, ó que es una divinidad muy cobarde, de quien nada tenemos que esperar, ni que temer. Este supuesto, nadie puede dudarlo que en caso de rompimiento debemos apelar á nuestras fuerzas. ¿Y que son estas para resistir al español? Por grandes que ellas sean á sola su presencia un secreto encanto las enerva, y siempre queda vencedor. Los españoles tienen la protección del cielo: huir á su sujeción, es resistir á nuestro destino. Al parecer es que se les reciba de paz y se abandone al engañador".
Pareció duro á la asamblea este razonamiento; pero el respeto á las canas de Urambia la hizo enmudecer. Con todo, Curemó, que le era igual en años, aunque superior en ardimiento, no pudo tolerar un discurso que abatía su altivez. Lleno de enojo se salió de la junta, y habiendo recogido sus hijos y mujeres, se retiró a una laguna. Tapuyguasú contuvo á los demás, y quería oír sus pareceres; pero por dictamen del esforzado capitán Berú, quedó la discusión en suspenso hasta que volviese Curemó. Convocado este, vino sólo, después de haber juramentado á sus hijos que defenderían aquel puesto hasta vencer ó morir. A pesar de un largo debate, prevaleció por fin el voto del prudente Urambia.
En consecuencia de este acuerdo se le despacharon á Garay mensajeros de paz, la que aceptó con tanto mayor gusto, cuanto menos la esperaba, Y trasladó su campo al pueblo de Tapuyguasú. El capitán Curemó era un bárbaro de genio muy fogoso á quién ninguna empresa acobardaba, pero al mismo tiempo de una disimulación artificiosa con que sabía hacerse impenetrable. Su situación era delicada. La osada libertad, con que poco antes había manifestado su odio al español, lo ponía en gran peligro de atraerle su indignación. Para eludir este mal paso, sirvióse de su política con mucha habilidad. Cuando los más del pueblo se retiraron amedrentados al acercarse los españoles, él les hizo las demostraciones más generosas con que se sabe explicarse la amistad.
Llevando siempre adelante su engañosa benevolencia, persuadió eficazmente á Garay, pasase el río Yaguarí y destruyese los reclutas con que pretendía unirse á Oberá el cacique Tamuymarí. Esta era una batería que fraudulentamente levantaba á este cacique su capital enemigo; y al mismo tiempo un arbitrio de salir del sobresalto que su conducta le causaba. Así creyó haber satisfecho su odio y su temor.
Nada de esto advirtió Garay. Los ánimos más nobles son más fáciles de seducir. Una mañana al amanecer sorprendió á los Tapuymiris con tan sangriento estrago, que apenas

quedó vida que el hierro no cortase. Otros tres pueblos inmediatos fueron envueltos en la misma catástrofe, sin que la espada perdonase edad ni sexo. Quizá los españoles cansados de matar dejaron con vida quinientos bárbaros que reservaron al cautiverio. Después de esta sangrienta ejecución volvió Garay al pueblo de Tapuyguasú, donde fué recibido entre mil festivas aclaraciones. Aplausos insensatos, que más de una vez han hecho nacer en los conquistadores el funesto deseo de ser crueles á fin de merecerlos. Seguramente en ellos no tuvo parte Urambia. Lleno de aquellos sentimientos generosos de un viejo para quien todo le era indiferente, menos la virtud y sabiendo que los Tapuymiris no eran cómplices en el delito imputado, le dió en rostro á Curemó con su maldad. Aquí conoció Garay su engaño; y debió conocer también, que hubiera sido más acertado portarse con los bárbaros tan humano, que en caso de ser traidores les pesase haberlo sido.

No disimuló Curemó la libertad de Urambia. Temiendo ser descubierto lo desmintió á presencia de todos. Este agravio dió sobrada materia á una porfiada contienda, la que resolvieron los dos viejos decidirla por las armas. Conforme á las leyes del duelo se emplazaron para aquella tarde, en que con sólo dardo y macana entraría en palestra á presencia de todo el pueblo, apadrinado Urambia de Urambieta, y Curemó de Nianitombia. En la intrepidez con que ambos se acometieron, no parecía, sino que cada uno recogía los íntimos restos de unas fuerzas perdidas para morir con honra. Urambia quebró el dardo á Curemó, pero echando éste mano á la macana se defendía con valor. Causaba lástima ver las heridas de dos ancianos empeñados en destruirse. Departiéronle en fin los padrinos y decidieron los jueces, que aunque ninguno había vencido, ambos eran dignos de la victoria. Por los nuevos informes que recogió Garay se ratificó en el concepto de que Urambia defendía el partido de la verdad. Quisiera que el valiente Curemó pagase con su vida la de tantos inocentes, que había sacrificado á sus venganzas; pero en un tiempo en que tanto necesitaba la afición de aquel pueblo, se contentó con reprenderlo agriamente, haciéndole concebir el precio de su clemencia. Enseguida dió la libertad á los cautivos, con cuya acción honró también el valor de Urambia.

El cacique Guayracá á quien Oberá había confiado el mando de sus tropas, se hallaba acantonado en el Ipanente. Jamás plaza de armas en esta conquista se encontró más artificiosamente preparada. Torreones, fosos, trincheras, nada se omitió de cuanto podía hacerla inexpugnable. La guarnición era numerosa, tomada de la flor de los Guaraníes, y comandada por los jefes de más reputación. Un sacrificio de una ternera que dedicaron á Oberá, y cuyas cenizas esparcieron por el aire (como lo habían de ser las de los españoles) se tuvo por presagio infalible de aquel su númen tutelar.

Garay, volvió sus armas contra esta fortaleza, y en breve experimentaron los bárbaros las tristes consecuencias de su engaño. Ellos esperaban ser testigos de aquel desaliento en nuestras tropas, que según las predicciones de Oberá, debía ser como el preludio de la victoria, y en su lugar sólo veían el valor más acalorado. Tardaba demasiado la asistencia del dios Oberá, y era preciso que así fuese; porque mirando por sí mismo, desapareció secretamente para no volver á parecer más. Burlada esa confianza orgullosa de los bárbaros, ya no trataron de defender la plaza, sino de salvar sus vidas en una fuga precipitada. Ni aun este triste recurso les fué útil; porque los españoles les ganaron los pasos. El imbécil Guaycará, sin talentos para restablecer el orden de sus tropas, ni reanimar los ánimos abatidos, fué el primero que los abandonó á su desesperación, y se refugió en la concavidad de un grueso tronco, desde donde espiaba los sucesos de aquélla trágica acción. La vista de Garay lo indujo á la bizarra empresa de arrojarle una saeta asesina, prometiéndose que con su suerte daría un nuevo aspecto á la refriega. Anduvo tan neciamente incauto, que creyendo haber logrado el tiro, cantó la victoria

fuera de tiempo. Garay no recibió lesión alguna, y él quedó descubierto. Un arcabuzaso que le tiró el valiente Enciso, le hizo pagar tan loca temeridad. Esta fué la ocasión en que Yagnatatí, indio bravo y esforzado, se arrojó por lo más espeso del campo español, guiado sólo de su corage y desesperación. Hirió algunos soldados; pero Martín de Valderrama y Juan de Osuna detuvieron su furor. Viéndose el bárbaro tan acosado, que le era forzoso el rendirse, no quiso sobrevivir á esta afrenta, y metiéndose el dardo por el pecho, quedó allí muerto. A imitación de Garay distinguieron su valor muchos soldados españoles, á cuyo esfuerzo se debió una completa victoria, con que se hicieron memorables los fines del año de 1579.
Libre Garay de los cuidados de la guerra, aplicó sus desvelos al importante objeto de nuevas poblaciones. En 1580 partió de la Asunción el anciano Ruiz Díaz Melgarejo, con sesenta soldados escogidos, y fundó la ciudad de Santiago de Jeréz, sobre las márgenes del Mbotetey, que se reúne al del Paraguay. Esta población ya no existe.

CAPITULO X

Don Gonzalo de Abreu sucede a don Gerónimo Luis de Cabrera. Prisión de éste y su muerte. Origen de esta crueldad. Mal suceso de Abreu en Calchaquí. Pretende descubrir un lugar de los Césares. Levantamiento de los indios en San Miguel de Tucumán.

La tierra florece ó cría abrojos bajo las plantas de quien la gobierna. La provincia del Tucumán a nadie tenía que envidiar, estando á su frente D. Gerónimo Luis de Cabrera. Siempre contraído á promover su felicidad, hallaba su descanso en mudar de ocupación. Libre de los cuidados de la guerra por el sosiego de los bárbaros, deliberaba dar fomentos al capitán Pedro de Zárate, quien debía restablecer la ciudad de Nieva en el valle de Jujuy. Estos y otros pensamientos entretenían su amor al público, cuando se vieron disipados por la mudanza del gobierno. A los pocos años de su advenimiento al mando, tuvo por sucesor á D. Gonzalo Abreu y Figueroa. Pasando los gobiernos de mano en mano pocas veces experimentan un trastorno tan completo de su fortuna, como en esta ocasión. Era Abreu un tirano á prueba de los más vivos remordimientos; y aún se formaba un placer de sus mismas crueldades.
Aún no había tomado posesión de su gobierno, cuando ya se proponía ensayar sus iras con el inmortal Cabrera. Pero era preciso encontrarle delitos, y este era el lado por donde este gran hombre era invulnerable. Para los ojos de Abreu su propio mérito hacía su crimen capital. Con todo, en la necesidad de imputarle otro, fingió que la provincia estaba alzada. A fin de darle un aire de verdad á está grosera calumnia, hizo su primera entrada á son de guerra y con aparato militar. No pudo menos de ofender á todos un proceder que hacía cómplices a los vasallos más leales. Esto dio mérito a Martín Moreno, vecino de Santiago, para que acercándose a uno de la comitiva le dijese: “amigo, ¿entrando a vuestra casa entrais de esta manera? O aquí somos traidores ó vosotros lo sois”.
Con un despotismo que asustaba á los ciudadanos, pasó Abreu al ayuntamiento y se hizo recibir violentamente en 1574.
La acedía de su corazón contra Cabrera lo ejecutaba á ciertas tropelías abiertamente contrarias á todas las leyes de la equidad. El mismo día de su recibimiento mandó secuestrar los bienes que tenía en Santiago, y dejó escapar expresiones que indicaban ánimo de prenderlo. Los santiagueños murmuraban abiertamente de una conducta tan osada. No faltó quien le representase que Cabrera era un fiel servidor del rey, y que tomando el partido de la moderación lo hiciese comparecer en su presencia; pues esto

sólo le costaría una palabra y le ahorraría un delito. Miró Abreu con desprecio estas razones bien concertadas. A los tres días siguientes se puso en marcha para Córdoba, sin omitir diligencia de sorprender á su antecesor. Habiendo este tenido noticias de su arribo, se anticipó a recibirlo con todas las atenciones que pedía la urbanidad. Nada bastó á docilitar esta alma feroz. Inmediatamente lo mandó prender y conducir á Santiago, donde, formado un inicuo proceso, fué luego decapitado. Hecho increíble si no lo atestiguara la verdad de la historia.

Discurriendo los escritores sobre el origen de este odio tan envenenado, no se le encuentra otro, que la sugestión de dos oidores de Charcas. Habían estos tentado inútilmente la lealtad de Cabrera en asuntos del real servicio. Su suerte pendía ya de sus manos. El medio de conservarla era sacrificarlo a su seguridad. Para esto se valieron de Abreu, quien no pudo sostener la gloria de hallarse suplicado, sin verse emponzoñado de ella. Los descendientes de Cabrera no deben dolerse de una afrenta cuya causa es tan honrosa.

Después de un crimen tan detestable, ejecutado á sangre fría, perdió Abreu el corazón de los hombres de bien.

Esquivados estos de su trato, se entregó á los consejos de viles y perdidos, en quienes estaba cierto tenía ministros de sus maldades. Rapacidades las más soeces, prisiones las más crueles, tormentos los más inhumanos, muertes las más injustas, estos eran los espectáculos que daba su bárbaro placer. Viéndose muchos ciudadanos próximos á una desgracia, la evitaron con la fuga.

Importaba mucho al gobernador sepultar en las tinieblas unos delitos tan atroces. Él se resolvió á ejecutarlo por todos los recursos del crimen. No sólo interceptó la correspondencia, sino que á fin de obstruir todas las vías, puso á Córdoba dos dedos distante de su ruina, y aniquiló la población de Zárate en el valle de Jujuy, sacando de ellas su principal defensa. Los años de 1575 y 76 fueron para la provincia los de su rigurosa prueba.

Aun no satisfecho Abreu de estas medidas, quiso divertir las miras de los pobladores hacia otro objeto que lo alejaba del peligro. Los principales vecinos de las cuatro ciudades se hallaron convocados para la jornada de Linlín y conquista de Calchaquí. Antes de mover Abreu todo su ejército resolvió registrar el valle por sí mismo. Costóle bien cara la tentativa; porque estimulados los Calchaquíes de su envejecido enojo, le embistieron con tanta furia, que le mataron treinta y cuatro soldados, y lo pusieron en términos de perecer. Debió salir con vida al socorro de Hernán Mejía de Mirabal. La expedición de Calchaquí no tuvo efecto. Puesto Abreu en el río de Siancas, licenció las tropas santiagueñas, y se quedó con las restantes para fundar una ciudad. De estos soldados desertaron muchos al Perú, con cuya fuga quedó Abreu desamparado. Los bárbaros en crecido número lo atacaron; pero á impulsos de su valor y de la ventaja del puesto hizo vanos esfuerzos y pudo regresar á Santiago.

Las mortales inquietudes de Abreu lo llevaban de empresa en empresa. Por esta vez acertó a lisonjear el gusto tucumano, fomentando una preocupación popular. El descubrimiento de los Césares, o Trapalanda, como dijimos en otra parte, era un suceso con que todos se prometían ser felices. Si alguna vez merecía crédito la existencia de este país fabuloso, debía ser en esta ocasión. Pedro de Oviedo y Antonio de Coba, dos marineros náufragos que navegaron en uno de los navíos del obispo de Placencia, acababan de dar en Chile una relación jurada de aquel lugar opulento. Estas noticias, que sin duda avivaron las esperanzas del gobernador Abreu, le resolvieron á acometer la empresa. A fines de 1578 tuvo acampado todo su ejército en el pueblo de Nonogasta. En este estado se hallaban las cosas, cuando la ciudad de San Miguel del Tucumán imploró auxilios prontos y eficaces. Sucedía esto, porque advirtiendo los indios

Yanaconas, que con la expedición á los Césares había quedado indefensa esta ciudad, dieron de ello noticia á muchas parcialidades, las que conspiradas de común acuerdo, resolvieron aniquilarla. Empezó la hostilidad por un fuego voraz, que en lo más silencioso de las tinieblas aplicaron á todos sus extremos. Fué el primero á sentirlo el teniente gobernador Gaspar de Medina, cuyo nombre inmortal debe repetir con veneración el Tucumán.

Su grande alma formada a los peligros lo impelió á saltar de la cama, y correr precipitado á sus armas. Su sorpresa fué igual á la novedad del suceso, cuando puesto á caballo en la calle, no se le presentaban más objetos que incendios y enemigos. El silencio de los vecinos le hacía concebir que era el único que había escapado de las llamas; pero no por eso se rendía su espíritu, más fuerte que el último de los riesgos. Fluctuando entre mil dudas, esperó algunos momentos hasta que se le unieron dos españoles. Juntos estos tres héroes se encaminaron á la plaza, donde fueron rodeados de un inmenso número de enemigos. A la luz de las llamas abrasadoras se descubría el yanacón Gaulan, quien por su figura gigantesca, y la intrepidez de sus alientos había sido preferido para caudillo de aquella empresa. Medina se hizo cargo que en destruir aquella vida, estaba el único recurso a que podían apelar. Con una noble osadía animó a sus compañeros. Tienen las almas grandes cierto dominio en los corazones. Ciegos de ira se arrojaron á lo más cerrado del escuadrón, hasta llegar donde estaba el fiero Gaulán, cuya cabeza derribó Medina de un sólo golpe. Reconocióse luego, que los bríos de este caudillo infundían alientos á su ejército. Su muerte y la llegada de otros pocos españoles acabaron de desalentarlos. Medina, aunque gravemente maltratado con dos profundas heridas, no dejó las armas de la mano mientras no hubo ahuyentado al enemigo. El socorro mandado por el gobernador restableció la seguridad.

Libre Gonzalo de Abreu de este embarazo, hizo marchar su ejército al descubrimiento proyectado. Trabajos y desengaños fué todo el fruto que de ella recogió. Después de muchos meses volvieron todos persuadidos que la provincia de los Césares no era más que un delirio de una imaginación enferma y acalorada.

De vuelta de esta expedición se dedicó Abreu á los negocios domésticos del gobierno. En esta provincia era muy poco el oro; pero un lujo de fecundidad la hacía codiciable. Los nacionales lo despreciaban, porque unos salvajes siempre tienen pocas necesidades; y contentos con lo que pueden satisfacerlas, miran con desasimiento lo demás. Sus nuevos señores pretendían suplir la falta del oro con las producciones del terreno. Para esto pusieron los brazos de los indios en la dura contribución de saciar su avaricia, de buscar con su sudor lo mismo que despreciaban, y de pagar con su esclavitud la ingrata fertilidad de su patria. Por este motivo eran frecuentes las insurrecciones. El gobernador las sofocó por medio de los valerosos capitanes que tenía cada ciudad, y aún intentó cortar el mal en la raíz. Pero no era á propósito el temple de su carácter para comunicar energía á las leyes de la humanidad. En 1579 publicó seis ordenanzas, donde fué nada lo que ganó la causa de los indios. Algunos años después fueron abolidas como injustas.

CAPITULO XI

Fúndase la ciudad de Buenos Aires. Suceso de Altamirano. Invaden los bárbaros a Buenos Aires y son derrotados. Conjuración en Santa Fe. Muerte de Juan de Garay. Nueva invasión contra Buenos Aires. Fúndase la ciudad de Concepción del Bermejo. Prisión del obispo del Paraguay. La ciudad de San Juan de las Siete Corrientes tiene su principio.

Un nuevo orden de cosas va a fijar nuestra curiosidad; nueva población con tan inútiles prerrogativas que ha de llegar a ser algún día uno de los emporios del reino; nuevas relaciones mercantiles cuyo influjo hace variar el sistema de la negociación; nuevo método de catequizar a los neófitos en que ganan mucho la humanidad y la religión; tales son los objetos que sucesivamente va a presentar la historia desde esta época.
Luego que los españoles pusieron el pié en estos dominios, conocieron la importancia de levantar una ciudad en el puerto de Buenos Aires. Ya hemos visto las vidas que costó este pensamiento. Prefiriendo siempre los nacionales todos los males posibles a la pérdida de su libertad, rehusaron constantemente prestar oídos a proposiciones de paz. Esta fundación parecía destinada á servir de roca donde debían naufragar las empresas más bien concertadas. Con todo, los españoles no acostumbrados á ceder a las dificultades, jamás desesperaron. Persuadidos antes bien que los trabajos son el mejor precio de las comodidades, nacían sus esperanzas de los mismos obstáculos.
Justo era que la gloria de realizarlas se la llevase el teniente general, Juan de Garay. Hombre de un coraje infatigable y de una prudencia consumada unía á éstas cualidades el mérito de muchas y gloriosas campañas. Más adelantado que sus compatriotas en las materias de gobierno, conoció que era llegado el tiempo en que Buenos Aires debía existir. Después del más pausado examen fué acordado por un congreso que con sesenta soldados escogidos afrontase Garay esta ardua empresa, no menos importante que arriesgada. Verificóla dichosamente el año de 1580 en el sitio donde se halla, llamándola la ciudad de la Santísima Trinidad, puerto de Santa María de Buenos Aires[41].
La ausencia de los bárbaros dio tiempo á la construcción de un fuerte destinado á la común defensa, pero el intrépido Garay, enemigo declarado del descanso y la molicie, no podía contener su actividad en tan estrecho recinto. Tomando algunos briosos compañeros salió á correr la tierra y reconocerla. En breve halló ocasión de no tener ocioso su valor. Diez indios de la nación Querandí se presentaron muy resueltos á disputarle el paso. El estrago que causó en ellos debió abatir su osadía, y sucedió al contrario. Cinco, que, aunque heridos escaparon del peligro, volvieron á excitar en su nación el odio que hacía tiempo respiraba.
Era esta nación de Querandíes la que tenía en cautiverio á Cristóbal Altamirano, tomado antes por los Charrúas. La precipitación con que se alejaron los bárbaros á la primera noticia de españoles les hizo caer en olvido á su cautivo. Fluctuó este algunos momentos entre el partido de seguirlos ó el de volverse a los españoles. El odio irritado de los bárbaros le hacía desconfiar de su vida, así poniéndose á su discreción, como emprendiendo una fuga en que temía ser cortado. Resuelto por fin á lo primero se incorporó á los indios vendiéndoles por fineza esta fidelidad. Con todo fue el juicio entre ellos muy problemático, y aún no faltaron votos que lo condenaban al suplicio, fundados en el principio de que no era prudencia tener cerca de sí un enemigo encubierto. A la vista del peligro reconoció Altamirano la necesidad en que se hallaba de apurar la persuasión. Hízole con tal calor de afectos que convenció á los indios estar interesado en la venganza. No sólo le perdonaron la vida sino también lo admitieron por compañero de la facción que intentaban.
A ésta se convocaron varias naciones comarcanas, y fué su primer cuidado elegir un general capaz de desalojar á los españoles del puesto que ocupaban. La reputación de hombre valeroso y prudente que se había adquirido el cacique Guaraní llamado Tobobá, distinto del antiguo, reunió á su favor los sentimientos. Electo este general, todo se disponía para una pronta invasión. Altamirano, que era testigo de cuanto discurrían los bárbaros, cayó en la tentación de comunicarlo á sus contrarios. Tomada una calabaza

[41] Se engaña Charlevoix asegurando que entre el fuerte y la ciudad corre el Riachuelo.

incluyó dentro un papel, y lo fió a las aguas del riachuelo. No puede justificarse este proceder porque jamás es lícito ser traidor bajo el velo de la amistad. Por dicha de los españoles llegó el papel a sus manos, y se prepararon a la defensa[42]. Con todo el general Garay quiso ensayar un medio de separar á los bárbaros de su designio. Hizo que uno de los dos indios cautivos en la primera refriega llevase a sus compatriotas proposiciones de paz, y un papel a Altamirano encareciéndole su influjo. El mensajero estuvo muy distante de promover un partido que aborrecía. No sólo irritó los ánimos contra los españoles, sino también les descubrió que Altamirano los llevaba vendidos á entregarlos entre sus manos. La muerte de este español estuvo decretada, pero evitóla con la fuga, y fué bastante feliz para ganar el fuerte.

La misma noche del arribo de Altamirano acercaron los bárbaros sus tropas por agua y tierra. Ningún peligro le asustaba a Garay, porque todo lo había previsto. Las naves españolas fueron las primeras en cantar victoria, y aunque con más empeño era apretado el fuerte, no tardó mucho en conseguirla. Una venturosa salida de los españoles puso al enemigo en confusión. Rehecho con prontitud empeñó de nuevo el combate, pero no pudo sostenerlo, porque habiendo el esforzado Juan de Enciso derribado la cabeza de Tabobá, derribó con el mismo golpe la esperanza de sus secuaces. Persuadidos acaso los vencedores que la guerra no era teatro de moderación y mansedumbre, poblaron la campaña de cadáveres. Fué tan carnicero el estrago, que acercándose al general, uno de sus soldados le dijo: “señor, si proseguimos matando, ¿quién queda para nuestro servicio?

“Dejadme, le respondió Garay, esta es la primera batalla, si en ella humillamos al enemigo, no faltará quien con rendimiento nos sirva". Garay adelantó la victoria á toda la costa del río. Con este suceso cedió de golpe la obstinación de los bárbaros, y se dejaron empadronar.

Sometidos al yugo de la obediencia formó encomiendas el general con que galardonó el valor de los pobladores. Una empresa de tan ventajosas consecuencias la creyó así digna de los oídos del rey. Después de haber dado cuenta de todo al Adelantado, Juan Torres de Vera, hizo se aprontase una embarcación para España, cuyo cargamento consistía en azúcar y cueros, primeros frutos nacionales con que logró esta provincia recibir en cambio lo superfluo de la industria europea.

Al mismo tiempo que se fundó Buenos Aires se levantaba en Santa Fe una rebelión cuyos efectos pudieron ser funestos á estas poblaciones. Lázaro de Veniablo, Pedro Gallego, Diego Ruiz, Romero, Leiva, Villalba y Mosquera, llenos de resentimientos contra el general Juan de Garay, formaron el proyecto de apoderarse del mando. Todos los medios de seducción fueron empleados por estos amotinados á fin de hacerse de secuaces. Ellos trataban de almas bajas á esos ciudadanos pacíficos que no pensaban en salir de la opresión en que, según ellos, gemían. Para minorar el horror que infunde la idea de rebelde, no cesaban de publicar que toda rebelión deja de ser delito desde que llega á ser feliz. La mayor parte de los ciudadanos entraron apresuradamente á este partido, guiado cada cual de sus intereses personales. No dejaron de ser prudentes los conjurados en no fiarlo todo de su poder. Temían justamente que la inmediación del Tucumán viniese á ser un escollo en que peligrase su empresa. Para asegurar las espaldas por esta parte, resolvieron poner en sus intereses al gobernador D. Gonzalo de Abreu. Las enemistades de este con Garay les daban fundamento para creer que no desdeñaría una empresa encaminada á perderlo. Sin embargo, la delicadeza del asunto los obligó á no omitir ninguna medida de precaución. Se le quiso sondear primero sin

---

[42] Hemos referido este hecho, como lo traen los historiadores; sin embargo, la dificultad de que después de un tan largo cautiverio tuviese Altamirano papel en que escribir, y la de que este llegase á manos de los españoles nos hace desconfiar de la verdad.

aparentar visos de ruego que hiciese caer de mérito sus ofertas, y aún empeñarlo á que él mismo ofreciese la protección que tanto se deseaba. Dos emisarios se dirigieron á Córdoba con este objeto. Abreu se manejó con tal reserva, que sin comprometerse en cosa alguna dejó traslucir su complacencia.

Dado este paso de seguridad, creyeron que era ya tiempo de ejecuciones más violentas. El teniente de la ciudad, alcalde Olivera, y el capitán Alonso de Vera fueron puestos en prisiones. Aplaudieron mucho un suceso que los acercaba al común designio. Más una mujer heroica, que hacía de la fidelidad la primera de sus obligaciones, tuvo bastante valor para oponer su virtud al torrente de esta maldad. Esta fué la mujer de Leiva, quien dió en rostro a su marido hubiese preferido la odiosa calidad de traidor al glorioso título de leal.

Al siguiente día de las prisiones se juntaron los conjurados en casa de Veniablo, y nombraron por teniente general de la provincia á Cristóbal de Arévalo. Para empeñar su partido de manera que no pudiese volver atrás lo hicieron delinquir de pronto en tales crímenes, que cerrados todos los caminos de salvarse, no le quedase otro abierto que el de la obstinación. No es fácil se conserve la armonía que está fundada en el delito. La virtud es el único lazo indisoluble. Veniablo, que como Maestre de campo tenía la inspección inmediata de la guerra, se disgustó con Arévalo. Este por su parte lo empezó á mirar con todo el odio de que era merecedor el autor de su delito, y se propuso desde luego restablecer la subordinación á sus legítimos deberes. Para ello trató privadamente con algunos, de cuya lealtad había concebido mejores esperanzas. El resultado fué que habiendo quitado del medio á los principales caudillos de la conspiración entraron las cosas en el orden debido.

En su misma cuna debió conocer Buenos Aires que también se hallaba expuesta á las peligrosas influencias de la ambición sobre las potencias extranjeras. Apenas contaba dos años de existencia, cuando Eduardo Fontano, corsario inglés, la amenazó desde Martín García: pero aunque débil, ella supo prevenir el golpe que se le preparaba y dejar burlado este amago.

Pacificados los bárbaros de Buenos Aires, aumentada su población y abiertos los canales del giro con España, Perú y Chile, se presentaba ya la más risueña perspectiva de la prosperidad á que su suerte la destinaba. A pesar de esto su ilustre fundador, más satisfecho de lo que debía, se entregó todo á una confianza que fue su ruina, y hubo de serlo la de su conquista. Creyendo bien establecida la sumisión de los infieles, partió de Buenos Aires con el objeto de visitar su provincia, el año de 1580.

Más por ostentación que por seguridad dejóse cortejar de una lucida compañía que como consorte de sus triunfos quiso recoger aplausos en la Asunción. Navegaban con prosperidad, saliendo á dormir á tierra sin poner otros centinelas que el terror de su nombre y la fama de sus victorias. El cacique de los Minuanes, uno de los de menos nombradía en aquella comarca, observaba atentamente estos descuidos y se resolvió á satisfacer la voz enérgica de la patria que clamaba en su corazón. Con ciento y treinta de sus vasallos sorprendió á los dormidos españoles. Fue tan rápido el asalto, que apenas se distinguió del estrago. Juan de Garay con cuarenta de sus soldados murieron en esta ocasión.

Los demás de la comitiva alcanzaron entre mil riesgos á refugiarse á Santa Fé, desde donde se condujeron á la Asunción. Los llantos de la provincia por la muerte de Juan de Garay son un testimonio irrefragable de su mérito. Después que ellos faltaron, hablan en su lugar los monumentos que dedicó á su inmortalidad, y que el tiempo mismo se complace en perpetuar para su gloria. El demasiado ardimiento con que algunas veces ensangrentó la victoria pueden en cierto modo recompensarle sus beneficios en la paz. Repartiendo los despojos jamás reservó otro para sí, que el honor de haber vencido.

Garay no tiene otro competidor en el mérito que el inmortal Irala. Uno y otro, vizcaínos de nación, fueron dotados de todas las prendas que constituyen un perfecto general. A Irala puede decirse que le es deudora la provincia del Paraguay, lo que á Garay la de Buenos Aires. Irala de superior talento conduce todas las aventuras difíciles de su vida con un disimulo inexplicable, y fija á su valor la inconstancia de la fortuna. Garay mucho más virtuoso en el todo es sencillo y grande. Igualmente magnánimos, Irala á su muerte dejó un par de bueyes, unas balanzas y sus armas; Garay nunca miró necesidad en cuyo auxilio se creyera desobligado, pues vendió para remediarlas hasta los vestidos de su mujer.

Al paso que los españoles sintieron la muerte de su general, la celebraron los bárbaros, y principalmente los Minuanes. Entregados estos á un gozo indiscreto entraron en el propósito de destruir la ciudad, ya medio vencida en su concepto. Nada omitió su acalorado empeño de cuanto podía conducir á un triunfo tan deseado. Después de varios congresos militares, á que concurrieron los más afamados capitanes de las naciones convecinas, y en que se deliberó sobre los medios de asegurar un éxito feliz, fue encomendada la guerra por sufragios de todos al bien opinado Guazalayo. La resolución estaba tomada, y éste quería acreditar en su diligencia el acierto de la elección. Formado su ejército en un cuerpo de tropas respetable empezó á desfilar hacia la nueva ciudad. Rodrigo Ortiz de Zárate, que mandaba en jefe la fortaleza, quisiera detenerlos por los medios de la insinuación y la dulzura, pero en la necesidad de oponerse á un ataque salió de la plaza con su gente formada en escuadrón, y esperó al enemigo con resolución y firmeza. La pertinacia de los bárbaros tuvo por mucho tiempo neutral la suerte del combate. Este se decidió por los españoles con la muerte de Guazalayo, y confundió enteramente la presunción de los bárbaros. Cansados estos de unas guerras que les preparaban las últimas infelicidades, acabaron de conocer á sus expensas que ejércitos numerosos sin disciplina son poca cosa para oponerlos contra soldados aguerridos bajo los preceptos de la mejor escuela militar. Desde este tiempo se mantuvieron pacíficos sufriendo el yugo que el vencedor quiso imponerles.

Por la muerte de Juan de Garay fue nombrado para teniente de la provincia Alonso de Vera y Aragón, á quien por su fealdad llamaban cara de perro; el crédito con que había militado lo hacía digno de esta sucesión. El nuevo teniente era sensible á la gloria y le parecía muy pequeña la de contentarse con sólo mantener lo adquirido.

El gran Chaco, que empezando desde las márgenes del Paraná se extiende hasta las últimas cordilleras del Perú, le brindaba un dilatado campo de adquisiciones. Hechos los aprestos necesarios que no deberían ser mayores en un tiempo que el ejercicio y la sobriedad eran los únicos incentivos del apetito, hizo su entrada desde la Asunción con ciento treinta y cinco soldados encaminándose al río Bermejo el año de 1585. Acompañóle la fortuna, y ganó de los bárbaros victorias sobre victorias, llegando á levantar una ciudad á la que intituló la Concepción de Bermejo en el gran pueblo de Matará.

En la ausencia del teniente Alonso de Vera quedó la provincia abandonada á todos los desórdenes de que son capaces los vicios sin el freno de la autoridad. Gobernaba esta diócesis D. Fray Juan Alonso de Guerra, religioso mínimo, cuyos talentos y virtudes le habían allanado, á pesar suyo, el camino de las mitras. El celo verdaderamente apostólico de este prelado no pudo mirar sin amargura una provincia desenvuelta, un clero sin disciplina y unos nacionales oprimidos bajo el yugo de la más pesada tiranía. A expensas de su seguridad resolvió desempeñar sus obligaciones, sin que pudiese amedrentarlo el odio que estaba cierto había de concitarle su celo. No se engañó en su predicción. Los principales de la Asunción empezaron á tratar de indiscreta esa libertad sacerdotal, que estaba en contradicción con sus pasiones, y á concertar los medios de

perderlo. Era el jefe de esta sacrílega conjuración el alcalde ordinario de la ciudad. Acompañado de sus satélites se encaminó al palacio episcopal con ánimo resuelto de echar en prisiones al prelado. En tan difícil coyuntura recurrió este santo príncipe á esas vestiduras pontificiales, que más de una vez han desarmado el furor más determinado. Pero, ¿qué impresión podían causar en esta capital las insignias de un poder, acostumbrada á ultrajarlo? Con impío atrevimiento puso el alcalde las manos en su sagrada persona, lo agarró de los cabellos, lo holló á sus pies, lo cargó de prisiones y en 1586 lo condujo él mismo á Buenos Aires entre tratamientos tan inhumanos, que serían de dispensarse al más criminoso de los hombres. Pero Dios velaba por la conservación de una vida de trabajos é ignominias, toda consagrada á su servicio, y había decretado que el castigo de sus perseguidores vindicase visiblemente su inocencia. El alcalde murió de repente, y no tuvieron mejor fin los demás cómplices.
A pesar de estas eternas disensiones, la provincia experimentaba esa misma necesidad de extender sus fuerzas, que siente el que va saliendo de la infancia. El célebre pirata Tomás Candisch meditó en 1587 la toma de Buenos Aires. Felizmente se supieron con tiempo sus designios por el gobernador de Río Janeyro, y se corrió á la defensa. El pirata temió la suerte que le aguardaba y se abandonó a pasar el estrecho. Por estos amagos repentinos es que Buenos Aires iba robusteciendo su constitución.
La sujeción de los nacionales acreditaba de día en día el proyecto de las poblaciones. Por voto general de los conquistadores se deseaba una en la confluencia de los dos ríos Paraguay y Paraná ó de la Plata. Esperábase que con ella quedase enfrenado el orgullo de los bárbaros por ambas márgenes de este río, y se diese una escala muy provechosa á la navegación. Agobiado con el peso de una serie de infortunios el Adelantado Juan Torres de Vera había entrado á su provincia el año de 1587. Estas consideraciones movieron su ánimo para promover este establecimiento. Su sobrino Alonso de Vera el Tupí tuvo orden de verificarla, y desempeñó su comisión el año de 1588, dándole por nombre San Juan de Vera. Las siete rapidísimas corrientes que forma allí el Paraná le hacen conocer por este nombre con usurpación del verdadero.

CAPITULO XII

> Entra el licenciado Lerma á gobernar el Tucumán. Crueldades de este contra D. Gonzalo su antecesor. Disensiones entre Lerma y el deán Salcedo. Entrada del obispo Victoria al Tucumán. Funda Lerma la ciudad de Salta. Oposición de los bárbaros. Es preso Lerma y conducido á Charcas. Entra á la provincia Juan Ramírez de Velazco. Los indios se alborotan en Córdoba y los vence Tejeda.

Hacía tiempo que la provincia del Tucumán hecha un teatro de escenas lúgubres por las crueldades del gobernador D. Gonzalo de Abreu, deseaba un vengador. Creía haberlo conseguido en la persona del licenciado Hernando de Lerma, su sucesor, cuando entrando á su provincia el año 1580, quiso que la prisión de D. Gonzalo fuese el primer acto de su posesión. Las crueldades de su despiadado gobierno convencieron á todo el mundo, que si bien Lerma aborrecía al tirano, amaba eficazmente la tiranía. Se horroriza la humanidad al contemplar la sevicia con que trató al desgraciado D. Gonzalo. Formando su proceso lo condenó al tormento, y aunque este en los principios absurdos de la antigua jurisprudencia sólo era un medio de esclarecer la verdad, anticipando la pena al convencimiento, intentó Lerma que muriese en él. En la firmeza con que se sostuvo manifestó una heroicidad digna de mejor alma. Ella interesó la compasión aún

de aquellos en cuyo juicio era delincuente. No murió Abreu en el tormento, pero este lo acercó á su término habiendo fallecido el año 1581.
A pesar de esto los ciudadanos en general fueron tratados por Lerma con moderación y dulzura el primer año de su gobierno. Pero si hemos de conjeturar por los sucesos posteriores es necesario convenir, que estas demostraciones de mansedumbre no eran más que unas cadenas con que aprisionaba su alma feroz. Arrepentido en breve de una sujeción tan violenta, y que tanto mortificaba su carácter, rompió estas ataduras para devorarlo todo.
Acercábase por este tiempo á la provincia el obispo D. Fray Francisco de Victoria, primero en el orden de los que tomaron posesión de esta diócesis. Según la inteligencia que le dio este prelado á una real cédula de Felipe II, había creado deán de esta nueva iglesia á D. Francisco Salcedo confiriéndole así mismo su gobierno. Revestido Salcedo de este doble carácter entró al obispado con todo aquel engreimiento que en hombres vanos suele engendrar la elevación. El genio de Lerma no hallaba sufrideras otras altiveces que las suyas. Preciso era que chocasen estos dos hombres nacidos para la discordia. Chocaron en efecto y de este choque resultó esa centella, cuyo incendio los abrasó á ellos y á otros muchos. Lerma puso en litigio la dignidad de Salcedo, y no sin fundamento porque sólo autorizado el prelado para nombrar cuatro beneficiados en esta iglesia parecía salir de sus límites extendiéndose á los mayores. Era este un tiro muy ofensivo á la delicada presunción de Salcedo para que no irritase toda su ira. Los dos, cabezas de esta república, se persiguieron mutuamente llenos de aquel encono que siempre inspira el espíritu de partido. Cada cual formó su facción y procuró prevalecer á expensas del público sosiego. Lerma era dueño de la fuerza y debía serlo de la suerte de su enemigo. Rendido Salcedo á su persecución se retiró á Talavera con designio de pasar al Perú.
Entonces fue cuando Lerma no hizo uso de su poder sino para infelicidad de todos los ciudadanos, y principalmente de los que habían dado ayuda á su contrario. Siempre dispuesto á recibir todas las sugestiones del odio causó su ruina por todos los medios de que puede valerse una alma baja, depravada y cruel. Muchos fueron condenados á que muriesen entre la infección de los calabozos, de cuyas muertes ordenó Lerma no se le diese aviso sino después de tres días de acaecidas. Otros las recibieron de manos del verdugo, no pocos fueron expoliados de sus bienes al rigor de confiscaciones injustas, y no faltaron quienes se tuviesen por muy felices en haber redimido sus vidas con prisiones y destierros. El capricho y la voluntariedad eran sus leyes supremas y las únicas á quienes tributaba una obediencia entera. Por lo demás, las reales provisiones de la corte de Charcas sólo servían de materia á sus desprecios, y de ocasión á muchos para procurarse con su obediencia una desgracia cierta.
Creyóse que la entrada del señor Victoria al obispado aplacase las furias de esta fiera desatada. A la verdad no parecía vano este pensamiento. Era dotado este prelado de todas aquellas grandes calidades á cuya presencia suele encogerse el atrevimiento, y docilizarse la atrocidad: pero si esto es así respecto de aquellos que en la embriaguez de la prosperidad llegan á ser audaces y depravados, más por error que por carácter, difícil era que la virtud y el mérito morigerasen el natural de Lerma. La osada libertad con que atropelló los respetos del prelado, el desenfreno con que se produjo en su descrédito, y en fin el odio que concibió á todos los que le trataban, acreditaron esta verdad, y llenaron los ánimos de sobresaltos y disgustos.
Para que los disturbios de la provincia viniesen a peor estado volvieron á renovarse las contiendas entre Lerma y el deán Salcedo. Con la entrada del prelado había éste recuperado sus alientos é intentaba novedades en Talavera. La rabia de Lerma no exigía más que un pretexto para sacrificarlo á sus venganzas. Antonio de Mirabal tuvo orden

de prenderlo. Hallábase enfermo el deán en el convento de Mercedarios cuando se le intimó su arresto. Fue del todo inútil para evitarlo, el escándalo, la enfermedad, la incompetencia y otras razones que expuso el ejecutor del mandamiento. Era Mirabal un digno ministro de Lerma capaz de cualquier exceso sin necesidad de ajeno influjo. Con la osadía que le era muy genial se arrojó sobre la persona del deán, y lo condujo de los cabellos. No pudiendo el prelado de la casa mirar sin conmoción esta afrentosa escena dio en rostro á Mirabal con su osadía y lo amenazó con el castigo. Querer intimidar á esta alma de fiera era hablar de melodía con un tigre. El se aplaudió de una ocurrencia que le traía á las manos un nuevo delincuente á quien tratar con desacato. Sin detenerse en contestaciones prometió volver al punto por su persona. Tardó en cumplir su palabra lo que en asegurar al reo. El comendador fue puesto en prisión en consorcio de otros eclesiásticos á quienes cupo la suerte de alcanzar estos tiempos calamitosos. Todos fueron remitidos después á la Audiencia de Charcas, la que no pudo ver sin indignación ultrajadas las leyes y los estados más santos.

Entretenido Lerma en sus venganzas no parecía capaz de empresa útil. Con todo, fuese por divertir sus cuidados, ó por labrarse un mérito que harto necesitaban sus delitos para no ser tan enormes, se resolvió á poner en práctica la fundación de Salta tantas veces deseada. Concurrían razones de momento que hacían importantes este designio, cuales eran facilitar el tránsito del reino y enfrenar el orgullo de los Calchaquíes y Humahuacas. Todos los vecinos encomenderos de la provincia fueron emplazados para esta empresa, la que por último tuvo efecto el año de 1582 entre los ríos Siancas y Sauces[43] intitulándose la población, ciudad de Lerma. Hallóse presente á las formalidades de estilo en las fundaciones de esta clase el S. Victoria, quien como sufragáneo de Lima había sido convocado por santo Toribio para la celebración del tercer concilio limense.

Los bárbaros no dejaron de conocer que este nuevo establecimiento ponía á los españoles en estado de invadir el resto de sus posesiones, y enriquecerse con sus despojos. Unido á estos males de consecuencia el temor justo de que un yugo extranjero oprimiese sus cervices les hizo entrar en una confederación guerrera, cuyo designio debía ser prevenir estas calamidades.

El denuedo con que en la expugnación de esta plaza presentaron el pecho al fuego de los arcabuces, la constancia en repetir los asaltos, la diligencia por reponer las pérdidas, hicieron desesperar á los españoles de que llegase á calmar su furia envenenada, y aún de poderse sostener por más tiempo á no recibir refuerzos oportunos.

Lerma, quien á los cinco días de su fundación se había retirado á Santiago, vino en auxilio de su ciudad. Fuéronle necesarios muchos choques sangrientos para escapar con vida y libertad de su campo. Los bárbaros habían resistido largo tiempo su destino: al fin ellos se sujetaron y cesó la guerra por falta de enemigos.

La que siempre quedó abierta, fue la que el genio turbulento de Lerma tenía declarada á todo hombre de bien. Gobernaba el obispado en ausencia del señor Victoria fray Francisco Vázquez, de la orden de predicadores. En breve se hizo este religioso el objeto de sus sacrílegos atrevimientos. No contento con poner en práctica todos los medios de envilecer su ministerio, llegó hasta el exceso de prenderlo.

Los pueblos, á quienes no cesaba de atormentar, maldecían altamente su tiranía. Cansado Lerma por todas las partes, y en peligro de perder su puesto, del que lo excluían sus delitos, no fue bastante prudente para detener el curso de sus maldades.

---

[43] Están divididos los escritores en cuanto al fundador de esta ciudad. Unos se atribuyen al gobernador D. Gonzalo Abreu y Figueroa, otros á Lerma. No hay ninguna contrariedad en este punto, si se advierte que los primeros hablan con respecto á la población que sin disputa levantó D. Gonzalo aunque en embrión y que destruida por los bárbaros no tuvo efecto, y los segundos con respecto á la de Lerma, que es la que existe á corta distancia de la antigua.

Preciso era que tuviese el fin de los tiranos, así como tenía todos sus vicios. No pudiendo la Audiencia de Charcas extender más su tolerancia, decretó el arresto de Lerma. Verificólo en 1584 el capitán Francisco de Arévalo Brizeño. El recogido público que causó la caída de este gobernador, es un rasgo expresivo que acaba de pintarlo. Brizeño lo condujo á Chuquisaca donde se le seguía su proceso; pero habiendo arribado, provisto gobernador de la provincia, Juan Ramírez de Velasco el de 1585 con especial comisión de residenciarlo se le entregó el proceso juntamente con el reo. Eran tan calificados los delitos de Lerma que no daban lugar a la misericordia. En el juicio de residencia salió condenado. Apeló al supremo consejo de indias, en cuya cárcel de corte murió.
Por estos tiempos acaecía en el distrito de Córdoba una insurrección de muchos bárbaros que la llenó de sustos y cuidados. Todos los ojos de los ciudadanos se convirtieron al valeroso Tristán de Tejeda que acababa de concluir la jornada de Salta, y fijaron en él sus esperanzas nunca más bien fundadas. Bravo y esforzado Tejeda, sostenía con paciencia las fatigas de la guerra. En medio de una intrepidez que no conocía los peligros poseía una prudencia que lo hacía dueño de los acontecimientos, y muchos años de victorias le habían adquirido con justicia la primera reputación. No la desmintieron sus hechos en la ocasión presente; puesto en campaña buscó al enemigo en las situaciones más arriesgadas. A pesar de su obstinación y su excesivo número lo rompió en mil encuentros; lo persiguió hasta sus guaridas y le hizo implorar misericordia. La generosidad con que Tejeda lo trató, hizo ver que fijaba su complacencia en unir el gusto de vencer al de perdonar.

CAPITULO XIII

> Entra á gobernar el Tucumán D. Juan Ramírez de Velasco. Predica San Francisco Solano en el Tucumán. Primer establecimiento de los jesuitas de esta provincia. Los Calchaquíes se alborotan y son sujetados. Fúndanse las ciudades de la Rioja, la de San Salvador de Jujuy y la de la villa de las Juntas. Rebélanse los indios de Córdoba y son subyugados.

Los tiempos desastrados y calamitosos son los más á propósito para descubrir las raíces inficionadas de los gobiernos. Los que por algunos años subministran las agitaciones del Tucumán, las ponen de manifiesto. Provenían esas agitaciones de haberse hecho esta provincia un teatro de crueldades, avaricia y desorden. Pero todo esto tenía un origen más alto, y éste no podía ser otro que los vicios entronizados de la corte. Ministros ambiciosos, avaros y opresores, jamás podían inspirar ideas de justicia, frugalidad y clemencia. ¿Será posible que una corte que comunica á sus vasallos el gusto del pillaje, y que los saca de sus ocupaciones pacíficas para que sean los instrumentos de su ambición, fuese solícita en asentar su gobierno sobre la base de la virtud? Cuando fuese cierto que la corte de España se hubiese opuesto al progreso rápido de los vicios, siempre serían impotentes sus esfuerzos en concurrencia de sus ejemplos. A su imitación nunca podía dejarse de creer que se necesitaba una fortuna escandalosa para que los hombres fuesen dichosos y felices. Pero ya que este mal era por lo común inevitable, debió la corte, cuando menos, poner á la frente de estos gobiernos hombres que por su carácter fueran humanos y templados. En ninguna parte más que en América debió de ser la provisión de los empleos obra del mérito y la virtud, y en ninguna menos que en ella se procuró escoger que sólo caminasen bajo el ojo del deber. Las más veces hombres nuevos, desconocidos, sin talento ni moralidad, ocuparon estos puestos.

Por fortuna del Tucumán entró á gobernar esta provincia el 1586 D. Juan Ramírez de Velasco. Sus manejos populares, su aire afable, y las gracias que lo acompañaban, presagiaban desde luego un gobierno menos funesto que hiciese diversión á los males pasados. Comprobaron estas esperanzas aquella modesta simplicidad con que quiso distinguirse de los demás, aquel justo aprecio del mérito que nadie reconoce en mayor grado como el mismo que lo tiene: en fin, aquella veneración al sacerdocio, que descubre el carácter de un alma naturalmente religiosa. A pesar de esto el obstáculo de los desórdenes envejecidos de una república donde la corrupción se había comunicado mutuamente entre ciudadanos y magistrados, era harto poderosos para que las virtudes del nuevo gobernador pudiesen contrastar los vicios compañeros de esta avaricia grosera, que habían desnaturalizado las costumbres.

Lo que principalmente se echaba menos en la provincia, era el trueno de las grandes verdades sostenidas de la edificación. Es cierto que los prisioneros regulares habían hecho cuanto exigía su ministerio, pero á más de ser pocos, las frecuentes sublevaciones de los indios contra un poder mal afirmado y las turbulencias domésticas de los mismos conquistadores inutilizaron sus esfuerzos. El gobierno de Velasco tuvo la ventura de haberlo edificado con sus ejemplos y su predicación un varón tan singular como San Francisco Solano. A la frente de una tropa de religiosos de su orden que lo acompañaron desde el Perú, sembró por todas partes el grano de la palabra evangélica, y la hizo fructificar por sus obras y sus milagros. Un gran número de infieles se rindieron á sus eficaces persuasiones principalmente en los pueblos de la Magdalena y Socotonia, donde ejerció con celo inimitable el penoso oficio de doctrinero. Pero, como observa un escritor estimable, habiéndose visto en la necesidad de dejar estos suelos, su misión vino á ser como una de esas nubes pasajeras que por algún tiempo fertilizan las campañas, dejándolas después entrar en su primera esterilidad.

Por estos mismos tiempos tuvieron las costumbres de otro apoyo más permanente. La fama de un orden religioso conocido por el título de compañía de Jesús, y cuyo instituto era restablecer entre los infieles el reino de la verdad, había hecho que se solicitasen con instancia algunos de sus alumnos. Tres de ellos entraron á estas provincias por la vía del Perú á fines de 1586, y fueron recibidos por el prelado y el gobernador con todo aquel respeto y agasajo á que tiene derecho la virtud. Quinientas familias de que por entonces se componía la población de Santiago, y un gran número de infieles esparcidos en todo su distrito, presentaban una mies muy abundante al celo de estos hombres apostólicos. Ellos se dedicaron á recogerla con ardor, pero quisieron empezar por los domésticos de la fe, a fin de que su ejemplo facilitase á los demás el camino de su provechosa doctrina. Los corazones más libertinos oyeron levantarse del fondo de su alma la voz de una conciencia á quien los vicios tenían como enmudecida. No fue pequeño el triunfo de estos misioneros que los escuchasen con docilidad. El respeto y la veneración con que eran mirados por los españoles, previno á su favor el juicio de los indios, quienes se apresuraron á oír unas verdades tan bien sostenidas con el ejemplo, y tan útiles á la causa común.

Al paso que los indios de Santiago se aficionaban al yugo español por la benignidad con que lo suavizaban sus nuevos doctrineros, echaba nuevos brotes su aversión en el indomable Calchaquí. Siempre dispuesto á recibir las sugestiones del odio, se armó de nuevo bajo la confianza que le inspiraba el crédito del cacique Silpitode. Sus continuados insultos tenían inquietas y sobresaltadas á las poblaciones. Los vecinos de Salta tuvieron gran dicha de poderse defender en el recinto de la ciudad sin atreverse á aceptar los desafíos con que eran provocados. Para el gobernador D. Juan Ramírez de Velasco, eran estos procedimientos unos ultrajes ofensivos que no podía disimular su

pundonor militar. En efecto él se propuso domar la altiva libertad de estos bravos nacionales, los más enemigos del yugo español, y tuvo la fortuna de conseguirlo.
En el año 1589, tercero de su gobierno, dispuso pues á este efecto una expedición de cien soldados españoles y trescientos indios amigos. Estas eran las ocasiones en que sus predecesores inmediatos cebaban su codicia á expensas del fondo público. El apuro en que lo encontró Velasco, lo obligó a echar mano de lo suyo, y á excitar el patriotismo de los pudientes á erogaciones voluntarias. Por estos medios logró ponerse en estado de dirigir su marcha al valle de Calchaquí, llevando en su compañía á uno de dichos misioneros, cuyos consejos veneraba. Una confederación guerrera debió poner á estos bárbaros fuera del riesgo de caer en sujeción, pero sus odios recíprocos eran opuestos á estos arbitrios de prudencia, y aún les hacían preferir el funesto placer de vengarse á sombra de los españoles al común interés de conservar su primitiva libertad. Desprevenidos y sin concierto no encontraron otro recurso que el de acogerse á las más inaccesibles eminencias, llevando consigo el espanto que es consiguientemente á la vista de un guerrero tan atrevido. Con todo, ellos fueron forzados en sus guaridas, y obligados á implorar la clemencia del vencedor. La humanidad con que fueron tratados, dio motivo para que los juzgase el gobernador por instrumentos aptos de sus designios. Siempre inclinado á los medios de una mansedumbre respectiva, hizo á algunos indios mensajeros de sus piedades para con otros pueblos á quienes ofrecía la paz. Los vencidos aceptaron con gusto esta comisión, pero se reservaron dar en ellas un espectáculo de barbarie. Seguía el gobernador sus marchas con parte de su gente, sirviéndole de guía los demás indios pacificados, cuando adelantándose estos una noche, y uniéndose con los de la embajada, tomaron de sorpresa un pueblo dormido en cuyos moradores vengaron ciertos odios mal olvidados, matando sin distinción de edad ni sexo á cuantos encontraron. Esta acción execrable llenó de horror á los españoles y puso al gobernador en necesidad de hacerles conocer que tenía por delito haberse prometido de su sombra tan afrentoso patrocinio. Por criminal que fuese esta carnicería ella produjo la ventaja de introducir en los demás pueblos un terror favorable á los conquistadores. Instruidos de este infortunio aceptaron la paz y reconocieron vasallaje. En seguridad del tratado fue trasladado á Santiago el cacique Silpitode con otros indios, donde experimentaron del gobernador toda la grata hospitalidad que pedía la política y era conforme á su carácter.
No satisfecho el celo del gobernador con esta venturosa y útil empresa, ni confiado en los muchos años de calma que habían precedido, se dedicó entre otras cosas á levantar una población en el distrito de los Diaguitas. Esperábase que con ellas se contendrían las incursiones del Calchaquí, que, aunque humillado, siempre era de temer. En 1595 dio principio á una ciudad que llamó la nueva Rioja por consagrar á su patria esta reverente memoria. A su regreso á Santiago quedaban sujetos tres mil indios en el corto recinto de ocho leguas. Debió subir el padrón, que se concluyó después, á un número muy considerable supuesto que se formaron cincuenta y seis repartimientos, tocándole en encomienda al gobernador diez y ocho pueblos, fuera de varias rancherías y anexo, y diez y siete á su hijo D. Juan Ramírez de Velasco, á lo menos es fuera de duda que logró el gobernador reducir los veinte mil indios que se había prometido. ¡Véanse las piedades de los gobernadores más clementes!
Las sumisiones de los indios que no se hallaban cimentadas por los medios de la persuasión y la caridad, siempre estaban expuestas á repentinas revoluciones. Muchos de esta jurisdicción de Córdoba situados en la sierra grande, se rebelaron por ese tiempo. El teniente Tristán de Tejeda los sujetó de nuevo con tanta diligencia como presencia de alma y los hizo servir al engrandecimiento de la conquista. Valiéndose de sus brazos penetró por sendas nuevas hasta Salinas, en cuya comarca redujo á vasallaje

á los indios Escalonites. De este descubrimiento se aprovechó el gobernador para aumentar los tributarios de la nueva Rioja á quien adjudicó una parte.
El gobernador Velasco se había propuesto un plan muy vasto de operaciones, y sus desvelos se encaminaban á llevarlo hasta el cabo. En él entraban dos fundaciones más, cuyos resultados debían ser (á más de los comunes) asegurar en lo interior de la provincia una comunicación fácil y pronta, estrecharla por nudos recíprocos con el Perú y dar una impulsión favorable al estado lánguido de la industria. Fueron dichas fundaciones la de San Salvador de Jujuy, y la de la villa de Madrid de las juntas. Ambas tuvieron efecto el año de 1592. La de Jujuy, dos veces puesta en práctica y otras tantas demolida por los bárbaros, fue encomendada al noble y prudente D. Francisco de Algañaraz, quien la trazó de modo que hasta el día de hoy perpetúa su existencia á pesar de la obstinación con que ha sido combatida por todos sus extremos. La otra fue la de la villa de las Juntas, así llamada por haberse levantado sobre las márgenes del río Salado en el mismo sitio en que se une al de las Piedras.
Aun humeaba la mecha de la rebelión de Córdoba cuando un pequeño soplo la hizo revivir de sus cenizas. Los indios suspendían por algún tiempo la actividad de su odio, pero entonces obraba en secreto esta pasión, y esperaba cualquier pretexto para manifestarse. Quemando las iglesias, matando cuantos Yanaconas puso la desgracia entre sus manos, é hiriendo á muchos que escaparon con vida, dieron principio este año á su facción. A pesar de ser muy crecido el número de los pueblos insurgentes tuvo Tristán de Tejeda la osada libertad de presentarse en medio de ellos con sólo veinte y cinco hombres. Conocía este intrépido guerrero el carácter de estas almas abyectas y embrutecidas, y no podía ignorar que para hacerse obedecer y respetar bastaba estar acostumbrado á recibir el castigo de su mano. Una voz suya fue suficiente para tranquilizarlos, y para hacer que se precipitasen bajo el yugo.

CAPITULO XIV

> Frutos que produjo la predicación de algunos valores apostólicos. El Adelantado Juan Torres de Vera abdica al mando. Gobierno de Hernandarias. Su prisión entre los indios y su evasión. Visita la provincia del Paraguay D. Francisco de Alfaro. Crítica sobre lo que dice Azara. Divídese la provincia del Paraguay y se establece el gobierno del Río de la Plata.

Se acercan ya los tiempos en que los sucesos de esta historia van á demostrar del modo más auténtico, que para dominar sobre los hombres es de más poderío la blandura y la persuasión, que la fuerza y el temor. Setenta años de guerra y desastres, que debieron escarmentar los indios, no habían hecho más que obstinarlos en el deseo de ser libres. Gobernaba aún la provincia del Paraguay el adelantado Juan Torres de Vera y Aragón, cuando vinieron á domiciliarse unos héroes pacíficos, amigos de la humanidad, cuyo destino era consolarla. Los nombres de fray Alonso de San Buenaventura y de fray Luis Bolaños, dos religiosos mínimos, jamás se repetirán entro los indios sin hallarse excitado el corazón á la ternura y al respeto. No es abriendo escenas de terror y de sangre que ellos hacen sus conquistas, sino siendo humanos, justos, sufridos y predicando una religión indulgente con los débiles. Un copioso número de gentiles se rindieron á sus persuasiones, y tributaron homenaje al verdadero Dios en más de cuarenta templos que levantaron á su culto. Esta copiosa mies tentó la codicia de un teniente de la Vida Rica quien los redujo á cautiverio. Los corazones virtuosos y sensibles de aquellos misioneros que habían puesto los altares por garantes de su felicidad no pudieron contener su indignación. Ellos reclamaron á favor de la libertad de

los indios, los derechos de la naturaleza, y el favor aunque tenue de las leyes. Su celo los hizo víctimas del furor: un destierro fue el premio de sus fatigas.
Es la parte más agradable de esta historia aquella que presenta la sujeción de los bárbaros sin que en ella tuviese influjo el derecho de la espada. Así no omitiremos decir, que otros ministros del Dios de paz se dedicaron á este importante ministerio. San Francisco Solano hizo resonar su voz por estas partes con todo aquel buen éxito que suele ser el fruto de aquella encantadora gracia que acompaña la santidad. La Asunción le será deudora de haber renacido bajo su patrocinio el año 1589. Muchos millares de bárbaros de las naciones vecinas se habían confederado secretamente para asaltarla en el momento en que entregados a sus vecinos á las religiosas ocupaciones del culto, daban todos sus cuidados á la piedad. Se cuenta que por una cierta inspiración conoció el Santo la empresa proyectada en el instante de su ejecución, y que arrebatado de un entusiasmo divino habló a los indios, que eran de distintos idiomas, en lengua guaraní con tal vehemencia de sentimientos que les hizo aborrecidos sus intentos. Nueve mil indios renunciaron sus errores al eco de esta voz celestial, y pidieron el bautismo. El curso de los acontecimientos traerá á la pluma lo que hicieron otros misioneros jesuitas, cuya religión tuvo su ingreso por estos tiempos.
Cansado el Adelantado Juan Torres de Vera de un gobierno dilatado en que entre algunos sucesos prósperos experimentó los desórdenes de la suerte, y deseando volver á respirar los aires del patrio suelo, abdicó el mando en 1591. La ciudad de la Asunción puso en su lugar á Hernandarias de Saavedra, según el privilegio que para ellos gozaba del Emperador Carlos V. Era este caballero oriundo de la misma Asunción; quien debe tener á mucha gloria haber servido de cuna á un personaje tan ilustre. El historiador Lozano, que nos sirve de principal guía, nos dice de este gobernador en su historia manuscrita, que desde la edad más tierna desempeñó el servicio militar con crédito de valeroso; que ennobleció este valor con esa prudencia consumada que en los combates honra á los guerreros; que se distinguió por su destreza en las artes de la paz y de la guerra; que fue un decidido protector de los indios, y en fin que habiendo sido uno de los héroes que ha producido el mundo nuevo mereció se colocase su retrato en una de las salas de la contratación de Cádiz. Nos lamentamos de que el tiempo haya destruido las memorias de que podía formarse un retrato más exacto; con todo, añadiremos algunos hechos que refiere el mismo historiador.
Entre las proezas militares de este grande hombre se cuenta el combate singular á que fue desafiado por un Cacique de mucha fama, y en que la cabeza de este temerario sirvió de advertencia á los suyos para no continuar una guerra que debía serles funesta. Esta clase de escenas sanguinarias aquejaban mucho el ánimo de Hernandarias. La necesidad obraba en ellas, y el escarmiento de los vencidos era el único fin del vencedor. Su alma se entregaba á todo lo que era en alivio de los indios.
Hernandarias dejó de mandar el año de 1593. La historia no presenta hecho notable en los gobiernos de sus tres inmediatos sucesores, si no es el naufragio de tres navíos ingleses que dieron al través en las costas de las islas de Santa Catalina. Buenos Aires se había hecho un puesto de importancia para que dejase de entrar en el vasto plan de adquisición trazado por la codicia extranjera. La reina Doña Isabel puso la mira en esta conquista, y puede creerse que le hubiera salido venturosa á no haberla desgraciado aquel inopinado infortunio. Tales eran los pocos preparativos con que se hallaba esta plaza para hacer frente á un enemigo poderoso. Don Fernando de Zárate, que con retención del gobierno del Tucumán mandaba la provincia, vio en esta expedición inglesa el amago de otras muchas con que las naciones extranjeras infestarían nuestros mares y por lo mismo teniendo á su disposición las tropas cordobesas, que habían ido en

auxilio de la plaza, puso mano en la construcción de un fuerte que perfeccionaron sus sucesores.
Hernadarias de Saavedra vuelve á aparecer en el teatro a continuar el curso de su gloriosa carrera. Por muerte del gobernador D. Diego Valdés de Banda entró de nuevo á gobernar; no es bien averiguado si á nombramiento de la provincia ó del virrey de Lima, pero sí lo es que en 1601 obtuvo de la corte la propiedad de este gobierno. Aún no había entrado en calma el espíritu alterado de los nuevos descubrimientos.
Su mérito se recomendaba por sí mismo en el aprecio de los fieles servidores del rey. Esto bastaba para que no fuese desatendido por los cuidados de Hernandarias. Hechos los aprestos necesarios se dirigió hacia el estrecho de Magallanes, y descubrió más de doscientas leguas por aquel rumbo. Los bárbaros que vivían sin inquietud en una dulce indolencia, no pudieron mirar sin susto una invasión tan repentina. Con un valor inesperado se echaron sobre los españoles, y á favor de su multitud ganaron la victoria. Todos los que salvaron la vida quedaron prisioneros, excepción de Hernandarias. Este revés no minoró su gloria, porque no es justo se pasen por delitos las faltas de la fortuna. Su corazón grande no se abatió á este infortunio, antes dio á conocer en él la firmeza y elevación de su carácter. En tan difícil coyuntura y tomó el partido de evadirse, y de empeñar otro combate luego que hubiese reclutado nuevas fuerzas. En efecto, sacadas éstas de Buenos Aires hizo que el enemigo no disfrutase mucho tiempo de su triunfo. Vencido y derrotado no pudo impedir la libertad de sus prisioneros.
Las bárbaras naciones que abrigaba en sus senos el gran Chaco por lo perteneciente á la provincia del Paraguay, traen inquieto el ánimo de Hernandarias, no tanto por domeñarlas cuanto porque se rindieran al imperio de la fe y de la razón. Primero por medio de sus capitanes, y, después por sí mismo desempeñó esta empresa, si no en toda su extensión, á lo menos en la parte que pudo ser asequible. Los fieros Guaycurúes empezaron á gustar la educación de las leyes y la disciplina de la fe.
La tiranía de los españoles había hecho que muchos de los indio reducidos del Guáyra desertasen de sus encomiendas, entregándose á esta vida holgazana que constituye la clase estéril, y que suele ser en las repúblicas la ruina de las activas y fecundas: en fin que otros muchos resistiesen entrar en sujeción á virtud del escarmiento que le dejaban sus compatriotas.
Dos expediciones dirigidas á la conquista del Paraná y el Uruguay eclipsaron no poco las glorias de Hernandarias. En la primera perdió parte de su ejército; en la segunda un ejército de quinientos hombres y la esperanza de conseguirla. No creyéndose con fuerzas suficientes para imponer la ley á estos indios, lo representó á la corte, añadiendo que en tal caso convendría sujetarlos por las armas de la fe. El rey Felipe III en real cédula de 1608 aprobó este pensamiento. Después de no pequeñas dificultades fue acordado que los jesuitas Simón Mazeta y José Cataldino, italianos, tuviesen por suerte tan glorioso destino en la provincia del Guayra. A 8 de Diciembre de 1609 emprendieron su viaje. Por estos mismos tiempos arribó á la Asunción Arapizandú, régulo principal de los Paranás, solicitando la paz y, doctrineros para su pueblo. Los padres Lorenzana y Francisco de San Martín abrazaron esta empresa que hace tanto honor á la religión y la humanidad. En el siguiente año de 1610 todos estos varones apostólicos dieron principio á esas misiones célebres en que tanto se ha ejercitado a un mismo tiempo la crítica, el odio, la envidia y la admiración.
Las quejas contra el servicio personal de los indios se habían aumentado y preparaban una reforma feliz en toda la provincia. Acaeció ésta con la venida del visitador D. Francisco de Alfaro. Este era un Ministro hábil, incorruptible, diestro en manejar los espíritus, y que unía al deseo del acierto la firmeza de sus resoluciones. Unas ordenanzas dictadas por la voz de la equidad y en las que abolido dicho servicio, que no

distaba mucho de una verdadera esclavitud, quedaron restablecidos los indios en parte de sus justos derechos, fue el fruto de esta visita. La data de estas ordenanzas es de 1612 tiempo en que habiendo acabado el gobierno de Hernandarias desde 1609 se hallaba D. Diego Marín de Negrón en posesión del mando.

Todo hombre que piensa, ha creído que en lugar de emplear los españoles europeos la fuerza y la tiranía para reducir á los americanos no debieron valerse de otros medios que de la dulzura y la superioridad de sus luces: entre los más inhumanos que adoptaron, fue sin disputa el del servicio personal. Por una política bárbara los conquistadores de estas partes introdujeron la Costumbre de repartirse los indios después de haberlos vencido. Por este repartimiento, que también era comprendido en la clase de encomiendas, correspondía al encomendero sobre el indio un derecho de servidumbre diaria, á diferencia del que se hacía en virtud de una sumisión voluntaria, ó de una capitulación cuyo término se limitaba al de dos meses.

La tiranía metódica de estos encomenderos despertó en fin á la corte de España, quien prohibiendo enteramente el servicio personal, redujo las encomiendas al usufructo del tributo debido á la corona. Con arreglo á estas disposiciones formó sus ordenanzas el visitador Alfaro. No nos admira que los encomenderos se resistiesen de una reforma que ponía límites á su avaricia; al fin una soldadesca desenfrenada no podía respetar otros derechos que los de su interés: lo que sí admira, es que en el siglo de las luces se encuentre un escritor como el señor Azara, que los acompañe en su duelo. Oigamos como se produce[44] (44). "La corte ordenó á D. Francisco de Alfaro, oidor de la Audiencia de Charcas pasar al Perú en calidad de visitador. La primera medida que tomó en 1612, fue ordenar que ninguno en lo sucesivo pudiese ir á casa de indios con el pretexto de reducirlos, y que no se diesen encomiendas del modo que hemos explicado, es decir con servicio personal. No alcanzo sobre que podía fundarse una medida tan políticamente absurda; pero como este oidor favorecía las ideas de los jesuitas, se sospecho por aquel tiempo que ellos dictaron su conducta. Después de esta época nada hubo que excitase á los particulares españoles para tomarse la fatiga de ir á buscar por entre grandes riesgos indios salvajes solo a fin de gozar de sus trabajos por dos generaciones á título de encomienda. Como no había por aquel tiempo en el país ni tropas asalariadas, ni dinero, no tuvieron los gobernadores ningún medio de aumentar las conquistas, ni reducir a los indios, y todas las operaciones súbitamente cesaron. Los portugueses, nuestros vecinos, que no se contentaban con dar en encomienda á los particulares los indios que tomaban, sino que también les permitían venderlos a perpetuidad como esclavos, buscaron salvajes por todas parte hasta en los más pequeños rincones del país.

Ellos usurpando también la mayor parte del territorio que poseían, aumentaron su población y descubrieron sus minas." ¡Puede darse un rasgo de política más absurda! El señor Azara no alcanza en que pudo fundarse el visitador Alfaro para abolir el servicio personal. Pero nosotros no alcanzamos como pudo escaparse á un sabio filósofo que ese servicio es incompatible con la libertad civil, de que nadie tuvo derecho para despojar á los indios y de que eran tan celosos. El salvaje prefiere esa libertad a las dulzuras de la vida más culta; las naciones políticas reconocen por primer estatuto el de su libertad, y entre los pueblos reducidos á servidumbre no hay ninguno que no suspire por el momento que la termina. ¿Cómo pues el señor Azara califica de absurda la política que se encamina á recuperarlas? Es sin duda porque á juicio de este escritor eran conciliables el servicio personal de los indios y su libertad. "En efecto, estas encomiendas establecidas por Irala, nos dice en el lugar citado, pertenecían al primero y segundo poseedor por todo el tiempo de su vida; pero después de este término ellas

[44] Tom. 2 de su viaje, cap. 12.

debían ser abolidas, dejando á los indios en el goce de su plena y entera libertad absolutamente como los españoles, con tal que pagasen sólo un cierto tributo al tesoro público. Irala juzgó á más de esto que el tiempo señalado á la duración de las encomiendas era necesario para la instrucción y civilización de los indios, bajo el régimen y la conducta de los encomenderos que personalmente eran en ello interesados, y, bajo la inspección del jefe quien no se descuidaba de informarse del estado en que se encontraban los indios, y del modo como eran tratados. De suerte que á mi juicio era imposible combinar mejor el engrandecimiento de las conquistas, la civilización y la libertad de los indios con la recompensa debida á los particulares que todo lo hacían á sus expensas". Pero ¿quién es aquel que no advierte en este sistema una mera especulación lisonjera que desmintió la práctica?

Lo que hay de cierto es que los indios sujetos al servicio personal, principalmente los reducidos por las armas, se tenían en clase de domésticos, eran tratados como unos verdaderos esclavos excepción de no poderse enajenar. Mal vestidos y peor comidos se les hacía trabajar sin salario alguno, y la falta más ligera los hacía dignos de un severo castigo. Todo ocupado el encomendero de su ganancia, lo que menos atendía era la educación de los indios. Por consiguiente esta estupidez grosera á que puede conducir una esclavitud sofoca todo sentimiento de gloria y de grandeza, era preciso que fuese el distintivo de estos infelices. Ni era más envidiable la suerte de los Mitayos, es decir, de aquellos indios que con dos meses de servicio satisfacían la obligación del feudo. La codicia española encontró luego el arbitrio de esclavizarlos por toda su vida. La miseria de estos indios los obligó desde luego a aceptar las pagas anticipadas con que los tentaban los encomienderos; pero como su misma pobreza no les permitía pagarlas, de deuda en deuda venía a cogerles la muerte. Pero aun era más triste la suerte de estos deudores insolventes, si llegaban á tener una familia que sustentar. Reducidos a una prisión no hallaban otro medio de libertarse, que dando en prenda su mujer y sus hijos: pero prendas que para el encomiendero no eran más que otros tantos infelices esclavos de por vida.

Verdad es que para poner á los indios al abrigo de toda vejación, el gobernador de la provincia debía escuchar sus quejas, y administrarles justicia, castigando con la privación de la encomienda á los que ó por su negligencia en la educación de los indios, ó por sus malos tratamientos abusasen de su poder. ¿Pero qué ley es aquella que á la distancia del trono conserva su vigor? Si esto es así para con todas debe serlo mucho más para aquellas en que es interesada la codicia. Entonces ella se generosa, y halla recursos en sí misma para comprar aquellos que puede reprimirla, y prometerse la impunidad. Esto es puntualmente de lo que la historia sale por garante.

Pero sin el servicio personal, ¿cómo conseguiremos el engrandecimiento de la conquista y el aumento de nuevas poblaciones en un estado donde lo más se ha de practicar á expensas del vasallo? Véase aquí el grande escollo que descubrió el señor Azara en sus meditaciones político-filosóficas. Nosotros creemos que hubiese hecho más honor á su pluma, empleando sus grandes luces y conocimientos en demostrar la injusticia de esa conquista, aun cuando hubiera sido posible por otros medios menos ¡lícito que el del servicio personal. Permitido que fuese ventajoso al Estado retirar más los límites de la conquista, restaba averiguar si este procedimiento llevaba el carácter que imprime la justicia, porque en nuestra opinión nada que no sea justo, puede ser útil. Nos desviaría demasiado si empeñásemos la prueba de su ilicitud por otros títulos que el que provee el servicio personal. Hemos visto ya la oposición que dice la práctica con la libertad de los indios: esto nos basta para concluir que engrandecer la conquista á sus expensas hubiera sido lo mismo que marcarla con el último sello de la crueldad.

¿Y que diremos si lejos de ser conveniente á la España esas nuevas conquistas no hubieran hecho más que debilitar las adquiridas? En efecto, no es preciso esforzar mucho el raciocinio para llegar á conocer que ocuparse en nuevos descubrimientos cuando los hechos permanecían aun informes era exponerse á quedar sin nada por aspirar á adquirirlo todo. Los recursos que suministraba la corte de España á estos conquistadores eran muy pocos ó ningunos. Para hacer nuevas adquisiciones les era preciso sacrificar á ellas esa misma actividad, industria y trabajo que debían hacer florecientes las ya adquiridas: por consiguiente nadie es tan escaso de luces para no advertir que el empeño de acumular descubrimiento era el más insensato en principios de política, y al mismo el más horrible en los de la moral, principalmente si se hacía á costa de la libertad de los indios. Entonces hechos los españoles el objeto de su execración, no pudiendo exterminarlos tomaban el partido de yugo retirándose a los bosques, y romper con ellos toda comunicación. De manera que el mismo servicio personal á que el señor Azara atribuye la virtud de afirmar, extender y hacer útil la conquista, venía a ser el medio más eficaz de enflaquecerla y destruirla.
No es sin escándalo que oímos á este escritor cuando nos pone por modelo la conducta que observaron los portugueses, nuestros vecinos, en sus conquistas. Todas las historias están llenas de actos de tiranía y de crueldad, con que los portugueses se hicieron memorables en esta parte del globo. Apenas fueron conquistadas esta bastas regiones, cuando se vieron pasar muchos salvajes de la libertad más entera á la esclavitud más absoluta é inhumana. En tiempos más bajos fueron exentos de todo tributo, pero se les sujetó á una estrecha servidumbre en que á pretexto de bien público los tenían empleados. Si a estos arbitrios reprobados debieron su prosperidad estas colonias, claro está que no es tan envidiable como la presenta el señor Azara.
Volvamos a nuestra historia.
No es de admirar que con la abolición del servicio personal hiciera más progresos la sujeción de los indios. La humanidad los convidaba á gozar unas ventajas que les eran desconocidas. Las puertas del Paraná, algunos años cerradas, que se habían abierto desde 1610, daban ahora más franca entrada, á que los misioneros añadían su tutela. Había ya muerto el gobernador Negrón antes de concluir el año de 1615, cuando sucediéndole interinamente el general Francisco González de Santa Cruz, se adelantó en extremo esa revolución dichosa que había costado un siglo de deseos.
Un accidente poco esperado favorece de nuevo a causa de los indios. El inmortal Hernandarias gozaba en ocio tranquilo las delicias de la condición privada, sin que ningún interés entrase en concurrencia con el que tenía por los bienes de la vida futura. A pesar de esto se vio obligado por tercera vez a tomar en sus manos las riendas del gobierno habiendo sido nombrado por la corte en consideración de sus méritos y servicios. Su tierno amor á los indios fomentaba la obligación de protegerlos. Jamás los derechos de la libertad fueron más bien respetados. El indio era un ciudadano en quien se dejaba ver bien sostenida la dignidad del hombre. Sus agravios provocaban toda la severidad del gobierno y la conservación de sus personas y sus bienes daba á conocer que hacía parte de nuestro derecho público.
Entre tanto que se ocupaba Hernandarias en promover el mejor orden de lo interior de la provincia, otros cuidados exteriores llamaban su atención. Las naciones extranjeras ocupadas en el proyecto de arruinar nuestro comercio, lo iban ya enflaqueciendo con sus continuas depredaciones. Un corsario holandés, que hacía su crucero en la boca del gran Río de la Plata, había ya robado tres naves españolas y se prometió igual despojo de otras muchas. Contra este rapaz enemigo dispuso Hernandarias que saliesen tres embarcaciones de las que se hallaban en el puerto cuyo mando confió á su sobrino D. Jerónimo Luis de Cabrera. El corsario vio venir esta fuerzas y con el tiempo huyó el

peligro, dejando evacuado el río, y aunque después intentó repetir estas piraterías no le salió feliz su designio, porque tuvo siempre en Hernandarias un enemigo prevenido y diligente.
Eran ya demasiado vastos los términos de esta provincia para que pudiesen darle movimiento y actividad las atenciones de un solo jefe. La erección de otra nueva, cuya capital fuese Buenos Aires, le exigían los importantes objetos que debían ser de su inspección. Más solícito Hernandarias en extender la base de la felicidad pública, que en mantener la de su poder, lo había representado a la corte. Excitado del mismo sentimiento reiteró con nuevo esfuerzo esta pretensión. El rey advirtió en ella un manantial de bienes que sin falta notable no podía desatender la política del Estado. En esta virtud, decretó la división en dos gobiernos del Paraguay y del Río de la Plata el año de 1620.
Con este acaecimiento, que abre época en los fastos de estas provincias, acabó el gobierno de Hernandarias, quien descendió gustoso a ejercer sobre sí mismo en una vida privada la autoridad que con violencia había ejercido en los demás. Siempre modesto, jamás admitió otro tratamiento que el de su nombre. Verdad es, que habiéndolo hecho tan glorioso, valía más que esos dictados de que tanto se precian los hombres desde que empezaron á ser suplementos del mérito. Lleno de gloria y de virtudes murió después en la ciudad de Santa Fe.

CAPITULO XV

> Primeros establecimientos de las Misiones Jesuíticas. Censura contra Azara. Reglamento de estas Misiones. No es la igualdad de fortunas, que en ellas reinaba, digna de la censura que hace Azara. La libertad de estos indios convenía a su estado de infancia. Vindícanse los jesuitas del aprovechamiento que se les imputa.

Aunque en el capítulo precedente hicimos mención de los primeros pasos que dieron los jesuitas para levantar en las provincias del Guáyra y los Paranás esos establecimientos conocidos con el nombre de Misiones, no era justo interrumpir la narración de los sucesos con el detalle del reglamento a que los sujetaron. Pareciéndonos por otra parte que sin su conocimiento dejábamos un gran vacío en esta historia, hemos creído que debíamos dedicar este capítulo a tan importante objeto.
Los dos jesuitas Cataldino y Mazeta, destinados al Guáyra, a poco de su arribo fundamentaron en el mismo año de 1610 la reducción de Loreto, cuna de las demás, con doscientas familias que encontraron bautizadas y con veinte y tres pequeños pueblos que a persuasión de estos misioneros se les incorporaron. Era ya demasiado crecida esta población para que sus conductores pudiesen mantenerla con buen orden. A solicitud del cacique Aticayá tuvo su origen la de San Ignacio, a la que sucedieron otras dos más que por de pronto fueron tenidas en clase sucursales para la recepción de los neófitos. Por otra parte los padres Lorenzana y San Martín fundaban en el Paraná la de San Ignacio Guazú.
Observa el célebre autor de los establecimiento de los europeos en las dos Indias[45] que instruidos los jesuitas del modo con que los Incas gobernaban su imperio y hacían sus conquistas, los tomaron por modelo en la ejecución de este gran proyecto. En prueba de este pensamiento forma entre unos y otros un paralelo más ingenioso que sólido. Nosotros creemos que tuvieron otro más acabado en las máximas del evangelio, en la conducta de los primeros fieles y en los preceptos de la recta razón, al que si no se

[45] Tom. 3. lib. 8.

conformaron enteramente, a lo menos se aproximaron. El poco fruto que hasta su tiempo había recogido la religión, y la poca estabilidad de las anteriores reducciones, provenían precisamente de dos causas igualmente funestas. La tiranía con que habían sido tratados los indios que de buena fe la abrazaron, y los malos ejemplos con que los mismos domésticos de la fe contrariaban la predicación de sus ministros. Para precaucionarse de estos males obtuvieron los jesuitas el permiso de que no fuesen encomendados los indios que introdujesen al seno de la religión y del Estado, y se establecieron por ley sólo valerse de la persuasión. Los sentimientos de benevolencia con que habían sido mirados hasta entonces los avaros españoles, concedieron su plaza a los de odio y aversión que después les concibieron. Oigamos como estos misioneros se produjeron en el Guáyra delante de los españoles para justificar sus intenciones: "Nosotros no pretendemos, dijeron, oponernos a los aprovechamientos que por las vías legítimas podréis sacar de los indios, pero vosotros sabéis que la intención del rey jamás ha sido que los miréis como esclavos, y que la ley de Dios os lo prohibe. En cuanto a aquellos que nos hemos ganar a Jesucristo, y sobre los que vosotros no tenéis ningún derecho, pues que jamás fueron sometidos por la fuerza de las armas, nosotros vamos a trabajar para hacerlos hombres, a fin de formar de ellos verdaderos cristianos. Después de esto procuraremos empeñarlos a que su propio interés y de su propia voluntad se sometan al rey nuestro soberano, lo que esperamos conseguir por medio de la gracia de Dios. Nosotros no creemos que sea permitido atentar contra su libertad, a la que tienen un derecho natural, que ningún título alcanza a controvertirlo, pero les haremos comprender que por el abuso que hacen de ella les viene a ser perjudicial, y les enseñaremos a contenerla en sus justos límites. Nos lisonjeamos de hacerles mirar estas grandes ventajas en la dependencia en que viven todos los pueblos civilizados, y en la obediencia que tributan a un príncipe que no quiere ser sino su protector, y su padre, procurándoles el conocimiento del verdadero Dios, el más estimable de todos los tesoros; en fin que llevarán su yugo con alegría y bendecirán el feliz momento en que lleguen a ser sus súbditos."

Por este raciocinio en que se ven grandes verdades al lado de aquellos rodeos que sabe dictar una política astuta pero sabia, es bien claro que los jesuitas dirigían principalmente su celo a la reducción de los indios salvajes, y sin otras armas que la persuasión y la paciencia. Es cierto que los Incas también se valían de la persuasión a fin de que los bárbaros adoptasen su religión, sus leyes y sus costumbres, pero se presentaron en la frontera con ejércitos armados, y sabían castigar una ofensa por una sujeción no voluntaria. Todo esto era desconocido en el plan de la conquista trazado por estos misioneros. Sabiendo que el grande imperio que tiene sobre el alma más rústica una virtud consoladora, se propusieron labrar estos templos místicos sin el hierro y sin un solo golpe de martillo, esperando que con sufrir sus indolencias, ganarles su confianza y atraerlos con los beneficios, verían por último el logro de su empresa. Cuando el célebre autor que hemos citado da una hojeada sobre estos establecimientos no se detiene en asegurar que "después de haber vivido mucho tiempo al opinión, obtuvieron por último la aprobación de los sabios. El juicio, añade, que de ellos debe formarse en adelante, parece estar ya fijado por la filosofía, delante de la cual la ignorancia, las preocupaciones y los partidos desaparecen como las sombras delante de la luz". Con todo, a pesar de este testimonio, que puede asegurarse nada tiene de sospechoso en nuestros mismos tiempos, es decir cuando avergonzada la negra envidia por el hecho de haberlos destruido se cubre el rostro, aparece un escritor como el señor Azara[46] (46) disputándoles ese concepto. No contento con haber asentado que las reducciones de Loreto y San Ignacio Mini no son de fundación jesuítica "pues en ellas

[46] Tom, 2 de su viaje cap. 13.

fueron establecidas por conquistadores legos”, como ni tampoco la de San Ignacio Guazú, añade después, que estas y otras fundaciones, hay alguna razón para creer, debieron su formación más bien al temor que los portugueses inspiraban a los indios, que al talento persuasivo de los jesuitas. Véase aquí el último esfuerzo que le restaba al espíritu de calumnia.

Por lo que hace a las dos primeras, recordamos al señor Azara las ochenta leguas que recorrieron los jesuitas, Cataldino y Mazeta, para congregar en un solo punto tantos indios dispersos; le recordamos que los que de estos eran bautizados se debía a las fatigas anteriores de los jesuitas Ortega y Filds, en fin le recordamos que si hubo alguna fundación de fecha antelada era esta más que de título que de realidad, pues careciendo los indios de doctrineros vivían en la práctica de sus costumbres primitivas. La reducción de San Ignacio Guazú tiene títulos, si no mejores, igualmente auténticos que las otras para que se repute de origen jesuítico. Es un error histórico atribuir este establecimiento al insigne varón fray Luis Bolaños; aunque el celo de este religioso se ejercitó con gran fruto de la civilización de los Guaraníes, no disfrutaron de sus tareas apostólicas los jesuitas mencionados. Todos cultivaban la misma viña pero por distintos rumbos. Los caciques del Yaguarón fueron los que allanaron el camino para que los padres Lorenzana y San Martín tuviesen buena acogida en la provincia enemiga del Paraná. A pesar de esto, documentos muy auténticos aseguran que a los seis meses de su entrada aun desconfiaban muchos indios de sus promesas y resistían su amistad. El mejor apóstol es la virtud práctica: ésta los convenció que eran verdaderas, y el establecimiento se dejó ver a más de treinta leguas de distancia de los de Guazapá y Yutí, que por el mismo tiempo levantaba su co-apóstol fray Luis Bolaños.

Para sostener su conjetura el señor Azara de que los establecimientos jesuíticos fueron más obra del temor que de la persuasión, observa, que los veinte y cinco años tan fecundos en fundaciones de esta clase caen precisamente en el tiempo en que los portugueses perseguían a los indios por todas partes para venderlos como esclavos, y que sobresaltados estos indios con el terror, corrían a refugiarse entre los ríos Paraná y Uruguay, donde no les era fácil penetrar a estos corsarios carniceros. Una observación más crítica, o más bien un juicio menos parcial hubiera puesto a este escritor en estado de conocer, que si el temor obraba en estos indios para buscar al asilo de los jesuitas, debió ser más bien el que habían concebido a los mismos españoles, que a esos inhumanos portugueses. No queremos decir que las crueldades que estos pudiesen entrar en paralelo con las de aquellos. Sabemos que la persecución de los portugueses era una calamidad más despiadada, pero sabemos también que la de los españoles era más universal, más inmediata y más autorizada. Los unos salían a casa de indios para hacerlos esclavos, y esto se tenía por un delito, los otros, para servirse de ellos como si lo fuesen, y esto se miraba por un derecho.

Pero observemos más: para ponerse los indios a cubierto de estos opresores, al paso que debían reputar por inútil el recurso a los jesuitas con respecto a los portugueses, debían considerarlo como muy provechoso con relación a los españoles. Los indios miraban en estos misioneros unos amigos fieles, humanos y estrechados a su causa, pero que sin más armas que las de sus virtudes, no podían servir de escudo, contra los portugueses, a su débil y tímida inocencia. Por el contrario bajo la tutela de estos misioneros indefensos debían esperar los indios cesasen las vejaciones de los españoles, contra quienes no se necesitaban otras armas que su crédito en los tribunales y su aceptación en el público. Así sucedió: las justas reclamaciones por la observancia de los derechos imprescriptibles del hombre pusieron término a sus trabajos excesivos a la violación de sus privilegios y a la transgresión violenta de las leyes; concluyamos pues, que si el temor hizo que los indios buscasen la sombra de los misioneros, fue más bien el que

tenían concebido a los españoles, que el que les infundían los portugueses. Por último sale fuera de los términos de lo verosímil, que para buscar los indios el asilo de los jesuitas fuese de más eficacia el temor, que el convencimiento acompañado del beneficio. Nadie ignora, que cuando precede la inclinación, la persuasión obra eficazmente: el entendimiento fácilmente subscribe lo que aprueba la voluntad. Jamás voluntad alguna fue más bien obligada que la de estos indios por estos doctrineros. A fuerza de hacerles gustar las dulzuras de la vida social y de sacrificarse a sus intereses llegaron a conseguir ese ascendiente a que no alcanza el imperio más absoluto de la fuerza. Viviendo así estos indios bajo el dulce imperio de la beneficencia, ¿qué cosa hay más consiguiente como el que la persuasión hiciese sus efectos? Si hubiésemos de añadir alguna prueba sería que ninguna de estas poblaciones sacudió el yugo después de haberlo recibido: convencimiento claro de que se hallaba bien uncido, no con las frágiles ataduras del temor, sino con las indisolubles del convencimiento y del amor.
El reglamento que formaron los primeros autores de estos establecimientos, y al que después añadiremos otros, sin duda será el mejor convencimiento de lo dicho.
Pero para conocer su mérito demos primero un diseño del carácter de estos indios. Son estos naturales de color pálido, bien formados y de elegante talla: su talento y capacidad no se resisten a cualquiera enseñanza, y aunque carecen de invención, son muy felices en la imitación. La pereza parece en ellos connatural, aunque más puede ser propiedad de costumbre que de temperamento, es decidida su inclinación a saber y la novedad hace en sus almas todo su efecto. Ambiciosos del mando, desempeñan los puestos con honor. El que se distingue por la elocuencia merece el primer lugar: la pasión de la avaricia no degrada sus almas. Una palabra injuriosa les labra más que el castigo y lo solicitan ellos mismos para evitar otros ultrajes. La incontinencia en las mujeres se mira con indiferencia, y aún los maridos son poco sensibles a una infidelidad. El amor conyugal tiene poco influjo para suavizar la dureza del trato que los maridos dan a sus mujeres. Los padres de familia cuidan muy poco de sus hijos. La serenidad del alma de estos indios en medio de los mayores males tiene poco ejemplos en la redondez del globo, jamás un suspiro debilita su sufrimiento.
En cada reducción había dos jesuitas, es a saber, el cura y el vicario, que comúnmente era un joven puesto al aprendizaje de la lengua y de aquel género de gobierno. Ambos estaban sujetos al superior de las Misiones, y todos al provincial.
Para el gobierno interior de la reducción había un corregidor, un teniente, dos alcaldes y varios regidores, todos indios elegidos por el pueblo a presencia del cura y sujetos a él, así en lo temporal como en lo espiritual. Estas elecciones eran anuales y se confirmaban por el gobernador de la provincia. A más de estos oficiales municipales residía un cacique, que venía a ser el jefe, pero cuyas principales funciones se dirigían a la guerra.
El gobierno de esta república más tenía de una teocracia donde la conciencia hace veces de legislador. No había en ella leyes penales, sino unos menos preceptos, cuyos quebrantamientos se castigaban con ayunos, oraciones, cárcel y algunas veces la flagelación. Nadie se admitirá de estos castigos, si advierte que las costumbres eran bellas y puras. A imitación de la primitiva iglesia se introdujo el uso de las penitencias públicas. Algunos indios de los más irreprensibles eran constituidos por guardianes del orden público. Cuando estos sorprendían algún indio en alguna falta de consecuencia, vestían al culpado con un traje de penitente, el que conducido al templo, donde confesaba humildemente su crimen, era después azotado en la plaza pública. Ninguno había que pretendiese minorar su delito, ni eludir el castigo; todo lo recibían con acciones de gracias, y aún no faltaban quienes sin más testigo que su conciencia confesaban su culpa y pedían la expiación para calmar esos remordimientos, que eran para ellos el más duro de los suplicios.

Tampoco había leyes civiles porque entre estos indios era casi imperceptible el derecho de propiedad. Verdad es, que a cada padre de familia se le adjudicaba una suerte de tierras, cuyo producto le correspondía en propiedad, pero no podía disponer de él a su albedrío, porque viviendo siempre como el pupilo bajo la férula del tutor, todo lo disponía el doctrinero.
Otra parte de estos terrenos se cultivaba en común, pero sus productos tenían una destinación limitada: era este el sustento de las viudas, huérfanos, enfermos, viejos, caciques, demás empleados y los artesanos. Lo restante de las tierras y sus frutos, como también los productos de la industria, pertenecían a la comunidad. Con este fondo se socorrían las necesidades imprevistas, el culto de las iglesias, el sustento de los indios y todas las demás necesidades públicas y privadas.
Los primeros tres días de la semana se empleaban en los trabajos de la comunidad, los restantes en los que exigía el cultivo de sus propias heredades. Para suavizar el peso de las tareas se procuraba que ellas tuviesen ciertos gusto de festividad: para ello marchaban procesionalmente al campo, llevando una estatua entre las dulces cláusulas de la música.
No se permitía en esta república que hubiese mendigos ni ociosos. Estos eran destinados al cultivo de los campos reservados, que se llamaban la posesión de Dios. A las indias se les daba tarea del hilado, menos aquellas que se ocupaban en el carpido de los algodonales. De esta fatiga estaban exentas las embarazadas, las que criaban y otras legítimamente impedidas de salir al campo, pero no de la ocupación del hilado.
En cada reducción había talleres para las artes, principalmente aquellas que les eran más útiles y necesarias, es a saber, herrería, platería, dorado, carpintería, tejidos, fundición, y no eran desconocidas otras de agrado como la pintura, escultura y música.
Desde que los niños se hallaban en estado de trabajar, eran llevados a estos talleres, donde el genio decidía de su profesión. Los efectos comerciales, así en natura, como manufacturados, entraban en el giro de la negociación. Los más considerables de estos artículos eran la yerba del Paraguay, la cera, la miel y los lienzos de algodón. Entre los indios era desconocido el uso de la moneda. Estos artículos salían fuera de la provincia, y se despachaban la mayor parte en Buenos Aires. Con su producto se pagaban los tributos y los diezmos, el sobrante se retornaba para el consumo de los pueblos, adorno de los templos y galas dispendiosas de que usaban los indios de oficios públicos en sus festividades. Eran estas repúblicas las únicas del mundo donde reinaba esa perfecta igualdad de condiciones que templa las pasiones destructoras de los estados y suministra fuerzas a la razón. La habitación, el traje, el alimento, los trabajos, el derecho a los empleos, todo era igual entre los ciudadanos. El corregidor, los del cabildo y sus mujeres eran los primeros que se presentaban en el lugar de las fatigas. Todos iban descalzos y sin más distinción que las varas y bastones; los vestidos de gala que el común tenía destinados para decorarlos sólo servían en las festividades.
Las habitaciones de estos pueblos al principio, más parecían guaridas para defenderse de la intemperie, que para proporcionarse un alojamiento de comodidad. Sin ventanas, no tenía en ellas libre curso la circulación del aire, sin muebles, todos se sentaban y comían en el suelo, sin catres dormían en hamacas. Después fueron más regulares.
En cada pueblo había una casa llamada de refugio, donde se mantenían en reclusión las mujeres que no tenían hijos que criar durante la ausencia del marido, las viudas, los enfermos habituales, los viejos y estropeados. Allí se les sustentaba y vestía aplicándolos a aquel género de trabajo que sufría su capacidad. Para el mejor mantenimiento del orden público todos debían recogerse por la noche a sus casas a una hora determinada. Una patrulla celadora que se remedaba de tres en tres horas, velaba sobre la observancia de esta ordenanza.

Las calles de los pueblos eran tiradas a cordel, la plaza tomaba el centro, donde hacían frente a la iglesia y los arsenales. Al lado de la iglesia estaba el colegio de los misioneros, y sobre la misma línea los almacenes, graneros y talleres.
Las continuas irrupciones de los portugueses pusieron a estos pueblos en la necesidad de proveerse de armas de fuego y ejercitarse en la disciplina militar. En cada reducción había dos compañías de milicias, cuyos oficiales tenían sus uniformes bordados de oro y plata de que sólo hacían uso en la guerra y en tiempo de los ejercicios doctrinales cada semana.
Los indios de estas reducciones reconocían al rey de España por su legítimo soberano. De tiempo en tiempo eran visitados por los gobernadores y los comisionados regios que despachaba la corte.
Igualmente reconocían la jurisdicción de los obispos y sus ordinarios. Los obispos, así de Buenos Aires como del Paraguay, visitaban también estas reducciones y recibían en ellas todas las pruebas de sumisión y respeto que exigía su alto ministerio.
Había en estas reducciones escuelas de primeras letras, donde se enseñaba a los niños a leer, escribir y contar. El talento prodigioso de estos indios para la imitación en todo género, menos para la invención, ha dejado de conocer, entre otras muchas cosas, en las excelentes copias de la letra de molde de que corren varias piezas, y que harían mucho honor a la mano más exacta y segura.
Un gusto natural por la melodía y armonía de la música se dejó sentir desde luego en la índole de estos naturales. Sus conductores siempre atentos a estudiar sus inclinaciones no podían menos que aprovecharse de este recurso que les ofrecía el genio y que consideraba de los más oportunos para atraer a los salvajes y fijar los convertidos. En efecto, los jesuitas abrieron en cada reducción una escuela de música en donde le enseñaban a tocar toda clase de instrumentos que por el modelo de los que se les daban construían ellos mismos. El canto por las notas se cultivaba con igual esmero por los aires más escabrosos de la música, y como observa Charlevoix, era tan suelto, elegante y natural, que parecía cantaban por instinto como los pájaros.
En el paralelo que forma el autor de los establecimientos, ya citado, entre los Incas y los jesuitas, entra también el exquisito esmero de unos y otros para hacer respetar la religión por la pompa y el aparato del culto público. “Las iglesias, nos dice, son comparables a las más bellas de Europa. Los jesuitas han hecho el culto agradable, sin hacer de él una comedia indecente. Una música que habla al corazón, cánticos penetrantes, pinturas que hablan a los ojos la majestad de las ceremonias atrae a los indios a las iglesias, donde el placer se confunde con la piedad. Aquí es donde la religión se hace amable”.
Los jesuitas realizaron en estas reducciones el proyecto de los cementerios, que mucho tiempo después discurrió la policía española sin acabarlo de lograr. Eran estos cementerios unas áreas cercadas de una baja muralla y bordadas de cipreses, limoneros y naranjeros.
De cuando en cuando se permitían regocijos públicos, que venían a ser unas gimnásticas, donde la salud adquiría fuerzas y aumento de la virtud. En estas danzas jamás se permitía esa promiscuación de sexos siempre ofensiva del pudor.
Omitimos otros muchos capítulos de reglamento en obsequio de la brevedad. Entre los referidos se encuentran los que establecieron esa comunidad de bienes, esa falta de propiedad, en fin, esa dependencia absoluta que a juicio del señor Azara hacen a este gobierno de los jesuitas desmerecedor de los elogios que le han tributado los escritores europeos. “Siendo todos iguales, nos dice, sin ninguna distinción, y sin poseer ninguna propiedad particular, ningún motivo de emulación podía moverlos a ejercitar sus

talentos, ni su razón, pues que el más hábil, el más virtuoso y el más activo, no era ni mejor comido, ni mejor vestido que los demás y no tenía otras fruiciones.”
La igualdad de condiciones y de fortunas siempre ha sido mirada como el segundo bien de una sociedad. No es poca gloria para los autores de este gobierno, que sus censores le formen el proceso por el crimen de haberlo conseguido. Una igualdad absoluta por todos los respetos, que pusiese en la misma línea la virtud y el vicio, los talentos y la incapacidad, el mérito y el desmérito, no hay duda que sería contraria a los principios del instituto social. Pero ni es esta la que ha merecido la aprobación de los sabios, ni la que introdujeron los jesuitas en su república. Estos insignes legisladores examinaban por sí mismos las disposiciones de cada individuo, y le daban aquellas educación más análoga al destino en que podían ser más útiles; los premios para las grandes acciones fue otro de los resortes de que se valían; estos se ganaban en concurrencia de otros competidores, y no podían dejar de excitar la emulación; aunque la propiedad era limitada, siempre tenían algún ejercicio: *El mío y el tuyo* no eran desconocidos, pero con la diferencia de producir aquí muchas de sus ventajas, sin ninguno de sus males; en el uso de los bienes siempre entraba la discreción de los conductores, y como los indios se convencían de su acierto bajo esa misma dependencia, les parecía que procedían por elección. Por lo que respecta al uso de los de la comunidad, no faltándoles cosa alguna, venían a gozar en cierto modo de una propiedad ilimitada. Pero convengamos en que fuese restringida, y que fuese también el origen de algunos males, ¿por ventura no tienen también los suyos una propiedad entera? Donde ésta reina, la avaricia, la prodigalidad y el lujo son sus cortesanos. Millones de artistas viven ocupados en corromper a los hombres, haciéndolos contraer más necesidades ficticias que hacen desdichados a los que las sufren. El oro hace veces de virtud, de nobleza, de instrucción y de todo, y para pasar con estimación es preciso ser otra cosa que hombre de bien. De aquí cuantas miserias, cuantas calamidades y cuantos infortunios sin recursos! Es cierto que los indios de esta república se hallaban privados de esas comodidades y placeres que son el fruto de un gusto refinado, pero en su lugar disfrutaban de los que siguen a una subsistencia asegurada, a unas tareas sin exceso, a un conocimiento cierto de que los muchos hijos lejos de servir de carga a sus padres eran su consolación, a una orfandad sin peligro, a una viudedad sin desamparo, a una enfermedad sin desconsuelo y a una vejez sin amargura. Pero convendremos también en que la libertad de estos indios para el uso de sus bienes no era cual convenía a una república en el estado de su perfección. Nada hubiera sido más absurdo como una libertad que era excluida por el carácter y condición de estos indios. Acostumbrados en su estado de barbarie a gobernarse por sólo el apetito actual sin extender sus miras más allá del momento presente, a no determinarse más que por el influjo de una necesidad ejecutiva, y en fin a no hacer uso de la razón por hallarse entregados al imperio de los sentidos, era preciso que corriesen algunos siglos de infancia social, para que llegasen a adquirir esa madurez que exige el pleno ejercicio de la libertad.
Este momento no había llegado aún, y así era preciso que estos indios fuesen gobernados por unas instituciones acomodadas más bien a las de un padre que gobierna su familia. Extraña el señor Azara que siglo y medio no hubiese bastado para sacarlos de esa infancia; y de aquí concluye “o que la administración de los jesuitas era contraria a la civilización de los indios, o que estos pueblos eran esencialmente incapaces de salir de ella”. Sin duda este escritor no reflexionó que en el sistema legislativo de la América los indios son tratados en clase de menores, y que en tal caso volvía contra sus propias armas. Nosotros también podíamos decirle; van corridos cerca de tres siglos que no han salido de la minoridad; es necesario pues optar de dos cosas una, ó esta legislación es contraria a los fines del instituto social, ó los indios son incapaces de alcanzarlo. No

disimularemos que si el plan de los jesuitas hubiese sido trazado para mantener a los indios en una perfecta infancia, era desde luego defectuoso, y aún más, que debieron irles dando ya una educación más liberal y más conforme al hombre que llega a conocer toda su dignidad.
Algunos han creído que este sistema de gobierno tenía por objeto aprovecharse los jesuitas de los trabajos y sudores de estos neófitos. Imputación injuriosa y mal fundada. Para los que se hallan instruidos en la cuenta y razón de los caudales de estas reducciones siempre será un objeto de admiración la pureza de este manejo, llevado constantemente hasta el crepúsculo. No hubo ejemplar, que un solo cura administrador diese alguna cosa de momento, ó a sus co-administradores, o a los rectores de los colegios, o a sus mismos superiores, sino es que fuese por su legítimo valor y precio, ni era cosa nueva verlos tropezar en esas pequeñeces que son frecuentes en unos mercaderes que comienzan.

Capítulo XVI

> Entra a gobernar la provincia del Tucumán D. Fernando de Zárate. Las tropas del Tucumán vienen en auxilio de Buenos Aires. Los calchaquíes se sublevan en el gobierno de D. Pedro Mercado. Hacen las pases. Los Diaguitas se sublevan en la Rioja. Gobierno de D. Alonso de Rivera quien vence los calchaquíes. Funda una ciudad en el valle de Londres. Nueva expedición a los Césares. Abolición del servicio personal. Entra a gobernar D. Luis de Quiniones Osorio. Incendio de la iglesia de Santiago. Fúndase la Universidad de Córdoba. Su método de estudios.

Con los sucesos que quedan referidos en el capítulo trece de este libro acabó su gobierno del Tucumán Juan Ramírez de Velazco á mediados de 1593. Su inmediato sucesor que fue D. Fernando de Zárate y quien, como dijimos, obtuvo después el gobierno del Paraguay, se valió de esta doble autoridad para oponerse a las empresas atrevidas del poder británico sobre el puerto de Buenos Aires.
Los tesoros del nuevo mundo transportados a España iban cegando por estos tiempos las fuentes de su poder verdadero. El dinero es riqueza secundaria, y en tanto tiene valor en cuanto representa muchas cosas. De aquí es que dando por su misma abundancia un valor excesivo a las obras de su industria, los ponían en estado de no poder sostener la concurrencia con las del extranjero. Por consiguiente, los artesanos, o abandonaban una profesión que no les era lucrosa, o buscaban fueran del reino su acomodo. Debilitados por este medio la industria nacional, los fue de necesidad el comercio, cuyas operaciones se reducían en muchas partes a un tráfico pasivo de dinero propio con lo que sobraba a los de afuera. Por ideal que fuese esta felicidad, los hombres se dedicaban a buscarla con preferencia a la que resulta de la agricultura. Esta primera base de la opulencia de un estado quedó reducida con el tiempo a un corto espacio. El último resultado de estos males debió ser la decadencia de la población y así sucedió. Todo lo que perdía la España ganaban las naciones extranjeras. Siendo cierto que el dinero, como dice un gran político, busca necesariamente las verdaderas riquezas, es decir, las cosas que se consumen y reproducen para volverse á consumir pasó este de las manos de los españoles á las suyas que eran las depositarias. Con él florecieron más sus artes, creció la emulación, tomó mayor actividad su comercio y al fin llegaron a un grado de poder que les era desconocido antes del descubrimiento de la América.

Hemos querido hacer esta observación sin otro que el de manifestar una de las causas de la altivez insultante, con que los extranjeros persiguen una monarquía acostumbrada antes á respetar.
Los ingleses principalmente fueron los que confiados en sus fuerzas marítimas, continuaron en infectar nuestras costas. Nos referiremos el éxito desgraciado que tuvo su expedición contra Buenos Aires en el gobierno de Zárate y de que dejamos hecha mención en otra parte; pero sí la prontitud con que las tropas tucumanas estuvieron en su auxilio. El inmortal Tristán de Tejeda, que como un esclavo voluntario de la república seguía su suerte, cualquiera que ella fuese, los condujo, de orden de Zárate, por entre muchas naciones enemigas que eran dueñas del tránsito. Aunque el naufragio anticipado de los enemigos dejó sin ejercicio su valor, no lo estuvo su celo por la seguridad de la patria. A beneficio del calor y diligencia con que ponía en movimiento los brazos de su gente, tuvo fin la construcción del fuerte que se levantó en aquel puerto.
Los ingleses siempre lisonjeados con el aspecto ventajoso de su constitución hicieron posteriormente otro amago, después de haber dado caza á la nave llamada la "Española". Este accidente hizo que de nuevo volasen en socorro de la plaza los auxiliares tucumanos bajo la conducta del general Alonso de Vera y Aragón. El Tucumán fija una de sus glorias en haber concurrido casi siempre a la defensa de este puerto.
Vueltas estas tropas a la provincia, no tuvieron tiempo de colgar sus espadas y entregarse al descanso. Las continuas derrotas de los indios sólo hacían en ellos una impresión pasajera. Bajo un mismo rendimiento alimentaban una sublevación de voluntad que si les persuadía su independencia, á lo menos se las hacía esperar. ¿Pero sobre qué principio pensaban conseguirla? Podían ellos ignorar que las poblaciones españolas habían tenido por cuna las fatigas y los peligros? Y si en la infancia más débil prevalecieron de su poder, ¿sucumbirían en la adolescencia? A pesar de toda reflexión ellos parece que entendían que la esperanza más lejana merecía el sacrificio de sus vidas. Dando muerte los Calchaquíes a un religioso franciscano, á cuatro españoles y á otras gentes, publicaron su insurrección. A nada menos se extendía su odio sanguinario que ha destruir las dos ciudades de Salta y San Miguel del Tucumán.
Había ya concluido su gobierno Fernando de Zárate y desde 1595 se hallaba reemplazado por el caballero D. Pedro de Mercado Peñalosa. No era este puesto superior á su mérito. Dotado de una alma firme, elevada y animosa, hizo ver lo que puede el genio y la aplicación en las coyunturas más difíciles. Con la posible prontitud puso la gente en campaña bajo el mando de Alonso de Vera y Aragón, Juan de Medina y García del mismo apellido. Eran estos tres capitanes de fama, que no respiraban sino gloria, y en todas las ocasiones procuraban señalarse por acciones memorables. Al cabo de algunas jornadas entró el ejército en el valle. Los indios no rehusaron la acción, pero al fin fueron vencidos después de varios y porfiados combates. El mismo año de 1595 firmaron paces, y sujetaron esos terribles Homaguacas que de tantos años atrás cometían grandes hostilidades. No obstante esto un rumor de sublevación obligó al gobernador a segregar de entre ellos a Piltico y a Feliú, dos caciques, a cuya voz todo se decidía entre estos bárbaros, y cuyos perniciosos ejemplos eran obstáculo a la progresión de la fe. El primero murió a poco después en el seno de la religión: el segundo con otros de sus compañeros pasaron en Santiago el resto de su vida.
El rigor de los encomenderos frustraba los benéficos efectos de las leyes. Siempre agitados los indios no hacían más que pasar del vasallaje a la rebelión, y de la rebelión al vasallaje. Sus inquietudes eran semejantes a las de un enfermo que muda de situación porque la que tiene no le acomoda. Dando muerte los Diaguitas de la jurisdicción de la

Rioja a sus encomenderos y a otros españoles, se sublevaron con manifiesto riesgo de esta nueva ciudad. No podía faltar de la escena el gran capitán Tristán de Tejeda. Su nombre equivalía á batallones enteros. Habiendo recibido ordenes del gobernador Mercado, pasó largas jornadas con su gente, y siempre acompañado de esa presencia de espíritu que no desconcertaban los acontecimientos más peligrosos, obligó a los indígenas á que entrasen de nuevo en sujeción.
Aunque estas turbulencias se interrumpieron desde 1600 en que concluyó su gobierno Peñalosa, y al que por su orden sucedieron D. Francisco Martínez de Leiva y D. Francisco Barrasa y Cárdenas y volvieron á tomar su curso ordinario en la del célebre Alonso de Rivera. Solo un vaivén de fortuna pudo hacer de este grande hombre viniese al Tucumán. Sus proezas militares en las campañas de Italia y Flandes le habían adquirido un nombre inmortal. Todo lo que la fama alegaba en su favor, contribuyó para que el rey le destinase al gobierno de Chile, donde los fueros araucanos hacían temblar a los más fuertes y amenazaban devorarse esta provincia. Rivera reanimó los abatidos de los chilenos, y procuró contener los progresos del enemigo, pero le desamparó su cordura, casándose sin real permiso con la hija de la célebre Aguilera. Disgustada la corte por esta trasgresión de las leyes, lo privó del empleo y lo destinó al Tucumán, donde entró a fines de 1605, o principios del siguiente.
Las alteraciones continuadas de los indomables Calchaquíes llamaron las primeras atenciones del gobernador. A fin de poner una barrera á estos bárbaros, que como un torrente desbordado, asolaban las campañas, y dar á las ciudades un tiempo de reposo y seguridad, quiso se levantase un establecimiento en su mismo valle, pero no lo pudo conseguir. Logró sí después castigar sus atrocidades, para lo que habiéndolos vencido, sacó de entre ellos cuatro principales caciques que mandó ahorcar en el valle de Yocavil, y dispersó en la jurisdicción de la capital muchos viejos y viejas, cuyas sugestiones eran nocivas á la tranquilidad de la provincia. Los Calchaquíes perdieron por algún tiempo el deseo de medir sus fuerzas con las nuestras y dieron señales de su arrepentimiento, en la prontitud con que los Mitayos salían á la ciudad de Salta á recibir órdenes de sus encomenderos.
Prevenido Rivera á favor de los nuevos establecimientos, que con razón miraba como otros tantos puntos de apoyo de esta combatida autoridad, fundó en el valle de Londres una ciudad a quien llamo San Juan de la Rivera año de 1607. Dos años después incorporó la de Madrid de las Juntas a la de Esteco, que trasladó a más ventajoso sitio. A medida que los españoles procuraban dar consistencia á su poder se empeñaban los bárbaros en destruirlo. Dando muerte los indios pampas á nueve comerciantes que transitaban por el camino de Buenos Aires y cubriendo de desastre los campos le declararon la guerra á Córdoba. Rivera se hallaba dedicado á la construcción del nuevo Esteco, y no le era posible desamparar este objeto de importancia. El dio orden á su teniente para que saliese á campaña con toda prontitud. Eralo este el licenciado Luis del Peso, sujeto en quien las letras se hermanaban con el valor. Puesto á frente de su tropa en 1609 penetró hasta las tierras del enemigo, castigó sus excesos y lo dejó bien escarmentado. La confianza que le inspiró este suceso acompañado de una actividad propia de unos tiempos en que eran desconocidas las lentitudes de la pereza, hizo renacer en su ánimo el deseo de encontrar esas tierras encantadas de los Césares. Luis del Peso acometió esta empresa, pero no hizo más que recoger trabajos y aumentar desengaños.
En lugar de esa soñada felicidad logró la provincia otras más sólidas y duraderas. Una de ellas fue la fundación del colegio conciliar, llamado comúnmente de Loreto.
Con razón se mira la educación de los colegios en general como preferible á la particular. Estas son unas casas en que estrechados los jóvenes á la necesidad de tratarse

mutuamente adquieren anticipadamente un diseño aunque imperfecto del trato que los aguarda en la sociedad. El choque de sus disputas desarrolla los talentos y los encamina á llenar el voto que formó la naturaleza, inspirándonos en el deseo de saber. En fin bajo la dirección de maestros hábiles y virtuosos adquieren la práctica de las virtudes que han de sostener después el vigor de la república y de las leyes. Loreto fue el primer establecimiento literario de esta provincia, y bajo el título de Santa Catalina virgen y mártir se erigió en el expresado año de 1609, hallándose la iglesia catedral en la ciudad de Santiago del Estero. Constaba de seis plazas dotadas, cuyas becas eran azules á distinción de las pagadas que eran encarnadas. El fondo asignado para la subsistencia de la casa, fue el tres por ciento, que por disposiciones canónicas y reales cargan los beneficios eclesiásticos de esta diócesis. El crédito de los jesuitas hizo que se les encomendase su dirección por el obispo D. Fray Fernando Trejo. La condición exigida por estos directores de no poderse mezclar en su gobierno los prelados diocesanos, no era la más á propósito para asegurarles la perpetuidad. En efecto los sucesores del obispo Trejo vieron con desagrado una exención que derogaba sus más sólidos derechos, y no adviniéndose los jesuitas á la dependencia que reclamaban cedieron la dirección al clero secular. Aunque sea anticipando las épocas, diremos, que poco después de la fundación de este colegio, erigió otro este prelado en la ciudad de Córdoba bajo el título de San Francisco Javier. Estuvo también el cuidado de los jesuitas. Este colegio fue de poca nombradía hasta tiempos más bajos, como diremos en su lugar.

La otra ventaja fue la abolición del servicio personal de los indios causada por las equitativas ordenanzas del visitador Alfaro. Todo se puso en movimiento para frustrar una reforma que iba á substraer al débil de las garras del poderoso. El gobernador Rivera fue amenazado con todo lo que el espíritu de venganza podía serle funesto en el juicio de residencia, a fin de que se opusiese á unos cuantos estatutos eversivos de muchas y pingües fortunas. Rivera poseía una alma firme y tenía bastantes luces para reconocer la injusticia de la demanda. Con ánimo varonil y desinteresado dio al vitador Alfaro todos los fomentos que dependieron de su, y contribuyó a sacar a los indios del insoportable yugo del servicio personal.

Aunque la continuación en el mando de la provincia hubiera sido muy oportuna para sostener el vigor de estas últimas ordenanzas, no se pudo conseguir, porque llegado el tiempo de su gobierno, se halló en la necesidad de dejarlo. Con todo, esta remoción de Rivera, acaecida el año de 1611, no impidió el fruto deseado que prometían las nuevas ordenanzas. El caballero don Luis Quiñones Osorio que le sucedió, era capaz de llenar su vacío. Diez años de experiencias adquiridas en la villa de Potosí, donde desempeñó con crédito el delicado empleo de juez oficial real, le habían sido una escuela muy útil para conocer las enfermedades del reino y aplicar el remedio con inteligencia, celo y probidad. Consistía éste en aliviar á los indios de los trabajos excesivos a que contra la reclamación de las leyes, los condenaba el interés obscuro y bajo de los encomenderos. De aquí es, que dejando murmurar Osorio á casi toda la provincia, veló sobre la puntual observancia de los estatutos de Alfaro. No menos diligente en dar a los indios pastores y guías que los condujesen por el camino de la verdad, puso al cuidado de los religiosos de San Francisco las parcialidades de Ocloyas, Paypayán y Osas. Con tan útiles providencias era preciso que cesasen las alteraciones de los indios. En efecto, los cuidados paternales de un celo dulce y tierno, les hicieron olvidar sus pasadas vejaciones, y entrar en una sumisión voluntaria preparada por el convencimiento. El gobierno de Osorio es uno de los más pacíficos que ha tenido esta provincia.

Acibaró su ánimo un inopinado suceso. Un fuego devorador, causado de un descuido, redujo a cenizas la iglesia catedral de Santiago. Las llamas habían consumido las

especies sacramentales y aumentado, por esta circunstancia, el terror del incendio. Veneraba Osorio el sacramento de la Eucarística con aquel profundo rendimiento que es el fruto de una fe respetuosa. Sobrecogido de este accidente, se empeñó en reparar su gloria, levantando un nuevo templo, más augusto que el primero.

A pasos lentos pero seguros, iba tomando la provincia un nuevo ser. Por gran dicha suya se fundó en Córdoba una universidad[47], que ha sido el mejor cimiento de su gloria y el centro de las luces esparcidas sobre las provincias convecinas. Debió su origen al inmortal celo del obispo, don Fray Fernando Trejo y Sanabria, quien con un desprendimiento verdaderamente apostólico consagró todos sus bienes a este importante objeto. Aunque esta donación debía tener su efecto con su muerte, anticipó cuarenta mil pesos a favor de los jesuitas, para que se dotasen estos estudios. Con ellos se dio principio a la enseñanza de la juventud abriendo en 1613 escuelas de latinidad, artes y teología, pero hasta 1622 no tuvieron el sello de la autoridad pública[48]. A pesar de las ventajas que prometía este piadoso establecimiento tuvo que sufrir los tiros envenenados de la envidia, á que por lo común están sujetas las obras grandes. Valió mucho para defenderlo la autoridad de don Juan Alonso de Vera y Zárate, natural de Chuquisaca, que desde 1619 gobernaba la provincia.

No sin grandes contratiempos llegó este gobernador a su destino. Habiendo caído en mano de los Holandeses que cruzaban las costas del Brasil, fue expoliado de todos sus bienes. En su tiempo una copiosa lluvia que acaeció el 1 de Mayo de 1623, hizo salir de madre una antigua y vecina lagunilla, cuyas aguas inundaron la ciudad, y causaron lamentables estragos. Duró su gobierno hasta 1627. Acabamos de hacer mención de la universidad de Córdoba, que tuvo su origen por estos tiempos, pero como este establecimiento era el único de donde se difundía la instrucción de estas provincias, exige su importancia dar un bosquejo de los estudios que en él se cultivaban. Este prospecto servirá para darnos á conocer el progreso que hacia en estas partes el espíritu humano en la carrera de las letras.

Esta enseñanza pública empezaba por el estudio de la lengua latina, dividido en dos aulas, á las que precedían sus respectivos catedráticos. Buenos libros doctrinales sin ese cúmulo de pequeñeces que hace gemir la memoria, buen régimen y buenos preceptores, todo concurrió desde su principio, a que se lograse un ventajoso aprovechamiento. Los autores de la más culta latinidad y los mejores poetas se hicieron familiares á los alumnos, quienes se emulaban en imitarlos por sus composiciones prosaicas, y en verso. Probada la aptitud por un examen público, se abría a estos estudiantes el estudio de la filosofía por el espacio de tres años, cuya carrera concluían con un solo catedrático, pero al que se le añadía otro, que empezaba su nuevo curso al principiar el tercer año del que acababa. El primero de estos años estaba destinado al estudio de las súmulas y de la lógica, el segundo al de la física, y el tercero al de la metafísica.

Sus ejercicios diarios se reducían a escribir la materia que se trataba, lecciones, explicación del maestro, pasos y conferencias en lo que se consumían cuatro horas. Tenían también otros semanales, que se conocían con el nombre de academia y conclusiones. El año escolar duraba siete meses de rigurosa asistencia, y concluía con un examen de media hora, que era calificado por cinco jueces incorruptibles. Este examen era comprensivo de todas las partes de la filosofía: el último año del curso y su duración era de una hora. A este examen procedía otra función con el nombre de actillo,

---

[47] El Doctor D. Juan M. Garro, actual Ministro de Justicia é Instrucción Pública publicó, en 1882, por la imprenta y litografía de D. Martín Biedma un libro en 8°, mayor de 540 páginas bajo el título de: Bosquejo Histórico de la Universidad de Córdoba, y últimamente el Obispo Zenón Bustos dio a la publicidad 3 tomos con el título de: Anales de la Universidad de Córdoba.

[48] Los Papas Gregorio XV, Urbano VIII y los reyes Felipe III y IV aprobaron este estudio.

calificada por el mismo estilo. A los más aprovechados de los estudiantes se les señalaba un acto público.
Concluidos estos tres años, se pasaba al estudio de la teología para cuya enseñanza había cinco cátedras, dos de teología escolástica, una de moral, otra de cánones y la última de escritura. El catedrático de escolástica, que era el de prima, dictaba todos los días la primera hora de la mañana, el otro, que era el de vísperas, la primera de la tarde, los otros dos alternaban, con un día de intercalación, la segunda de la tarde siempre se empleaba en la conferencia.
El catedrático de escritura sólo enseñaba los domingos por la mañana.
Los ejercicios y prueba con corta diferencia eran los mismos que en la filosofía. El curso teológico duraba cinco años y medio, los tres y medio primeros eran de rigurosa asistencia diaria y seguían los estudiantes en la clase de pasantes, en cuyo tiempo sostenía cuatro funciones de aprobación y reprobación, que se llamaban parténicas. La carrera se coronaba con una función pública por mañana y tarde, que daba principio por una lección de hora sobre el punto que dos días antes le hubiese tocado en suerte. A los dos años y medio de empezada la teología se recibía el grado de maestro en artes, y á la conclusión los de licenciado y doctor.
Es preciso confesar que estos estudios se hallaban corrompidos con todos los vicios de su siglo. La lógica, ó el arte de raciocinar, padecía notables faltas. Obscurecidas las ideas de Aristóteles con los comentos bárbaros de los Árabes, no se procuraba averiguar el camino verdadero que conduce a la evidencia del raciocinio. La dialéctica era una ciencia de nociones vagas y términos insignificantes, más propia para formar sofismas que para discurrir con acierto. La metafísica presentaba fantasmas que pasaban por entes verdaderos. La física llena de formalidades, accidentes, quididades, formas y cualidades ocultas, explicaba por estos medios los fenómenos más misteriosos de la naturaleza.
La teología no gozaba de mejor suerte. Lo mismo que la filosofía experimentaba su corrupción. Aplicaba la filosofía de Aristóteles a la teología formaba una mezcla de profano y espiritual. Se había abandonado el estudio de los padres por dar lugar a cuestiones frívolas e impertinentes. Razonamientos puramente humanos, sutilezas, sofismas engañosos, esto fue lo que vino a formar el gusto dominante de estas escuelas. Allegábase a esto, que habiéndose introducido el espíritu de facción así en la filosofía como en la teología, vino en su compañía el furor de las disputas. Era cosa lastimosa ver arder estas aulas en disputas inútiles, donde desatendido el provecho, solo se buscaba la gloria estéril de un triunfo en vano. Para esto era preciso inventar sutilezas, y distinciones con que eludir las dificultades, y así se hacía.
Esta universidad nació y se crió exclusivamente en las manos de los antiguos regulares de la compañía de Jesús, quienes la establecieron en su colegio, llamado el Máximo, de la ciudad de Córdoba. Este cuerpo religiosos, acaso el más celosos de su gloria, miraba las letras y la educación pública como uno de los más poderosos medios de adquirirla. Debióse á su diligente esmero que se mirase como uno de los establecimientos literarios más acreditados en la América del Sud. Los vicios que hemos indicado, lejos de servir de obstáculo a esa celebridad, fueron los que más la engrandecieron. No hay que extrañarlo, este era el título en que por estos tiempos fundaban su derecho a la fama las mayores universidades de la Europa. Como los caballeros andantes, dice el célebre Candillac, corrían de torneo en torneo peleando por hermosuras que no habían visto, así los escolásticos pasaban de escuela en escuela disputando sobre cosas que no entendían. Tocando después este establecimiento en diferentes épocas ha experimentado las alteraciones, á que está sujeto todo lo que pasa por la mano del tiempo y de los hombres. Estas las haremos conocer donde lo exija el orden de la historia.

2010- Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

_____

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal** www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**. www.biblioteca.org.ar/comentario